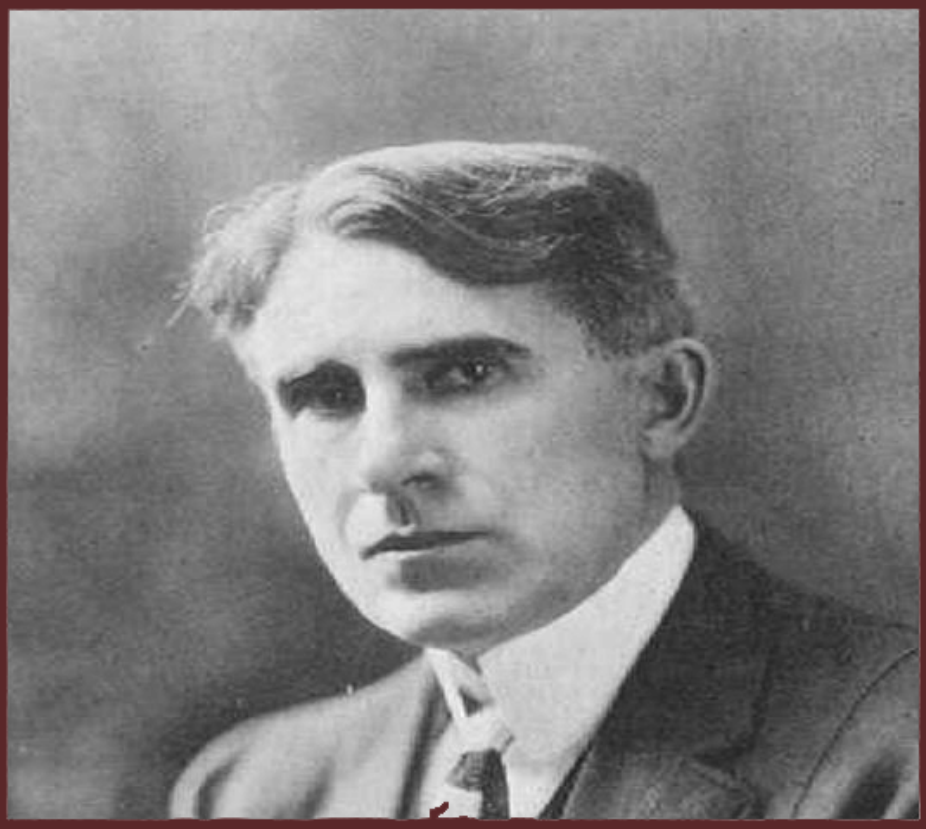
AL OESTE DEL PECOS
ZANE GREY



AL OESTE DEL PECOS

ZANE GREY

Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

Cuando su esposa comunicó a Templeton Lambeth que, contando con la benevolencia de Dios, podrían esperar en el momento debido la llegada del heredero que tanto habían anhelado, el hombre se asió a esta esperanza con la alegría del ser cuya fortuna le fuese adversa y que creyese que la llegada de un hijo podría revivir su antiguo sueño de vivir una vida nueva y llena de aventuras en el bravío Texas, al oeste del río Pecos.

Aquel mismo día decidió llamar a su hijo Terrill Lambeth, que era el nombre de un hermano suyo a quien quería mucho. Su padre había legado a cada uno de los hermanos una plantación. Una de ellas estaba situada en Louisiana; la otra, en la zona occidental de Texas. Terrill había progresado a fuerza de talento y habilidad donde Templeton había fracasado.

Llegó el hijo. Y no fue un niño, sino una niña. Este desencanto fue el segundo de la vida de Templeton, y el más grande. Lambeth jamás pudo resignarse a lo que calificó de despreciable jugarreta del destino. Decidió considerar a la niña como si fuese un niño, *y* educarla de acuerdo con esta decisión. En consecuencia, no cambió el nombre de Terrill, que había acordado imponerle. Y aun cuando no podía menos de querer a Terrill, como hija que era, se regocijó al ver que la muchacha abrigaba una decidida preferencia por los trabajos más duros y los juegos más varoniles. Y de estas circunstancias extrajo el mejor partido posible.

Lambeth se cuidó de que la chiquilla tuviera maestros y recibiese una educación a partir del quinto año de su edad; pero cuando llegó a la de diez, el hombre se sintió plenamente satisfecho al ver las prendas y condiciones varoniles que había podido inculcar en ella, especialmente su habilidad para montar a caballo. Terrill podía cabalgar cualquier animal de cuatro patas que hubiera en la plantación.

Entonces llegó la guerra civil. Lambeth, que se aproximaba a la cuarentena, obtuvo un puesto de oficial, y su hermano Terrill se inscribió como soldado voluntario.

Durante este período de lenta desintegración de la prosperidad del Sur, la señora Lambeth se encargó de continuar la educación de Terrill. La señora Lambeth había estado siempre bajo la dominación de su esposo, y no le fue posible imponer a Terrill la clase de educación que le parecía más prudente y conveniente dar a su hija. Pertenecía a una de las antiguas familias del Sur, de origen francés, y después de su matrimonio averiguó que no había sido el primer amor de su esposo. El orgullo y la melancolía se unieron a sus virtudes, dulces y amantes de la soledad, y actuaron contra su oposición a que Lambeth, obrando del modo que estaba de acuerdo con su carácter y sus inclinaciones, se considerase dichoso al hacer que la chiquilla trabajase y jugase de la manera propia de los muchachos. Mas durante la larga y devastadora guerra, la madre compensó en gran medida todas aquellas inclinaciones y aficiones que creía le faltaban a Terrill. Antes del término de la guerra, cuando Terrill tenía quince años, la madre murió después de haber impreso en el ánimo y en los gustos de la chiquilla una huella que ni siquiera su apasionada sed de aventuras ni la influencia de su padre pudieron borrar por completo. Lambeth regresó a su casa con el grado de coronel, y sufrió menos pesar al comprobar que estaba arruinado como agricultor que al saber que su hermano Terrill había muerto. Terrill había sido presa de una incurable enfermedad durante la guerra y fue enviado a su casa como inválido antes de la rendición de Lee.

La muerte de su esposa y su ruina no amargaron mucho a Lambeth, ya que estas desgracias le dejaban el camino libre de obstáculos para desgajar sus raíces y dirigirse a la frontera occidental de Texas, donde unas ex- tensiones vastas y desconocidas de tierras ofrecían la fortuna a los hombres que todavía fuesen lo suficientemente jóvenes para trabajar y luchar.

Texas constituía un mundo por sí mismo. Antes de la guerra, Lambeth había cazado en aquellos terrenos. Por el Norte, había llegado hasta Panhandle; por el Oeste, hasta las llanuras en que vivían los búfalos, entre Arkansas y los ríos Rojos.

Tenía muchas esperanzas en el porvenir de la zona, y estaba cansado de cultivar

algodón. Se proponía dirigirse hacia el Oeste, más allá de las tierras situadas tras el vago *y* bravío Pecos, comarca de la que habían llegado hasta sus oídos unos rumores que despertaban su curiosidad.

El primer acto del coronel Lambeth al llegar a su casa consistió en manumitir a los esclavos que todavía se hallaban en su plantación, puesto que la guerra había estallado precisamente para conseguir su liberación. Y el siguiente acto, después de haber elegido diversos caballos, un carro, un equipaje y algunas posesiones de las que le habría sido doloroso separarse, consistió en poner la plantación y todo lo que en ella había, bajo el martillo del subastador. Fue muy poco lo que obtuvo de su venta.

Luego llegaron las noticias de la muerte de su hermano y, con ella, un legado suficiente para que pudiera continuar viviendo sin apuros económicos. Pero Lambeth conocía bien las alternativas de la vida del agricultor. Las tierras eran pobres, y él carecía del deseo y de la habilidad necesarios para hacer un nuevo intento. El Oeste le llamaba. Los tejanos, empobrecidos por la guerra y por los vagabundos y maleantes que dejó tras sí, se dispersaban en dirección al Oeste y al Norte, atraídos por un algo magnético y alucinador.

Lambeth viajó a través del Misisipí, y regresó con un recuerdo triste e imperecedero de su hermano. Y también con los medios necesarios para realizar su antiguo sueño establecer y sostener un rancho en el Oeste.

El coronel escuchó las protestas de lealtad que le hicieron dos negros de las generaciones más jóvenes de los esclavos que había tenido en su plantación. Estos negros, lo mismo que otros muchos, no querían separarse de él.

-Pero, Sambo, ahora eres libre - arguyó el coronel. -Sí, mi amo, lo sé. Estoy mansipao... Pero, coronel, no sé qué hasé con mi mansipasión.

Éste era el problema que Sambo compartía con las restantes esclavos. Había sido vendido a la plantación de Lambeth hacía mucho tiempo. Procedía de las llanuras de Texas y era un hombre fornido y sobrio. Lambeth había llevado a Sambo consigo a una cacería de búfalos, y descubrió que el negro era un trabajador lleno de voluntad y de habilidad. Además era uno de los pocos vaqueros negros verdaderamente buenos. El propio Sambo enseñó a Terrill a montar a caballo, a mantenerse sobre él y a arrojar el lazo. Y siempre había querido a la chiquilla. Esta última circunstancia decidió a Lambeth.

-Muy bien, Sambo. Irás conmigo. Pero, ¿qué haremos de Mauree? - Y Lambeth señaló a la hermosa negra que acompañaba a Sambo.

-Pues, coronel..., nos casamos cuando uté estaba fuera... Mauree é muy buena pa mí y quiere vení conmigo y con uté. No hay una cosinera mejó que Mauree, serió -. El tono de Sambo fue suplicante y servicial.

Lambeth consintió en aceptar a la pareja, pero rechazó las peticiones de los demás negros leales.

En la mañana de su partida, Terrill recorrió el viejo camino situado entre el canal *y* el grupo de nogales que rodeaban la vieja y deteriorada mansión colonial.

Era en los primeros días de la primavera. El aire estaba impregnado de la fragante y dulce languidez del Sur; los pájaros cantaban melodiosamente a pleno puImón; las alondras de las praderas y los mirlos de los pantanos daban su adiós al Sur por aquella temporada; el cielo era azul y el sol brillaba cálidamente; unas gotas de rocío centelleaban como diamantes sobre la hierba.

Más allá de la extensa pradera, la larga hilera de fincas rústicas,, medio derruidas, contemplaba con melancolía la carretera. Solamente de una de ellas brotaba una delgada columna de humo azulado, que denotaba que la casa estaba habitada. Las esclavos, felices, bailadores, se habían alejado cantando, y sus casitas, blanqueadas con cal, caían destruidas. Terrill los conocía de toda su vida. La entristeció el tener que decirles adiós; y, sin embargo, estaba contenta de que así sucediese y de que los esclavos ya no fueran esclavos. Los cuatro años de guerra habían constituido una cosa incomprensible para Terrill. Quería olvidarlos, y olvidar los sufrimientos y las amarguras que arrastraron consigo.

Cuando regresó de aquel paseo, el último que daba por aquellas tierras, por las orillas del canal viejo en que flotaban las anchas hojas de los lirios acuáticos, encontró los caballos en el patio. Sambo estaba sacando de la casa el baulito francés de cantoneras de cobre.

-Señorita Rill, he hecho todo lo que he podido - dijo Sambo, mientras colocaba el baulito bajo la lona del carro, que iba muy cargado.

-Sambo, ¿qué estás cargando en el carro? - preguntó Lambeth al ver los movimientos del negro y su actitud vigilante.

-El baúl de la señita, serió.

-¿Qué hay en el baúl, Rill? - preguntó el padre.

-Todos mis pequeños tesoros... ¡Son muy poca cosa, papá! Mis joyas, encajes, dibujos, libros... y mis ropas.

-¿Vestidos, quieres decir? Rill, no los necesitarás para nada en el lugar a que vamos - replicó el coronel mientras sonreía aprobatoriamente al ver sus ropas de muchacho, sus pantalones, sus botas y el ancho sombrero blando con que ocultaba los rizados bucles.

-¿Nunca? - preguntó ella con ansiedad.

-Creo que nunca - contestó él, secamente -. Tan pronto como hayamos dejado este lugar, serás para mí como un verdadero hijo... Rill, una muchacha sería un obstáculo para nosotros, sin contar con los riesgos que la acecharían .. Más allá de Santone, toda la comarca es muy turbulenta y salvaje.

-Papá, me habría gustado ser chico... y voy a serlo. Pero esto me preocupa mucho, porque, en realidad..., soy una chica.

-Puedes ir a vivir con tu tía Lambeth - replicó su padre con severidad.

-¡Oh, papá! Sabes que solamente te quiero a ti... y que estoy deseosa de ir al Oeste... ¡Cabalgar y cabalgar! ... ¡Ver los búfalos, las llanuras, la región solitaria del Pecos, de la que tanto me has hablado...! ¡Debe de ser hermoso! Pero esta mañana, papá, siento tristeza al dejar nuestra casa.

-Y yo también, Rill - afirmó Lambeth con los ojos llenos de lágrimas -. Si nos quedáramos aquí, hija, siempre estaríamos tristes. ¡Y siempre seríamos pobres! ... Pero echaremos raíces nuevas en un terreno nuevo. Olvidaremos el pasado. Trabajaremos. Todo será nuevo para nosotros, extraño, maravilloso... ¡Cómo! Si es cierto lo que he oído, Rill, tendremos que luchar continuamente contra los mejicanos ladrones de caballos y los comanches.

-¡Oh, es encantador, papá! - exclamó Terrill -.¡Pero me estremece!... ¡Me dan escalofríos en la espalda!,.. Sin embargo, no quiero dejar de ver todo eso...

Y comenzaron a alejarse de la vieja mansión, oscura y gris, y caminaron entre los grandes nogales cuyas largas ramas se agitaban en la brisa, y llegaron a la carretera amarillenta que *se* extendía junto al verde canal.

Sambo encaminó seis caballos libres en la dirección debida y cabalgó tras ellos. Mauree dirigía el enorme carro que iba tirado por un robusto tronco de caballos blancos con manchitas negras. Terrill iba detrás, sobre su caballo negro de pura raza, *Dixie.* El padre tardó mucho tiempo en alcanzarlos, pero Terrill no volvió ni una sola vez la cabeza para mirar atrás.

No obstante, cuando, después de haber recorrido una milla llegaron a las afueras de pueblo en que la madre de Terrill estaba enterrada, la joven volvió la cabeza hasta que sus ojos, nublados por las lágrimas, fueron incapaces de distinguir los objetos en la lejanía. El día anterior se había despedido de la tumba de su madre, acto doloroso que no se creyó lo suficientemente fuerte para repetir una vez más.

Los recuerdos del pasado feliz y penoso entristecieron a Terrill durante todo aquel día.

II

Lambeth viajó lentamente. Se proponía hacer de aquel viaje, durante tanto tiempo anhelado, un viaje instructivo. Había residido durante la mayor parte de su vida en aquella pequeña parte de Texas lindante con Louisiana *y* que participaba de sus características físicas y tradicionales. Y deseaba descubrir el verdadero Texas, el Texas que había sucumbido en el Álamo y que, al fin, había vencido en Santa Ana, que comenzaba a extenderse hacia el Norte y el Oeste, y que era un imperio en formación.

Por esta causa viajaba sin prisas, deteniéndose a veces en villorios, trabando amistad con las personas que encontraba en su camino. En ocasiones, cuando el crepúsculo sorprendía a su comitiva en terrenos deshabitados acampaba en el lugar en que se encontraba en aquel momento, generalmente cerca del agua y- de la hierba,

A Terrill le agradaba sobremanera. Samba le instalaba el lecho en el carro, protegido por las lonas, donde se hallaba cómoda y a cubierto de miradas indiscretas. El gastar ropas de hombre había sido divertido anteriormente para Terrill; pero en ella comenzaba a nacer la conciencia de que no era lo que fingía ser, y que, más pronto o más tarde, la verdad sería descubierta. Por otra parte, a medida que los días y las leguas aumentaban la distancia que la separaba de su antiguo hogar, comenzaba a vivir intensamente su aventura.

Sólo se detuvieron una noche en Austin, adonde llegaron después de la puesta del sol y de donde partieron a la hora del alba. Terrill no tuvo ocasión de ver mucho de la ciudad, mas lo que vio no le gustó. Nueva Orleáns fue la única población grande que visitó, y esta ciudad, con sus atractivas casas y calles, y con su atmósfera francesa, despertó su interés.

Desde Austin hasta San Antonio el camino estaba forrado por una ancha carretera que servía de ruta a una línea de diligencias y de punto de paso para los viajeros que se dirigían al Sur o al Oeste. A Terrill le pareció muy interesante. En tanto que pudiera hallarse a horcajadas sobre *Dixie* y que su contacto con las gentes con quienes se encontrasen estuviese reducido a desempeñar su papel de espectadora, Terrill era feliz. El cabalgar durante largos días, el introducirse por la noche en su tibio lecho del carro, eran cosas que la llenaban de alegría. Podría haber continuado haciéndolo eternamente.

No obstante, cuando llegaron a San Antonio, a Terrill le pareció que se hundía en un mundo aturdidor, alborotador, ruidoso, crudo, extraño, repelente y, sin embargo, extrañamente excitante. ¡Si fuera un muchacho de verdad! ... Le parecía increíble que pudieran tomarla por un chiquillo. Bajo su atuendo de hombre se encubrían sus contornos de mujer de un modo casi perfecto, casi satisfactorio para ella; pero su rostro le llenaba de desaliento. En el hotel en que se alojaron, Terrill se miró al espejo desaprobatoriamente. Sus rizos soleados, sus ojos de color violeta y, sobre todo, su fina piel de mujer, todas estas características que fueron la alegría de su madre y que ella misma había contemplado en el pasado con satisfacción, le produjeron un creciente desasosiego, por no decir un creciente temor. Debería hacer algo para remediarlo. Sin embargo, la reflexión la alivió de sus torturas, puesto que era evidente que no podría tener disgustos por estas causas en tanto que estuviesen viajando, jamás vería a las mismas personas dos veces.

Estaba obligada a permanecer en su habitación, inmediata a la de su padre, no siendo cuando se encontrase acompañada por él o por Sambo. Lambeth se interesaba por muchas cosas, y cuando se interesaba por algo, iba donde fuese necesario para satisfacer su curiosidad o su necesidad; mas, generalmente, llevaba consigo a su hija a todos los lugares a que ésta deseaba ir. O, en otras ocasiones, la mandaba, acompañada de Sambo, a alguna tienda cosa que agradaba mucho a la joven, que tenía dinero para gastar, y que satisfacía de este modo sus caprichos. Pero Sambo era desconcertante en muchas ocasiones. Las botas y los pantalones que vestía Terrill no cambiaron para él a su adorada señorita.

-Sambo, no vuelvas a llamarme señorita Rill - protestaba Terrill -. Llámame señorito Terrill.

-Lo haré, señita Rill, cuando me acuerde. Pero uté lo que é, y nunca puede sé lo que no é.

Cierta mañana, acompañada del negro, llegó en la calle principal hasta más lejos de

donde solía hacerlo. Los jinetes, los carros, las diligencias producían a Terrill una delicia inagotable. Todo ello tenía el aroma y el gustillo del Texas bravío, de las tierras descubiertas de que tanto había oído hablar a su padre.

Una pequeña tienda llamó su atención, pero no entró en ella la primera vez que pasó a su lado, porque se hallaba junto a una taberna ruidosa ante la cual unos caballos peludos, polvorientos y ensillados ofrecían indicios de que los jinetes se hallaban en el interior del establecimiento. Pero, finalmente, Terrill cesó en su contemplación *y* entró en la tiendecita y se olvidó por completo de Sambo. Cuando hubo satisfecho su curiosidad y salía recordó de repente al negro. No pudo verle por ninguna parte. Unas grandes voces convirtieron su ansiedad en temor. Corrió al exterior. Samba no estaba esperándola.

Terrill comenzó a correr velozmente calle!abajo, y se dio cuenta de que ante ella unos hombres se movían violentamente. Al llegar a la puerta de la taberna, ésta se abrió, y un hombre, andando hacia atrás, chocó con ella y la arrojó al suelo. Los paquetes se le escaparon de las manos. Terrill se indigné, comenzó a recoger los envoltorios, se puso en pie con más indignación que temor. Pero, repentinamente, se quedó helada por el miedo.

El hombre tenía una pistola en cada mano, que llevaba muy bajas, y apuntaba hacia la puerta. Todo el ruido del interior había cesado. Terrill vio otros hombres en la taberna, uno de los cuales estaba retorciéndose en el suelo.

-Por ahora, eso es todo - anunció con voz fría el hombre de las pistolas -. La próxima vez que hagas trampas jugando a las cartas, no será a Pecos Smith.

Se volvió hacia Terrill.

-Chico, desata mi caballo... Aquel bayo...Y tráelo aquí - ordenó.

Terrill obedeció torpemente. Después de enfundar una de las pistolas, el joven retrocedió hasta que tropezó con su caballo. Tenía un perfil de hombre frío, despiadado y duro. De un solo salto se colocó, desde el bordillo de la acera, sobre su caballo.

-¡Smith, nos veremos las caras la primera vez que vuelvas por aquí! - gritó una voz áspera desde el interior de la taberna. La puerta se cerró.

-¿Por qué tiemblas, muchacho? - preguntó Smith con voz lenta, perezosa, que no estaba exenta de socarroneria.

-No... no lo sé, señor - tartamudeó Terrill mientras soltaba la brida. Aquel era su primer contacto con uno de aquellos robustos jóvenes tejanos. Y este joven tenía ojos terribles. Una sonrisa dulcificaba la severidad de su rostro, pero no cambiaba la expresión de los escrutadores ojos.

-Lo único que he hecho, ha sido arrancarle una oreja de un tiro - dijo Smith, premiosamente -. Le ha quedado colgando como la de una liebre... Muchas gracias, chico. Creo que debo marcharme...

Y comenzó a correr a un trote lento. Terrill miró cómo la flexible y erguida figura se alejaba. Sus sensaciones fueron contradictorias. Luego retrocedió hacia la acera. En aquel momento apareció Sambo. Terrill corrió a su encuentro.

-¡Oh, Sambo!!Qué miedo he pasado! - gritó, un poco tranquilizada -. ¡Vamos, aprisa! ... ¿Dónde has *e*stado?

-Yo tambié he tenío mucho miedo - contestó el negro -. Etaba eperando ahí al lao, cuando vi a uno de eso tejano fiero que llegó corriendo a cabayo... Me vio y dijo: « j Negro, vete lejo de la mala compañía! »... Y me marché. Ha tenío una pelea ahí dentro y cuando salió yevaba do pitola muy grande en la mano. Me dio miedo...

«Santone», que es como sus habitantes llaman a la ciudad de San Antonio, estaba atestada de tejanos y de otros muchos hombres de distintas procedencias. Terrill supuso que los tejanos serían aquellos gigantescos jóvenes de botas polvorientas, bocas tensas, rostros duros y ojos grises, y que los hombres de menor estatura y mayor edad serían seguramente los padres de los jóvenes. La muchacha se quedó desconcertada y alicaída cuando comprobó que en diversas ocasiones se había sentido atraída por el aspecto de algunos de aquellos jóvenes. Y el desconocido Pecos Smith le había emocionado y seducido; a pesar del terror y de la

aversión que en ella provocó; su recuerdo la obsesionaba.

Los mejicanos, los boyeros, los soldados, el interminable y multicolor tropel de hombres producía a Terrill una vaga y maravillosa impresión. Aquéllos eran los hombres de los campos abiertos, los que, según decía su padre, habían llegado de todas partes. Cazadores de búfalos, que se dirigían a las llanuras para sorprender a estas reses en su emigración de primavera hacia el Norte; tratantes en caballos y ganados de los ranchos; mejicanos perezosos y pintorescos, con sus «sarapes», sus pantalones ajustados de polainas brillantes y sus sombreros de altas copas; acá y acullá, algún hombre vigilante, de dura mirada a quien Lambeth designaba como un tejano de las llanuras; jinetes en caballos flacos, bravíos, lanudos; hombres altos con pistolas pendientes de los cintos; jugadores vestidos con chaquetas negras, tocados con negros sombreros, de rostro impasible y generalmente hermoso; y, finalmente, aun cuando no fuese lo menos importante, una corriente de hombres arruinados, desgarrados, frecuentemente ebrios, de largos cabellos, sin afeitar, duros y malignos, la mirada de cuyos fieros ojos no agradaba a Terrill que se cruzase con la suya. Estos hombres, según Lambeth, eran los despojos del ejército derrotado, los sacrificados a una causaperdida. Lambeth afirmó, también, que le agradaría dejar a tales hombres y a tales residuos del ejército a sus espaldas, lejos de sí.

-Ahora disponemos de una hora. No quiero que dejes de ver el Alamo - dijo el padre al tercer día de su estancia en San Antonio -. En tanto que exista Texas, el Alamo será un lugar sagrado. Todos los jóvenes deben detenerse en aquel sangriento altar del heroísmo y de la patria.

Terrill conocía la historia tan bien como cualquier muchacho tejano. Caminó al lado de su padre, cuyos pasos cubrían un gran espacio de terreno, y muy pronto se encontraron ambos en el umbral del histórico edificio. Lambeth había estado en él anteriormente. Un pariente suyo había sucumbido en aquella batalla. Acompañó a Terrill de un lado para otro, y le mostró dónde y cómo los asaltantes habían sido repelidos durante mucho tiempo y a costa de muchas pérdidas mortales.

-Santa Ana tenía cuatro mil soldados mejicanos bajo su mando - explicó Lambeth -. Cargando antes de la salida del sol, los atacantes sorprendieron a los americanos. Fueron rechazados dos veces con terribles pérdidas, y todo parecía indicar que los mejicanos se disponían a retirarse. Pero Santa Ana los impulsó a realizar un nuevo ataque. Escalaron los muros y, al fin, consiguieron llegar a lo alto del edificio, desde donde desencadenaron un fuego mortífero. Más tarde, las puertas del Álamo fueron forzadas, y se abrió una brecha en el muro del Sur. Los infiernos se desataron. En esta estancia, Bowie, que estaba enfermo, fue asesinado en su lecho... Allá, Travis murió junto a su cañón... Y aquí cayó Davy Crockett muerto... Rill, no me sería posible desear más que una gloria igual para mi hijo... Los tejanos murieron como hombres... Ciento ochenta y dos había. Y estos ciento ochenta y dos hombres mataron a seiscientos de los soldados de Santa Ana... ¡Así eran los tejanos de aquellos tiempos!

-¡Oh, es magnífico! - exclamó Terrill -. Pero me horroriza. Me parece estar viéndolos luchar... Es una cosa que debe de estar en nuestra sangre, papá.

-¡Sí!... No olvides jamás el Álamo, Rill. No olvides nunca esta ascendencia de los tejanos. Nosotros, los del Sur, perdimos la. guerra civil, pero jamás perderemos la gloria de haber liberado a Texas del dominio español. Pensativa y excitada alternativamente, Terrill regresó a la ciudad con su padre. El mismo día, un poco más tarde, experimentó unas sensaciones muy diferentes, más íntimas y excitantes. Lambeth la condujo a una gran tienda donde compró una silla mejicana, negra, con *tapadores;* una brida plateada y espuelas; *riata;* guanteletes, pañuelos multicolores y un sombrero tan ancho, que cuando Terrill se lo ponía creía hallarse bajo una espesa nube.

-Ahora, serás vaquero - dijo Lambeth con orgullo.

Terrill observó que su padre compraba pistolas y municiones, aun cuando había llevado consigo su armamento inglés, y, además, cuchillos, cinturones, hachas, una pis-tola del tipo

Librodot

Derringer para ella, y tantas y tantas cosas, que dudó sobre si el carro podría transportar todas. Pero muy pronto supo que su padre había adquirido también otro carro, más grande que el suyo, que Samba había de conduc*ir*.

-Tengo que decirte, Rill - anunció el padre -, que he renunciado a nuestro proyecto de viajar por la carretera principal. Hay en ella demasiados viajeros, algunos de ellos poco agradables, sobre todo al oeste de Santone. Partiremos con un grupo de cazadores de búfalos que he encontrado y seguiremos con ellos durante cierto tiempo. Podrás acompañarme a cazar búfalos, y podremos conocer estos campos...

Dos días más tarde, Terrill partió en unión de una caravana que se componía de seis carros, además de los dos suyos, y ele la que formaban parte ocho hombres, ninguno de los cítales iba a caballo. Eran unos cazadores de búfalos experimentados, y cazaban tanto por aprovechar las carnes como las pieles. Con gran contento por parte de Terrill, pudo observar que ninguno de los hombres que integraban el grupo era joven.

Viajaron con dirección Noroeste, a lo largo de un río cuyas orillas estaban guarnecidas de hermosas pacanas. Aquellos tejanos eran viajeros duros. Cuando llegó el crepúsculo del primer día, habían recorrido alrededor de treinta millas. Sambo, con su carro sobrecargado, no llegó hasta después que la oscuridad se hizo más espesa, lo que preocupó grandemente a Lambeth.

Los cazadores colmaron de atenciones a Terrill, pero ella tuvo la seguridad de que ninguno había sospechado su secreto. Aquella noche tuvo el valor suficiente para sentarse junto a la hoguera del campamento en unión de los hombres, y escuchar sus conversaciones. Todos eran gente alegre, la mayoría rancheros o criadores de caballos. Uno de ellos había vivido en las solitarias llanuras de Texas y refirió unas sangrientas historias que pusieron carne de gallina a la muchacha. Otro de los hombres, un ganadero del río Brazos, habló mucho acerca del Llano Estacado y de los indios Comanches. Durante una cacería anterior, este hombre, con otros dos cazadores, había acampado junto al río Rojo y los tres corrieron peligro de ser escalpados por los indios.

-Esos comanches se muestran muy agresivos - dijo mientras movía la peluda cabeza -. Y es la caza de búfalos lo que los está sublevando. Dentro de no mucho tiempo Texas se verá obligada a deshacerse, no solamente de los comanches, sino también de los arapahoes, los kiowas, los cheyennes y los injuns de las llanuras.

-Creo que es demasiado pronto y que nos dirigimos demasiado al Sur para que encontremos comanches - observó otro de los cazadores -. Las manadas de búfalos que vienen del río Grande no habrán llegado todavía al río Rojo.

-Los encontraremos a este lado del Colorado - replicó el cazador de rostro rojo -. Lo que *es* una suerte para nosotros, porque ese río no es fácil de cruzar. Nuestro amigo Lambeth va a tropezar con muchas dificultades para hacerlo.

Terrill podría muy bien haber sido un muchacho, si se tienen en cuenta solamente las sensaciones que experimentó a lo largo de aquella charla en que se habló indiferentemente de indios levantiscos, llanuras traicioneras, ríos peligrosos, desbandadas de búfalos y cosas parecidas. Pero en algunas ocasiones la circunstancia lamentable de que era una muchacha se imponía con fuerza a su imaginación cuando estaba acostada, incapaz de dormir, presa de unas emociones que no conseguía disipar, y, sin embargo, aguijoneada por la maravilla y el deleite de su existencia.

Varios días más tarde, cuando cabalgaba junto a Sambo, a cierta distancia de los otros carros, Terrill creyó oír un algo desacostumbrado.

-¡Escucha, Sambo! - murmuró mientras volvía la cabeza de modo que uno de sus oídos se orientaba hacia el Sur. ¿Habría imaginado que había oído algo?

-No oigo náa - replicó el negro.

-Es posible que me haya engañado... ¡No! ... ¡Otra vez suena el ruido!

-Oiga, señita Rill; supongo que no ha oído una cosa parecida al trueno...

-¡Sí, lo es, Sambo!... Es como el rugido sordo de un trueno. ¡Escucha!

-No lo oigo todavía. E posible que venga una tormenta po ahí.

-Sambo: no puede ser un trueno corriente - exclamó, excitada, Terrill -. No se interrumpe. Sigue sonando, sonando... Se hace a cada momento más fuerte...

-¡Demonio! ¡Ahora lo oigo! - contestó el negro-. Sé lo que *é*. Eso é lo búfalo. É lo búfalo la manada principal, seguro...

-¡La manada principal! ¡Oh, aquel cazador, Hudkins, se ha equivocado, en ese caso! ... Dijo que los búfalos no llegarían aún.

-Vienen corriendo y vienen acá, señita Rill.

El ruido se había hecho más apreciable, mes intenso, más profundo, y tenía un acento amenazador. Lambeth y los caballos de silla se habían perdido tras una nube polvorienta. Terrill creyó que le parecía apreciar un apresuramiento en el galopar de los búfalos, un acercamiento del grupo de bestias enloquecidas, una disminución del espacio que los separaba de los carros.

-¡Oh, Sambo! ¿Es una desbandada? - gritó Terrill, presa súbitamente del temor -. ¿Qué ha sido de papá? ¿Qué vamos a hacer?

-¡No lo *sé*, señita! He oído ota vé una desbandá, pero nunca he visto ninguna. Eto se pone malo. Se pone, se pone. Debemo marcharnos...

Sambo corrió y puso los caballos de Mauree en la misma dirección en que marchaban los búfalos. Luego gritó a Terrill que abandonase su caballo y subiese al carro de la negra.

-Y ¿qué haré con *Dixie?* - preguntó Terrill en tanto que se apeaba.

-Déjele que la siga mientras pueda - respondió Sambo. Y corrió hacia su carro.

Terrill creyó que se vería obligada a montar nuevamente a *Dixie* para poder subir al carro, pero consiguió alcanzarlo y, dando un salto, se elevó hasta él, sin soltarlas bridas. *Dixie* corrió tras el vehículo, tan próximo a él que la joven casi podía tocarlo. Terrill vio que el tronco de Sambo se lanzaba a un galope tendido. El negro no lo contuvo para atemperarlo a la marcha de los caballos de Mauree hasta que estuvo a muy corta distancia de *Dixie*.

Terrill miró con temor a uno *y* otro lado. La manada de búfalos, en filas apretadas, estaba solamente a un centenar de yardas de los caballos. Las bestias, negras o atezadas, parecían moverse hacia arriba y hacia abajo sincrónicamente. La nube revuelta de polvo amarillento y espeso que promovían oscurecía el horizonte. El espacio se llenó de un mar de peludas cabezas y de cascos trepidantes. Fue un espectáculo encantador para Terrill, aun cuando el corazón parecía habérsele subido a la garganta. El ruido sordo se había convertido en un estruendo terrible. Terrill comprendió que la intención de Sambo era situar su carro tras el de Mauree, que era más pequeño, y seguir caminando en la misma dirección que los búfalos, con la esperanza de que éstos abrieran sus filas detrás de él. Pero, ¿durante cuánto tiempo podrían los caballos soportar aquella carrera, aun cuando no tropezasen haciendo volcar los carros? Terrill había oído decir que muchas caravanas habían sido totalmente aplastadas y machacadas en las llanuras por los ejércitos de búfalos enloquecidos. *Dixie* tenía las orejas tiesas, los ojos desorbitados. Si Terrill no hubiera estado cerca de él, manteniéndole asido de la brida, el caballo habría huido.

Muy pronto pudo observar la muchacha que los troncos no podían continuar desarrollando una velocidad igual a la de los búfalos. Aquel trote inicial había quedado reducido a un galope perezoso, y el espacio que los separaba de los cerrados muros de los búfalos había disminuido en una mitad. Terrill vio, con los ojos distendidos, aquellas masas peludas que se aproximaban. Ya no había espacio entre ellas y el carro de Sambo, sino solamente una masa densa, negra, peluda. Los ojos de Sambo se volvieron hasta el punto de que sólo era posible ver el blanco de ellos. Estaba gritando a sus caballos, pero Terrill no pudo percibir ni una sola palabra.

El ruido de las pisadas pareció convertirse en un trueno ensordecedor. El agitado mar de negros lomos devoraba el terreno, tanto que Terrill podría haber arrojado su sombrero sobre las peludas corcovas. Ya no vio las patas movedizas ni los cascos. Cuando comprobó que el creciente paso, el cambio de un trotecillo a un galope frenético, el movimiento de la

enloquecida manada significaba una desbandada y que ella y los dos negros se encontraban en su centro, creyó enloquecer de miedo y de angustia. No podrían salvarse, serían aplastados, convertidos en una pulpa sangrienta e informe. Cerró los ojos para rezar, pero no pudo mantenerlos cerrados.

A continuación, descubrió que el tronco de Mauree se había espantado. El carro se mantenía delante de las bestias en desbandada. Se agitaba y saltaba, y estaba a punto de arrojar a Terrill al suelo. *Dixie* tuvo que incrementar la marcha de los suyos. Los dos caballos corrían impresionantemente, con las lenguas fuera de la boca, los ojos como fuego, todavía sin perder la dirección. Luego, la joven vio que Sam se volvía para disparar contra la negra masa de los búfalos. La roja llama del disparo estalló exactamente ante los rostros de las enloquecidas bestias, que continuaron avanzando con el rumor de un trueno, que amenazaban chocar contra el carro.

Inmovilizada por el terror, agarrada al carro traquetearte, Terrill vio que los búfalos llegaban ya hasta las ruedas del vehículo. Una nube de polvo se elevaba y la sofocaba y medio cegaba. Sambo se desvaneció de su vista, aun cuando todavía pudo continuar viendo los fogonazos de su pistola. No oyó más. Los ojos parecieron obstruírsele. Era como un átomo en un mar. El hedor que desprendían los búfalos le anulaba el olfato. Le pareció que era arrastrada por una corriente impetuosa de agua. Los caballos, los carros, continuaban moviéndose al mismo paso que la desbandada. *Dixie* saltaba con frenesí, algunas veces, hasta hallarse a punto de caer. Exactamente junto a las ruedas, rozándose con ellas, se deslizaban unos monstruos horribles, enormes, peludos; unos monstruos de largos cuernos que seguramente continuarían corriendo, corriendo...

La angustia de la incertidumbre se hacía insoportable. Terrill sabía que muy pronto habría de caer del carro, entre los cascos machacadores. No podría tardar mucho tiempo en suceder. Los caballos caerían, o se detendrían. Y entonces... La pistola de Sam vomitaba fuego entre la nube de polvo. Los muros de ambos lados del carro, los muros constituidos por aquellas masas peludas de carne, caminaban en línea recta, cada vez más de prisa, parecían abrirse... Poco a poco, el espacio se ensanchaba. Terrill se volvió para mirar hacia delante. La manada se había dividido.

La joven vio confusamente un espacio en forma de V que se abría y se ensanchaba.

Terrill perdió la lucidez de sus facultades mentales. Luego, pareció presa tanto de la desesperación como de la esperanza. Pero pudo darse cuenta de que el carro reducía la marcha, se inclinaba de costado, estaba a punto de volcar. Después, se detuvo. Terrill cerró los ojos; estaba a punto de desmayarse.

Mas nada sucedió. No hubo choque, no se produjo el golpeteo de las moles de carne contra el vehículo. Y nuevamente pudo oír la joven. Hasta sus oídos llegó una vez más el terrorífico trueno de las pisadas. El carro se agitaba bajo ella. Y Terrill abrió los ojos. El vehículo estaba detenido, inclinado. Mauree lo había conducido hacia la pendiente rocosa que limitaba la pradera. El tronco de caballos de Sam, envuelto en espuma y polvo, estaba al lado de ella, mientras Sambo, a pie, sostenía las riendas de *Dixie.* A la izquierda de Terrill, la negra masa lanuda continuaba corriendo. A su derecha, nada pudo ver, sino solamente la inclinación de las rocas. Pero comprendió que aquella obstrucción había abierto la manada y los había salvado. Terrill cayó hacia atrás, agotada y ciega por efecto de la abrumadora reacción.

El trueno continuó produciéndose, a cada momento más débilmente. La tierra cesó de agitarse, de vibrar bajo las pisadas de los búfalos. Una hora más tarde, la desbandada se había convertido de nuevo en un murmullo distante y sordo.

-El buen Dió etá con nosotro, señita Rill - dijo Sambo mientras conducía a *Dixie* hacia ella. Después subió al asiento de su carro y, llamando a Mauree, retrocedió entre el polvo, que comenzaba a asentarse, a lo largo de la gran senda. Sin embargo, pasó bastante tiempo antes de que Terrill volviera a instalarse sobre la silla de su caballo. Finalmente, el polvo fue arrastrado por el viento; y entonces pudieron ver, a lo lejos, que Lambeth se encontraba con los caballos.

III

Visto desde la lejana cumbre de la loma oriental, el río Colorado parecía una serpiente verde con una línea brillante en el centro del lomo, que se arrastrase sobre unas llanuras amarillentas y ondulantes. En aquel terreno, unas rayas negras y unas manchas grandes se destacaban con toda claridad bajo la luz de la mañana. Solamente algunas de ellas eran visibles desde el lado norte del río; desde el sur de las orillas, aquellos significativos y sorprendentes contrastes del amarillo y del gris de la pradera se extendían hasta donde la vista podía alcanzar y se desvanecían en la purpúrea oscuridad del horizonte.

Las manchas negras eran búfalos. Había millares de reses en la dispersa cabeza de la manada; y en la ancha masa que se alejaba hacia el Sur, había millones. La anual emigración hacia el Norte había comenzado.

Los cazadores gritaron presas de la codicia. Lambeth con los negros ojos brillantes, corrió atrás para hablar con Terrill. Parecía un hombre diferente al que había sido. El sol, el viento y la acción comenzaban ya a borrar de su rostro las huellas de la adversidad.

-Rill, ¡ahí están! - dijo con alborozo -. ¿Qué te parece esta vista?

-¡Magnífica! - contestó Terrill en voz baja. Estaba viajando junto a Sambo, en el asiento de conducción del carro. *Dixie* se hallaba cojo, y Terrill, después de haber montado los dos caballos de paso más rápido, se alegraba de poder encontrar un descanso a su diario cabalgar.

-Señita Rill, seguramente matará uté su primé búfalo hoy - dijo el negro.

-Sambo, no tengo muchas ganas de volver a disparar otra vez con ese fusil *Henry* - respondió riendo Terrill.

-No lo tuvo uté batante sujeto - explicó Sambo -. Etuvo uté a punto de caé al suelo.

A pesar de que marchaban cuesta abajo, los carros no llegaron junto al Colorado hasta las últimas horas de la tarde. Hudkins, el jefe de la expedición, escogió un recodo arbolado próximo al río para instalar el campamento, un lugar en que la parte despejada del terreno y algunos troncos desgajados demostraban que había sido utilizado con el misma fin anteriormente. Las hojas de los árboles estaban medio desarrolladas, la hierba era verde, las flores se inclinaban con gracia al extremo de unos largos tallos y el río murmuraba suavemente al pie de la pendiente.

-Bueno, ustedes, compañeros, instalen el campamento, en tanto que yo voy en busca de unos solomillos de búfalo - ordenó Hudkins, y se alejó a pasos rápidos con lo que Terrill le había oído llamar su «fusil-aguja». La joven se preguntó qué querría expresar con estas palabras, puesto que el fusil era casi tan grande como un cañón.

Terrill ocupó el asiento del carro y observó a los hombres. La llegada a un nuevo campamento tenía una creciente atracción para ella. Aun cuando aquella vida al aire libre no hubiera sido de su agrado, la habría aceptado con alegría a causa del cambio que operaba en el espíritu y en la salud de su padre. ¡Cuán resueltamente había vuelto el hombre la espalda a la ruina y la aflicción! No era vigoroso, mas, sin embargo, no regateaba su ayuda para realizar la parte de trabajo que le correspondía. Samba era, a pesar de esto, quien aparecía más cambiado. En la plantación, no había sido diferente de los demás trabajadores negros, excepto cuando montaba a caballo. Allí parecía hallarse en su elemento, y la vagancia propia de los cultivadores de algodón había huido de él. Llevaba botas y una especie de *mono.* Sobre sus delgadas caderas se extendía un cinturón del que pendía una pistola. Cuando manejaba un hacha o transportaba los pesados picos, se destacaba la esplendidez de su constitución. Silbaba mientras trabajaba, y, lo mismo que Mauree, era feliz cultivando aquel nuevo género de vida.

El padre de Terrill se acercó a ella; llevaba en las manos el rifle *Henry.*

-Rill, desde ahora en adelante, es preciso que tengas siempre esto contigo, lo mismo cuando vayas a caballo que cuando te acuestes, dondequiera que vayas...

-Pero, papá, tengo miedo de ese condenado chisme - respondió Terrill.

El coronel Lambeth rió, mas se mostró inexorable.

-A medida que nos acerquemos al Oeste, Rill, encontraremos más indios más proscritos, más bandidos y más mejicanos. Y tendremos que luchar para defender nuestras vidas. Red Turner ha estado al otro lado del Pecos, y me ha dicho hoy que es una región bravía... Hay millares de cabezas de ganado, que comienzan ahora a adquirir valor... De modo que debes bajar del carro y comenzar a practicar con el rifle. Ponte una toalla bajo la camisa, donde el rifle te golpea en el hombro.

Terrill acompañó a Lambeth hasta la orilla del río, donde el padre le enseñó cómo debía cargar, sostener, apuntar y disparar el gran *Henry*. Terrill tuvo que apretar los dientes; sin embargo, su padre insistió con tanta firmeza en el hecho de que la joven representaba para él el papel de hijo... La joven disparó cinco tiros, oprimiendo el arma con toda su fuerza y manteniéndose apoyada en algo. El primer disparo fue terrible, pero el proyectil no dio en el blanco. La puntería fue mejor en el segundo y el tercero. Y con los dos últimos acertó el blanco, situado al otro lado del río, con gran satisfacción por parte de su padre. ¡Con cuánta seriedad tomaba el hombre todo aquello! No era una cosa de juego para él.

-Sambo te limpiará el rifle - dijo Lambeth -. Pero debes aprender a hacerlo. Adquiere familiaridad con el arma. Acostúmbrate a manejarla. Apunta muchas veces contra los objetos que veas, aunque no tengas el arma cargada. De este modo podrás aprender a disparar tan bien como si disparases en realidad, y no gastarás tantas municiones.

Hudkins volvió con una parte del lomo de un búfalo, de la cual fueron cortados los filetes, que los cazadores alabaron mucho. Lambeth parecía hallarse tan hambriento como cualquiera de ellos. Todos se alegraron mucho. Uno de ellos sacó una botella de una bebida alcohólica de la que todos participaron. El corazón de Terrill se inmovilizó durante unos momentos. Temió que su padre la invitara a que tomase un poco de aquella bebida. Pero el hombre no sobrepasé los límites de la razón en su obsesión de ver en su hija un muchacho.

-¿Te gusta el solomillo de búfalo? - preguntó alegremente Hudkins a Terrill.

-Tiene una especie de sabor montaraz - contestó Terrill -. Pero me agrada muchísimo.

La muchacha, cansada por los saltos y los vaivenes que había soportado en el asiento del carro, se acostó muy pronto. En su cuerpo había diversos lugares en que le era doloroso tocarse. Y muy pronto se adormiló. Se despertó en varios momentos a lo largo de la noche, cosa desacostumbrada en ella. Un ruido perturbó su sueño en cierta ocasión. Pero el campamento estaba oscuro y silencioso. El débil murmullo de la brisa entre las hojas de los árboles y el susurro del agua no habían sido la causa de que despertara. Y entonces, al otro lado del río, sonó un aullido que le heló la sangre en las venas. Se sentó en el lecho, con los músculos temblorosos, y su primer pensamiento fue que los temidos comanches se disponían a atacar a la caravana. El aullido se elevó de nuevo, pero sonó de un modo diferente. Parecía el ladrido de un perro, mas era infinitamente más profundo, más salvaje, y había en él una nota lastimera. Se produjeron unas respuestas en todas partes, en todo el campamento, y se elevó un coro de ladridos agudos, vibrantes. La joven asoció inmediatamente estos ruidos con los lobos y los coyotes; los cazadores habían dicho que estos animales seguían a los búfalos en grupos numerosos. Por esta causa, Terrill se tumbó nuevamente y escuchó tranquilizada. De todos modos, pasó mucho tiempo antes de que consiguiera reanudar el sueño.

Al fin fue Sambo, y no su padre, quien acompañó a Terrill a que viera los búfalos, y quizás a matar alguno. Lambeth había ido con los cazadores.

-Señita Rill...

-Llámame señorito Rill, negro del demonio! - le interrumpió, medio en broma, Terrill.

-Siempre me equivoco - replicó, contritamente, Sambo -. Bien, señito Rill, no va a sé difícil que mate uté un búfalo. Y el coronel va a está encantao po ello.

Ningún muchacho podría haberse mostrado tan ansioso de matar un búfalo, ni ninguno habría podido tener ni siquiera la mitad del miedo que ella tenía. Hizo trotar a su caballo junto al negro, que marchaba a pie, cargada del pesado rifle, toda ojos y oídos. Vio pájaros y conejos, e inmediatamente se encontró por primera vez en su vida ante ciervos y patos silvestres. Lo que más sorprendió a Terrill fue la excesiva mansedumbre de estos animales. Más tarde,

oyó el estampido de unos disparos lejanos, sobre la pendiente herbosa. Sambo explicó que los cazadores habían comenzado la persecución, y que Terrill vería muy pronto los búfalos a corta distancia.

De repente Sambo la condujo hasta un grupo de árboles y, a través de éstos, la colocó detrás de un tronco, El tronco estaba situado en el recodo del río, y Terrill pudo ver una pendiente que se elevaba desde la orilla del agua hasta donde ella se encontraba.

-Una manada viene, señito Rill - dijo Sambo, en tanto que examinaba su rifle.

-He oído un ruido en el agua - contestó excitada Terrill.

-Sí. Son búfalo... Etán vadeando el río, y saldrán en aquel banco de arena.

De súbito, un animal peludo, gigantesco, se presentó ante su vista, precisamente delante de Terrill. La lengua se le adhirió al paladar. El búfalo era enorme. Otro más surgió del agua, y detrás de él varias docenas de reses de lomo prominente y largas lanas salieron al banco de arena. Algunas eran negras, y otras zainas. A Terrill le pareció ver algunas más pequeñas detrás de las otras. Las oyó resoplar, las vio rozarse unas contra otras y percibió su olor.

-Apoye el rifle ahí, señita Rill - susurró el negro -. Manténgalo apretao, y apunte bajo.

-Pero... ¡sería como matar una vaca! - protestó Terrill.

-Sí, claro es. Pero le gutará a su papá.

-¿No nos atropellarán?

-No, señita, no nos atropellarán. No tenga mieo. Podemo econderno aquí... Recuerde lo que he dicho: apriete el rifle y apunte bajo.

Terrill creyó hallarse acometida por dos emociones diferentes: la más fuerte de ambas la forzó a inclinarse sobre el rifle, a oprimirlo con fuerza, a mirar de soslayo sobre el cañón, apuntar sobre aquella masa moviente, peluda, y a apretar el gatillo. El retroceso del arma la arrojó de rodillas, y el humo la cegó. Luego, el rifle de Sambo resonó.

-¡Oh, me alegraría no haber hecho blanco! - exclamó Terrill.

-No ha sío así, señita Terrill... ¡Mire! ... Aquel búfalo que quiere subí... Etá atravesao... Ya se cae, señita Rill... etá rodando... Ahora cocea... ¿No va uté a mirá, señita?

Terrill quería mirar, pero no podía. Dejó el rifle enequilibrio sobre el tronco en que se había sentado y se frotó contra él la espalda para alejar sus temores.

-¡Mueto! ... Lo do etán mueto... Somo bueno casadore... ¡Lo asomo, señita Rill! ... A su papá le va a encantá.

-¿Dónde están los otros? - tartamudeó, temerosamente, Terrill.

-Shan ío a la otra orilla... ¡Mire, señita Rill! Ese búfalo negro que etá sería de nosotro, é el de uté... ¿No é negro y brillante? Ésa va a sé su piel de búfalo, señita Rill, y ahorita mimo vamo po ella. Vamo a descuartizarlo...

-¡No! - replicó Terrill, todavía agitada y temblorosa, aun cuando ya había reunido el valor necesario para mirar desde detrás del tronco. Allí, escasamente a una distancia de cien pasos, yacía un enorme búfalo negro, que estaba inmóvil sobre la arena. Más allá y a su izquierda, había otro. Terrill experimentó un salvaje placer que al instante fue anulado por una congoja.

-¿Va uté a ayudame a descuartizá ese búfalo de uté? - preguntó el negro.

- ¡Descuartizar... a ese pobre ser...! - exclamó Terrill -. ¡No! ¡No lo haré! Ya ha sido bastante horroroso... el matare.

-Como uté quiera, señita Rill. Pero ya he dicho ante que tendrá que ahogá esa repunancia de las cosa muerta y de la sangre - replicó Sambo filosóficamente.

Luego, ordenando a Terrill que continuara donde se encontraba, se aproximó al búfalo. La joven le miró hasta el momento en que lo vio sacar un ancho cuchillo reluciente y arrodillarse. Después, Terrill se retiré hasta un lugar desde donde no podía ver el banco de arena.

La arboleda estaba silenciosa y soñadora. Terrill encontró pronto un asiento cubierto de hierba, y, reclinándose en la sombra moteada de sol, rodeada de una suave fragancia y de flores de un color azul pálido que la contemplaban desde el follaje, se sintió aliviada

lentamente de la excitación, del miedo y de la repugnancia. Aquel búfalo era el primer ser viviente que ella había matado voluntariamente en toda su vida. Comprendía que las palabras prácticas de Sambo encerraban una verdad, pero no podía aceptarlas. Al fin y al cabo, Terrill no era un hombre, jamás podría serlo.

Las aves, las ardillas y los conejos depositaron muy pronto su confianza en ella. Viendo que nada tenían que temer, se acercaron a ella y la llenaron de alegría con la suave tonalidad de su belleza, con sus voces insolentes y mordiendo la hierba. La joven fue distraída de su contemplación por unos débiles crujidos que se produjeron entre las matas, por un sonido extraño que parecía hacer: *put, put, put, put.* Y luego oyó un graznido. ¡Había patos silvestres cerca de ella! Esto podría ser un acontecimiento. E inmediatamente vio un pavo enorme, bronceado y recubierto de plumas, con una barba purpúrea y una cresta roja. ¡Qué majestuosamente se contoneaba! El animal se detuvo al pie de un árbol para escarbar entre las hojas y la hierba. Otros pavos se presentaron también, algunos de ellos más pequeños, más brillantes, de apagados colores y porte silvestre. Eran las hembras. Se acercaron a Terrill, la miraron con curiosidad y se alejaron haciendo: *put, put, put, put.* Terrill, vagamente contenta, puso la atención sobre otros incidentes menores, y se entristeció cuando Sambo regresó y rompió el encanto del momento.

El negro llegaba inclinado bajo una pesada carga. -Señito Terrill, ¿dónde etá uté? - gritó.

Terrill se puso en pie y, cogiendo su rifle, corrió al encuentro del negro.

-¡Ah! Ahí etá uté... Tenía miedo a que se la hubieran llevao lo comanche... Aquí etá su abigo... Mire, señita.

La pesada y negra masa cayó al suelo con un ruido sordo. Sambo abandonó el rifle y extendió la magnífica piel de búfalo sobre la hierba. Terrill no acertaba a dar crédito a sus ojos.

-No la hay má fina que éta - declaró Sambo -. Ahora, señita, coja mi rifle para que yo puea cargá esta condenada y pesada piel y llevaba al campamento. Luego vendé a buscá la carne.

Muy pronto se encontraron en el campamento, del que habían permanecido ausentes solamente unas pocas horas. Mauree estaba todavía sola. Cuando el negro extendió la piel y exaltó la proeza de Terril, la negra movió repetidamente los hermosos ojos.

-¡Po amó de Dió! ¿Lo ha hecho uté, Rill? Etoy sorprendía... Sí, lo etoy... Y etoy triste... de que un condenao riego, un inútil eposo mío, la haya convertío en un mataor...

Varios de los cazadores regresaron hacia media tarde para enganchar los carros y dirigirse con ellos a recoger los productos de su caza. Lambeth, cubierto de polvo, llegó al anochecer. Su caballo estaba agotado. Lambeth llevaba las manos y el rostro cubiertos de barro. Gritó pidiendo agua, y cuando se hubo lavado, vio la gran piel de búfalo que Sambo había extendido con todo cuidado donde pudiera atraer inmediatamente la atención.

-¡Eh, caballista del diablo! - exclamó -. ¿Has estado cazando tú también?

-Sí, serió. Sí, coronel, he estao. ¿No é una piel muy hermosa?

-La mejor que he visto en toda mi vida - declaró Lambeth mientras pasaba la mano sobre la brillante piel. - Y, además, la más grande... Oye, Sambo, tendrás que regalármela.

-Lo siento mucho, coronel - contestó Sambo mientras negaba con un movimiento lateral de la ensortijada cabeza -. Pero no puedo hacelo.

-Supongo que se la habrás regalado a Terrill, ¿no es cierto?

Sambo negó solemnemente con la cabeza.

-No, serió. La señita Rill mató el búfalo que tenía esa piel. Sólo un disparo, coronel. Era el búfalo má grande de toa la manáa.

-¡Terrill!

-Di, papá - contestó Terrill, saliendo de su escondite.

-¿No me está tomando el pelo este negro? ¿Has matado tú un búfalo?

-Sí, papá - respondió Terrill con indiferencia -. Es como matar una vaca. No creo que

los cazadores de búfalos tengan algún mérito.

Lambeth lanzó un grito de alegría y dio a Terrill un tremendo abrazo. Cuando regresaron los otros cazadores, el hombre pregonó orgulloso la proeza de Terrill, que inmediatamente fue proclamada la más importante de todas las de aquel día. Diecinueve búfalos, elegidos a causa de sus pieles, habían sido muertos por la partida, todos los que en realidad podían ser desollados y cargados en la jornada. No querían dejar la carne en el campo para que la devoraran los lobos. Lambeth era el autor de la muerte de tres de las reses, lo que le alborozaba. Adoraba la caza, y jamás se había entregado a ella con la intensidad que en aquellos momentos le parecía posible. Si el campamento había sido un lugar lleno de alegría antes, aquella noche fue un verdadero circo para Terrill. Los cazadores tomaron demasiadas bebidas de los jarros, quizá, pero ninguno dejó de mostrarse alegre. Estuvieron desplegando y estaquillando las pieles hasta medianoche.

-La vida de cazador me seduce - dijo, cantando, Hudkins -. Es una lástima que con un solo día más cacemos todo lo que es posible cargar en nuestros carros. Hasta ahora, todo ha sido demasiado fácil.

A la mañana del tercer día, a partir de este triunfal principio, los cazadores se hallaban dispuestos para regresar a San Antonio. Los caballos de Lambeth tomaron la dirección del oeste del Colorado. Allí se separaban los caminos de los cazadores y de los colonizadores. Para Lambeth, el verdadero viaje comenzó a partir de aquel campamento.

-Siga esa dirección y no se separe de ella... Cuatro días..., ochenta millas hasta el río de San Saba... - le indicó Red Turner -. Luego, tuerza hacia el Oeste y lleve siempre bien abiertos los ojos.

Fueron muchos los adioses y saludos de despedida que dirigieron a Terrill, algunos de ellos procedentes del viejo tejano, Hudkins, quien pronunció unas palabras que Terrill no habría de olvidar nunca.

-Adiós, hijo... No te separes jamás de ese rifle ni de tus rizados cabellos.

IV

Aun cuando Lambeth se había separado del río Colorado, no por ello se vio libre de los búfalos.

Durante aquel día la caravana fue frecuentemente detenida por manadas de las grandes reses lanudas. Estas reses pastaban, a medida que caminaban. Cuando los caballos y los carros se acercaban a una pequeña manada, los búfalos se desviaban hacia delante o hacia atrás, al trote, y luego regresaban al lugar en que se hallaban para continuar pastando. Pero una gran cantidad de reses obstruía el camino; lo único que los viajeros podrían hacer era esperar hasta que hubieran pasado.

Los búfalos se encontraron más de cien veces al alcance de los disparos de los rifles, y se cuidaron menos de los viajeros que los viajeros de ellos. No eran salvajes. Las irrupciones inconstantes de los cazadores no producían efecto sobre ellos.

Los caballos se acostumbraron a la presencia de las reses y cesaron de atemorizarse o de encabritarse al verlas. *Dixie* era el único que estiraba las orejas cada vez que se hallaba ante una hilera de búfalos separados de la manada principal. Sambo casi se dormía manejando las riendas. Lambeth marchaba al frente de la pequeña caravana, convertido en un verdadero escucha. Terrill cabalgaba a *Dixie* por espacio de muchas horas, y luego volvía a sentarse en el carro, junto al negro.

Fue estando en el carro cuando encontraron el mayor contingente de búfalos que hasta entonces habían visto.

-No van a rodeó - observó Sambo -. Y si el coronel no tiene cuidao, va a quedó separao de nosotro.

-¿Hay todavía peligro, Sambo? - preguntó ansiosamente Terrill, en tanto que observaba las movientes hileras de reses, tras las cuales se veía una compacta masa negra Parecen muy mansos e inofensivos.

-Creo que no tie uté por qué preocupase. La manáa prinsipal está en el Sú.

-¡Dios mío! Si no es ésta, ¿cómo es la manada principal?

-Una cosa nega, nega, nega hasta donde alcansa la vista... ¡Mire! Ya ha pasao lo que desía. Su papá ha quedao aislan de nosotro.

Lambeth, con los caballos de silla, estaba lejos, delante de los carros, y las hileras de búfalos se interpusieron entre él y los vehículos. Luego, otra hilera se corrió hacia detrás de los carros, y Terrill pudo ver inmediatamente que estaban rodeados de reses. El ancho cinturon de lomos negros y movientes que se hallaba entre ella y su padre se ensanchó hasta ocupar una media milla de terreno. Sambo bajó del carro para retroceder y asegurar a Mauree que no había peligro. Sin embargo, Terrill no podía creerlo. No obstante, sus temores comenzaron a apaciguarse al ver que nada sucedía, no siendo el continuo paso de búfalos hacia delante y hacia atrás. La manada se dividía a un centenar de pasos ante los carros, y las dos ramas que la componían continuaban avanzando, fluyendo como una corriente. Terrill no pudo dejar de estremecerse al pensar en la posibilidad de que se originase una desbandada. Pero el manso trueno de la marcha siguió produciéndose sin consecuencias. El polvo llenaba el aire, *y* un fuerte olor se extendía por la atmósfera.

Tardó una hora en pasar aquel ramal de la manada. Sambo reanudó la marcha. Cuando el polvo se hubo desvanecido pudieron ver que Lambeth estaba esperándoles con los caballos cogidos de las bridas, y que en la llanura no había obstáculos. Detrás de ellos, y en dirección sur, rodaba la lenta nube de polvo que se aquietó pronto de modo que la negra masa de los animales pudo destacarse nuevamente ante el gris de la llanura.

Desde entonces en adelante volvieron a encontrar desperdigados grupos de búfalos, con los que se cruzaron, hasta que al fin, a la hora del crepúsculo, supusieron que toda la manada había pasado ya. La ondulante pradera era igual por todas partes, por doquier parecía la misma, no siendo por la ligera pendiente que se elevaba hacia el Oeste. Lambeth desapareció tras la cumbre de un monte, y cuando el carro de Terrill llegó a la misma altura, la joven vio una extensión pantanosa y rodeada de sauces, donde su padre había decidido acampar aquella noche.

La sombra comenzaba a cubrir la tierra cuando Sambo llegó junto a los sauces en que Lambeth estaba trabando los caballos. Terrill continuó un momento más en el asiento. Los peligros del día habían pasado. Los coyotes ladraban al otro lado del pantano. Una melancólica soledad envolvía el lugar. Las semanas que dejaba detrás de si la parecían años a Terrill. Los antiguos recuerdos se desvanecían. La joven suspiró al pensar en ellos, pero dio la bienvenida al porvenir con ansiedad. ¡Qué vida y qué trabajo le reservaba...! Terrill saltó del carro, conocedora de un rompimiento sutil, de una separación, como si algo se hubiera interpuesto entre ella y la vieja casa. Había llegado la ocasión de que adquiriese conciencia de su deber, de que prestase inteligencia y energías a la gran labor que su padre se había impuesto.

El sonido del hacha de Sambo a la hora del alba gris fue la señal para que Terrill se levantase y comenzase a vivir el día pletórico de acontecimientos. Sambo la miró sonriente y moviendo sus ojos de buey.

-¿Po qué se ha levantan tan ponto, señita Terrill?

-Para trabajar, Sambo. Quiero ayudar a mi padre en su labor de colonización, ser vaquero... No vuelvas nunca a llamarme señorita Rill, negro: soy un hombre.

-¿Lo é? Bueno, eso é muy grasioso. ¿Cómo se la ha arreglan uté pa sé un hombre?

Terrill se quedó cortada al oír la llegada de su padre, que los había oído. En los ojos del padre había una llama que quemaba la tristeza que los había ensombrecido. El beso que dio a Terrill representaba una decisión. Jamás volvió a besarla de nuevo.

El rosado crepúsculo los encontró cuando se dirigían en dirección al purpúreo

horizonte. No había camino. Lambeth siguió su recorrido trazando un zigzag sobre la pradera, para escoger las zonas más lisas del terreno, evitando las barrancas y los lechos de los arroyos.

El verano había llegado a la campiña. La amarillenta grama sobresalía del tapete de verdor. Las flores brotaban en los lugares abrigados. Los ciervos corrían en las cercanías de los arroyos, y en las proximidades del agua surgía una vida variada.

Aquel día la inmensidad de Texas y el valor de la soledad se grabaron para siempre en el corazón de Terrill. La pradera ondulaba por todas partes, llena de una infinita soledad. Los animales silvestres, los halcones y los cuervos, las negras nubes de palomas que pasaban cerca, las borrosas y oscuras líneas que se marcaban detrás del valle del Colorado..., todo eso servía para aumentar la impresión de soledad.

Hora tras hora las ruedas de los carros marcaron sus huellas sobre el fértil terreno, y la purpúrea distancia parecía siempre la misma. Terrill cabalgó a *Dixie,* guió el carro de Sambo, hasta caminó a pie frecuentemente, pero nada de esto cambió para ella la eterna monotonía de las llanuras de Texas. La joven se olvidó de los comanches y de otros peligros de que había oído hablar. Y en algunas ocasiones llegó a experimentar la impresión de que se había apoderado de su imaginación una vacuidad furtiva que duraba no sabía cuánto tiempo. Era una cosa extraña y hermosa. Pero durante la mayor parte del tiempo la muchacha escuchaba, veía y sentía.

El día siguiente era siempre igual al anterior; Terrill terminó por perder cuenta de los días y de su paso. Solamente podía recordar algunos acontecimientos, tales como la lluvia que la caló por completo, lo divertido que le resultó el secarse bajo los rayos del sol, el duro viento que les azotó el rostro durante un día entero y el peligroso y dudoso cruce de un banco de arena de cierto río, que Lambeth afirmaba que era el Llano, y que Red Turner sostenía que era uno de los tributarios del Colorado, al que se unía al sur de Saba.

Por el lado norte del Llano cruzaron una carretera que corría de Este a Oeste. Lambeth vaciló durante mucho tiempo ante ella. Una carretera conduce siempre a alguna parte. Pero al fin decidió seguir hacia el San Saba.

Los lugares secos donde acampaban se alternaban con otros en los que abundaban la hierba y el agua. Por la noche, ante la hoguera, Lambeth y Sambo solían discutir el creciente problema. A medida que salían del amplio valle, los manantiales y los arroyos se hacían más escasos. Muy pronto se verían obligados a seguir su viaje por carreteras, junto a los ríos, lo que entrañaba unos riesgos mayores que los que hasta entonces habían encontrado. Los comanches estaban instalados en lo alto del Llano Estacado, los kiowas un poco más hacia el Norte, y los apaches de Jicarillo al Oeste.

-Sí, señó - afirmaba Sambo en relación con un peligro inevitable -. É una cuetión de suete, coronel. Pero Texas é casi tan gande como toa Yanquilandia.

Era el mes de julio cuando llegaron junto al San Saba, un río hermoso que regaba una bella región que el coronel no quería abandonar. Avanzando hasta la orilla izquierda, llegaron a un cruce. Allí se hallaba la carretera que Red Turner había dicho que encontrarían. Sobre la carretera había huellas de vehículos. Siguieron este camino por espacio de varios días y, al fin, en el lugar en que la bifurcación del Saba y sus afluentes indicaba la dirección de los nacimientos, vieron ganados en la pradera.

Acamparon cerca de un rancho a la hora del crepúsculo. Lambeth trabó amistad con el ranchero antes de la llegada de la noche. Se llamaba Hetcoff y procedía de Missouri. Tenía vecinos, pero eran pocos y distantes. Nadie molestaba a sus ganados, pero le era difícil substraer sus caballos a los merodeos de rapiña de los comanches. A Lambeth le aconsejó que se instalara en algún lugar próximo al San Saba, donde existían grandes probabilidades de prosperar. En Menardsville, a un día de camino en dirección oeste, había una fusión de carreteras y un lugar que en días no lejanos estaría densamente poblado. El Llano Estacado era, en dirección norte, una extensión estéril conocida solamente por los salvajes, y que debía ser evitada por los hombres blancos. Una carretera que había sido construida por los españoles

a través de las arenosas extensiones, había sido causa de la muerte de muchos colonizadores. Hetcoff conocía poco de la región del Pecos, pero este mismo nombre llevaba en sí un significado siniestro.

Terrill se excitó ante la perspectiva de llegar de nuevo a una ciudad. Pero Menardsville constituyó una decepción para ella, puesto que se componía sólo de algunas casuchas de adobe rodeadas de vastas extensiones de terrenos de pasto. Un tejano, llamado Bartlett, tenía allí un establecimiento comercial, para el que recibía mercancías de tarde en tarde. Se dedicaba, también, al tráfico de ganados, negocio que por aquellos días parecía ser muy prometedor para un futuro no lejano. El ganado abundaba mucho y estaba muy barato.

Lambeth se detuvo en Menardsville por espacio de una semana, descansando, comprando provisiones, reparando las guarniciones, adquiriendo informaciones. Cuando abandonó aquel lugar llevaba ambos carros cargados hasta no poder más.

-Una buena presa para los comanches - aseguró Bartlett.

Terrill seguía ocupando el más pequeño de los dos carros cubiertos de lonas, pero disponía de menos espacio y comodidades que anteriormente. El viento *y* el sol ya no le ocasionaban sufrimientos, y se había hecho más fuerte y más dura. No perdió peso porque estaba en *la* época de su crecimiento. El crecimiento de su talla y el desarrollo de su organismo la favorecieron para su enmascaramiento. Algunas veces solía mirarse con triste asombro las manos, que aún conservaban su delicada forma, pero que se habían endurecido a causa del trabajo y se habían cubierto de callos en las palmas y de una coloración tostada en el anverso. De vez en cuando *se* cortaba los rebeldes y rizados cabellos, aun cuando nunca los dejaba demasiado cortos. Y en ocasiones se afligía al ver el adelgazamiento de sus mejillas y la creciente tosquedad de su piel, cosas que otras veces había deseado; también se entristecía al ver la expresión de los ojos azules que la miraban gravemente desde su espejito de mano.

La carretera que Lambeth escogió para continuar el viaje desde el oeste de Menardsville se dirigía hacia el Noroeste a través de una región dificultosa, estéril y abundante en ganados. Los colonizadores se habían instalado en ella, y unos cuantos ranchos, anteriores a la guerra, acumulaban una cantidad de reses mayor que la que se tomaban la molestia de marcar.

Lambeth decidió comprar una cantidad de ganado que fuese suficiente para constituir el núcleo de una gran vacada. Wakefield, un ranchero que ni siquiera sabía cuántas cabezas de reses de cuernos largos poseía, vendió a Lambeth las que quiso y a su propio precio, y le prestó una pareja de vaqueros para que le ayudasen a conducirlas. Su consejo fue contrario a la región del Pecos.

-Es el mejor terreno para los ganados - dijo -; pero solitario, duro; y atraerá muy fácilmente a los ladrones de reses.

Terrill experimentó una impresión singular al ver desde cerca por primera vez un novillo de cuernos largos. Las enormes astas de forma de arco habían dado el nombre a aquella raza de reses mejicanas, y se sobreponían a las restantes características del animal. Terrill estaba destinada a conocer por experiencia la verdadera naturaleza de aquel ganado. En un solo día se convirtió en un verdadero vaquero.

Lambeth acrecentaba su manada en cada rancho por el que pasaba; y después de una noche de parada, había siempre alguna res que se escabullía, a pesar de la guardia, *y* regresaba a su punto de procedencia. Sin embargo, la vacada crecía, y las dificultades de conducir la gran cantidad de reses de largos cuernos aumentaban proporcionalmente. Como es natural, esta circunstancia redujo su avance diario hasta menos de un cuarto de lo que en principio había sido.

El fin de agosto sorprendió a la caravana de Lambeth cuando en unión de su ganado llegaba a las malas tierras del oeste de Texas. La caravana bordeó el límite del Llano Estacado, una región árida, sin árboles, sin agua, arenosa, todo lo cual hablaba elocuentemente de su destructora naturaleza.

Los viajeros encontraron a un colonizador que vagabundeaba en busca de un lugar en

que instalarse, y a quien salvaron la vida. El aspirante a colonizador había cruzado la árida meseta desde el Panhandle, no sabía cómo ni desde dónde. Se alegró de unirse a Lambeth, y ayudó a cuidar de la creciente vacada. Pues los novillos de Lambeth, que avanzaban lentamente y se los atendía tan bien como era posible, habían comenzado a recoger reses de las que se encontraban a lo largo de su camino. Lambeth no podía evitarlo. Todavía no tenía una marca propia. Por esta causa no le era posible separar de su manada las cabezas que había comprado y pagado, de las que se unieron a ellas durante el viaje por propia voluntad. De este modo se convirtió en un ladrón de ganados inocente, circunstancia contra la cual le puso seriamente en guardia Wakefield, y, luego, el ranchero había borrado la dureza de sus palabras al añadir riendo que no existía ningún ranchero que en algún período de su vida no se hubiera apoderado, sin poder evitarlo, de ganados que no le pertenecían.

Los dos vaqueros prestados trabajaban tan intensa y tan continuamente, que Terrill se ponía en contacto con ellos en muy contadas ocasiones. El mejicano era un hombre de ojos negros, atezado, ya no joven, silencioso y taciturno, con quien resultaba difícil entablar conversación, y más difícil crear una amistad. El vaquero blanco era un tejano típico, criado en las llanuras. Era rudo y grosero, y sin embargo, digno de estima y admiración para Terrill. La joven aprendió mucho observando a los dos hombres. En el último rancho, Lambeth había añadido un muchacho a la caravana, la obligación del cual consistía en guiar el carro grande mientras Sambo ayudaba a cuidar los ganados. No hubo día alguno en que Terrill al despertar no esperase descubrir que todas las reses hubiesen desaparecido. Pero los novillos continuaban marchando con la caravana, sin dejar de encontrar al final de cada jornada pastos y agua. Las frecuentes lluvias y las tormentas de verano favorecieron el viaje sobre la tierra crecientemente árida.

Llegó septiembre. O así supuso Terrill por lo menos. Y con septiembre, llegaron las noches frescas y las madrugadas con escarcha. Terrill permanecía en muchas ocasiones vigilando los ganados en compañía de su padre durante la noche. Aquéllas eran unas horas maravillosas. El vaquero mejicano solía cantar, quizá para las reses, unos cantos bravíos y extraños, cantos de tierras españolas. Mientras el ganado descansaba y dormía, los guardianes lo vigilaban por turnos de cuatro horas: Sambo y Steve, el vaquero blanco, alternaban con Lambeth y el mejicano. Terrill cumplía sus deberes, que hasta entonces habían consistido solamente en prestar guardia. Como si la suerte lo hubiera dispuesto, en ninguna ocasión huyeron las reses.

Durante días sin fin, las opacas cumbres azuladas atrajeron la atención de Terrill hacia unas montañas más opacas y azules que, como fantasmas, se elevaban sobre el brumoso horizonte. Steve dijo que aquellas montañas se hallaban al otro lado del Pecos y que debían de ser las Guadalupe. Por lo tanto, las azules cumbres eran las que rodeaban el Pecos

La llanura, blanco amarillenta, ondulaba e iba en busca de aquellas tierras en pendiente. Y la desnuda inclinación del Llano Estacado se alejaba imperceptiblemente. Lambeth había tenido mucha suerte al encontrar lechos de arroyos para seguir su curso. Las reses pastaban y avanzaban alrededor de una docena de millas cada día, e iban reduciendo la marcha a medida que llegaban a terrenos más difíciles y estériles.

¡Octubre!

La caravana de Lambeth se encontró perdida en una región desamparada y desolada. No había marca alguna, ni cotos, no había huellas que seguir... Solamente las que conducían hacia el Oeste. Y durante más de la mitad del tiempo era imposible seguirlas a causa del carácter de la región.

Las cumbres azuladas que habían visto desde lejos eran la zona rocosa a través de la cual seguía el Pecos su solitario curso. A Lambeth se le había informado de que llegase junto al río donde mejor pudiera y que se dirigiera luego hacia el Oeste, en dirección al cruce de Cabeza de Caballo, un vado construido por los españoles un centenar de años antes.

Cuando la situación comenzaba a tomar un aspecto grave, se encontraron de pronto en

el manantial de Flat Rock, lo que les proporcionó un alivio, y después de haber acampado dos veces, en zonas secas, llegaron hasta el de Wild China. Desde allí, la confusa carretera se desvanecía entre las rocas. Pero el vaquero mejicano, sobre quien habían cargado la responsabilidad de dirigirlos, se orientaba con facilidad y los dirigía confiadamente.

La hierba crecía en abundancia en los inclinados cerros, mas estaba tan desperdigada en pequeñas zonas, que la manada tenía que extenderse para pastar. Esto redujo aún más la marcha de la caravana. No obstante, Lambeth continuaba avanzando con inagotable optimismo. Tenía una visión del porvenir que no podía ensombrecerse. Animaba a sus hombres con la promesa de una recompensa, y realizaba milagros de trabajo, insospechables en un hombre que había sido plantador en el Sur. La aventura no podía devolverle su juventud, que era una cosa perteneciente a un pasado irrecuperable, pero incrementaba su energía y su fortaleza.

En lo que se refiere a Terrill, los siete meses de vida al aire libre la habían transformado físicamente. Estaba en su elemento cuando se hallaba sobre la silla del caballo o el asiento del carro. Los largos días bajo el sol resplandeciente, o entre el viento agotador, cargado de polvo y de arena, o de lluvia y de frío; las largas noches de vigilancia, cuando los lobos aullaban y los coyotes gemían; las largas cabalgadas sobre pendientes rocosas para encauzar a los díscolos novillos..., todo esto formó parte de las jornadas de Terrill Lambeth.

El mejicano perdió el camino nuevamente. Pantanos que cruzar, arenosos y resbaladizos; el ganado, que debía pastar; barrancas que a veces se profundizaban y convertían en desfiladeros; rodeos y desviaciones..., todo esto contribuyó a desorientar al guía. Lambeth prefería reunir el ganado por la noche entre una de las gargantas o en alguna hondonada entre dos montes. Las cimas de las elevaciones eran lugares menos favorables.

Caminaron durante dos días sin agua, excepto la cantidad necesaria para los caballos. El ganado comenzó a sufrir las consecuencias, y resultó más difícil de manejar y contener. Los viajeros tuvieron muy poco descanso y no pudieron dormir. Al día siguiente, descendieron desde una elevación hasta un camino perfectamente definido que procedía del Sur. La lluvia había borrado casi por completo las huellas de los cascos de los caballos, que debían de ser muy antiguas.

Lambeth quiso girar hacia el Sur. El vaquero movió la cabeza negativamente.

-Muy malo, señor. Mucho seco. Agua, mañana. Río Pecos - dijo, medie en inglés, medio en español, mientras señalaba hacia el Norte.

Pero la noche siguiente los sorprendió en una mala situación. ¡Sólo les restaban dos cántaros de agua! Los caballos *se* hallaban en muy mal estado. Las reses comenzaban a tumbarse a lo largo del camino. Un día más sin lluvia o sin encontrar agua significaría la ruina, la destrucción del ganado. Y significaba, también, un trabajo y unos sufrimientos horribles, probablemente la muerte, para los viajeros.

Terrill recordó sus plegarias aquella noche, y el rostro de su madre se le presentó en sueños.

Lambeth hizo que la caravana se [p]usiera en marcha al romper el día, con la esperanza de hallar agua antes de la puesta del sol.

La carretera penetraba más profundamente en el páramo de cactos y piedras, de tierra gris y secas hierbas. Sin embargo, aunque no en abundancia, había hierba... El ganado, no obstante, ya no pastaba.

A pesar de la peligrosa situación, la buena suerte de Lambeth parecía no haberse eclipsado por completo. Antes do que el sol comenzase a calentar, unas densas nubes lo oscurecieron. Los viajeros, alentados por la esperanza, continuaron obligando implacablemente al ganado a caminar.

El sombrío dosel que se extendía sobre el cielo armonizaba perfectamente con la extraña y agreste región, que a cada milla parecía aumentar las peculiaridades que en él eran características.

Terrill, conduciendo el carro más pequeño, advirtió cierta creciente inquietud en la

manada. Las reses habían estado avanzando fatigosamente, con las cabezas inclinadas, las lenguas colgantes, casi agotadas. De repente, un ardor pareció acometer a toda la manada. Acá y allá mugió una vaca. Las reses convirtieron su lenta marcha en un trote. El mejicano y el otro vaquero, que se hallaban ante ellas, no pudieron detenerlas. En apariencia, ni siquiera lo intentaron. Ambos hacían gestos desesperados a Sambo y Lambeth, que iban *a* retaguardia. Terrill supuso temerosamente que algo desagradable sucedía. ¿Cómo terminaría aquella terrible jornada?

Después, el ganado, como acuciado por una común y repentina energía, se desbandó, entre una nube de polvo, y desapareció. Lambeth continuó su marcha con la cabeza inclinada sobre el pecho. Sambo se acercó a él como con ánimo de consolarle por la pérdida.

Caminaban cuesta abajo. Terrill había tenido que refrenar a los caballos, que también parecían acometidos de un impulso de fuga. En al lejanía; donde se dibujaba una nube de polvo, una línea desigual de rocas y de cumbres se erguía hacia el sombrío cielo. Terrill no podía ver lo que se hallaba a nivel de tierra. ¿Dónde estaría el ganado? ¿Qué le habría asustado? Se había ido... y con él la esperanza. Ya había concluido la ansiedad creada por las interminables semanas de conducir y guardar los novillos cornalones. Un deber más duro se erguía ante Lambeth: el de salvar los caballos y las vidas de los viajeros.

Terrill se sintió hundida en un abismo de desesperación. Hasta entonces no perdió la esperanza, pero, al fin, sucumbió. La suerte de los viajeros estaba destinada a ser la misma de tantos y tantos otros expedicionarios que se habían perdido en aquellas tierras, olvidadas de.. Dios, encandilados por el sueño de los colonizadores. Sería preferible que hallasen una muerte pronta y digna a manos de los comanches.

Terrill se había unido a su padre y a Sambo cuando vio que el mejicano se volvía, se ponía las manos ante la boca a modo de bocina, y gritaba. Pero no pudo entenderle. No tuvo, tampoco, necesidad de entender sus palabras para comprender que un nuevo peligro les amenazaba. Después, varios extraños jinetes aparecieron junto un arroyo. Al principio Terrill temió que fuesen indios; tan flacos, tan oscuros y tan salvajes eran sus caballos.

Hasta que el jefe avanzó unos pasos, no pudo darse cuenta Terrill de que eran hombres blancos. Pero ¡qué siniestros! El jefe, que se había adelantado a los demás, tenía un aspecto sospechoso. No llevaba rifle sobre la pera de la silla. El vaquero, que marchaba al lado de Lambeth, detuvo su caballo.

-Serió, ése é un ladrón de ganados, sin duda - dijo Sambo -. No va a robá, seguro, no va a robá...

El jinete se aproximó y se detuvo a pocos pasos de los carros. De repente, con un estremecimiento violento, Terrill lo reconoció. ¡Pecos Smith! ¡El joven tejano que había salido andando hacia atrás de una taberna de San Antonio con una pistola en cada mano!

-¿Quiénes son ustedes, y qué hacen aquí? -preguntó concisamente mientras inspeccionaba a todos los viajeros con una mirada que, finalmente, volvía a poner sobre Lambeth.

-Me llamo Lambeth. Nos hemos perdido. Y mi ganado ha huido a la desbandada - contestó Lambeth.

-¿Adónde iban ustedes cuando se perdieron?

-Íbamos al cruce de Cabeza de Caballo, del Pecos.

-Llevan ustedes una dirección contraria. Cabeza de Caballo está al este de aquí.

-Nos dijeron que continuáramos hacia el Norte, lo mismo si seguíamos el camino que si lo perdíamos.

Evidentemente, el jinete tenía ciertas dudas respecto a los hombres que veía ante sí. Finalmente, llamó a Sambo.

-Negro, apéate del caballo, y ven aquí.

Sambo obedeció a toda prisa.

-¿Dónde diablos te he visto antes de ahora?

-No lo sé, señó, pero yo tambié le he visto a usté - contestó Sambo.

-¿No habrá sido en Santone?

-Sí, señó. Yo estaba fente a una taberna y uté me dijo que me fuera.

-Creo recordarte - replicó el jinete; y volvió a dirigir la atención hacia Lambeth -. Pero eso no prueba nada, Lambeth: es posible que no haya motivo para dudar de usted; pero no sucede lo mismo con este vaquero. ¿Cómo es que viaja usted con él?

Lambeth explicó que el mejicano le había sido prestado por un ranchero para que le acompañase en su viaje al otro lado del Pecos. Y añadió con energía

-Soy el coronel Templeton Lambeth. ¿Por quién me ha tomado usted?

¿Cómo está usted, Pecos Smith? - dijo con voz fuerte Terrill, que creyó que en aquel momento su intervención podría contribuir a suavizar la tirantez.

-Bien... Y ¿quién eres tú? - exclamó el jinete sorprendido, al fijar sobre ella la mirada de unos ojos que parecían dos taladros.

-Este señor es mi padre.

-¡Ah! Y ¿de qué me conoces?

-Soy la... el muchacho a quien tiró usted al suelo... aquel día... en Santone... cuando saló de la taberna... Me mandó que fuese en busca de su caballo... Y añadió que solamente había arrancado a un hombre la oreja..., que le quedaba colgando... como la de una liebre.

-¡Demonios! - exclamó el caballista -. Sí, ahora te recuerdo; pero has cambiado mucho, muchacho -. Luego se volvió de nuevo hacia Lambeth -. Venimos siguiendo a una cuadrilla de ladrones desde Río Grande. Supusimos que podrían haberse encontrado con alguien que llevase carros... Lamento mucho haberle molestado, Coronel. Dé vuelta a los carros, y le guiaré hasta el cruce.

-¿Está muy lejos? - preguntó Lambeth con ansiedad.

-Si tenemos en cuenta el estado de esos caballos..., sí, está bastante lejos. Creo que apenas podrán llegar hasta allá.

El recorrido que hicieron a continuación probó a Terrill que si no hubieran sido guiados hacia el exterior de aquel laberinto de barrancos y de lomas, se habrían vis= to irrevocablemente perdidos. Aun, así y todo, los cansados caballos fueron conducidos con dificultades hasta el borde de una hondonada. El jinete permaneció sobre su caballo en espera de la caravana, que avanzaba lentamente, y cuando hubo llegado, dijo:

-¡El río Pecos!

Y señaló abajo.

Los que iban a caballo galoparon con frenesí al oír su llamada. Terrill, mientras exhalaba un sollozo de agradecimiento, impulsó los caballos del carro hacia delante. Sambo se apeó y se volvió para hacer señas de llamada a la joven. Terrill tuvo que hacer un violento esfuerzo para que los caballos *se* detuvieran junto a los jinetes.

-El bué Dió ha tenío piedá pa nosotro - dijo Sambo; y se apresuró a correr al encuentro de Mauree. -Rill... nos ha guiado... ¡al río! - exclamó Lambeth con profunda emoción -. Mira, allá está el cruce de Cabeza de Caballo..., del Pecos..., *y* mira allá..., ¡el ganado!

Desde una altura Terrill dirigió la mirada hacia abajo. Exactamente en aquel momento un sol débil se filtraba a través de unas nubes parduscas y comenzó a brillar el serpenteante río de plata que formaba un recodo de la forma de la cabeza de un caballo. Salía de una espesura verde y, probablemente provenía de un boquete abierto en la mole gris de una distante montaña.

El ganado que iba delante había llegado ya al agua. Había sido el olor del agua lo que originó la fuga de la manada. La tierra de los bancos parecía blanca a la luz del sol.

Terrill contuvo la respiración. La alegría que le produjo su liberación, la había cegado para algo que aún no acertaba a comprender, pero que la acometió con un golpe violento. La joven volvió la mirada hacia su padre y los demás jinetes. Pecos Smith comenzaba a alejarse.

-¡Adiós, y buena suerte! - gritó mientras emprendía un galope.

La voz de Sambo sonaba desde detrás, donde estaba hablando alegremente con su esposa.

A lo largo de aquel camino, y que con toda seguridad habría sido en otros tiempos muy frecuentado por los viajeros, había largas hileras de huesos y cráneos de animales. Caballos, ganados..., huesos, huesos... En lo alto de una roca, se dibujaba espectralmente la cabeza de un novillo, con sus largos cuernos... Era la primera indicación que se hallaba en el cruce. El lugar era desolado, gris, solitario, inhabitado, aun por las fieras de las colinas y las aves de las alturas. Se extendía a lo lejos hasta la infinitud. En el lado este se elevaba una raya pálida ; posiblemente el Llano Estacado,

Pero era el Oeste lo que atraía la mirada y la atención de Terrill. ¡El Oeste de Pecos! Durante mucho tiempo, durante tanto tiempo que le parecía que había sido durante toda su vida, la joven tuvo constantemente presentes estas palabras, a las que se añadía una más : hogar. ¿Podría encajar la palabra hogar en aquella terrible perspectiva?

El río cambiaba de curso al llegar a Cabeza de Caballo, pero muy pronto volvía a emprender la dirección del Sur. El río dominaba aquel escenario terriblemente extraño, silvestre, y monótono. Las millas no representaban nada en aquella interminable extensión. El verde y el gris que se desarrollaban junto al río, parecían ser solamente ilusiones. Atrás en dirección al Oeste, se elevaban las desnudas lomas, austeras y nobles a causa de su tremendo tamaño, y entre ellas nacían las sombrías gargantas misteriosas, que parecían inaccesibles para el hombre brotado en los esperanzados sueños de Terrill! Todo era piedra gris, tierra gris, donde unas pequeñas manchas de cactos o de hierbas amarillentas surgían en las interminables pendientes.

El corazón de Terrill se desalentó. Al fin y al cabo, pensó, ella era solamente una chiquilla. Había amado las campiñas de Texas, de las cuales recorrió a caballo más de un millar de millas, pero ¿podría hacer otra cosa que despreciar aquel engañoso desierto? Había amado los lechos del río Rojo, del Cabine, del Brazos, del Colorado y del Saba. Tenían claridad, color, vida, belleza. Pero aquel río Pecos, a pesar de su brillo ligeramente plateado, con sus orillas blancas y grises, parecía frío, traidor, hostil y trazaba su desolado recorrido hacia un angustioso ignoto.

-¡Oh papá! - gritó para expresar su primera derrota -. ¡Llévame atrás! ... ¡junto a este horroroso Pecos no es posible crear un hogar

V

Para los vaqueros del rancho de Heald, se llamaba Pecos Smith. No tardaron mucho en descubrir que era *el* mejor jinete, el hombre más diestro manejando la pistola y el mejor lanzador de lazo que había llegado del oeste de Texas. Pero esto era todo lo que pudieron saber de él y de su pasado.

Pecos había llegado río arriba, en compañía de un guía de caravanas llamado McKeever, que tenía que entregar una cantidad de cabezas de ganado en Santa Fe, Nuevo Méjico. Las ciudades de Santa Fe, Nuevo Méjico, Las Vegas y Alburquerque constituían un próspero mercado de ganados. Los fuertes del Gobierno aumentaban en gran medida la demanda de carnes. Los ganaderos, creyendo que en el porvenir encontrarían la debida protección contra los pillajes de las bandas de indios, habían seguido a los venturosos colonizadores al sur de Nuevo Méjico y al oeste de Texas. La mayoría del ganado que se consumía por entonces procedía de Río Grande.

A su regreso, McKeever se detuvo con sus acompañantes, menos uno, en el rancho de Heald. Los vaqueros del rancho observaron que el que faltaba era Smith.

-Hemos dejado a Smith en Santa Fe - explicó el guía -. Acometió a otro hombre a tiros, y como hace siempre después de una pelea, se emborrachó. No podíamos esperarle. Pero supongo que no tardará en venir

-¿Es un vaquero camorrista ese Smith? - pregunté Bill Heald, uno de los hermanos dueños del rancho.

¡De ningún modo! Es el hombre de mejor carácter que pueda encontrarse - contestó McKeever -. Pero siempre anda metiéndose por en medio cuando hay alguien en un apuro... Y es un infierno cuando tiene una pistola en la mano.

Esta fue la presentación de Smith a los Heald. Varios días más tarde, Pecos llegó al rancho. Era un muchacho agradable, sonriente, despreocupado, de pura raza tejana. A Bill Heald le resultó muy simpático y, teniendo necesidad de caballistas, le ofreció un empleo.

-Sí, me quedaré a trabajar con usted - respondió Smith -. A Mac no le gustará, claro es, pero se ha portado pésimamente conmigo en Santa Fe. Ha renegado de mí con exceso.

-McKeever me dijo que habías matado a un hombre - añadió Heald con calma, mientras observaba al vaquero -. En realidad, lo que me dijo fue que habías matado a a otro hombre más».

-¡Ese Mac tiene la lengua demasiado larga! - dijo dolido el vaquero -. ¡Siempre está hablando de mí!

Heald pensó que sería prudente renunciar a hacer más investigaciones personales, a pesar de la curiosidad que suscitaba Smith. Sin embargo, la perspicacia de Heald le sugirió la conveniencia de averiguar ciertos detalles acerca del caballista, lo que le forzó a hacerle una nueva pregunta.

¿Has trabajado alguna vez para algún mejicano?

¯31. Para don Felipe González - reconoció prontamente Smith -. Mi padre murió en la guerra, y mi familia se arruinó. Don Felipe era un antiguo conocido nuestro. Por esta causa fui a Río Grande y trabajé como caballista para él por espacio de cuatro o cinco años, no estoy seguro... De todos modos, fue hasta que me obligaron a huir al otro lado del río.

Fuera de esto, Smith jamás se dignó suministrar a nadie detalles acerca de su vida; ni a Heald ni a ninguno de sus compañeros de trabajo.

Tras un examen más detenido de Pecos. Heald llegó a la conclusión de que su traza desmentía la infantilidad que parecía nacer de su despreocupada indiferencia. Debía de tener entre veinte y veinticinco años, de modo que no resultaba muy joven para ser vaquero tejano. Era de estatura más que mediana, no tan delgado como la mayoría de los caballistas, y tenía anchas espaldas y brazos y piernas musculosos y formados. Heald estimó que era un jinete consumado, y esta opinión fue muy pronto confirmada por la realidad. Todos los adornos de piel de Pecos y los arreos de su caballo estaban abrillantados por el uso, principalmente la funda de la pistola, que siempre llevaba muy baja, casi sobre el muslo. La culata de marfil de su pistola había amarilleado a causa del tiempo. Todos los metales que poseía, y esto se aplicaba así mismo a su rifle, brillaban con el brillo casi blanco del acero muy gastado y frecuentemente pulido. Su silla, sus bridas y sus espuelas, y también su negro sombrero, eran de confección española y estaban decorados con plata; y si todo ello no hubiera sido¸ tan viejo, habría podido convertir en ladrón a más de un vaquero.

-Smith, quedas admitido - declaró al fin Heald, que había tardado mucho más de lo que acostumbraba en tomar una decisión.

-Es muy bueno ese caballo que tienes. Y si no es árabe..., bueno, si me engaño *y* no lo es, que me castiguen a comérmelo. Cuídalo. Entre los compañeros de trabajo y los los comanches, vas a tener que luchar como un condenado para conservarlo.

-A *Cinco* no hay quien pueda alcanzarlo en una carrera respondió el caballista con su habitual lentitud y arrastrando las palabras del modo que suelen hacerlo los tejanos mientras acariciaba con unos golpecitos al polvoriento y cansado caballo -. Muchas gracias por el empleo, Heald.

-No hay de qué. Estamos escasos de trabajadores ahora. Y me has parecido un buen trabajador. Pero, Smith, si tienes ese afán de echar continuamente mano a la pistola, ¿no sería conveniente que le quitases el gatillo para no caer nunca en la tentación de utilizarla?

-Nunca más, patrón. Estoy enfermo. El alcohol y yo estamos reñidos - respondió el caballista, mientras contestaba por medio de una sonrisa, más que con palabras, a la veleidad del otro.

-Entonces, quédate aquí - terminó Bill Heald.

Sucedió que la hermana de Heald, Mary, había presenciado desde la puerta este encuentro sin ser vista. Tenía solamente dieciséis años y era, lo mismo que sus hermanos, huérfana desde no hacía mucho tiempo. Constituía el orgullo de sus hermanos, así como la perturbadora de su paz.

-¡Oh Billy! - exclamó la muchacha en tanto que sus negros ojos brillaban de una manera picaresca -. ¡Ése es el caballista más guapo que he visto desde que vinimos al Oeste!

-¡Rayos y truenos! - replicó él -. Si lo hubiera observado, no lo habría contratado para trabajar... Mary, si comienzas a dirigirle miradas tiernas, terminará la paz en nuestro rancho.

La próxima vez que Heald vio a Smith recordó el tributo que Mary le había rendido y observó más detenidamente al desconocido. Smith no tenía el tipo puro del tejano, aun cuando algunas de sus características se marcaban en él de un modo acaso exagerado. Muchos tejanos tenían el cabello de color de arena o eran pelirrojos, o tenían los ojos azules o bien grises. Aquel caballista tenía el cabello rubio y lo llevaba tan largo, que se le rizaba bajo el ala del sombrero. Su rostro era como una máscara de bronce, excepto cuando hablaba o reía; y entonces se le iluminaba. Sus ojos imperaban sobre todas sus facciones y eran de un extraño gris pálido de terrible poder de penetración. Poseía un perfil agudo y limpio, duro y frío como la piedra, que era singularmente mucho más hermoso que el rostra visto de frente. Sus labios, cuando se hallaba en reposo, parecían severamente cincelados; eran casi amargos; pero, como quiera que siempre se hallaban activamente entregados a una alegre y descuidada charla o dibujando una sonrisa que se hacía relampagueante sobre la blancura de los dientes, aquella característica era apenas perceptible.

Al día siguiente, Bill Heald preguntó a su hermano qué opinaba del nuevo vaquero.

-Me parece un muchacho bueno y digno de confianza - contestó John Heald -. Tiene verdadera fibra tejana.

-Mary ya se ha enamorado de él.

-¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer, Bill? ¿La mandaremos nuevamente a vivir con tía Heald?

-¡No, diablos! Es preciso que se quede... aunque encalabrine a todos los trabajadores. Es posible que ese Pecos consiga apoderarse de ella *y* obligarla a sentar la cabeza.

-No lo sé - contestó su hermano sensatamente -. Mary es una muchacha muy perturbadora. No lo digo en broma. Como tú, estoy deseando que siente la cabeza y que se case con algún buen muchacho. Pero ese Pecos tiene una larga historia como pistolero. ¿No lo sabías, Bill?

-McKeever me dijo que había matado a un hombre - reconoció pensativo el hermano mayor.

-Sandy me ha dicho más que eso - continuó John de modo impresionante -. Sandy dice que ha visto de cerca la pistola de Pecos. Tiene seis muescas en la culata, una de ellas marcada hace poco tiempo.

-Seis... Suponía que serían más. No nos preocupemos por eso, John. De todos modos, ésta es una región en que siempre se anda a tiros, y debemos alegrarnos de tener un tejano de esa clase entre nosotros.

-Así es. Y no me parece probable que Mary pierda. la cabeza por un hombre tan amigo de derramar sangre..

Es una mujer demasiado remilgada para pertenecer a la familia Heald... Pero eso no será inconveniente para que coquetee con el vaquero. Es la muchacha más condenadamente coqueta que he visto en toda mi vida.

-El coquetear sólo puede ser tan perjudicial como el concertar definitivamente una boda - contestó Bill -. Lo que me preocupa es el efecto que ese coqueteo pueda producir en nuestros trabajadores. Ya sabes que todos ellos creen que van a casarse con Mary.

Pecos Smith dio ocasión a muchas conversaciones entre los hermanos y sus trabajadores. La región era muy solitaria y los forasteros pocos. Casi todas las conversaciones

Librodot

se referían constantemente a Smith y a sus habilidades como vaquero. El caballo *Cinco* respondió plenamente a su aspecto y al orgullo de su propietario. Pecos era por sí solo un equipo completo de trabajadores. Jamás daba por terminado su trabajo. Su modo de cabalgar y de arrojar el lazo se consideraban dignos del famoso vaquero Rodríguez, a quien se llamaba *Rodiriquez.* Todos los vaqueros del rancho tuvieron al cabo de poco tiempo los sombreros llenos de agujeros de bala, buenas pruebas de la puntería de Smith. Pecos era muy complaciente y no rechazaba jamás ninguna apuesta. Raramente erraba la puntería cuando disparaba contra un sombrero arrojado al aire, y en la mayoría de las ocasiones lo atravesaba con dos balazos antes de que cayera al suelo. Nunca, dejaba a nadie manejar su pistola, la cual compartía con el caballo Cinco los afectos del joven. Pecos resultó ser como un espigón redondo encajado en un agujero redondo. Los caballistas escaseaban, las cabezas de ganado aumentaban, *y* lo mismo sucedía con los ladrones y los comanches.

Mucho antes de que el señor McKeever regresara nuevamente al Norte conduciendo manadas de novillos cornalones, Pecos se había ganado las simpatías de los trabajadores del rancho *X,* que estaba dirigido por un ranchero unido a ellos, así como las de los que pertenecían al equipo del *H. H.,* que era el nombre del rancho propiedad de los Heald.

Lo más singular en lo que se refería a Pecos y lo que resultaba más chocante en vista del aprecio general de que disfrutaba era que evitaba el contacto con todo el mundo, excepto con sus compañeros de trabajo y con los trabajadores del rancho cercano. Mary Heald celebró cierta noche una fiesta a la cual fueron invitados todos los que residían en aquella parte de la región. Alguien debía permanecer al aire libre aquella noche para vigilar el ganado, y Pecos se prestó a sustituir al hombre a quien se había designado para este fin. Mary Heald se enojó con él y le reprendió agriamente al siguiente día cuando lo encontró en los encerraderos.

-Bueno, no me es posible complacer a las señoras en estos momentos - dijo el vaquero a Sandy McCain.

-¡Hum! Oye, vaquero misterioso, podrías hacer que todas bebieran los vientos por ti si fueras un poco menos adusto.

-Sandy, eres lo que en el Colorado llaman «loco».

¿Sí? ¿Y qué es eso?

-Es una especie de hierba que cuando la comen los caballos pierden la cabeza.

-Pecos, ¿tienes algún compromiso con una mujer? Quiero decir si estás casado.

-¿Yo? ¡Virgen santísima!

-Entonces, ¿eres enemigo de las mujeres? ¿Tienes destrozado el corazón?... Sinceramente, Pecos, me parece que, aunque siempre andes cantando, silbando y bromeando, no conseguirás engañarme. Eres un hombre melancólico.

-No, Sandy, todavía no tengo destrozado el corazón; pero, ¡maldita sea...! , no será muy difícil que llegue a tenerlo.

Bill Heald y su hermano se convencieron finalmente de que en Pecos había una causa de aislamiento y soledad.

-Al principio creí que Pecos sería uno de esos hombres que vienen a ocultarse en los ranchos - dijo Bill -. Pero he cambiado de modo de pensar. Este muchacho no ha hecho nunca nada sospechoso. Proviene de una buena familia, con toda seguridad, y se halla en desgracia...

-Estamos de acuerdo. Y, lo que es más, te digo que si hubiera un *sheriff* o alguien que anduviera persiguiendo a Pecos, jamás conseguiría obligarle a ocultarse. No me gustaría ser el *sheriff* que tuviera que detener a Pecos, en el caso de que la lucha se desarrollase en condiciones justas.

-Nos ha engañado en lo que respecta a Mary, ¿no es cierto? Ha sido una buena lección para esa criatura. Nuestra única esperanza es que todo esto no contribuya a hacer que pierda la cabeza por Pecos.

-Bueno; si así sucediera, no seria cosa que durase mucho tiempo... No. Pecos es solamente uno de esos vaqueros fascinadores... He conocido tantos de ese género como dedos tengo en las manos. Texas es la única región que puede producir hombres de esa naturaleza.

A su regreso de Santa Fe, McKeever pasó una noche en el rancho de los Heald, y no solamente preguntó por su perdido vaquero, sino que, además, quiso verlo. Pecos no pudo ser hallado.

-Supongo que le gusta estar aquí y que quiere quedarse por mucho tiempo - dijo el guía mientras lanzaba sobre Mary una mirada que hizo enrojecer a la muchacha.

-Y yo tengo la seguridad de que nadie está contento con que él se quede aquí - replicó ella, elevando altivamente la cabeza.

-Lo que yo pierdo, ustedes lo ganan, amigos - dijo resignado McKeever -. No hay muchos trabajadores tan buenos como Smith.

Si en el rancho *H. H.* hubiera habido aún alguna duda respecto a la situación de Smith, estas palabras de McKeever habrían sido suficientes para desvanecerla.

Llegó un tiempo en que Pecos Smith justificó la presencia del prefijo antepuesto a su nombre, si es que anteriormente no lo había hecho. Lo mismo que un indio, tenía una segunda naturaleza que le permitía recordar cualquier camino, cualquier matorral, el fondo de cualquier hondonada o desfiladero que hubiera visto en alguna ocasión. Su cerebro parecía fotografiar instintivamente los lugares por donde pasaba.

El río Pecos, desde el desfiladero de Castle Gap hasta la frontera de Nuevo Méjico, se convirtió en una posesión privada suya. Los propios Heald no sabían cuántas reses poseían, si veinte mil o treinta mil. Pecos Smith calculaba la cantidad de ganado mejor que cualquier otro, y los informes que facilitó sobre reses sin marcar, sobre becerros o novillos que se escondían en la espesura o en las cercanías del Pecos se cifraban en millares.

Bill Heald acogió estos informes con expresión de burla. Su hermano meditó acerca de ellos detenidamente. Los Heald, como la mayoría de los rancheros de aquella época, eran unos ganaderos descuidados y negligentes. Es decir, que no tenían el tiempo ni los trabajadores necesarios para recorrer los terrenos inmediatos en busca de las reses que aún pudieran hallarse sin marcar. El ganado había comenzado a adquirir un precio elevado, y el porvenir parecía prometedor. Pero el dinero andaba escaso. Texas se hallaba en la primera etapa de su recuperación después de la ruina originada por la guerra. Los Heald hacían cuanto les era posible en beneficio propio.

Los ladrones de ganado hicieron su aparición en las tierras cercanas al Pecos. Los novillos de largos cuernos habían llegado originariamente del sur del río Grande; lo mismo sucedió con los ladrones. En ninguna parte había habido robos de ganado en tan gran escala como en la frontera mejicana. Ésta fue una de las razones que animaron a los Heald a trasladarse a una región más aislada.

Hasta aquellos momentos, el rancho *H. H.*, el *X* y los demás de aquella zona no habían sufrido muchos robos o, por lo menos, no se habían dado cuenta de que los hubieran sufrido. Todos los rancheros perdieron reses, del mismo modo que se apropiaron de cierta cantidad de cabezas que no les pertenecían. Y, en consecuencia, no se había realizado una batida importante contra los ladrones.

A través de su conversación con el guía de ganados McKeever, los Heald encontraron la ocasión que habían proyectado y esperado, y esta ocasión era un importante mercado para su producto. McKeever les compró ganado en grandes cantidades y lo condujo a los poblados de Nuevo Méjico y a los depósitos oficiales. Se estaban preparando una extensas operaciones militares contra los indios. Por todas partes corrían rumores de que se iban a contruir unas líneas de ferrocarriles que cruzarían Nuevo Méjico *y* Texas. Los Heald esperaban la llegada inmediata de los buenos tiempos con sus altos precios y sus grandes demandas.

Y con este fin, Pecos Smith fue designado por ellos como el hombre necesario para cumplir las obligaciones exteriores del rancho. Pecos aceptó el trabajo con desgana, y cuando le preguntaron por qué no le había entusiasmado, replicó evasivamente que era un cargo de excesiva responsabilidad. Su obligación consistía en recorrer toda la región, llegar hasta a los confines más remotos de ella, no sólo para conocer el paradero de muchas de las reses perdidas de los Heald, sino, también, para estudiar las condiciones generales y los métodos de

otros rancheros y vigilar sus excursiones para recoger ganado y marcarlo. De este modo, Pecos Smith aumentaba su ya amplio conocimiento de la región.

A su regreso de uno de estos viajes, durante el otoño de su segundo año de servicio para los Heald, encontró la inevitable complicación que siempre le había pisado las huellas.

Pecos había llegado al rancho en las primeras horas de la mañana y después de haberse lavado, estaba disfrutando de un necesario descanso y fumando un cigarrillo, cuando Sandy McClain llegó corriendo a la casa ranchera. Pecos advirtió que sucedía algún contratiempo aún antes de que pudiera distinguir las facciones de Sandy. Lo pudo ver al examinar el paso apresurado del que se aproximaba. De este modo, cuando llegó al pórtico, con los castaños ojos llenos de fuego y los labios apretados, Pecos lanzó unas maldiciones en voz baja.

-Pecos, hay seguramente... un lío de los gordos - declaró Sandy.

-¿Quién tiene que cargar con él? - preguntó Pecos con su habitual, y perezosa lentitud.

-Todavía nadie; pero tendrás que cargar tú con él. Lo primero que quiero decirte es que en el caso de que haya alguna pendencia, estaré a tu lado.

-Gracias, Sandy. Te lo agradezco mucho. Pero, generalmente, puedo solucionar por mí mismo todas las pendencias que me afectan. ¿Por qué no me dices lo que sucede?

-¿Conoces a ese Sawtell que es capataz de los Beckman? - se apresuró a preguntar Sandy.

Sí. Todavía no hace dos meses que he estado en Marber Crossing - contestó Pecos, mientras sus botas caían del banco al suelo -. Hicieron una excursión en busca de ganado perdido. Estuve presente, como puedes suponer, y no me marché hasta que hubieron concluido, a pesar de la manifiesta oposición de Sawtell.

-Peces, Sawtell está aquí con tres hombres de su equipo. Y está muy impertinente y muy antipático.-¿Qué es lo que sucede?

-No lo he oído. Pero lo adivino... Bill está indignado y más furioso que un tigre, por lo que he podido ver, y me ha dicho que viniera a buscarte.

Pecos permaneció sentado en silencio durante unos momentos y contrajo lentamente la frente. Tenía los ojos bajos. Sacó la pistola, se puso en pie, enfundó el arma y sin decir una palabra salió en dirección a la casa ranchera.

Pecos vio inmediatamente que había cuatro caballos ensillados, con las bridas caídas, ante la casa. Y se desvió unos pasos hacia la izquierda para no tener que dar vuelta a la esquina de la casa de un modo brusco.

-No te metas en estas cosas, Sandy - le aconsejó. -Pero... ¡son cuatro contra uno, Pecos! - contestó afligido Sandy -. Y ese Sawtell de cara roja habla como si no te conociera... Tengo una idea, Pecos, que no puede perjudicarnos: iré contigo para que vean que tienes un compañero.

Pecos contestó con un gesto que no necesitaba acompañarse de palabras. Sandy dio vuelta hacia la derecha. Pecos oyó una voz fuerte. Un momento más tarde, llegaba hasta un lugar que le permitió ver, ante todo, a Mary Heald.

-¡Vete a la casa! - le ordenaba Bill Heald.

-¡Tu abuela! -replicó Mary. Estaba enrojecida y ruborizada y, al ver a Pecos se sobresaltó con violencia-. ¡Bill! ¡Aquí está! -gritó.

Pecos examinó el grupo. Sawtell, un ganadero alto, que llevaba un pañuelo tan rojo como su cara, estaba ante tres vaqueros cuya actitud no era muy satisfactoria. Bill Heald, abandonando a Mary, llamó a su hermano y le dijo:

-¡No tiene por qué meterse en estas cosas! ¡Llévatela a casa!

-¡Déjala que se quede! ¡Acaso así oiga algo! - declaró John.

-¡Ya *he oído* algo! ¡Y todo es una maldita mentira! - exclamó con indignación Mary.

Al ver que Pecos se acercaba, Bill Heald cambió repentinamente de actitud

-Sawtell, ahí viene Pecos, que dirá lo que tenga que decir... Me parece que se engaña usted, que sigue una pista equivocada. Y si quisiera escuchar la voz de la razón, tendría un

poco más de prudencia.

-¡Diablos!... ¿Me amenaza usted, Bill Heald?-contestó el visitante roncamente

-No, no; de ningún modo. Me limito a darle un consejo.

-¡No necesito consejos de nadie! Yo andaba cabalgando por estos campos mucho antes de que usted viniera.

-Sí, es cierto; pero no conoce usted a Pecos Smith.

-¡Pecos! ¿Es el que tiene la sartén por el mango? -No lo sé... Pero le aseguro que la tiene cuando llega la ocasión.

Pecos se detuvo a una distancia de varios pasos.

-¿Qué sucede, patrón?

-Me da vergüenza decírtelo... Y juro que he hecho todo lo posible por convencer a Sawtell a que se marchara, Pecos.

-Gracias, patrón... Aléjese y déjeme resolver este asunto.

Bill aceptó la indicación; los tres vaqueros que acompañaban a Sawtell se retiraron, también, de su lado.

Pecos miró al ganadero e inmediatamente pudo comprender su actitud. No podía engañarse. La cuestión estaba decidida en la mente del ganadero antes de su llegada al rancho de los Heald, y Sawtell la había fortalecido a fuerza de bebida.

-¿Me conoce, Smith? - preguntó Sawtell. Hablaba en voz fuerte y autoritaria; pero que no era la del bravucón.

-No tengo el honor de conocerle, señor - contestó fríamente Pecos -. Cuando tuve el gusto de visitarle en Marber Crossing, no hace mucho tiempo, no me concedió usted la ocasión de conocerlo. Y creo que no perdí mucho por ello.

-Bien, en ese caso, es posible que haya usted perdido la ocasión de conocer algo sobre los robos de terneros sin marcar que se están realizando.

-No, no he oído nada de eso.

Bill Heald no pudo mantenerse al margen de la conversación.

-Pecos me ha informado de lo que sucede. El rancho *H. H.* está perdiendo muchos terneros sin marcar. -¿Ah, sí? - preguntó burlona y despectivamente Sawtell. Tenía una expresión indignada y no era posible aplacar su enojo.

¯Oiga, oiga, Sawtell - contestó severamente Heald, que ya había perdido la paciencia¯: usted ha venido, sin duda, en busca de camorra. Y, ¡por Dios!, me parece muy probable que encuentre más de la que busca.

-Defiende usted a los ladrones de terneros? - preguntó sarcásticamente Sawtell.

-Patrón, ¿quiere hacer el favor de dejarme esta cuestión para mí solo? - le interrumpió Pecos.

-Perfectamente, Sawtell. Está usted abriendo su propia sepultura. No tengo nada más que decir terminó Bill; y dio media vuelta y *se* alejó.

Pecos avanzó dos pasos más, que le llevaron hasta una distancia de diez pies del airado ganadero. Todos los presentes, con excepción de Sawtell, pudieron darse cuenta de la fría *y* singular amenaza que se encerraba en la actitud del vaquero. Sólo la falsa exaltación que produce el *whisky* podría haber cerrado los ojos de un tejano maduro al peligro que se cernía sobre él. Y por esta causa, Sawtell se encontró obstaculizado para obrar por un concepto equivocado de la situación.

-Sawtell, usted me trató despectivamente cuando estuve en Marber Crossing.

-Es cierto.

-Si no hubiera sido por mi patrón, se lo habría dicho a la cara y en su propia casa. Lo interpreté como una ofensa.

-Lo interpretó usted acertadamente. Y si no hubiera sido por los Heald, le habría arrojado de mi rancho.

Aquellas palabras eran definitivas y sentaban decididamente todo lo referente a la

situación, con excepción de su desenlace, que el ganadero era, evidentemente, demasiado obtuso u obstinado para comprender. Uno de sus hombres se adelantó con intención de intervenir, pero fue detenido por otro. Los dos se apartaron nerviosamente a un lado, como si no quisieran hallarse al alcance de la terrible mirada de Pecos; pero habrían tenido que disolverse en el aire para conseguirlo.

El silencio de Pecos y la intensidad de su tensión se abrieron camino hasta el nublado cerebro de Sawtell; pero ya era demasiado tarde.

-Señor Pecos Smith -gritó fanfarronamente Sawtell -:

-¿Usted conoce a dos de los vaqueros del X *Bar!* Curt Williams y Wess Adams?

-Los conozco.

-Ambos han trabajado para aquel mejicano, don Felipe, allá, en el Recodo Grande.

-También yo.

-Bien, eso no es una recomendación para usted.

-Los pobres no pueden escoger. Yo tenía que trabajar para ganarme la vida... Pero se está usted yendo por las ramas. Continúe.

-He hecho que despidan a Williams y Adams del rancho *X*.

-No es una noticia nueva para mí.

-Se los vio marcando novillos en mis terrenos. -Sawtell, no es disparatada la suposición de que esos novillos no serían de usted.

-No, no lo sería. Pero prefiero reclamarlos como míos.

-Bien, eso es cosa suya; pero me parece una actitud muy poco saludable para los que viven en la región del Pecos.

Las precipitadas palabras de Sawtell aumentaron, al parecer, su indignación; mas no produjeron el menor efecto sobre Pecos, que no se amilanó.

-He venido para hacer que le despidan del rancho *H. H.* - gritó el ganadero.

-No es posible. Me he despedido yo.

-. Ah! ¿Cuándo?

-Hace unos dos minutos.

-¡Eres un hombre hábil, señor Smith! - replicó Sawtell, exasperado hasta un punto ridículo -. Bueno; entonces, te expulsaré de la región del Pecos.

Pecos hizo un movimiento rápido, demasiado rápido para que pudiera comprenderse cuál era su- propósito; pero al interrumpirlo, quedó en actitud de saltar. De todo su ser emanó repentinamente una terrible impaciencia.

-¡Usted!... ¡Idiota!... ¿Expulsarme de la región del Pecos? ¿Qué diablos quiere usted decir con todas esas bravatas?

Sawtell había llegado demasiado lejos una vez más. No tenía posibilidad de retirada. El rojo de su rostro se aclaró y lo dejó de un color gris.

-Tú estabas de acuerdo con esos marcadores de novillos.

-¿Quién me acusa? - preguntó agudamente Pecos.

Sawtell lanzó un rugido incoherente, un rugido de rabia tanto contra si come contra Pecos, al comprender que se había equivocado al juzgar a aquel hombre. Su brazo se movió rígidamente y *se* llevó la mano hacia la pistola.

El disparo de Pecos cortó tal ademán. El cuerpo de Sawtell perdió su vibrante tensión. Se dobló, y la cabeza se le inclinó hacia delante. Y cayó de costado.

Pecos saltó con la impetuosidad de un tigre por encima del cuerpo de Sawtell para encararse con los vaqueros, con la pistola en alto.

-¿Está alguno de vosotros dispuesto a defender a Sawtell y a repetir lo que dijo? - preguntó a gritos.

-Smith, no tenemos la culpa de nada - replicó roncamente uno de los interrogados por Pecos -. Es verdad. Le habíamos dicho... que tuviera cuidado con lo que hacía...

Pecos hizo un gesto para indicarles que se alejaran y los vio acercarse precipitadamente a sus caballos. Cuando se volvió, Bill Heald estaba arrodillado junto a Sawtell. Sandy se

aproximaba, y John Heald intentaba apartar del lugar a la lívida muchacha.

-¡Muerto!... ¡Tiene el corazón atravesado! ... Pecos, éste es un asunto muy feo - exclamó Bill.

-¡Usted le oyó! - la voz de Pecos parecía vibrar como una hoja de acero sobre el hielo.

-Sí. Pero, ¡hombre de Dios!, no esperaba que lo matases - contestó Heald mientras se levantaba.

-¿Cree usted...?

-No, Pecos! IN; siquiera durante un segundo! - protestó Heald presurosamente, en tanto que levantaba una mano -. Y lo digo de verdad. John y yo hemos creído siempre que eres un hombre honrado a carta cabal. McKeever nos dijo que tenía mucha confianza en ti. Este demonio tonto de Sawtell debía de estar borracho. Ya se lo dije... Pecos, no cargues ninguna culpa de lo sucedido al *H. H.*

Pecos bajó el arma, pero continuó paseándose de un lado para otro; sus ojos giraban continuamente con movimientos parecidos a los de la aguja de una brújula. Su frío equilibrio había desaparecido. Parecía hallarse en la actitud de un animal salvaje, con los pelos erizados, dispuesto a acometer. Sandy se aproximó a él y se detuvo como dudando.

-Pecos, tenias que darle su merecido - exclamó - No podías evitarlo. Todos estamos de tu parte. Sawtell ha encontrado lo que merecía.

Uno de los vaqueros que se retiraban, y que ya se hallaban sobre sus caballos, gritó a Heald:

-Enviaremos un carro para recogerlo.

-Muy bien. Hacedlo pronto - contestó Heald.

Pecos enfundó la pistola, y con este movimiento pareció tranquilizarse. Su paso de gato se interrumpió. Unas pecas que nadie había visto aún se dibujaron en su rostro. Tenía el cabello húmedo. Se inclinó para recoger el sombrero, que se le había caído cuando saltó para enfrentarse con los hombres de Sawtell.

-Bill, ¿no le dije que no me diera ese trabajo fuera del rancho? - preguntó.

-Es cierto, Pecos. Lo siento mucho. Pero no comprendo que eso fuese muy importante.

-Lo era, Bill. Y he intentado... Bueno, eso no importa nada ahora... Muchas gracias a usted y a su hermano por haberme tenido a su servicio durante tanto tiempo y haberme defendido contra ese estúpido embustero.

Lo que quería decir debió de ser claro para Heald. Al menos, le miró como si al fin hubiera comprendido la verdad. Pecos cayó sobre aquellos fanfarrones cuando se entregaban a alguna labor indigna. Había intentado demostrarles el error de sus procedimientos, y había guardado el secreto respecto a lo que hacían.

-Escucha, Pecos: Sawtell debe de haber descubierto a Williams y Adams, e intentó atemorizarte para que «cantaras». Seguramente que no te conocía.

-¿Ha oído usted algo acerca de Curt y Wess?

-Sí, más de una vez. Y he tenido mis dudas, Pecos. El vaquero levantó las manos.

-¡Malditos tontos!

En aquel memento, Mary Heald pudo escaparse de su hermano y corrió al lado de Pecos.

Estaba todavía pálida, temblorosa, atemorizada, pero se mostró valiente.

-Pecos, sé que no eres un ladrón - gritó.

El rostro sombrío de Pecos se llenó de alegría.

-Me alegro mucho de oírlo, señorita Mary... No tengo hogar, ni familia, ni amigos... Y cuando vuelva a estar trabajando nuevamente en los caminos como conductor de ganados, me llenará de alegría el recordar que usted y sus hermanos han tenido confianza en mí.

-¡La tenemos, Pecos, la tenemos! - replicó ella en tono ahogado -. No digas que no tienes amigos ni hogar... ¡No nos dejes, Pecos!

-No puedo quedarme. Mi presencia aquí podría perjudicar a sus hermanos. Esos vaqueros que se han marchado repetirán las acusaciones que contra mí ha hecho Sawtell. Y

exagerarán lo que puedan... Si me quedase...

-Tiene razón, Mary - *le* interrumpió Bill -. Aunque lo lamento mucho. Pecos tendrá que dejar el *H. H.*

-Así es. Y puesto que estoy a las maduras, debo estar a las duras también - dijo Pecos amargamente.

-¡No digas eso, muchacho! - le suplicó Heald, que había visto en aquella resignación el espíritu y la desesperación que habían hecho seguir a tantos y tantos jóvenes de Texas el mal camino. Era una cosa cruel, porque en aquel estado agotado por las guerras y plagado de hombres y jóvenes arruinados, la línea de demarcación entre el camino bueno y el malo era casi imperceptible.

-¡Oh, vaquero rústico! - exclamó Mary con pasión. - ¡Eso es malo... para ti..., para nosotros..., *para mí!* Pecos, eres un muchacho maravilloso. No permitas que el horror de... matar a un hombre más te lleve a... a... Sawtell lo merecía. Era un miserable... Yo... yo misma habría sido capaz de matarlo... Bill..., John... ¡Decid algo!

La muchacha no pudo continuar hablando. Tenía motivos para hallarse agitada, pero ni su juventud ni el terror de haber visto morir a un hombre constituían por completo la causa de los sentimientos y de las emociones que revelaba.

-Pecos, creo que sería mejor que te quedases - dijo roncamente Bill -. Iré contigo a Marber, demostraré tu inocencia..., explicaré que Sawtell estaba borracho..., que forzó la situación..., que era el culpable...

-No, Bill, no puede hacerlo - replicó Pecos-. Antes de ahora, en otros lugares, la cólera continua me ha amargado la vida... Y no quiero que me suceda aquí también.

Pecos! - murmuró la muchacha.

El vaquero *se* volvió hacia ella, presa de una sorpresa que casi ocultaba su agradecimiento.

-Señorita Mary, muchas gracias... Y prometo... que si *algo* puede obligarme a seguir desde ahora el camino recto..., ese algo será usted..., será su fe, su bondad!... Adiós!

Y estiró el brazo, como si intentara coger la mano de la muchacha, lo retiró, dio un paso atrás y comenzó a alejarse. Sandy McClan corrió para alcanzarlo y caminar junto a él.

-¡Adiós, Pecos! - gritó la muchacha -. Sigue el camino recto... y vuelve... algún... día.

VI

Pero resultó acto seguido que ni el dulce recuerdo de Mary Heald ni el desdén que los ladrones de ganados inspiraban a Pecos Smith pudieron mantenerlo en el camino recto.

El robar novillos no estaba considerado como un delito en Texas en los primeros tiempos de aquella era de la cría de ganados. En mayor o menor escala, todos los rancheros lo hacían, y todos marcaban reses que no tenían la seguridad de que fuesen suyas. No había ningún medio seguro de identificación, a menos de que el novillo o la ternera estuviesen acompañados de una vaca marcada. Y si una ternera, un añojo o un eral no llevaban la marca de alguna ganadería, lo más probable era que muy pronto tuviesen la de alguna otra que no fuese la de su origen.

Pero en el fondo de su corazón, Pecos Smith sabía que, por primera vez en su vida de vaquero, había cometido un error. Sin embargo, ¿qué podría haber hecho? En el rancho X le dieron la excusa de que no necesitaban más trabajadores. Lo mismo sucedió en otro rancho de Nuevo Méjico. El buen sentido de Pecos le aconsejó que se dirigiera hacia el Sur y se uniera nuevamente a McKeever, o a algún otro ganadero del oeste del Pecos, o aun a don Felipe. Pero su orgullo y su amarga convicción de que debía establecer un intervalo en su camino, le obligaron a volverse en la otra dirección. Se animó decididamente a unirse a Curt Williams y Wess Adams, que estaban traficando en reses jóvenes y sin marcar. No había ninguna ley contra esto. No había, pues, obstáculo, no siendo el de una pistola: y los hombres temerarios, como Sawtell, eran más bien la excepción que la regla. Pecos se dijo que en el caso de que se

dedicase a marcar novillos y- reuniese una vacada propia, o si ahorrase su parte de ganancias en esta ocupación, ya no se vería nunca obligado a hacer trabajos que le ofendían.

Williams y Adams no le facilitaron ninguna información respecto a sus mercados, excepto en lo que se refería a declarar que eran inagotables. A Pecos no le importaba mucho el conocerlos. Había muchos rancheros en Nuevo Méjico que compraban ganados sin hacer preguntas respecto a su procedencia. Había compradores del Estado que trataban directamente con los ladrones. Todo parecía dispuesto intencionadamente para que pudieran realizarse grandes negocios con la venta de reses en el Sudoeste. Pecos lo comprendió tan perfectamente, que le pareció que era una lástima que no pudiera desde aquel momento disponer de una ganadería propia para comenzar a traficar.

Por esta causa buscó a los dos vaqueros del rancho X, que se hallaban en los jarales del Pecos, Y se unió a ellos.

Esta pareja disponía de cierta cantidad de caballos de silla o de carga. Fortalecidos por la presencia de Pecos, constituyeron una banda formidable. Pecos sabía mejor que ningún otro vaquero de Texas dónde podrían hallarse más reses sin marcas. Los desfiladeros poblados de maleza estaban llenos de reses que jamás habían sentido sobre sus carnes el fuego del hierro. El modo de proceder de William y Adams era excesivamente libre para que pudiera satisfacer a Pecos, que consiguió meterlos en cintura. Estos dos hombres corrían el riesgo de convertirse en declarados ladrones de ganado en breve plazo. Pecos supuso que no podría vivir junto a ellos durante mucho tiempo. Sin embargo, y a pesar de todo, se veía forzado a aceptar el riesgo.

-Escuchad, insensatos - dijo -. Sé donde pueden recogerse millares ce reses sin marcar, al sur de este punto. Es un trabajo duro que requiere mucho tiempo, pero que no nos acarreará ningún conflicto.

-Aceptaremos todos los conflictos que se nos presenten - replicó Wess Adams, que era un hombre de rostro duro, disoluto y enérgico.

-Pecos tiene buenas ideas, Wess - le interrumpió Williams, que era más sensato y menos inquieto que su compañero -. Nos hemos comprometido...

-Si trabajáis entre estas malezas, lo más que podréis lograr es reunir una manada de un centenar de cabezas cada mes y venderlas.

-¿Un centenar de cabezas cada mes? ¡Bah! - estalló Adams.

-Estoy de acuerdo con Pecos - dijo pensativo Williams -. Por otra parte, el trabajar de este modo no es muy seguro.

-Bien, y cuando las cosas comiencen a ponerse difíciles, o sean peligrosas para nosotros, podremos cambiar de táctica - continuó Pecos -. Podremos marcar muchas reses con una marca que nadie haya visto jamás y llevarlas hasta terrenos lejanos. Ningún ranchero sabrá que la tal marca sea nuestra. Más tarde, cuando las reses se hayan desarrollado, podremos realizar un rodeo y apoderarnos de muchas cabezas con muy poco trabajo.

-Wess, es una buena idea - se aventuró a decir Williams. Adams, al fin, accedió, aunque de mala gana.

El terceto comenzó a trabajar. Cada uno de ellos enlazó y marcó reses solo. Por lo menos, así lo hizo Pecos, que consiguió apoderarse de tantas cabezas como sus dos compañeros. En pocos días lograron reunir una manada mixta de más de quinientos animales. Adams se dirigió hacia el Norte con este conjunto, acompañado de Williams, con la esperanza de poder recorrer alrededor de veinticinco millas diarias, lo que les pondría en el mercado en el plazo de una semana escasa. Pecos permaneció en el campo y continué sus trabajos de enlazar y marcar reses. Lamentó no haberse podido entregar a aquella ocupación solo; pero esto requeriría caballos y equipos y, principalmente, un mercado, a menos de que pudiera permitirse el lujo de esperar hasta que la ganadería se hubiera desarrollado y aumentado. Le agradaba la vida solitaria, y terminó por gustarle el río Pecos. Smith era ya un refugiado.

Sus compañeros regresaron oportunamente y Pecos se encontró enriquecido con

doscientos dólares aproximadamente, más dinero que el que en toda su vida había poseído de una sola vez. Su regocijo fue de corta duración: aquel dinero había sido ganado, sí, pero no por medio de un trabajo honrado.

En menos de un mes Wess Adams había convencido a su compañero Williams para que fueran los dos de nuevo al Norte con todo el ganado que habían recogido y marcado a fuego. Pecos hizo objeciones muy enérgicas a este proyecto, pero todas fueron vanas. El joven meditó sobre cuál de los dos caminos debía seguir. El primero, consistía en entablar camorra con Adams y matarlo. El segundo, en permitir que sus compañeros realizasen la peligrosa empresa que se proponían sin hacer más resistencia contra ella. Pecos llegó a la conclusión de que le agradaba más este segundo procedimiento. Necesitaba luchar contra aquella extraña tendencia a recurrir al empleo de la pistola; y si le era posible mantener una vigilancia constante durante la ausencia de sus compañeros, si estaba preparado para hacer frente a lo que se presentase en el caso de que fuesen seguidos en el camino de regreso, nadie le sorprendería. Por otra parte, se dijo, si sus compañeros no volvían, ¡santo *y* bueno! Entonces, podría tomar todo el equipo y trasladarse a otra región más bravía, más lejos y más al sur del Pecos.

Pero Adams y Williams regresaron. Eran unos caballistas duros, hábiles y expeditivos, viajaban principalmente de noche y debían de tener amigos en algún lugar del camino. De este modo, para Pecos la situación siguió siendo la misma anterior, con excepción de que desde aquel momento tuvo un nuevo fajo de billetes más grande que el precedente.

Desde los últimos días del verano, a través del otoño y del invierno, Ios dos infatigables caballistas hicieron diez viajes a su mercado de Nuevo Méjico. Cerca de la primavera, se hicieron más osados, cual sucede inevitablemente a los hombres de este carácter, como resultado de sus éxitos. Por otra parte, Adams despedía siempre olor a bebidas alcohólicas fuertes. Por esta causa, cuando en el mes de abril ninguno de los dos regresó de su excursión en el plazo previsto, Pecos no se sorprendió. Ni se afligió ni se preocupó. Había decidido que, sucediera lo que sucediera, aquel viaje sería el último por lo que a él se refería.

Pecos poseía tanto dinero, que ni siquiera quería tomarse el trabajo de contarlo. Seguramente que era lo suficiente para comenzar a trabajar, dondequiera que fuere, en un rancho propio. El Pecos, en un lugar próximo a su confluencia con el Río Grande, le seducía; pero había sido escenario de muchas depredaciones practicadas por los mejicanos durante largo tiempo, y él ya había tenido bastantes relaciones con los mejicanos. El joven se entregó a largas meditaciones acerca de sus futuras aventuras. Pecos había tenido el acierto de permitir que Adams y Williams llevasen el ganado a su propio mercado, lo que había sido propuesto por ellos mismos. Sin embargo, creía que podría ser considerado como cómplice, también, cuando los dos caballistas llegasen al fin de sus maniobras. En tal caso, lo que debería hacer sería esconderse por espacio de un año, poco más o menos, para que su delito fuese olvidado. Texas era demasiado grande, demasiado bravío, se desarrollaba con demasiada rapidez en su evolución hacia el imperio para que nadie pudiera acordarse de unos centenares de reses sin marcar desaparecidas. Había más de un millar de verdaderos ladrones de ganado de quienes acordarse. Algunas veces Pecos abrigaba dudas respecto a sus compañeros. ¡Qué corto era el paso que separaba el hecho de marcar unos becerros al de borrar a fuego las marcas de otros! Y, sin embargo, en esa pequeña diferencia estribaba la verdadera deshonestidad. Cuando los becerros sin marcar escaseasen, puesto que su número había comenzado ya a decrecer en el lecho y en las inmediaciones del río, Williams y Adams recurrirían probablemente al procedimiento de borrar las marcas de otros que las tuvieran.

Una semana, o algo más, después de vencida la fecha que Pecos había fijado para el regreso de sus compañeros, el joven adquirió la certeza de que les había sucedido algún accidente imprevisto. Podrían haber sido cazados; podrían haber vendido las últimas reses y partido hacia otros terrenos sin cumplir la formalidad de regresar para entregar a Pecos su parte de los ingresos. Adams podría hacerlo, pero Williams no parecía un hombre que pudiese realizar un acto de esta naturaleza.

Por esta causa, Pecos trasladó su campamento hasta un lugar retirado y casi inaccesible,

Librodot

a varias millas de distancia. Cargó la mayor parte de las provisiones, que disminuían rápidamente, y dejó allá a los caballos en compañía del suyo *Cinco.* Una cerrad espesura obturaba la boca del estrecho desfiladero en e[l] lugar en que desembocaba en el Pecos, y tras ella había hierba y agua en abundancia. No podía entrarse desde aquella boca a causa de lo muy enredada que estaba la maleza, y como no había huellas de ganado o de caballo, que condujeran hacia aquel sitio, el peligro de que alguien pudiera entrar en él era muy pequeño. Pecos tenía el convencimiento de que nadie podría descubrirle desde la altura.

Desde allí fue todos los días, cargado con el rifle y un bolso lleno de municiones, a hacer una inspección vigilante y atenta del viejo campamento. Cuando sus compañeros regresasen tendría ocasión de explicarles los motivos de su traslado.

Al cuarto día de haber abandonado el antiguo campamento, que era el onceno desde el que sus compañeros debían haber llegado. Pecos divisó un grupo de indios en la orilla este del río. Pudo ver, solamente durante un momento, las formas enjutas y peludas de los caballos mesteños, que cruzaban la maleza de la altura; esto fue suficiente para Pedos Smith. Su continua y atenta vigilancia hallaba, al fin, recompensa. Con la llegada de la primavera, los kiowas o los comanches descenderían de las llanuras para realizar algún asalto contra caravanas o viajeros en algún lugar del oeste de Texas.

Pecos meditó detenidamente. Era posible que aquellos salvajes regresasen de cometer algún ataque. Había un camino abierto por los indios en aquella parte del río. El campamento en que se habían instalado los tres marcadores de becerros, estaba situado en un pequeño desfiladero de bajas paredes, bien escondido a la observación desde el lado occidental del Pecos, pero abierto a la que se hiciera desde el otro. Si Williams y Adams hubieran regresado, tendría que haber sido en la noche precedente, y en tal caso el humo de las hogueras y la presencia de los caballos habría revelado a los indios su presencia.

Manteniéndose fuera del alcance de la vista de los indios. Pecos se encaminó al viejo campamento. Había recorrido más de dos millas cuando su aguda mirada descubrió movimiento y color en la boca de una quebrada de la orilla occidental. Una banda de indios montados, que eran comanches, con toda seguridad, salió de la quebrada y se introdujo en el río. ¡Una larga hilera de salvajes medio desnudos! Pecos contó hasta dieciocho. El río tenía muy poca profundidad y podía ser vadeado por aquel paraje. Pecos observó a los salvajes con atención. Más de una vez había estado a punto de perder el cuero cabelludo a manos de unos salvajes tan pintados como aquéllos. Los indios cruzaron el río sin dificultad y desaparecieron.

A media milla de distancia, siguiendo el curso del río en dirección contraria, se hallaba el campamento a que se dirigía Pecos. Pecos sabía que no era posible conducir a los caballos hasta allá. Había en el recorrido una espesura que impedía cruzar desde tal punto hasta aquel por el que habían pasado los indios. Acaso los indios intentasen atravesarla. De todos modos, no podía dudarse de que intentaban cometer alguna fechoría.

Pecos rehizo sus pasos hasta un punto en que le fuese posible salir del cauce del río. Una vez se halló fuera de la hondonada, corrió a través de las rocas y de la espesura a toda velocidad, hasta que llegó a las proximidades de la garganta por donde esperaba ver salir a los salvajes, *y* continuó caminando lentamente. Pero los indios no pasaron por aquel camino. Esto significaba, con todo género de probabilidades, que se dirigían al antiguo campamento de Pecos y sus compañeros.

Este lugar no estaba lejos, y parecía seguro que Pecos podría llegar hasta él antes que los indios, en el caso de que se aventurase *a* seguir su marcha por terreno descubierto. Su primer impulso fue el de arriesgarlo todo para advertir a sus compañeros, siempre que éstos hubieran regresado. Podría hacerles alguna advertencia desde lo alto de la parte superior del desfiladero, desde donde se hallaría su situación ventajosa para ayudarlos a rechazar el inminente ataque.

Sin embargo, los momentos se llenaron de incertidumbre. Pecos deseaba que sus compañeros no hubieran regresado, pero tenía la impresión intuitiva de que lo habían hecho.

Adams estaría durmiendo para disipar los efectos del alcohol y de una larga carrera; Williams no era ciertamente un hombre cauto en su campamento.

Hubo algo que no sólo mantuvo a Pecos alejado de una acción apresurada, sino que, además, le obligó a dar largos rodeos para seguir únicamente el recorrido a través de parajes protegidos. Una vez alcanzara el muro sur del desfiladero, tendría la seguridad de lo que debería hacer, ya que se hallaba en exceso causado.

Cuando llegaba cerca del punto propuesto, le pareció oír el relincho de un caballo. Esperó ansiosamente. La mañana estaba muy avanzada, era clara y brillante, no había ni una sola nube en el cielo y el cálido sol anunciaba la proximidad del verano. Los busardos volaban sobre el campamento. Estos pavorosos pájaros molestaban a Pecos. Un sarcástico enemigo le había anunciado en cierta ocasión que él mismo, Pecos, serviría de alimento a los busardos. Los busardos presentían extrañamente la muerte y la carroña cuando éstas visitaban una población. Las abejas zumbaban en tomo **a** Pecos, que estaba acurrucado entre las rocas para escuchar. Inmediatamente reanudó la marcha, con los ojos y los oídos atentos para ver y oír mejor.

Pero fue la nariz la que le ofreció la primera prueba de su sagacidad. ¡Humo!

-Huelo humo, con toda seguridad - murmuró.

Esto significaba que Williams y Adams habían regresado. Y al pensarlo, un estremecimiento recorrió el cuerpo de Pecos, un estremecimiento anunciador de tragedia, que no pudo explicarse hallándose al borde del inminente peligro. No podía comprenderlo, pero sí sentirlo. Tampoco habría podido explicar sus sentimientos respecto a los busardos. Tres hombres juntos podrían rechazar desde un lugar defendido un ataque más importante que el que pudieran ocasionar los indios, a quienes había visto cruzar el río.

Finalmente Pecos llegó al desfiladero, pero a cierta distancia del campamento, *y* dio vuelta a un recodo. Tenía que descender a lo largo del accidentado borde, entre gruesos espinos y salvias grises, la traicionera *lechuguilla* de espinas en forma de daga, y la masa de rocas rotas.

Muy pronto comenzó a respirar con fatiga, puesto que no estaba habituado a largas caminatas no siendo a caballo, y la que estaba haciendo en aquel momento era muy dura. Resoplando ahogadamente, sudando, supuso que lo mejor que podría hacer sería descansar un poco. Pensó que necesitaría tener la imaginación despejada y recobrar la normalidad de la respiración antes de que transcurriese mucho tiempo.

Pecos reanudó el camino, no muy seguro del sitio que debería elegir para mirar en dirección al desfiladero. Entonces vio una columna de humo azul que se elevaba perezosamente. Había pasado más allá del campamento, lo que le parecía bien, puesto que de este modo se encontraba situado entre sus compañeros y los furtivos indios.

Pecos se puso de rodillas para avanzar hacia el borde del desfiladero caminando sobre ellas y apoyando una mano en tierra. No había avanzado sino unos pocos metros cuando fue inmovilizado por un horrible grito. Un sudor frío comenzó a correr sobre el sudor caliente que había derramado.

-¿Qué diablos es eso? - se preguntó -. ¿Ha sido un caballo, o un hombre?

Luego su sensible oído percibió unas voces fuertes y airadas. Como quiera que fuese lo que sucedía allá abajo, todavía no había sido percibida su presencia por los comanches. Por esta causa, recorrió rápidamente el trecho que le separaba del borde, y se asomó por un hueco de las rocas que estaba recubierto de vegetación, donde no podía ser visto. Desde allí podría huir con rapidez en el caso de que fuera necesario. Y el perseguirle no sería posible hasta que hubiera transcurrido cierto tiempo.

Se enderezó para mirar hacia abajo, en la dirección que le indicaban las voces. Los ojos parecieron saltársele de las órbitas al ver que cuatro hombres sostenían a Adams sobre un caballo. Adams estaba maldiciendo, suplicando, amenazando. Tenía un lazo al cuello, el otro extremo del cual desaparecía entre las ramas de un árbol.

Esto condujo la mirada de Pecos hacia algo oscuro y moviente que se agitaba en el aire.

Era un hombre colgado del cuello. ¡Williams! Estaba pataleando de una manera horrible y grotesca. Su rostro distorsionado, sus ojos distendidos, su ancha boca, su lengua, eran perfectamente visibles desde el otro lado del desfiladero.

Un instante de meditación fue suficiente para que Pecos comprendiera la situación. Adams y Williams habían sido sorprendidos por los ganaderos, que ponían en ejecución la ley contra los ladrones de ganados y los estaban ahorcando. Pecos había oído hablar de aquella sumaria justicia que había llegado hasta las llanuras de Texas. La sangre se le heló, e inmediatamente se le llenó de fuego.

Ningún ganadero podría, jamás, echarle un lazo al cuello.

Los cinco hombres estaban voceando, pero la voz de Adams se sobreponía a las demás. Pecos comprendió que el cobarde intentaba obtener perdón, o pretendía comprar su vida. ¡Qué imbécil! ¡No conocía a los tejanos!

Pecos comprendió repentinamente su complicidad en la tragedia que se desarrollaba. Era un aliado de Adams, aun cuando jamás lc hubiese apreciado, aun cuando jamás hubiese tenido confianza en él. Pero, de todos modos, se había unido a él y su compañero, había ayudado a los dos a apoderarse de becerros y a marcarlos. Había, también, compartido sus mal obtenidas ganancias. No se consideraba un ladrón de ganados. Pero era de todo punto evidente que aquellos ganaderos consideraban ladrones de ganados a Williams y Adams.

Aquél era, pues, el inevitable desenlace que Pecos había temido tanto. El mismo mató a Sawtell, porque le había acusado injustamente. Pero en el caso de que matase allí, en defensa de los compañeros que habían sido declarados delincuentes por los ganaderos, se convertiría a sí mismo en un proscrito.

Pecos tomó al instante una decisión. Su código no le permitió vacilar. Preparó y levantó el rifle, completamente seguro de que iba a salvar la vida a Adams.

-*¡Tirad de la cuerda!* - gritó con voz estentórea el que dirigía los ahorcamientos. Y el mismo tiró de ella mientras dos de sus compañeros abandonaban a la víctima para ayudarle.

En el momento en que Pecos asestaba su rifle contra el director de la ejecución, Adams fue medio arrancado de la silla.

Entonces, debajo de Pecos, un poco a su derecha, sonó el disparo de un rifle de cazar búfalos. El director de la cuadrilla ejecutora lanzó un terrible grito. Abandonó la cuerda, vaciló y cayó a tierra con los brazos abiertos.

Antes de que Adams hubiera vuelto a caer en la silla, un estampido de rifles siguió al primer disparo, acompaña-de del espantoso grito de guerra de los comanches.

Pecos se encontró presa de una rigidez muscular absoluta. Bajó el rifle, y contempló con ojos desorbitados la escena que se desarrollaba frente a él. Otro ganadero cayó al suelo. El caballo saltó, despidió a Adams de la silla. El animal cayó a tierra, pataleó con las cuatro patas en el aire, y quedó repentinamente inmóvil. Adams había sido alcanzado por el coceo. Todavía con el nudo en torno al cuello, intentó arrastrarse. La cuerda, que habían lanzada sobre una rama, se enganchó en un árbol. Mientras Adams luchaba frenéticamente por liberarse, recibió más balas y cayó con el rostro hacia abajo. El tercer ganadero saltó hasta detrás de un árbol. Y el cuarto fue derribado antes de que pudiera llegar a un refugio que le ofrecían las rocas. Pero no murió. Con una pierna rota, se dejó caer tras el caballo que estaba en tierra.

Unas grandes humaredas se elevaban por detrás de un árbol. Pecos vio que el hombre que estaba defendido por el cuerpo del caballo sacaba un rifle de la funda de la silla, lo asestaba y disparaba con él.

Pecos se arrastró desde aquel nicho hasta un punto desde el que le fue posible mirar hacia abajo. La fortuna le favoreció y decretó la derrota de los comanches. Pecos los vio arrastrarse, deslizarse entre las rocas, dirigirse hacia la maleza que flanqueaba aquel lado del desfiladero. Llenaban el aire con sus gritos de guerra, de odio y de regocijo. Envalentonados por el éxito de su ataque por sorpresa, comenzaban a cargar. Sin embargo, continuaban dis-

parando con tanta rapidez como les era posible recargar las armas. El estruendo de los disparos era tan intenso, que Pecos apenas podía percibir el ruido del rápido fuego de los dos ganaderos

En aquel memento Pecos decidió tomar parte en la contienda. No podía ser visto, y su rifle de calibre ligero apenas podría ser oído. La última fila de los comanches que se arrastraban se hallaba a unos cincuenta pies de distancia bajo él. Cuando Pecos hubo introducido un trozo de plomo caliente en la espalda roja y desnuda de uno de ellos, levantó el gatillo y volvió a disparar. Hizo siete disparos en menos de dos minutos.

En tanto que recargaba el arma, vio que la línea delantera de los salvajes se extendía a derecha e izquierda. Por lo menos seis de ellos, en su sed de sangre, salieron de la espesura. Pecos pudo ver flechas que cruzaban el aire como unos rápidos destellos de luz, algunas de las cuales se clavaron en el cadáver del caballo y otras en el tronco del árbol.

De repente, el ganadero, que había estado disparando desde detrás del árbol, abandonó la defensa y salió al des- cubierto con una flecha clavada en el pecho. Evidente- mente, algún piel-roja astuto había podido herirle desde la derecha. Uno tras otro, Pecos mató a los tres comanches que avanzaban en cabeza. Los otros volvieron grupas y desaparecieron.

Pecos se metió en acción nuevamente, y mató al indio que tenía más cercano. Pero fue un error, puesto que los otros dos comanches le descubrieron y se lanzaron a correr a lo largo del borde de espesura gritando como demonios. Los cuatro o cinco restantes corrieron de acá para allá, por entre las rocas, o se dirigieron hacia lugares descubiertos. Pecos disparé contra otro de ellos, pero no lo acertó.

El griterío cesó de súbito. Pecos vio que el ataque se había convertido en una derrota. Sin duda, los comanches creían que habían llegado refuerzos de los hombres blancos. ¡Ni una señal, ni un ruido! ... El desfiladero había quedado aterradoramente silencioso. Mirando hacia el otro lado. Pecos -Dudo ver que el ganadero que había salido de detrás del árbol caía arrodillado. La humeante arma se le escapó de las manos, y éstas se dirigieron hacia donde la flecha sobresalía de su abdomen. El hombre cayó hacia delante, con lo que la flecha se le clavé más profundamente. Pecos desvió la mirada para observar al hombre que se había ocultado tras el caballo. No pudo verlo. Pero el rifle se había deslizado hacia un lado del caballo, lo que era un signo ominoso y significativo. Y luego, como si quisiera demostrar la brevedad de aquella lucha. Adams dio un último estertor, con el cuello enlazado por el nudo fatal de la cuerda.

VII

No podía abrigarse el temor de que los comanches fugitivos volvieran. Sin embargo, Pecos salió con grandes precauciones de su guarida. A varios centenares de yardas vio que los indios se introducían apresuradamente en el agua con sus caballos. Pecos contó hasta cinco jinetes, uno de los cuales llevaba atravesado sobre la silla a un sexto comanche, que iba herido.

La distancia era demasiado larga para que pudiera hacerse buena puntería. No obstante, Pecos supuso que unos cuantos disparas podrían servir para apresurar la retirada de los salvajes y acaso para herir a alguno. Y por esta causa hizo siete disparos más. Los proyectiles quedaron cortos por pocos pies, y levantaron unas pequeñas nubes de polvo, pero fueron casi tan eficaces como si hubieran alcanzado su objetivo. Los comanches corrieron como locos a través del río y desaparecieron rápidamente al ganar la orilla.

Pecos recargó el arma y retrocedió hasta un punto del campamento desde el cual le fuese posible descender al fondo del desfiladero.. Se había convencido de que no había ningún indio con vida en el lugar, y se apresuró a bajar al escenario del ahorcamiento.

Había sido más horrible que cuanto Pecos conociera, aun cuando las luchas de este

género eran comunes en Texas. El oscilante Williams tenía el rostro negro; el caballo muerto se hallaba acribillado de flechas; el ganadero que había caído delante tenía una protuberancia sangrienta en la espalda; éstas eran las características más siniestras de la tragedia.

-¡Todos muertos! - murmuró Pecos. Y entonces el barboteo de la sangre en una garganta humana le indicó que se engañaba. No era Adams, no era el hombre que estaba detrás del caballo: era el hombre que estaba atravesado por una flecha.

Pecos se apresuró a ponerle de modo que descansase sobre un costado. Era desconocido de Pecos, representaba una edad mediana, y no parecía tejano. Estaba vivo y conservaba la conciencia, pero se hallaba moribundo. Pidió agua de modo incoherente, y Pecos se apresuró a recoger una vasija que llenó de agua en un manantial.

Un momento más tarde, cuando Pecos sostenía un poco levantada la cabeza del hombre para que pudiera beber, el joven adquirió el convencimiento de que estaba herido de muerte.

-Se han ido - dijo roncamente.

-Sí. He visto que los últimos de ellos cruzaban el río. -Comanches... Demonios... ¿Cuántos han muerto? -Creo que once, y hay un herido.

-¿Los ha rechazado usted solo?

-Sí. Estaba en una situación ventajosa, puesto que me hallaba allá arriba, entre las rocas.

-Esos malditos nos estropearon nuestra reunión de sociedad... y usted les estropeó su diversión... Reconozco que ha sido justo... ¿Han muerto mis compañeros?

-Sí; y me parece que usted mismo va a seguirlos muy pronto.

-Seguramente... ¡Déme otro trago de agua!

-¿Quiere usted dejarme algún encargo para alguien? - preguntó Pecos.

-Ninguno..., a menos de que se encuentre usted... con un tal Pecos Smith - replicó el otro, mientras fijaba una mirada sin vida en el rostro de Pecos.

-Es muy probable que lo encuentre; yo mismo... soy Smith.

-Lo había supuesto... Pero ¿se dedicaba usted a borrar las marcas de las reses en unión de Williams y Adams?

-¡No! ... Entonces, ¿es ésa la causa de que los ahorcasen?... Me han engañado... El trato que hice con ellos fue que marcaríamos los becerros que estuvieran sin marcar.

-En ese caso, le estaban engañando. Los trabajadores de Heald, y ellos mismos, me han hablado bien de usted, Smith. Ha sido Breen Sawtell, el hermano del capataz a quien mató usted en casa de los Heald..., ha sido él quien le ha acusado a usted.

-Breen Sawtell... No lo conozco. ¿Cómo es ese individuo?

-Parecidísimo a su hermano... Y escuche: como quiera que voy a morir, no puede perjudicarme el decirle algo importante para usted. Pecos Smith: he oído decir que Breen Sawtell estaba robando las reses a su propio hermano. Por esto le puso sobre las huellas de usted... coma ha hecho anteriormente con otros vaqueros... Quiero... otro trago.

-¡Ah! Comprendo. Y ¿por qué me ha escogido a mí? - preguntó Pecos después de haber dado al hombre moribundo el último sorbo de agua.

-Dicen que Breen tiene las esperanzas puestas en Mary..., la hermana de los Heald..., y que la muchacha no le despreciaba... hasta que llegó usted...

-Bill no me dijo nunca nada de eso - exclamó Pecos espantado.

-Pues es cierto..., Smith...; todo se oscurece..., tengo frío...

-Es muy duro el tener que estar aquí... hablando... con una flecha india clavada en... el cuerpo... - declaró Pecos compasivamente.

-Todo se acaba... La caminata del día... - balbuceó el moribundo -. ¡Dios mío! ... Me alegro... de que termine esta quemazón...

-Sí, todo está a punto de terminar para usted.

-Smith..., me ha parecido usted... un muchacho demasiado... bueno... para que sea compañero... de aquellos ladrones..., los vaqueros del *Bar X*.

-Si soy ladrón de ganados, ellos tienen la culpa - declaró Pecos con indignación.

-Bueno; ya han muerto... y nadie podrá oír nada de todo esto... Smith..., no siga ese

camino... - dijo dificultosamente el otro.

Pecos tuvo un grito doloroso a flor de labio, pero jamás llegó a emitirlo. La última mirada consciente del ganadero fue inolvidable, pues en ella la expresión de amabilidad hacia el desconocido a quien había perseguido se trocó en otra que expresaba la sombría comprensión del triste y solitario fin que le acechaba. Un momento más tarde la conciencia abandonó al hombre, que se estremeció, tosió y quedó inmóvil. Había cesado de respirar.

Pecos se puso en pie para contemplar la escena. Y su imaginación trabajó con rapidez. Aquellos cuatro ganaderos serían, más pronto o más tarde, objeto de investigaciones con el fin de averiguar su suerte y su paradero. Lo que Pecos debía hacer era dejar todas las cosas precisamente tal y como las veía en aquel momento. Unos investigadores astutos podrían sospechar la presencia de una mano exterior en aquella matanza, especialmente si tenían la inteligencia necesaria para pensar que los comanches hubieran disparado desde lo alto del barde del desfiladero; por esta razón, el joven consideró que sería prudente dejar los cadáveres en la misma posición en que se hallaban.

No había nada en ellos que le fuera necesario o codiciable, con excepción del dinero que pudiera hallar en Williams y Adams. Guardó el dinero en la cartera del primero, para lo que desató la cuerda y bajó el cuerpo. Pero, después de haberlo pensado con detenimiento, Pecos cogió también la pistola de Adams y un saco de provisiones, todo lo cual, en unión de su rifle, constituyó una carga bastante pesada.

Descansando frecuentemente, consiguió recorrer las tres millas que le separaban de su campamento en poco menos de dos horas. Cuando llegó, ya era muy cerca del: mediodía.

Pecos- decidió cargar todas sus cosas al momento y dirigirse al Sur. Un centenar de millas más abajo sería suficiente distancia para instalarle en otro mundo, por lo menos en lo que se relacionaba con Breen Sawtell y sus compinches. El joven pensó en McKeever y en don Felipe,. con los cuales, por razones diferentes, no deseaba encontrarse. Sin embargo, en el caso de que tropezara con el transportista de ganados, la cosa no tendría mucha importancia; de todos modos, Pecos prefería no ser visto de nadie que le conociese por espacio de cierto tiempo.

No había ni una sola colonia, ni un poblado hasta llegar a Nido de Águila, un .poco más arriba del lugar en que el Pecos se unía al Río Grande. Este poblado habría crecido, probablemente, en los años transcurridos desde que Pecos se dirigió al Norte.

El ensillar a *Cinco* y el cargar al otro caballo fueron tareas que quedaron realizadas en poco tiempo. Pecos no sabía qué hacer con el dinero. No podía llevarlo todo consigo, puesto que abultaba mucho y sería observado en el caso de que se encontrase con algunos viajeros o caballistas. Finalmente, escogió de entre las varias docenas de fajos de billetes que poseía los de más valor y se los guardó en las profundidades de diversos bolsillos. El resto lo escondió bajo el forro de su pesada chaqueta, la que enrolló después y colocó sobre la silla. El transportar todo aquel dinero provocaba en Pecos una excitación que le hacía sudar. No podía llegar a convencerse de que hubiese llegado hasta él por medios lícitos, aun cuando estaba seguro de que no lo había robado. Los hechos quedaban reducidos a lo siguiente: varios rancheros de Texas habían perdido colectivamente varias cabezas de ganado, y él había amasado una buena fortuna.

Nunca había iniciado Pecos un viaje largo con las facultades más vivas y alertas que en aquel momento. Tan pronto como hubiera interpuesto una veintena de millas entre sí y los hombres muertos, se sentiría más libre y solamente pensaría en el porvenir.

Aquella noche acampó al otro lado del lago Alkali, situado sobre la orilla izquierda del Pecos, lugar que le era menos conocido que la zona este del río.

Adobe Wells, adonde 1e llevó otro día de camino, se haliaba, también, al otro lado del río. Y lo mismo el Cruce de Frazier, por el que tuvo cuidado de pasar de noche, y el recodo de Dapper y las Cumbres Rojas; también estos lugares eran más temibles que la orilla del Este. Otra caminata de diez horas le condujo al desfiladero de Castle Gap, a no gran distancia del punto más peligroso, más notable y más solitario del río Pecos, tanto como el viejo Vado

de los Españoles: el cruce de Cabeza de Caballo.

Aun cuando a Pecos le agradaban los lugares solitarios, no le atraía aquel vado encantado. Ni siquiera quiso acampar allá, sino que se introdujo en la espesa maleza y junto a los estrechos y someros arroyos que corrían a sus pies. Los desfiladeros escaseaban en aquella sombría zona del Pecos, donde solamente podía hallarse, a largos intervalos, alguna grieta entre las rocas. A veces Pecos podía ver el lado opuesto de la quebrada, con su alto lienzo de rocas. En otras ocasiones el camino se curvaba y se alejaba en dirección al .)este del río.

-Hay escasez de caballos y de ganados, *Cinco* dijo Pecos -. Pero ahí está la hierba y ahí está el agua. Nada en el mundo podría evitar que un ranchero se enriqueciese aquí... como no fueran los ladrones y los piel-rojas.

Los que Pecos había citado, no fueron obstáculos que impidieran a un ranchero instalarse en aquella región, según descubrió el joven dos días más tarde. No vio en los primeros momentos muchas reses en lugares determinados, pero al cabo de una jornada su número había aumentado de modo considerable. No fue tan sorprendente, pero sí más significativo para Pecos, el hecho de que entre las reses encontrase muy pocas terneras.

Sin embargo, del ranchero o de los rancheros no halló huellas. Los vaqueros tendrían que recorrer cincuenta millas, o acaso más, para rodear *y* recoger aquel ganado. Pecos no envidiaba a los que tenían que realizar esta labor en una región tan desolada. Pero a medida que avanzaba hacia el Sur y descubría nuevos grupos de reses se iba convenciendo más y más de que aquél era mi punto ideal para la realización del proyecto que había acariciado. Sin embargo, no se hallaba todavía lo suficientemente al Sur, aun cuando calculaba que habría recorrido cerca de un centenar de millas. Los caminos y las sendas comenzaban a hacerse tortuosos. Pecos continuó avanzando. No debía olvidar una cosa muy importante que debía permanecer inactivo y oculto durante varios meses antes de emprender su trabajo como ranchero. Y en los días sucesivos adquirió el convencimiento de que el camino que seguía en su marcha hacia el Sur no era el mismo que había seguido cuando fue al Norte.

Por esta razón, cuando salió de una gran depresión del terreno hasta una zona elevada y pudo ver las casas de adobe rojo y piedra gris de Nido de Águila, medio escondidas entre las masas de verdes árboles, y el gigantesco risco del Río Grande tras ellas, no se sorprendió ni lo lamentó. Acaso estuviera bien y fuera conveniente que algo imprevisto guiase, como siempre, sus pasos.

En los primeros momentos no descubrió ningún cambio apreciable en Nido de Águila; no obstante, a medida que se acercaba vio cierta cantidad de casas de adobe que no recordaba haber visto anteriormente, y por último un nuevo edificio gris, aparentemente de madera, al lado de la instalación de piedra plana y adobe de Dale Shevlin.

No era una hora adecuada para que los habitantes, y especialmente los mejicanos, anduviesen agitándose. Pecos descubrió un carro, lejos, en la ancha calle, y también media docena de caballos dormidos repartidos desde la esquina de la casa de Shevlin hasta más allá de la nueva casa gris.

Pecos desmontó a la sombra de unos árboles, y atando los caballos, miró en torno suyo buscando alguien a quien preguntar. No era probable que Shevlin se acordase de él, ni era verosímil que encontrase a don Felipe. Sin embargo, deseaba no ser reconocido. No obstante, ciertas dificultades se oponían al cumplimento de este deseo. Había agotado las provisiones, tenía hambre y, además, no podía rehuir las ciudades y a las personas eternamente. Era allí donde debía correr el primer riesgo.

Al fin decidió sentarse a la sombra. Todos los signos exteriores anunciaban que Nido de Águila estaba entregado a la siesta. Al cabo de unos momentos Pecos vio que un mejicano se movía a lo lejos de la calle en dirección al Río Grande, que fluía por debajo del enorme risco a espaldas de la ciudad. Después oyó unas voces que sonaban en el establecimiento de Shevlin. Había dos puertas, una de las cuales se abría a la oficina de. Correos y la otra a la taberna, pero Pecos no pudo descubrir de cuál de las dos procedían las voces. Varios hombres estaban hablando al mismo tiempo. Pecos *se* alegró. Los hombres

son unos seres extraños que siempre están parloteando, y principalmente cuando se hallan en presencia del alcohol.

Un momento más tarde varias personas salieron de la oficina de Correos; la primera de estas personas era un muchacho descalzo, que salió a la calle mirando hacia atrás. No parecía asustado, pero estaba excitado.

Pecos se acercó a él.

-Oye, muchacho, ¿qué sucede ahí?

Esto atemorizó al joven, quien no había visto al vaquero. Estaba a punto de huir cuando la simpática sonrisa del desconocido le inspiró confianza.

-¡Hum! Nunca... nunca le he visto a usted.

-No es extraño, pequeño. Ibas mirando hacia atrás. ¿Qué sucede en casa de Shevlin?

-Esta casa... ya no *es de* Shevlin.

-¿Qué dices? ¿Qué ha sido de él?

-Le dieron de puñaladas en la espalda.

-¡Qué lástima! Dale era un hombre blanco. ¿No tenía familia?

-Sí; pero don Felipe la obligó a marcharse. Ahora don Felipe es el dueño de la taberna y de la tienda.

-¡Ah! ¿Es cierto? Esas son malas noticias... ¿Está aquí ahora don Felipe?

-No, señor. Pasa muchas temporadas en Rockfort, donde dicen que vende ganado a los conductores y guías de Chisholm.

-¿Quién está a cargo de estos establecimientos?

-Un hombre de Nueva Orleáns. Lo llamamos, Frenchy. Se llama Conrad Brasee. Hay dos mejicanos que le ayudan en su trabajo, y un hombre blanco que se encarga de la taberna. No sé cómo se llama. Ha llegado hace muy poco a Nido de Águila.

-Ven acá, Johnny - dijo Pecos amistosamente -. Soy un caballista, un tejano, y soy amigo tuyo. El caso es que tengo un dólar que quiere escapárseme del bolsillo... ¿Lo quieres?

-¡Vaya que sí! - contestó el joven con los ojos completamente abiertos y acercándose más animado. -Toma. Cuéntame algo más. Estoy descansando, y me encuentro solo. Siempre *es* agradable oír algunas noticias - continuó Pecos-. ¿De modo que don Felipe está realizando negocios en Nido de Águila? Debe de ser un mejicano, con toda seguridad.

-Es más blanco que Mex. Pero es mejicano, con seguridad-replicó el muchacho. Sus astutos ojillos grises, indudablemente pertenecientes a una generación que odiaba todo lo que fuese mejicano, buscaron los de Pecos con inconfundible intención.

-¿Cómo marchan los negocios de don Felipe en Nido de Águila.

-Mister, don Felipe es casi el amo de la ciudad. Pero nadie le quiere. ¡Cómo! Ha matado a siete hombres, tres de ellos blancos.

-¡Demonios! Entonces es un hombre malo - decidió Pecos con fingido asombro. Y estaba sorprendido, en realidad, puesto que cuando se separó de *él* don Felipe tenía sólo un *record* de cuatro muertes, una de las cuales era de un hombre blanco *y* forastero -. De manera que don Felipe vende ganado en Chisholm a los guías y traficantes... ¿Qué ha sido de McKeever? Solía venir bastante por aquí.

-Hizo su último viaje hace un año, poco más o menos. Mi papá dice que McKeever está ahora recorriendo el camino de Chisholm can los ganados...

-¡Ah, comprendo! Lleva el ganado de aquí al Sur... El rancho de don Felipe está cerca del Pecos, al Sur, ¿verdad?

-Sí, señor. El Jinete del Diablo... Pero los vaqueros de don Felipe van en busca de ganados hasta muy lejos de Nido de Águila.

-¿Dice tu papá que los vaqueros de don Felipe están marcando becerros perdidos... o que borran las marcas de las reses que recogen? - preguntó, fingiendo indiferencia, Pecos.

El muchacho dudó antes de contestar, lo que fue muy significativo para Pecos.

-No... No..., no he dicho... - tartamudeó el chiquillo -. ¡Por amor de Dios, señor, no

crea que...!

-¡No, muchacho! Es que estaba pensando en voz alta... Hazte cuenta de que no he dicho nada... ¿Hay algún otro ganadero trabajando en el río cerca de aquí?

-Sí, señor. Uno que ha venido de Nuevo Méjico. Dice que se llama Sawtell... ¡Qué nombre más pintoresco!

Una ligera vibración, como el fogonazo de un disparo, corrió a lo largo de los nervios de Pecos. ¡Sawtell! Había tenido el presentimiento de que volvería a oír este nombre. Verdaderamente, su interrogatorio al muchacho no había sido hecho sin objeto, pero el motivo había sido poco más importante que la curiosidad. Pecos habría preferido rehuir a don Felipe antes que encontrarle de nuevo en su camino. Sus preguntas habían producido un resultado inesperado. Pecos se interesó profundamente, y comenzó a rebuscar en su cerebro.

-¿Quién es aquel hombre moreno y alto? - preguntó para hacer que el muchacho continuase charlando -. ¿Está borracho?

-¡Oh, no, señor! Es Sambo. Un negro bueno, tan bueno como el mejor... Vino como vaquero del coronel Lambeth, a quien mataron hace un aria...

-¿Lambeth?... ¡Ah! He oído ese nombre... ¿Por qué está ese negro tan afligido, si no está borracho?

-Es porque Brasee ha expulsado a Terrill..., porque no tiene dinero para pagar lo que debe. Esto sucedió ayer. Sambo vino esta mañana. No puede hacer nada. No tiene pistola. Le han arrojado por armar tanto jaleo acerca de Terrill.

-¿Quién es Terrill?

-Terrill es el muchacho más bueno que ha llegado a Nido de Águila. Pero no viene con frecuencia. Solamente una vez al mes, sobre poco más o menos... Es hijo del coronel Lambeth, y ahora el patrón de Sambo. Tienen un rancho no sé dónde, cerca del Pecos. Papá dice que Lambeth era muy rico en ganados hace un par de arias. Pero no quiso venderlos a seis dólares la cabeza. Y ahora la mayoría de sus reses han desaparecido. Y Terrill y el negro han quedado tan pobres que ni siquiera tienen dinero para pagar su sustento.

-¡Ganado desaparecido! Me parece haber oído esas palabras anteriormente. ¿Adónde ha ido, muchacho? El muchacho rió.

-Está usted al oeste del Pecos, señor.

-Si, es cierto. Lo había olvidado. Bueno: toma otro dólar - continuó Pecos.

-¡Muchas gracias, señor! Nunca... nunca he tenido tanto dinero... Debe de ser usted horrorosamente rico... -Si lo es usted..., pague la factura de Terrill... y sáquelo...

-¿De dónde he de sacarlo? ¿Hay cárcel aquí?

-Sí, la hay... o hay lo que Brasee llama su cárcel. Es un chamizo de adobe situado detrás de la casa... El camarero de la taberna mete allí a los mejicanos borrachos también... Terrill está encerrado con uno de ellos ahora.

-Bueno, esto se pone interesante, muchacho. ¿Ese Bra-see es el *sheriff*... de aquí?

-No es *sheriff*... ni nada parecido. Finge serlo. Al oeste del Pecos no hay leyes, señor. Puede usted tener la seguridad de que Brasee jamás se atreverá a hacer esas cosas con un tejano, ni a gastar bromas con él.

-¡Ah! Comprendo... Bien, voy a ir allá y a sacar a tu amigo Terrill de la cárcel - dijo lentamente Pecos en tanto que se ponía en pie.

El muchacho le miró de manera agradecida y se alejé saltando, con lo que demostré que como quiera que hubieran sido los acontecimientos anteriores y su desenlace, no habían tenido necesidad de prestar alas a sus pies.

Pecos se aproximé despacio al deprimido negro. Los acontecimientos se presentabais ante Pecos de manera continua e inconcebible. Jamás aprendía una lección. Por todas partes encontraba egoísmo, brutalidad, perversidad, avaricia, muerte, asesinato. Dondequiera que floreciese una de estas circunstancias, había siempre un muchacho, algún hombre o alguna mujer sufriendo pérdidas, dolores o duelo.

Pecos Smith había conocido algunos negros esclavos tan dignos y valiosos como

cualquier hombre blanco, aun cuando Pecos alimentaba el desprecio de los meridionales por la mayoría de los parias negros. Aquel hombre, Sambo, tenía la constitución física de un vaquero, y Pecos lo recordó. Sus botas y sus espuelas le ofrecieron nuevas pruebas. Los vaqueros negros eran tan escasos, que se hacían notar. Si Pecos hubiese necesitado algo más que reconocimiento, allí lo tenía.

-¡Hola, Samba! ¿Qué sucede? - preguntó con amabilidad.

El negro se sobresalté violentamente y dirigió la mirada de sus ojos oscuros hacia Pecos, a quien observó de pies a cabeza, deteniéndose un momento al llegar a la pistola que el vaquero blanco llevaba de manera destacada y colocada a baja altura, sobre el muslo izquierdo.

-Sí, señó. Soy Samba, señó. ¿Qué dice uté, señó?

-Un joven me ha dicho que tiene usted ciertas dificultades y disgustos.

-Sí, señó, é sierto, é verdá. Terrible contratiempo... Pero, perdón, señó, ¿quién é uté? Me parese que le conosco...

-Bien, Sambo, soy ese amigo que suele presentarse en los casos de necesidad - contestó Pecos en tanto que ponía una mano sobre el hombro del negro. Y mientras lo hacía, el mejicano y el hombre blanco a quienes había visto salir de la taberna volvieron a entrar en ella de modo precipitado.

-Hombre, présteme esa pitola que yeva y entonse creeré que uté é un amigo - declaró el negro con una súbita alegría.

-¿Qué hará usted con ella, Sambo?

–Matá a ese maldito Brasee, tan seguro como que uté y yo hemo nasío.

-Pero eso le crearía nuevos disgustos y complicaciones, Sambo... Sepárese de esa puerta... Y no tenga miedo a hablar. Cuénteme la historia con rapidez y con exactitud.

El negro, así aleccionado, pareció hacer un esfuerzo para recordar.

-Uté debe conoseme, señó. Soy Sambo, el vaquero del coronel Lambeth; nos encontramo con uté allá, en el cruse... No habíamo perdío... Soma del oeste de Texas *y* vinimo hase uno sinco año... Traíamo una punta de ganao, y hase do año teníamo casi diez mil cabesas... El señó Lambeth no vendió cuando debía haselo. Lo ladrone de ganao nos encontraron y... bueno, alguien mató al coronel. Ahora, somo pobre... El hijo del señó Lambeth e un chiquillo; vino aquí ayé completamente solo. No lo hemo' sabío hasta esta mañana. He venío a caballo a toa prisa, pero Brasee me ha pegao en la cabesa no sé con qué... Ha enserrao al señito Lambeth en esa cabaña de adobe junto a un mejicano... Deme esa pistola y verá lo que hago.

-No se precipite, Sambo... ¿Por qué ha encerrado Brasee al joven Terrill?

-Dise que el coronel Lambeth le debía dinero. Pero eso é sólo un pretexto, señó. Ese malvao don Felipe, y su compinche, Breen Sawtell, etán detrá de la cortina... Son los que mueven los muñeco... Estaban allá arriba, junto al río..., y querían echá al señó de su rancho. Pero nopudieron, *y* creo que fueron ello lo que mataron al coronel. Mi esposa, Mauree, lo sabe, señó. Lo ha visto en un sueño... Nos robaron, casi todo nuestro ganao, señó, y ahora quieren perjudicá al señorito Terrill.

-Bueno, Sambo, venga conmigo - contestó tranquilamente Pecos en tanto que se volvía para dirigirse hacia la puerta del establecimiento. En primer lugar, se había propuesto intentar comprar la libertad del joven Lambeth, y quiso conocer la historia referida por el negro para estudiar la forma de comenzar las gestiones. E inmediatamente, la cuestión adquirió grandes proporciones. El espíritu del joven encontró una gran importancia en lo que en los primeros momentos le había parecido insignificante.

Pecos entró en el establecimiento, que había sido muy ampliado desde la última visita del joven a Nido de Águila. Había un surtido más extenso de mercaderías, que llenaba los estantes y se amontonaba por todos lugares, por lo que resultaba difícil moverse en el interior del comercio. Un mejicano fingió hallarse ocupado en su trabajo, pero la mirada de soslayo que le dirigió convenció a Pecos de que todo su interés lo centraba en él. Detrás del mos-

trador estaba un hombre en mangas de camisa. Era grueso y pálido y el cabello, oscuro y fino, le caía sobre la frente y casi hasta los grandes ojos de vampiro. En cuanto al resto, tenía la nariz larga y aguda; la boca pequeña, y una barbilla puntiaguda con un hoyuelo en el centro.

Pecos había adquirido la costumbre desde hacía muchos años de mirar a los hombres para calibrarlos por medio de un rápido examen. Y el hecho de que fuera capaz de valorarlos con tanta rapidez, era la causa principal de que el joven continuase estando vivo.

- ¡Buenos días! ¿Es usted Brasee? - preguntó con su habitual calma.

VIII

Aquel nuevo encargado de la única tienda de Nido de Águila parecía más un jugador criollo de Nueva Orleáns que cualquier otra cosa.

-Sí, soy Brasee. ¿Qué quiere usted? - contestó con una voz que tenía un ligero acento extraño que no era el de los negros.

Pues... soy pariente lejano de los Lambeth - anunció fríamente Pecos -. Bueno, no soy exactamente un pariente de sangre... Acabo de llegar del este de Texas. Y me ha interesado la noticia de que el coronel Lambeth ha muerto y que su hijo está encerrado en una especie de mazmorra de usted. ¿Qué me dice de esto último, Brasee?

-Que es una cuestión que no le importa a usted.

-Sí que me importa, señor Brasee - continuó Peces suavemente. Aquel hombre no conocía a los tejanos del temple de Pecos, ni, en el caso de que los conociera, era capaz de contender con ellos -. He venido desde muy lejos para ver al joven Terrill. Debe de estar hecho un hombre. Hace mucho tiempo que lo vi por última vez. Y quiero verlo ahora.

-No puede usted verle.

-¿Qué derecho tiene usted a encerrarlo en un chamizo con un mejicano borracho?

Brasee dirigió una dura mirada a Pecos; se creía impotente para combatirle en el terreno que parecía propio del vaquero. Había algo en el aspecto de Pecos, en su talante, que se oponía a su voluntad de expulsarlo. No hacía mucho tiempo que residía al oeste del Pecos.

-Según dice Sambo, le debe a usted algún dinero - continuó el joven mientras señalaba por medio de un gesto al sorprendido negro.

-Sí. Lambeth me debe todas las provisiones del pasado invierno.

-¿Cuánto?

-No importa, señor.

Importa muchísimo! - replicó Pecos cambiando sutilmente de actitud -. Si es usted un *sheriff f* o un batidor tejano, enséñeme la insignia.

Brasee no intentó hacerlo. Pecos había supuesto anteriormente que no lo haría.

-¡Ah! ¿Jugando a la policía, eh? Lo he visto hacer muchas veces en Texas. Pero los que lo hacen no viven mucho tiempo... ¿Cuánto debe ese muchacho?

Doscientos... diez... dólares - contestó Brasee medio atragantándose.

Pecos sacó un nutrido fajo de billetes, contó la cantidad indicada y se la entregó a Brasee. No le había pasado inadvertida la expresión de avaricia que se asomó a los ojos del comerciante. No había tampoco dejado de advertir otras cosas muy significativas. El establecimiento de Dale Shevlin se había convertido en un antro poco recomendable. Otro hombre estaba escuchando, acaso vigilando, al otro lado de la puerta, medio cerrada, que comunicaba con la taberna.

-Extienda un recibo - añadió Pecos en tamo que estiraba una mano hacia atrás en busca de algo que pudiera ser arrojado. Sucedió que lo que encontró más cerca fue un saco de sal, que pesaría por lo menos unas diez libras. Pecos lo arrojó contra la puerta con la rapidez de un relámpago. A esta acción siguieron tres ruidos diferentes: el porrazo del saco contra la

puerta, el golpe de la puerta contra algo más blando que ella y, finalmente, el estruen- do de algo que cayó ruidosamente al suelo. La puerta quedó completamente abierta, y Pecos pudo ver que un hombre intentaba sentarse en el suelo, donde estaba caído, mientras se llevaba una mano a la nariz aplastada y ensangrentada.

-¡Oiga, diablos! ¿Cómo demonios podía yo saber que estaba usted escuchando detrás de la puerta? - preguntó Pecos -. ¿Qué clase de garito es éste ɋue gobierna usted, Brasee?

Brasee enrolló con inseguras manos los billetes. Luego, utilizando un lápiz, escribió algo en un trozo de papel.

-Aquí tiene su recibo, señor. Pero retendré al joven Lambeth hasta que venga don Felipe.

-Eso es lo que supone usted. Oiga, ¿cómo sabe usted que no soy un batidor tejano?

-Los batidores no vienen al oeste del Pecos - replicó Brasee rápidamente, pero estaba desasosegado y temeroso.

-Todo puede suceder al oeste del Pecos. Y esto es solamente una advertencia - afirmó el vaquero -. Sambo, coja esa hacha y venga conmigo.

Pecos salió de la tienda caminando hacia atrás. El desprecio por los hombres que se reunían en torno a don Felipe no le hacía ser descuidado. Sambo le había precedido.

-Yo lo sabía, patrón lo sabía - declaró el negro mientras giraba los ojos.

¿Qué es lo que sabía usted, Samba?

-Que ese Brasee es un cobarde hasta el tuétano. Pero no dejé de vigilá al mejicano.

-Yo también lo estaba vigilando, Sambo. Esta es una cuadrilla de miserables. No pueden durar mucho tiempo aquí... Lléveme a ese calabozo donde han encerrado al joven Lambeth.

A cierta distancia de la parte posterior de la tienda había una especie de cabaña de adobe, pequeña y cuadrada, con una puerta de madera cerrada por una cadena y un candado. Pecos dio una vuelta en torno a la edificación y se preguntó por dónde entraría el aire en ella. Sambo golpeó la puerta.

-Señito Terrill, ¿etá uté ahí? - preguntó con voz fuerte y espesa.

-¡Oh, Sambo!... Si no... me sacas de aquí... moriré pronto - contestó una voz dolorida.

-Dígale que se ponga a un lado de la puerta. Tendremos que romperla a golpes - indicó Pecos al negro.

-Apártese de ahí... poque voy a tirá la pueta.

Pecos esperaba que Brasee hiciese algo por oponerse a su intento, posiblemente que disparase algún tiro desde la parte posterior de la tienda. Pero ninguna indicación daba a entender que alguien se interesase o inquietase por los golpes que Sambo descargaba con el hacha. El forzudo negro destrozó la puerta en pocos momentos.

-¿Onde etá uté, señito Terrill? - gritó el negro mientras respiraba de un modo parecido al resoplar de un fuelle gigantesco.

Pecos suponía que reconocería a un chiquillo a quien intentaba recordar; pero se encontró en presencia de un joven esbelto y bien formado que salió tambaleándose hasta el exterior. Llevaba una chaqueta gris y desgarrada, una especie de *mono,* y botas altas, todo lo cual estaba cubierto de polvo y hierbajos. Tenía el destrozado sombrero negro inclinado sobre el rostro, de modo que proyectaba sombra sobre los ojos, anchos, profundos, de un color que Pecos no pudo discernir. El rostro del joven era de un perfil limpio y estaba tostado por el sol. A través de un roto de la copa del sombrero, podía verse un tufo de brillante cabello; y también sobresalían bajo el ala unas guedejas despeinadas. Pecos pensó que la ansiedad de Sambo por ver a aquel muchacho de tan agradable aspecto estaba plena- mente justificada.

-Sambo, estoy... medio asfixiado - dijo penosamente el joven Lambeth.

¿Dónde etá ese mejicano piojoso que encerraron con uté? - preguntó el negro.

-Lo soltaron esta mañana, todavía borracho.

Luego Lambeth descubrió a Pecos, y se sobresaltó ligeramente. Pecos vio que aquellos

ojos grandes y dulces ponían una mirada sobre él, le recorrían con ella de arriba abajo, volvían a posarse sobre su rostro, y se dirigían de nuevo hacia Sambo.

-Señito Rill, tendá que da grasias a ete caballero por habele pueto en libertá - dijo afectuosamente el nego.

-¡Oh, muchas gracias, señor! - dijo el joven en tanto que volvía a mirar a Pecos. Había en su voz una expresión de cálida gratitud, aun cuando la actitud del muchacho reflejaba una gran timidez.

-Verá lo que ha pasao, señito Rin. No he sabio hasta eta mañana que no etaba uté en casa - dijo Sambo -. Entonse, vine a caballo. Pero Brasee me pegó en la cabesa y me echó a la calle. Etaba pensando matale, cuando encontré a ete antiguo amigo nuetro. Me parese que su amiguito Bobby le ha hablao de nosotro. Y entonse el señó dijo que sacaría a uté de esa mamorra, señito Rill. Y entó en la tienda. La deuda de uté etá pagáa, y luego he partío la pueta...

-¡Pagada! ¿La pagaste tú, Sambo?

-¿Yo? ¡No, señó! No, señito Rill. Ha sío ete caballero.

Pecos estaba escuchando y observando al elocuente negro y al excitado joven. Una sonrisa de alegría se asomó a sus labios. ¡Qué poco cuesta a veces el hacer feliz a la gente! Pero cuando Lambeth giró rápidamente, con el rostro enrojecido y los ojos preñados de gratitud, Pecos va- ciló. No sabía dónde ni cómo, había un significado, una expresión extraña en la mirada y en la actitud del joven, que el vaquero no acertaba a comprender.

-j Pecos Smith! ... Le recuerdo perfectamente... j Qué amable..., qué bueno es usted! - exclamó el joven Lambeth en tanto que presentaba su mano a Pecos. El vaquero creyó advertir que aquella mano era pequeña y nerviosa, pero no dejó de ver que era, al mismo tiempo, dura y fuerte -. Soy Terrill Lambeth. ¿Se acuerda usted de mí?

-Sí..., ahora sí - contestó Pecos.

-Tenga la bondad de decirme dónde vive usted..., dónde podré encontrarle... De otro modo, ¿cómo podría pagarle mi deuda?

-Me parece que no debe preocuparse por eso.

-No, no; es preciso que me preocupe... Ha sido usted muy bueno para nosotros... ¿Quiere decirme su dirección?

-La misma de siempre, Lambeth... Pecos Smith, Texas, al oeste del Pecos - contestó lentamente el vaquero.

-¡Oh, no quiere hablar en serio! -dijo, riendo,

Lambeth.

-Señito Rill, yo creo que sí... Es tejano y habla como los del Pecos - le interrumpió Sambo mientras sonreía.

-Sí, ciertamente - respondió Terrill -. Sambo, vine ayer a caballo y lo dejé a la puerta de la tienda. Supongo que debe de haberlo recogido Bobby.

Cruzaron la ancha calle, con Pecos en cabeza. Al salir de detrás del edificio, el joven vio sus caballos en el lugar en que los había dejado.

-Lambeth, me agradaría hablar con usted - dijo Pecos -. Podríamos sentarnos allá, a la sombra... ¿Le parece bien?

-Me alegrará mucho - contestó el joven -. Sambo, vete a casa de Bobby y pregúntale si tiene mi caballito... Estoy muerto de hambre y de sed.

Una idea se había alojado en la imaginación de Pecos, una idea que, a pesar de los varios intentos que hizo, se negó a ser expulsada de allí. El muchacho Bobby, el negro Sambo y el reconocimiento y la gratitud del joven Terrill, la habrían incrementado y fortalecido sucesivamente. Una ocasión llamaba con fuerza a la puerta de Pecos.

-Se está bien aquí - comenzó diciendo cuando se hubieron sentado sobre la hierba, a la sombra de los árboles y no lejos de los caballos del vaquero -. Ese chiquillo a quien llama usted Bobby me ha contado algunas cosas, y otras más el negro... Tengo mucha curiosidad, Lambeth, y me agradaría hacerle algunas preguntas.

Librodot

-Comience a preguntar. Mucha gente siente curiosidad por mí. Pero soy tan silencioso y reservado como una ostra. De todos modos, es posible que tratándose de usted decida variar de actitud y me anime a decirle todo... lo que pueda.

-¿Es usted del este de Texas?

-Sí. Vivíamos en una plantación cerca de Luisiana. La guerra arruino a mi papá... Mi madre murió antes de que mi padre regresase. No nos quedó nada. Papá decidió ir al Oeste. Cuando estábamos a punto de emprender la e marcha, murió mi tío... También había estado en la guerra... Dejó a mi papá algún dinero. Y entonces emprendimos la marcha hacia el Oeste. Papá libertó a nuestros esclavos. Sambo y su esposa Mauree se negaron a separarse de nosotros... Teníamos un carro cubierto y ocho caballos. Cabalgué y cabalgué por espacio de ocho meses..., siempre a través de Texas. Hacia el final de aquella larga jornada papá adquirió algunos ganados, novillos cornalones de Texas. Usted nos encontró cuando nos habíamos perdido, cerca del Pecos... Después que usted nos encaminó hacia el cruce de Cabeza de Caballo, continuamos a lo largo del río, a este lado, hasta que papá encontró el lugar que más le agradó para instalarse. Allí comenzamos a explotar un rancho. Hace dos años, teníamos mil cabezas de ganado. ¡Éramos ricos! Pero papá no quiso vender. Fue por entonces cuando comenzamos a ver que nuestra ganadería disminuía. Había caballistas ocultos en la maleza... Papá se enemisté con un ganadero mestizo, llamado don Felipe. Sambo fue objeto de dos agresiones por medio de tiros... Y luego... luego... ¡Oh, cómo duele el recordarlo!

-Su papá fue asesinado - le interrumpió Pecos suavemente en el momento que el joven escondía el rostro.

-Sí. Fue... asesinado - continuó Lambeth -. Lo encontramos con el cuerpo atravesado por una flecha. Felipe y sus vaqueros dijeron que el suceso era obra de los co-manches, pero sé que no fue así. Los indios iban muchas veces al alto risco que hay al otro lado del río, frente a mi casa, nos vigilaban y disparaban tiros y flechas, pero ni las flechas ni las balas podían llegar hasta la mitad del camino. Los indios no podían cruzar el río, no siendo muchas millas más arriba o más abajo de nuestro rancho. Jamás lo intentaron. Por eso *sé* que no fueron los comanches quienes mataron a mi padre... Desde aquel momento nuestra buena suerte comenzó a eclipsarse. Felipe se asoció con un individuo llamado Sawtell, un villano que me había perseguido en varias ocasiones... Sambo y. yo pudimos descubrir a los que nos robaban el ganado. Nuestro terreno se extiende unas veinte millas río arriba y otras tantas hacia abajo. Y cuando la corriente era escasa nuestras

reses cruzaban, a veces, el río. Hay centenares, acaso millares de cabezas de novillos cornalones al otro lado del Pecos. Son míos Pero ¿cómo podré recogerlos? No hay duda de que don Felipe y Sawtell conseguirán apoderarse de ellos en cualquier momento... ¡Oh, señor Smith, se me ha advertido que no debo decirlo! Claro es que no puedo probarlo... Pero he visto a los vaqueros de don Felipe robar nuestro ganado... Lo roban y borran las marcas... Bien; las cosas han tomado peor aspecto últimamente. Teníamos que adquirir provisiones... Papá había contraído deudas con esos hombres... Y el último invierno me vi obligado a hacerlo también. Brasee no quiso recibir ganado como pago... Y, para final, lo que es peor de todo: me han espiado y han intentado apoderarse de mí..., de sorprenderme a solas... ¡Oh, no puedo decir, ni siquiera puedo decir la mitad!... Pero ayer ese Brasee me arrastró..., me llevó a la fuerza a ese repugnante calabozo..., me encerró... ¿He contestado anticipadamente a sus preguntas, señor Smith?

-Llámeme Pecos - respondió pensativo, el vaquero -. Me ha parecido una historia muy dolorosa. Terrill, casi tanto como la mía... Pero, ¡maldición!, lo que no puedo comprender es que usted, siendo de raza tejana, no haya matado todavía a ese puerco medio mejicano y a su compañero. Ahora debe de tener usted unos quince años, ¿verdad?

-Sí, señor - contestó Terrill con una carcajada -. Tengo quince años.

-Bien, ya es edad suficiente para manejar un arma.

-Y sé manejarla. He matado búfalos, ciervos, lobos, panteras, venados, bueyes viejos... Pero jamás a un hombre... Lo habría hecho, últimamente, *si* no me hubieran robado todas las

armas.

- Bueno, Terrill; entonces tendré que matar yo a don Felipe y a Sawtell en nombre de usted - musitó suavemente Pecos; y al decirlo se maravilló de no haber llegado antes a la conclusión de que aquella hazaña estaba reservada para él.

-¡Señor Smith...! ¡Pecos! ¡No es posible que hable usted en serio! - exclamó el joven.

-No he hablado en toda mi vida con más seriedad que ahora... ¿Quiere usted saber algo acerca de mí - preguntó Pecos.

-Sí - susurró Lambeth, evidentemente subyugado por Pecos.

-Y, ¿jura usted que nunca dirá a nadie nada de lo que yo le diga?

-Lo... lo juro, Pecos - respondió excitado Terrill. -Pues... no es usted el único huérfano de Texas... Yo desciendo de una de las familias más antiguas de Texas, Terrill, pero no he ido apenas a la escuela ni tengo ilustración. Y por eso he tenido que ser vaquero. Los años que he pasado en. Méjico han sido buenos y malos para mí... Bueno, vine aquí por primera vez con un conductor de ganados, McKeever, con el que he viajado por espacio de algunos años. Y la última vez que estuvimos en Santa Fe, me puse nervioso cuando tenía el dedo sobre el gatillo de la pistola... ¡Maldición! ¡Siempre ha de haber un hombre que necesite que le enseñen a tiros! ... La última ocupación que tuve fue en el rancho *H. H.* Y allí fui casi feliz.. Y el día que tuve que marcharme... Es posible que esto no interese a usted, y es posible que yo cometiera algún error... De todos modos, lo que sucedió fue que se me acusó de robar ganado. Y el que me acusó fue un tal Sawtell, el hermano de ese Breen Sawtell que anda acosándola a usted. Naturalmente, tuve que matarlo. Esto me llenó de tristeza. Al abandonar aquel rancho, me uní a dos vaqueros sin escrúpulos, y me dediqué con ellos a robar ganado.

Terrill emitió una exclamación de asombro al oírlo. En su excitación, el muchacho se quitó el sombrero y lo arrugó entre las manos. Pecos pudo, por esta causa, ver por primera vez el rostro del joven por entero. Era sorprendentemente juvenil y en sus mejillas, tostadas por el sol, no había ni sombra de barba. En verdad, parecía una linda muchacha, a pesar de la fortaleza de la barbilla y de la tristeza de los labios. Los ojos eran grandes y de un color azul intenso, casi purpúreo.

-Bueno; es solamente mi conciencia lo que me acusa *de* ladrón de ganado - continuó inmediatamente Pecos. - Pero en realidad, Terrill, no lo he sido jamás. Mi ocupación consistía en marcar novillos perdidos, y usted sabe que eso no es delito. No hay ni un solo vaquero en Texas que no lo haya hecho. Lo malo era que en el fondo de mi conciencia yo tenía el convencimiento de que aquellas reses no me pertenecían, Ésa es la diferencia, Un vaquero suele marcar cualquier becerro que encuentre pastando, y hacerlo con satisfacción. Pero yo no podía hacerlo. Este trabajo duró todo el invierno pasado. Mis compañeros llevaban las reses a su mercado en Nuevo Méjico, y yo me quedaba en el campamento. La última vez que lo hicieron, fueron seguidos a su regreso. Tuve la suerte de no encontrarme allí. Y sucedió que estaba observando a un grupo de jinetes indios que cruzaba el río. Para abreviar, le diré que me dirigí a escondidas al campamento, donde había cuatro ganaderos que tenían mucho que hacer con mis compinches. Ya habían ahorcado a uno de ellos y habían echado al otro la cuerda al cuello. Estaban tirando de la cuerda para elevarlo cuando el infierno se desató a mis pies. Los comanches habían llegado al campamento. Se produjo una batalla muy animada, en la cual tomé parte desde la altura en que me hallaba. Los indios que no habían muerto se pusieron en fuga, y cuando desaparecieron bajó al campamento y descubrí que sólo uno de los hombres estaba aún con vida, pero *se* hallaba moribundo. Este hombre me dijo que mis compañeros se habían dedicado a borrar marcas de reses. Como ve usted, me habían estado engañando, puesto que yo nunca vi ni una sola de las reses que llevaban a vender, no siendo los becerros sin marcar... Su acción me convertía en un ladrón de ganados, aun cuando jamás lo haya sido en realidad. O ¿cree usted que lo soy?

-No, no es usted un ladrón... de corazón - replicó Terrill concisamente -. Papá acostumbraba poner nuestra marca a los becerros perdidos y sin marcar. Creía que era un

acto honrado. Y yo también lo creo.

-Muchas gracias, muchacho. Esas palabras han quitado un peso de mi conciencia. Y ahora creo que puedo pedirle a usted que me dé trabajo...

-¡Trabajo! - exclamó Lambeth.

-Sí, trabajo. No me gusta fanfarronear, pero no hay nada que no sea capaz de hacer con una cuerda en la mano... Me comprometo a encontrar más de un millar de terneras entre los matorrales, cosa en que jamás ha pensado usted.

-¿Quiere usted... trabajar para mí..., ser mi vaquero?

-Eso es. Y me parece que necesita usted uno... - dijo lentamente Pecos, muy complacido del efecto que produjeron su historia y su proposición.

-¡Seria maravilloso! Pero... no tengo dinero. -No importa; tengo confianza en usted.

-¿Tiene usted confianza en mí?

-¡Naturalmente, si usted cree en mil

-¿A qué se refiere?

-A que no soy un ladrón. A que deseo encontrar un hogar en algún lugar solitario cerca del río y trabajar y olvidar muchas cosas...

-Puedo creerlo. Si me dijera usted que ya no hay ningún ganadero que ande buscándole para ahorcarle..., le creería.

-¡Hum! No estoy completamente seguro de eso, Terrill. Hay un hombre que me busca con ese fin, y ese hombre es Breen Sawtell. El ganadero moribundo me dijo que Sawtell estaba robando los ganados a su propio hermano. ¿Qué le parece? Y fue él quien mandó a su hermano para hacer que me despidieran y me expulsasen de aquella región... De modo que este Breen Sawtell podría presentarse aquí, lo misma que su hermano se presentó allá y con el mismo propósito. Todo lo cual no tendría una gran importancia en lo que a mí se refiere, puesto que, de todos modos, estoy seguro de que he de matarlo.

Pecos se había sentido intrigado y desconcertado por aquel joven de Texas, y tenía esperanzas de que pudiera vencer lo que parecía ser una excepcional agitación. Sin duda, el muchacho de habla melosa y dulce no se había repuesto aún de la conmoción originada por el asesinato de su padre. No teniendo, tampoco, madre, y habiendo vivido sólo con una pareja de negros, robado por los vaqueros, perseguido por aquellos malvados ganaderos, era perfectamente explicable su timidez. Además el joven Lambeth no había sido criado en el Sur ni en el Oeste del país bravío de la Estrella Solitaria.

-Espero que matará usted a Sawtell... y seguramente a don Felipe también - exclamó repentinamente Terrill tras una larga pausa. El rostro se le cubrió de una coloración gris, y Pecos vio brillar en él una llamarada de púrpura y de fuego tan intensa, que se sorprendió de que tan pronto se hubiera operado el cambio que esperaba.

-Entonces, ¿me concede usted trabajo? - preguntó Pecos como respuesta al fuego de su colocutor.

-Sin duda alguna. Creo que he encontrado... un amigo... al mismo tiempo que un vaquero. He aquí mi mano.

La mano que ofrecía no estaba enguantada en aquel momento. Y su palma callosa, la flexibilidad de los dedos que se cerraron como si fueran de acero sobre la de Pecos, arrojaron una rápida y cálida corriente a través de las venas de Smith.

-En lo que se refiere a amistad, creo que soy el favorecido - replicó Pecos -. Y si nos llevarnos bien y si logro rehacer su ganadería, y si compro la mitad de la propiedad de su rancho..., ¿cree usted que le agradaría admitirme como compañero suyo?

-Pecos, me parece que Dios... Bueno; no importa lo que pienso. - Lambeth comenzó a hablar con cálida elocuencia, y terminó tartamudeando débilmente -: Pero... sí, sí : me agraciará admitirle como compañero.

La llegada de Sambo, que conducía un caballito sobre el cual iba montado a horcajadas Bobby, puso fin al interesante y grave coloquio.

-¡Oiga, oiga, señito Terrill! - gritó alegremente el negro -. Nuestra suerte ha cambiado...

-¡Quite de ahí toda esa manducatoria para que pueda apearme! - dijo Bobby con voz aguda.

La llegada del alegre Bobby y del exuberante Sambo, juntamente con la abundante cantidad de comida y bebida que llevaban, obligó a Terrill y Pecos a enmudecer y provocó el alejamiento que Pecos había previsto. De todos modos, no podía esperarse que Terrill se mostrase alegre y parlanchín cuando estaba medio muerto de hambre v tenía ante sí los medios para aplacar el hambre y la sed. Pero... había algo más.

Pecos tomó un poco de comida. Durante todo el tiempo que duró la refacción, permaneció pensativo y se dijo a sí mismo que había tomado una decisión sorprendente y grave. No pudo ver ningún inconveniente. Su creciente fervor los había destruido. Nadie le había sorprendido jamás borrando marcas de reses. Williams y Adams habían muerto, lo mismo que todos los componentes del pelotón que le había perseguido. Era libre. ¿Qué importancia tenían para él un bravucón o dos del género de Breen Sawtell? Estaba sobre aviso, y bien armado. En cuanto a don Felipe... El mestizo era tan peligroso como una serpiente escondida entre la hierba. Pero aquellos dos hombres no tenían fuerza suficiente para ensombrecer ni siquiera con la nube más ligera el horizonte de Pecos.

Durante diez años Pecos había vivido, unas veces más y otras menos, en un ambiente de lucha. Así era Texas. Tendría que hacerse peor antes de que pudiera hacerse mejor. Aquella extensión situada al oeste del Pecos estaba destinada a ver una vida agitada a medida que aumentase la cantidad de ganados. Los rancheros y los colonos irían en busca de agua y de hierba como los lobos que olfatean una posible presa. Los vaqueros acudirían en tropel al Pecos. Y, del mismo modo, los parásitos de los campesinos. Pecos tuvo una visión del porvenir. Había sufrido una breve aproximación a la vida del proscrito. ¡Nunca más! Que sus acusadores se uniesen *y* pusieran de acuerdo... Ningún *sheriff f* podría ponerle unas esposas, ningún tribunal de Texas podría apoyar al *sheriff* que lo hiciera. Una sorprendente alegría fluyó por sus venas. ¡Qué pequeño podría ser el incidente que cambiase por completo el curso de una vida! Pecos debía mucho a Bobby, a Sambo, y, más que a nadie, a aquel joven huérfano que estaba tan fuera de lugar en aquellas extensiones bravías. Si no hubiera sido por el apuro en que lo hallé, Pecos habría continuado siendo arrastrado por las corrientes de la vida aventurera y sin freno. Por otra parte, Terrill parecía un joven digno de aprecio. Necesitaba un protector, un guía, alguien que pudiera desarrollar las cualidades de tejano que debían de aletear en él. Y Pecos se sentía plenamente calificado para Ilenar estos lugares.

-¡Cuánto hambe tenía uté! - dijo Sambo -. ¿Ha combo uté too lo que hemo traído?

-Estaba terriblemente hambriento, Sambo - reconoció Terrill -. Pero no he comido todo... Bobby me ha ayudado. Y también Pecos.

-¿Pecos? Es un nombre gracioso para un hombre - comentó Bobby-. Pecos significa... casi todo: el infierno, y matar a un hombre, y todo lo que sea horrible.

-Es cierto, Bobby - dijo Pecos mientras sacaba del bolsillo un dólar. - Aquí tienes otro *peso.*

-*¡Ah!* ¡Soy rico! ¡Terrill, soy rico! Y ¿para qué es éste? - gritó alegremente Bobby.

-Para que te calles respecto a que me llamo Pecos, por lo menos durante una temporada. ¿Comprendes?

-¡Claro que sí! - contestó Bobby. Sus ojillos astutos brillaron inteligentemente -. Creo que es usted un hombre maravilloso.

-Bueno; me parece que debemos sacudirnos el polvo de Nido de Águila - sugirió Pecos -. Mientras hemos estado sentados aquí, he visto lo menos una docena de mestizos y mejicanos que nos han estado espiando, lo mismo que Brasee y su camarero. Y algunas personas blancas también.

-Sambo, ¿dónde está su caballo? - preguntó Lambeth.

-No lo sé. Supongo que etará po ahí comiendo hieba...

-Yo debería ir ahora en busca de provisiones que necesito - dijo Pecos -. Pero no soy tan imprudente como habría que ser para comprarlas en casa de Brasee.

-No volveremos jamás a tener tratos con él - declaró decididamente Terrill -. Hay un puesto militar río arriba, a unas veinte millas de mi casa: Camp Lancaster. Vamos allá muy pocas veces, porque está al otro lado del río y siempre! hay indios por aquellos alrededores; pero ahora me parece preferible a Nido de Águila.

-Y ¿a qué distancia está su rancho, Terrill?

-A unas cuatro horas de aquí, si vamos un poco aprisa. Pecos desató los ramales de su caballo y montó. -Adiós, Bobby. No te olvidaré.

-¡Oh! Siento mucho que se vayan ustedes, pero estoy contento también... Terrill: tengo casi la edad suficiente para trabajar como caballista para ti.

-¡Más adelante, Bobby! ¡Adiós!

Terrill subió a su caballo y caminó en cabeza hacia las afueras de la población, seguido del negro, que iba silbando, y de Pecos, que cerraba la marcha. Al llegar a la carretera, Pecos volvió la cabeza. Un grupo de personas se había inmovilizado ante la tienda.

Brasee se encontraba delante de todas.

IV

A no muchas millas de distancia de Nido de Águila, una senda muy poco frecuentada partía de la carretera principal en dirección al río. En aquel punto, Sambo, que había encontrado su caballo y tomado la delantera de la cabalgata, se internó en la espesura. Y desde aquel momento, Pecos no supo dónde se encontraba.

Ninguna rueda había trazado su surco sobre aquella senda, ni una manada de ganados había seguido su curso rocoso y bordeado de cactos. A infrecuentes intervalos, unas huellas de reses la cruzaban de un lado a otro, pero no se hallaban nuevas señalen hasta varias millas más adelante; una sombría carretera la cortaba y seguía hacia el Oeste. Lambeth dijo que aquella carretera conducía a Mortimer Spring.

Durante la mayor parte del recorrido Pecos cabalgó sobre terrenos pantanosos y el fondo de quebradas, pero en algunas ocasiones ascendió hasta lo alto de los desiguales bordes de los pequeños desfiladeros, desde los cuales les fue posible ver a distancia. Aquella región bravía del Pecos era igual a la que Smith conocía : lugares cubiertos de hierba verde alternados con zonas estériles; hierbajos silvestres y cactos que contrastaban con el color gris de las rocas; cerros y desfiladeros ondulantes, todo monótono y solitario, todo desarrollándose interminablemente desde el Oeste hacia el río, hacia el Este, siempre sin fin. Era una extensión que parecía llegar hasta el infinito. El curso del Pecos era solamente, visto desde allí, una línea serpenteante.

Pecos se regocijó de tener de nuevo compañía, aun cuando aprovechó en contadas ocasiones la oportunidad! de hablar que se le presentaba. El joven Lambeth montaba un caballo mesteño, de marcha rápida, y resultaba difícil correr junto a él. La mayoría del tiempo el joven y Sambo se hallaban fuera de la vista de Pecos, ocultos por los! salientes de las rocas o por la pendiente que conducía al fondo de una garganta. Y el caballo de carga de Pecos estaba cansado.

Alrededor de mediodía, Pecos vio las primeras reses, más montaraces que los mismos ciervos: un toro viejo de largos caernos, una vaca, dos novillos con una ternera, todos sin marcar. Este encuentro tuvo lugar en una garganta poco profunda y estrecha, donde corría el agua. Desde aquel punto en adelante, las huellas: del ganado se hicieron más abundantes, y en las alturas se vieron reses de diversas clases. Finalmente, Pecos pudo distinguir una marca: *T. L.*, y llegó a la conclusión de que debía de pertenecer a Lambeth. Desde aquel momento, continuó mirando con atención en busca de ganados y de sus marcas, de las que, con gran sorpresa, apenas pudo ver una pequeña cantidad.

Sin duda, el coronel Lambeth había sido uno de los ganaderos más descuidados. Pero ¿sería posible para un ganadero, aun cuando fuera un hombre experimentado, con la sola ayuda de un vaquero y de un muchacho, marcar ni siquiera una décima parte de las reses que Lambeth había poseído? Las condiciones cambiaban rápidamente, y aquel modo de proceder pertenecía ya al pasado. El precio del ganado aumentaba, los mercados se intensificaban... Aquella región del Pecos contendría, más adelante, un millón de cabezas. Pecos vio que la fortuna esperaba en el porvenir al hijo de Lambeth, *y* a él mismo. Smith poseía el dinero necesario para repoblar de reses el rancho de Lambeth, y tenía el deseo y principalmente el valor precisos para detener el robo. Por estas razones, continuó caminando con mayor felicidad de la que jamás había poseído.

Al fin, cerca de la hora del crepúsculo, Samba se detuvo para esperar a Pecos en uno de los barrancos estrechos de muros y suelo de roca. Evidentemente, Lambeth había continuado su camino. No se veía agua, ni tierra, ni arena ni huellas de ninguna clase.

-Aquí é donde damo la vuelta -- anunció el negro -. É un sitio muy engañoso.

-Yo mismo, Sambo, habría continuado en línea recta sin ver ese desvío - contestó Pecos -. ¿Estamos lejos del río?

-Creo que a meno distansia que la que un cuervo puede volá. Pero vamo dando vuelta y vuelta y subiendo y bajando, y po eso paece que etá muy lejo.

El barranco descendía suavemente, volvía hacia atrás, conservaba siempre su misma anchura; pero la altura de sus muros laterales crecía constantemente. La suave pendiente se convertía a veces en una brusca inclinación escalonada, donde los hombres se veían obligados a desmontar y a guiar los caballos. Sin embargo, continuaba siendo una garganta que no adquiría magnitud de desfiladero. Continuaron descendiendo *y* descendiendo hasta que el cielo pareció en la altura como un río azul y serpenteante. El agua debía de correr por allí en determinadas estaciones, pero el lecha de la garganta estaba tan seco como un hueso que hubiese permanecido mucho tiempo al sol. Gradualmente comenzó a esfumarse su seca fragancia, lo que Pecos comprendió primeramente al ver la actitud de los caballos. Las bestias habían comenzado a ventear el agua. Y Pecos percibió también su aroma muy pronto y sintió en el rostro un hálito cálido y soporífero de aire cargado con el suave perfume de Ios brotes y del verdor.

Pero Pecos no esperaba encontrar al volver súbitamente una revuelta una explosión de dorado sol y la llama del desfiladero abierto.

-Ya estamos, serió - dijo Sambo con orgullo -. Ete é el rancho del señito Rill. Y é el único lugá bonito en todo ete aujero del Peco.

-¡Dios mío! - exclamó Pecos, y se detuvo para gozarse en la contemplación del panorama.

El sol se ponía a sus espaldas, arriba, lejos de las ondulaciones de la extensión del desfiladero para pintar el resplandeciente río y la enorme elevación de las rocas. Aquella elevación parecía más alta que cualquiera otra de las que existían en aquel lado del río y se arrugaba espantadora-mente a pesar de las tonalidades que el sol declinante ponía en su frente.

-Ahí é donde lo comanche bajaron y comenzaron a gritá y a dispará flecha conta nosotro - dijo Sambo con voz profunda mientras señalaba la parte central de la gran escarpa, que era la más baja-. Pero no pudieron alcanzarnos ni bajá.

¡Malditos! - exclamó Pecos en tanto que se secaba la sudorosa frente.

Desde donde se hallaba Pecos, los muros de montaña se extendían y curvaban en ambas direcciones, altivos y verticales, escabrosos e impracticables, llenos de rocas partidas y de matorrales en la parte inferior; estaban, acaso, a una media milla de distancia del centro de la gran curva, y desde allí comenzaban gradualmente a cerrarse en dirección a la boca, la que, no obstante, era lo suficientemente ancha para permitir que se viera una gran zona del Pecos y del accidentado lienzo de montaña que se hallaba al otro lado.

Era un desfiladero ovalado, dos veces más ancho que largo, notable y por muchas

Librodot

circunstancias y lleno de lujuriante verdor. El verdor atrajo la atención de Pecos, que no había visto nada semejante a lo largo del río solitario y de orillas grises.

El centro estaba formado por un terreno ovalado, lleno de pastos *y* rodeado de una orilla, también entre la hierba, y los riscos. Los caballos parecían manchitas entre la hierba, y lo mismo sucedía con el ganado bovino. El crepúsculo había trocado en rojo el oro de su luz, de modo que las cumbres del Este se cubrían de un rosado rubor en tanto que las que se hallaban más próximas a Pecos profundizaban su purpúrea tonalidad. Entre ellos, unos dardos de luz se introducían oblicuamente en el desfiladero y creaban un efecto etéreamente hermoso: un jardín de fértil belleza perdido en e!1 erial de la tierra sombría, lúgubre y estéril.

-Ahí hay un manantiá que nunca se agota - concluyó Sambo dándose importancia -. É tan grande, que é casi un pequeño río. Por eso, cuando e Pecos está casi seco y tan lleno de madera que el ganao no puede bebé, ete manantiá é una bendisión de Dió.

Sambo montó nuevamente a caballo y continuó cabalgando a través de las secciones plagadas de rocas hacia el fondo del desfiladero. Pecos lo siguió, y salió muy pronto a la senda que atravesaba la extensión cubierta de hierba. El zumbido de muchas abejas entre el follaje se unía al suave murmullo de una invisible corriente de agua.

Pecos caminó junto a unos viejos novillos mansos. Había centenares de cabezas de ganado en dirección a la parte baja del óvalo. Aquel solo desfiladero, sin las ilimitadas extensiones de la parte alta, sería suficiente para sostener a un ranchero que no tuviera la ambición de enriquecerse.

Entre tanto, el sol se puso; y entonces el fuego y el color se convirtieron en un creciente gris; con ello, aquella aislada región cobró el aspecto de la dura comarca que Pecos conocía.

Por fin, cuando la última luz huía por la parte alta del desfiladero y brillaba fríamente sobre el acerado Pecos, una especie de cabaña apareció ante la hilera de árboles que daba frente al río. Estaba situada a bastante altura de la orilla, y dominaba la vista. Una cabaña más pequeña se hallaba más atrás y a su lado.

-Aquí etamos y me alegro mucho... - dijo Sambo cantando -. ¡Mauree, inútil, desagradable mujé! ¿Dónde etás?

Una negra, grande de cuerpo, de rostro bien parecido, con un pañuelo de hierbas atado en torno a la cabeza, apareció a la puerta.

-¿Ya has vuelto, negro perezoso? - exclamó mientras movía los ojos hasta hacer que asomase su parte blanca -. Te has salvao la vida al traer a Terrill vivo a casa.

-Sí, lo he traído a casa, grasias a ete caballero - replicó alegremente Sambo-. Mauree, te pesento a un verdadero tejano, el señá Pecos Smith.

-¡Ah, señó Smith! Sea bienvenido - contestó la negra-. Baje del caballo y entre. Hay huevos, jamón y leche... bastante para maté el hambre.

-Gracias, señora Sambo - dijo Pecos mientras se apeaba. Con manos rápidas y seguras desató del borrén de la silla la abultada chaqueta, la puso sobre las escaleras de piedra del pórtico, y colocó encima el rifle. Luego, desensilló a Cin^c^o mientras Sambo realizaba una operación parecida con el caballo de carga.

La cabaña era grande, y tenía tres puertas que se abrían al pórtico. Estaba tosca aunque fuertemente construida de leños y troncos, con las junturas tapadas por barro cocido. Tenía en el centro un tejado picudo y bajo que cubría también el pórtico. Sin embargo, no tocaba la pared lateral, con lo que dejaba considerable espacio para la ventilación del ático. Cuando Pecos hubo depositado la silla y su equipaje en el pórtico, vio un banco sobre el cual había una herrada con un cucharón de madera, una jofaina y jabón; y sobre todo ello, unas toallas blancas y limpias colgadas de unos clavos. Pecos rió. ¿Cuándo había visto algo parecido? El cubo estaba lleno de agua cristalina, que resultó tan fría como el hielo y libre de sabor. Pecos bebió dos veces, con lo que comprobó la certeza de la afirmación de Samba acerca del agua. Luego se lavó las manos y la cara, y experimentó un frescor que fue tan grande como su entusiasmo. Cuando se volvió, Terrill se hallaba a la puerta de la casa con la cabeza

Librodot

descubierta.

-Pecos Smith - dijo con timidez -: bienvenido sea usted al rancho de Lambeth.

-Terrill... Hemos hecho nuestra fortuna - replicó Pe-cos para expresar su agradecimiento por la bienvenida y por la ocasión que el acaso le había presentado inesperadamente.

-¿Lo cree usted? ¿Le agrada mi solitario desfiladero? -¡Es un paraíso! Nadie podría haberme hecho creer que pudiera haber un lugar tan delicioso como éste en las inmediaciones del Pecos.

-Entre. La cena está preparada. Es probable que no pueda usted suponer que me halle hambriento después de la comida que Bobby nos ofreció; pero lo estoy.

-Por mi parte, no puedo decir que haya tenido de verdad hambre hasta que la señora Sambo habló de huevos y jamón. Se me había olvidado ya que existieran tales co*sas* en este mundo.

El interior era oscuro, como el de todas las casas de madera, excepto en las cercanías del fuego. Evidentemente, aquella amplia habitación era al mismo tiempo gabinete y cocina. Una puerta situada a su final conducía a otra estancia. Pecos se sentó a una mesa de construcción casera sobre la cual había un mantel inmaculadamente blanco, una vieja vajilla de plata y una cena cuyo fragante aroma decía que era lo suficientemente buena para un rey.

Terrill tenía buena educación, aun cuando no estuviera acostumbrada a la compañía de personas extrañas a las que en su casa vivían. Si la situación era embarazosa para Pecos, ¿cómo no habría de serlo para el muchacho? Allí, más que en cualquier otro momento desde que Terrill había sido libertado, aquella extraña y desconcertante torpeza, aquel incomprensible alejamiento, aquella timidez se hicieron más perceptibles para Pecos. No habría sido difícil que éste rompiera en una risa estrepitosa, diese un manotazo en la espalda a su anfitrión y lo ridiculizase por un apocamiento de tal intensidad, mucho más notable en la zona izquierda del río más bravío de todo Texas. Pero había algo que cohibía a Pecos. Lambeth debía de haber vivido casi en reclusión, debía de haber sido un niño triste, y era un joven huérfano. Se necesitaría cierto tiempo para intimar con él y Pecos decidió que valdría la pena de no precipitar los acontecimientos y dar a la familiaridad el tiempo necesario para que se desarrollase.

Apenas cambiaron media docena de palabras durante la cena, a la cual Pecos hizo justicia con gran satisfacción de la cocinera.

-Bueno... Unas pocas cenas más como ésta... ¡y estoy perdido!

- Éste fue el elogio de Pecos.

-Tenemos mucho que comer, aun cuando seamos pobres -contestó Terrill -. Producimos casi todo lo que necesitamos, y...

-Verdaderamente, el día ha sido muy agitado para mí - le interrumpió Pecos -, y tengo sueño. Si no les parece mal, dormiré en esa litera que hay en aquel hueco del tejado. Hay allí mucha ventilación, *y* es un sitio muy bueno para vigilar.

-Me parece muy bien - replicó con rapidez el muchacho -. Sambo ha dormido ahí desde que papá fue asesinado, para que yo no tuviera miedo de noche. Ahora, puede volver a su casita.

-Sí. Espero que mi llegada hará que las cosas mejoren para todos ustedes.

-¡Oh, sé que mejorarán, Pecos! - contestó Lambeth. - He tenido hoy más suerte que en ningún otro día de mi vida.

-Eso me recuerda una cosa: aquí, parecen estar ustedes muy lejos de morir de hambre; y sin embargo, usted ha corrido los peligros necesarios para ir a Nido de Águila en busca de provisiones... ¿Cómo es eso?

-Pecos, no eran provisiones de boca lo que fui a buscar. En tal caso habría llevado un caballo de carga.

-Comprendo. Bueno, me voy a dormir. Buenas noches.

-Espere. Ha dicho usted que hemos hecho nuestra fortuna... No podré ir a dormir

Librodot

hasta que no me haya explicado esas palabras.

Pecos rió.

-¡Es usted un muchacho muy gracioso...! Voy a explicárselo. Este terreno es el mejor de todos los del Pecos. Lo que usted necesita, lo que necesitaba su papá, es un hombre que pueda cuidar de toda esta extensión, recorrerla a caballo... Sambo es un negro bueno, pero lo que se precisa es un hombre más hábil, sobre todo con las armas... Y ha sucedido que he llegado aquí. Ahora, haciendo un cálculo ridículo, usted dice que le quedan alrededor de un millar de reses. Ese número, después de marcar las reses que encontremos y que no lo estén, será más del doble este mismo año. Eso significa, por ejemplo, alrededor de dos mil quinientas cabezas. Al año siguiente, cinco mil. El tercer año, diez mil cabezas. Piense usted que vamos a marcar todas las reses que encontremos a lo largo del río, hasta tan lejos como podamos llegar. El cuarto año tendremos fácilmente veinte mil cabezas de ganado. Y así sucesivamente, Bueno, las reses de dos años se están pagando ahora a seis dólares. Cualquier tejano comprende que la cría de ganado va a salvar a Texas de la ruina. Los precios continuarán subiendo y subiendo... Pero supongamos, para calcular con prudencia, que los precios no suban más. En cuatro años nuestra ganadería valdrá más de cien mil dólares. Pero apuesto la cabeza a que será más del doble de esa cantidad.

-¡Pecos! - exclamó Lambeth con voz sonora y vibrante.

-¡Eh! No me *pccosee* usted! Ya sabe que Pecos significa casi todo... Estoy diciendo la verdad, Terrill. Dura*nte* diez años he estado esperando una ocasión como ésta.

-¡Oh, gracias a Dios... que ha llegado usted a tiempo! - dijo Lambeth.

-Oiga joven, todavía está usted excitado. No hablemos más por esta noche -contestó Pecos con tierna solicitud.

Terrill permaneció apoyado en la chimenea de piedra, fuera de la luz que despedían los nuevos leños que Sambo acababa de arrojar a ella. La sombra aumentaba el efecto que producían *sus* grandes ojos oscuros.

-No estoy excitado... Es solamente que... No podría decírselo... Pero puedo decirle que si Brasee me hubiera tenido encerrado más tiempo... me habría suicidado ahorcándome.

- ¡Bah! ¡No exagere! - exolamó Pecos -. No, Bra-see no se habría atrevido. Lo que intenta es asustarlo para obligarle a tomar dinero prestado.

-Eso es todo lo que sabe usted - replicó el joven con enojo -. Brasee es solamente una de las manos de don Felipe. Pero hace cosas horribles. No hará mucho tiempo ha tenido prisionera *a* una *muchacha* en aquella choza de adobes.

-¡Una muchacha! ... Pero ¿qué les sucede a los hombres blancos de Nido de Águila?

-Era... mejicana - contestó Terrill tartamudeando. Y terminó como *si* se hubiera mordido la lengua para no decir más.

-¡No importa que fuera mejicana! - gruñó Pecos -. Creo que tendré que hacer investigaciones sobre esa cuestión.

Pecos se interrumpió un momento, y luego gritó: -¡Eh Sambo! ¡Holgazán! ¡Venga a ayudarme! Sambo se presentó con tanta rapidez, que dio lugar a sospechar que hubiera estado escuchando, lo que era natural si se tienen en cuenta las circunstancias.

-Suba la escalera y yo le daré su cama - sugirió Sambo.

-Demo primero la chaqueta y el rifle - replicó Pecos en tanto que trepaba por la escalera hasta el tejado y se arrodillaba en el desigual piso de maderos. Había tanta oscuridad que no podía ver el interior del desván.

-Quite mis mantas y tírelas, Pecos.

Pecos palpó de un lado para otro hasta que encontró un lecho que se componía solamente de varias mantas y gruesas colchas. Las cogió y las arrojó al espacio. Sambo lanzó una exclamación ahogada, y resulté evidente que perdió el equilibrio. Pecos, mirando hacia abajo, descubrió que así había sucedido. Sambo vacilaba en su intento por librarse de las ropas que sobre él habían caído. Su lenguaje y el barullo que promovió llevaron a Mauree al lugar de la escena.

-¡Por amé de Dió! ¡Nego del demonio! ¿Que base? -¡Vete lejo, mujé!

-¡Perdóneme, Sambo! - dijo Pecos -. Creí que estaría usted mirando hacia arriba.

-¡Claro que estaba mirando, pero no sirvió de naá. ¡Uté é un verdadero vaquero, señó Pecos, eso é uté!

Pecos extendió su lecho en el oscuro rincón y enrolló la chaqueta, tan preciosamente cargada, para que le sirviera de almohada. Antes de tenderse para dormir, dirigió la mirada hacia el río. No pudo verlo bien, más supuso que aquella línea pálida y ondulante que se discernía al pie de las negras rocas debía de ser la corriente de agua. Escuchando atentamente le fue posible percibir el débil murmullo del agua. Un búho ululó junto al río, y fue contestado por otro desde lejana distancia. El ganado y los caballos estaban silenciosos.

Pecos palpé los manojos de billetes que tenía encerrados en la chaqueta. Su conciencia le gritó, una vez más, con débil vocecita. ¿Había sido completamente sincero para el joven Lambeth? La pregunta fue rechazada con enojo. Debía rechazarla... Pecos podía mirar a la cara a cualquier hombre, con la pistola en la mano y jurar que no era un ladrón. No obstante, si había vivido la vida libre y sin frenos y sin leyes de los vaqueros durante tanto tiempo, que sus' conceptos del bien y del mal se habían embrollado, aún estaba a tiempo de rectificar. Después de llegar a esta conclusión, se tumbó y se durmió, lo que daba pruebas de que su conciencia no estaba muy cargada de acusaciones.

No se des[p]ertó hasta una hora demasiado avanzada para él, lo cual fue debido, probablemente, a aquella sensación de seguridad que experimentaba. El sol comenzaba a cruzar el vacío, lejos del río, y el Pecos se presentaba brillante como un camino de gloria.

Sambo se presentó ante la vista de Pecos cargado con brazadas de leña.

-¡Buenos días! - le dijo Pecos en tanto que se ponía las botas.

-Sí que lo son. Y me alegro una vez más de está vivo. -También yo... ¿Dónde está su patrón, Sambo?

-Etá en la tierra de los sueño... Mauree lo ha llamado do vece. Pero casi siempre se levanta tarde.

Pecos se tumbó en el suelo, con la cabeza asomando sobre el borde. La puerta de la casa, que estaba abierta, se hallaba un poco a su derecha.

-Eh, Terrill! -gritó.

-Sí... Ya voy - dijo una voz aturdida en la distante habitación.

-¡Arriba! La mañana ha nacido ya... Tenemos que salir a caballo hoy... [y] todos los días que vengan detrás de éste... ¿Qué más felicidad podemos desear?

Pecos descendió la escalera para dar comienzo a su día, y se sorprendió al notar que experimentaba deseos de cantar. Se lavó la cara y manos, se peinó el enmarañado cabello y se tocó la barbilla recubierta de barba. Tendría que afeitarse algún día, aunque no fuera más que por el placer de tener un mentón limpio y suave. Había ondu• laciones doradas y rojas en el río, provocadas por una suave brisa. Los patos volaban en dirección contraria a la corriente. El ganado pastaba en las anchas orillas verdes. El caballo mesteño y pinto de Terrill había llegado casi hasta el pórtico. Las gallinas se presentaban por todas partes.

-Sambo, ¿hay algún otro camino para salir de este desfiladero? - preguntó Pecos.

-¡Claro que lo hay! Se puede llevá un carro hata el borde... No hay ni sombra de carretera, señó, pero nosotro hemo ido mucha vece,

-Entonces, ¿tenemos carro?

-Sí... Allá arriba. Y arneses y too, mu hermoso... Etá escondío en el breñal... El coronel Lambeth lo compró t hace tre año.

-¿Han ido alguna vez con él a Nido de Águila? -Sí, señó. Pero hay que dá mucho rodeo... Podemos llegá al fuerte en do día.

-Bien; tendremos que ir otra vez, muy pronto.

El ruido de unos pasos obligó a Pecos a volverse. Terrill había salido vestido con unas ropas viejas.

-Buenos días, Pecos. Me asustó usted de un modo terrible.

-¿De verdad, muchacho? Es que ya comenzaba a impacientarme... Si va usted a salir conmigo, será preciso que se apresure siempre a prepararse... ¿Duerme usted con ese sombrero viejo?

-Algunas veces - contestó Terrill riendo.

- ¡Vengan a comé! - gritó Mauree desde el interior.

Pecos siguió a Terrill. La estancia estaba llena de rayos de sol. Cuando se hubo sentado a la mesa, Pecos retiró la mirada del ruborizado Terrill y la dirigió hacia las paredes, al armario de Mauree, a los potes y sartenes que se hallaban sobre el fuego, al moblaje de confección casera, a las pieles y cuernos que se hallaban sobre la tosca repisa de la chimenea, a los antiguos rifles *Henry*... Y sus deducciones fueron que los Lambeth poseían el espíritu de los aventureros colonizadores, pero no sus recursos.

-Pecos, he oído que decía usted a Sambo que iba a ir pronto no *sé* a dónde - dijo Terrill levantando los ojos momentáneamente.

-¿Qué le parece a usted? Nosotros iremos a caballo, y Sambo y su esposa...

-Mauree tiene un nene pequeñito.

-¡Hum! Bueno; podremos llevarlo también, si Mauree no se opone. Iremos al fuerte..., ¿cómo le llaman ustedes?... Acamparemos en el camino... y cargaremos su carro hasta que no pueda más...

-Pecos, es usted el vaquero más... más sorprendente que he conocido en toda mi vida; más sorprendente que ninguno de los que he oído hablar. Anoche me llenó usted la cabeza de sueños. Pero esta mañana estoy despierto.

- ¡Diablos, muchacho! Parece usted más animado que anoche... y no está tan pálido... ¿Qué hay de malo en mi proyecto?

-Nada. Es un proyecto muy seductor. Lo malo es que no tengo crédito en Fort Lancaster y que aunque... aunque me atreviera a contraer nuevas deudas...

-Bueno, su compañero tiene un poco de dinero - dijo lentamente Pecos.

-Y ¿me lo prestaría usted?

-No. Lo invierto en su rancho. Compraré provisiones, herramientas, pistolas, municiones, ganado, caballos y todo lo que necesitemos y pueda ser adquirido en estas tierras olvidadas de Dios.

Terrill inclinó la cabeza, aunque no tan rápidamente que Pecos no pudiera ver el enrojecimiento de sus mejillas.

-Terrill, no se ofenda, y no sea vanidoso añadió Pecos cambiando de tono -. Quiero ayudarle y sé bien que no puedo perder nada. Usted dijo que confiaba en mí, aun cuando no sé cómo pudo hacerlo al poco tiempo de conocerme... Esto no es corriente al oeste del Pecos.

-Confío... ea usted... Pero... lo que sucede es que... estoy desconcertado... Es demasiado bueno para que pueda parecer cierto. No crea usted que soy vanidoso... o ingrato... ¡Oh, quisiera llorar! ¡Quisiera maldecir!

-¡Bueno, Bueno, eso está bien! ¡Venga una buena maldición tejana!

-¡...! - maldijo Terrill valientemente. Pero la palabrota no pareció pronunciada con sinceridad, o por lo menos con la sinceridad de quien estuviese familiarizado con ella.

Sambo rió ruidosamente.

-¡Ja, ja, ja! Esposa, ¿has oído eso?

-Lo he oído y me he escandalizado - declaró Mauree dolorida -. Terrill nunca será un malhablao, y no tiene porqué comensá ahora a serlo.

-Lo siento mucho, señora Sambo - dijo Pecos -. Pero me ha agradado mucho oírlo... Ahora, muchacho, coja un lápiz y un papel. ¿Dice que sabe escribir, verdad?

-No soy tan ignorante como parezco - protestó Terrill.

-Escúcheme, muchacho. Es preciso que aprenda a conocer cuándo hablo en broma, que es en la mayoría de las ocasiones, y cuándo me pongo loco, lo que sucede pocas veces. Ayer no estaba loco, de ningún modo... Ahora bien, si ha vivido usted aquí cinco años y apenas tiene quince, ¿dónde ha conseguido tanta ilustración? -¿Quién ha dicho que tengo quince años?

-Yo mismo lo he dicho. Es seguro que usted no es más viejo de esa edad.

-Lo soy. Soy algo mayor - replicó secamente Terrill. - Pero mi edad no importa nada... Solamente, señor Pecos Smith, que debe tener en cuenta que no soy un chiquillo de quien se debe hacer burla... Voy a buscar el papel y el lápiz.

-Bueno, bueno; si le molestan las burlas, vamos a disolver la sociedad aquí mismo y ahora mismo. ¿Qué dice usted?

-Que no soy quisquilloso.

-¡Hum! Yo diría que sí lo es usted.

Cuando comenzaron a enumerar las provisiones que necesitaban para el rancho. Terrill demostró que poseía el hábito de la economía. Cuando hubieron terminado la lista, Pecos dijo:

-Ponga una N y un cuatro al final.

-¿Una equis y un cuatro?

- Sí. Eso significa multiplicado por cuatro... Oiga, Sambo: es preciso que sepa usted lo que tiene y lo que no tiene. Y usted, Terrill, escriba lo que yo le diga.

Cuando hubieron finalizado este ejercicio, Sambo estaba alegre, y Terrill estaba asustado. Pecos oyó que Sambo decía a su esposa:

-Mauree, este hombre me deja sin resuello. Si no está loco é posible que llegue a estalo este mismo minuto.

-Pero tú, negro del demonio, ve a buscarme unas medias y zapatos... y si te olvidas de mi tabaco, puedes evitate el trabajo de volvé a mi lado.

Entre subir la quebrada con los caballos de silla y los de tiro, y entre trepar hasta la altura, engrasar el carro y arreglar los arneses, Sambo y Pecos no estuvieron preparados para comenzar el viaje hasta la llegada del mediodía. Entonces, Sambo comenzó a avanzar sobre un terreno rocoso en el que no se veía huella alguna de vehículos. Terrill no conocía el camino, por lo que siguió detrás del carro en unión de Pecos.

-Tendrá usted que adquirir una pistola y aprender a dispararla, muchacho - dijo Pecos.

-Ya le he dicho que sé manejar las armas de fuego.

-Bueno; coja ésta y demuéstremelo - replicó Pecos en tanto que le entregaba la suya, acto que jamás había realizado desde que el arma se había convertido en una parte de él mismo -. Tenga cuidado. Tiene que levantar el gatillo con el dedo pulgar.

-¿He de disparar desde el caballo?

-¡Claro que sí! Si se encontrara con un bandido, ¿le pediría usted cortésmente que esperara a que se hubiera apeado?

-Me he encontrado con dos bandidos... y corrí todo lo que pude.

-Ahora comienza la ilustración de usted. Mantenga alta la pistola y no quite el pulgar del gatillo. Luego baje el arma con rapidez al mismo tiempo que mueve el gatillo. Este movimiento hará que el disparo se produzca exactamente cuando la pistola llegue al nivel necesario para hacer buena puntería. Tiene usted que adivinar un poco, que calcular otro poco, mejor que apuntar. Es decir: en el caso de que dispare contra un hombre que esté cerca de usted; si está lejos, será preferible que apunte.

-¡Allá va! Si *Spot* hace una corveta y me lanza contra la rama de un árbol, será por culpa de usted - replicó Terrill; y movió el arma como se le había indicado, apuntando contra una roca. ¡Pum! El mesteño saltó hacia arriba, y estuvo a punto de tirar de la silla a su jinete. Fue necesario emplear unos momentos en la tarea de aquietarlo.

-Tome su pistola vieja - dijo Terrill devolviendo el arma a Pecos -. Casi me ha arrancado el brazo.

-Bueno; pero, de todos modos, ha hecho blanco en la roca. Y eso está muy bien. Por ahora, dejaremos las prácticas de tiro hasta que volvamos a casa.

Pecos no tardó en observar que Sambo marchaba junto a los bordes de las montañas y que raramente cruzaba terrenos pantanosos o enfangados. Y la dirección que llevaba era contraria a la del río. Una vez que hubieron llegado a la altura, los caballos avanzaron con mayor rapidez. Acamparon a la cabeza de una quebrada, donde el agua se hallaba próxima,

luego de haber recorrido, según Sambo, más de quince millas. Después de la cena Terrill desenrolló su lecho del carro y se acostó. Pecos habló con el negro por espacio de una hora, con el objeto de averiguar lo que conocía respecto a los ganados, la región, los ladro-nes de reses y todo lo que estaba relacionado con la vida de los rancheros.

Al día siguiente llegaron a un camino bien definido y que había sido utilizado no mucho tiempo antes. Este camino se retorcía a lo largo de las montañas, y seguía en su mayor parte un curso descendente.

Aquella noche, acamparon en la orilla occidental del río. Pecos se alegró al oír el ruido del agua, que denotaba que la parte del río que habrían de cruzar a la mañana siguiente era de escasa profundidad y fácilmente vadeable. Antes de que el cielo gris comenzara a enrojecer, y se hallaban al otro lado y *se* encaminaban, por una carretera bastante buena, hacia el puesto militar.

X

Pecos averiguó, por medio de un sargento del ejército, que Lancaster Camp era el puesto militar del cuarto regimiento de caballería de los Estados Unidos, que estaba operando contra los indios hostiles a lo largo del río. En aquellos momentos, se hallaban en cierto lugar del Llano Estacado.

Era un puesto militar antiguo. El teniente N. F. Smith se había detenido allí en 1849; el teniente Michler había ordenado en 1863 la construcción de la carretera que Pecos había seguido al oeste del río. Había un mercado, además del almacén de provisiones del ejército, en el recinto que formaban los viejos muros de piedra. Las altas chimeneas constituían mojones perfectamente visibles desde varias millas de distancia.

Mientras Pecos ayudaba a Sambo y a Terrill a hacer las compras comprendidas en su extensa lista, no permitió que nada escapase a su observación. Los indios haraganeaban en las escaleras de piedra y en el interior de los establecimientos: adustos, mugrientos *y* pintados salvajes de los que se suponía que eran pacíficos. No eran comanches, mas, de todos modos, Pecos no habría confiado en ellos si los hubiera encontrado en campo abierto.

Según el sargento, los comanches raramente cometían ataques más abajo del Cruce de Cabeza de Caballo. Aquel vado, a causa del frecuente paso de los conductores de ganados, se había convertido en uno de los favoritos campos de operaciones de los indios, quienes acechaban y atacaban a los ganaderos que conducían manadas desde la parte baja de Texas.

-No hace aún un mes desde que un grupo de comanches asesinó a varios vaqueros en Cabeza de Caballo - dijo el militar -. Hay cierta cantidad de ganado repartida a lo largo del río. El Pecos es traidor, y muchas reses: se han hundido en el fango, o flotan ahogadas. Pero hay millares de cabezas de ganado entre la maleza, que nadie se cuidará jamás de reclamar.

Pecos no quiso entretenerse en el fuerte cuando sus compras hubieron sido cargadas en el carro. No pidió una escolta que le acompañase hasta el vado, pero el sargento envió con él a varios soldados; estos soldados eran unos muchachos divertidos que le facilitaron copiosas informaciones. Los abandonaron cuando, al anochecer, los vieron sanos y salvos al otro lado del río. No había agua hasta cierta distancia de aquel punto, pero Pecos avanzó más hacia el interior antes de detenerse para acampar. Amarró los caballos cerca de ellos, y él y Sambo se turnaron para hacer guardia. El próximo campamento fue instalado al sur de las pendientes rocosas. Y la tarde del tercer día los vio llegar a los altos de la elevación situada sobre el ran-cho de Lambeth. Al: día siguiente, Pecos concibió la idea de bajar las adquisiciones por medio de cuerdas desde lo alto del risco, método que economizó: mucho tiempo y trabajo.

El sur del rancho de Lambeth era una gran extensión de terreno que había sido reclamado por don Felipe antes de su asociación con Sawtell, después de lo cual ambos se opusieron abiertamente a cualquier petición procedente del sur del río Devil. Algunos otros ganaderos, según decía Sambo, criaban rases ambos lados del río. Y como quiera que el

ganado se descarriaba río arriba o río abajo, había por todas partes una gran mezcla de marcas, y siempre, para los vaqueros trabajadores, una cantidad inagotable de novillos sin marcar.

Pecos dijo jovialmente a Terrill y Sambo:

-Cada vez que ponemos un hierro candente sobre un becerro sin marcar, somos seis dólares más ricos.

No frecuentaron la espesura del norte, porque ni siquiera los vaqueros de don Felipe habían penetrado en ella, y dedicaron sus esfuerzos a recorrer el río del desfiladero, la espesura que lo separaba y por allá hasta donde, entre los matorrales, se encontraban terneras y becerros que jamás habían percibido el olor de pelo quemado.

Cabalgaban siempre juntos o, por lo menos, Pecos jamás permitía que Terrill se alejase de él, con el resultado de que el término medio de reses capturadas cada día fue muy pequeño alrededor de seis. Este número, no obstante su pequeñez, fue altamente satisfactorio para Pecos y exaltó a Terrill, de modo que el muchacho comenzó a perder diariamente un poco de su reserva. Pecos, al revisar la situación, llegó a sospechar que el temor de Terrill por él comenzaba a desvanecerse. Pecos no se interesaba mucho por aquellos días en lo que no fuera la formación de un hato. Sabía dónde encontrar reses sin marcar, muchas de las cuales se hallaban en lugares hasta los que los vaqueros de don Felipe no se habían esforzado por llegar.

Llegó el verano, cálido y pesado, con sus tormentas. Como consecuencia, el trabajo se hizo mucho más duro para los hombres. Lambeth poseía menos de una docena de caballos, y éstos, con los dos de Pecos, no eran suficientes para soportar la dureza de la tarea.

Por esta razón se concedía a los caballos un día de descanso de vez en cuando, durante el cual Pecos y sus dos compañeros trabajaban en el rancho. Las reparaciones que había que hacer parecían no tener nunca fin, y tan pronto como se terminaban, Pecos comenzaba a realizar reformas. Era infatigable, y hacía que la roja lengua de Sambo colgase fuera de la boca como la de una ternera fatigada en la espesura.

Terrill resultó menos duro y menos sufrido de lo que parecía. Sin embargo, para un joven que aún no había alcanzado la plenitud de su desarrollo y que jamás experimentó las fatigas que son comunes a los vaqueros, su trabajo mereció las alabanzas de Pecos. Terrill perdió un poco de la llenura de las mejillas y de la graciosa redondez de forma, que aun las holgadas y mal cortadas ropas que gastaba no podían ocultar.

Una mañana tranquila y quemante de agosto, hacia el mediodía, después de una jornada agotadora en persecución de unas fugitivas reses de tres años, los tres *se* encontraron en un lugar sombroso a las orillas del río. Pecos tenía calor, y Sambo resoplaba y sudaba como un caballo, pero era Terrill quien sufría más los efectos del esfuerzo y del calor. Se había hecho muy hábil, bajo la tutela de Pecos, en el manejo del lazo, y estaba muy orgulloso de ello. Podía correr a toda velocidad, arrojar el lazo, y aprisionar una ternera en un abrir y cerrar de ojos. Pero eran Sambo o Pecos quienes habían de aplicar a la res el hierro candente. Pecos obligó al muchacho en algunas ocasiones a entregarse a esta tarea con el fin de vencer su repugnancia, y, finalmente, Terrill, que se exasperaba con facilidad, hizo una incontestable *y* sorprendente afirmación:

-El olor a carne y a piel quemadas me repugna.

El día a que nos referimos Terrill tenía el rostro tan rojo como el fuego y tan húmedo como si lo hubiera sumergido en el agua.

-¡Demonio de chico atontado! - dijo Pecos -. ¿Por qué no viene en mangas de camisa?

-No tengo camisas de tela gruesa, como las de usted. Las mías son muy delgadas. Me las ha hecho Mauree. Si saliera con ellas y atravesase la espesura sin ponerme la chaqueta, me destrozaría los brazos.

La chaqueta a que Terrill se refería, y de la que Pecos había hecho objeciones, era muy

Librodot

corta y demasiado ancha para Terrill.

Había una roca plana a lo ancho del río, y la corriente se arremolinaba, fría y verde, tras ella. Terrill se tumbó para beber. Repentinamente, Pecos, poseído de uno de sus arrebatos de bromear, descendió silenciosamente a la roca e introdujo la cabeza de Terrill bajo el agua. Terrill estuvo a punto de caer al río; luego, poniéndose tieso, exclamó furiosamente.

-¡Imbécil! ¿Por qué me empuja al agua, cuando sabe que no sé nadar?

-¡Demonios! ¡Es una buena idea! ¡Vamos a nadar! - gritó Pecos -. He tenido demasiada pereza para pensarlo.

-¡No! No nos bañaremos! - declaró Terrill.

-¿No se baña usted nunca, cuerpo sucio?

-Sí; pero no hoy replicó resentido Terrill.

-¡Vamos, Terrill! Le prometo no hundirle bajo el agua - afirmó Pecos mientras comenzaba a desnudarse. No había aún terminado de quitarse la camisa, cuando Terrill ya había desaparecido. Pecos rió, creyendo que habría ofendido la sensibilidad del delicado muchacho. Se quitó el resto de las ropas, *y* se arrojó al río.

-Sambo: ¿Por qué no se lanza al río? El agua está muy buena - le dijo Pecos.

-É demasiado trabajo. Y, ademá, ya tomé un baño el pasado verano, cuando me caí al río.

Cuando Pecos salió del agua para vestirse, Terrill no estaba a la vista, ni regresó hasta que hubo transcurrido media hora larga.

-Terrill, compañero mío, lamento mucho haberle empujado al agua... ¿No sabe usted tomar las cosas a broma? ¡Dios mío! Es usted un chico muy raro. ¡No querer bañarse en un día como este!

-Me habría agradado mucho..., pero... no podía desnudarme delante de Sambo y de usted.

-¡Ah! ¿Eso es todo...? Terrill, no sabía que fuera usted tan pudoroso. De ahora en adelante, Sambo y yo nos alejaremos para que usted pueda bañarse.

Este incidente recordó a Pecos ciertos detalles respecto a Terrill que siempre le habían parecido extraños. En las últimas semanas, no obstante, el muchacho parecía haberse hecho menos solitario y se había entregado con tanto afán al trabajo, estaba tan evidentemente contento cuando se hallaba en compañía de Pecos, que Pecos le había tomado un creciente aprecio. Le parecía que lo que él hacía era como educar a un niño que continuase siendo niño. Sin embargo, había ciertos límites que Pecos no podía traspasar. Y, por otra parte, resultaba muy difícil la tarea de convertir a Terrill en un rudo vaquero.

Estas convicciones de Pecos contribuyeron a que el muchacho le fuese más querido, porque le inspiraba una impresión de protección casi paternal. El muchacho había perdido su temor a hallarse solo, *y* algunas veces hasta parecía feliz. Naturalmente, todo esto le aproximó más a Pecos. Y a medida que transcurrían los días, siempre llenos de trabajo al aire libre, la intimidad entre los dos jóvenes crecía.

Terrill era capaz de soportar una gran cantidad de bromas de ciertas clases. Pero un día, durante una hora de descanso, Pecos había caído sobre el, que estaba tumbado boca abajo, tan absorto en la contemplación de unas flores (lo cual era uno de los hábitos de Terrill), que no oyó los pasos del vaquero. Por esta causa, no estaba preparado para el momento en que Pecos se inclinó, se montó a horcajadas sobre él y comenzó a hacerle cosquillas en las costillas con sus dedos de acero. En los primeros momentos, Pecos interpretó el ruido que Terrill produjo *y* la lucha que emprendió para defenderse como la reacción natural de un joven de extremada sensibilidad a las cosquillas. Pero Pecos pudo ver muy pronto que el muchacho no reía ni luchaba en forma de defensa contra lo que era un juego, sino de un modo diferente. Cuando Pecos le abandonó, Terrill se puso indignado en pie de un salto.

-¡Si vuelve a hacer eso... lo despediré! -gritó Terrill.

-¿Despedirme? - preguntó Pecos espantado.

-¡Sí, despedirle! ¿No tiene usted respeto para... para un compañero? Ya le dije en otra ocasión que las cosquillas me ponen malo...

-Sí. Ahora lo recuerdo. ¡Maldición, Terrill! ¿No puedo tratarle a usted como trataría a cualquier otro compañero? -¡No! ¡De ningún modo!

-Y ¿es verdad... verdad que me despediría usted? -Tengo... tengo que hacer algo... para protegerme, para defenderme - replicó Terrill con voz ahogada. -Este rancho de Lambeth... se ha convertido en mi hogar... y aprecio mucho a usted, y...

-¡Cállese! Ha sido una mentira. La verdad... es que no podría vivir sin usted... - exclamó Terrill con entonación diferente a la anterior, pero también llena de, indignación. Y corrió hacia la casa. Pecos quedó tranquilizado y alegre, *e* incomprensiblemente conmovido; pero comprendió que, más pronto o más tarde, él y Terrill chocarían de un modo inevitable. Este choque se produciría cuando llegasen el momento, el rugar y la causa apropiados; y resultaría inútil que Pecos intentase evitarlo.

El genio de Terrill era muy cambiable. El muchacho era verdaderamente sorprendente por esta causa; pero su estado de ánimo no era obstáculo para la realización del trabajo, que era la única aspiración de Pecos. Algunas veces, cuando Terrill creía encontrarse a solas en las rocas o en las laderas del río, solía cantar con toda la fuerza de sus pulmones. Pecos no estuvo nunca en semejantes ocasiones lo suficientemente cerca de él para oírle distintamente, mas había observado que tenía una voz dulce de contralto que se elevaba y descendía armoniosamente. En otras ocasiones se mostraba desatadamente alegre, y si podía hallarse a cubierto de cualquier ataque de Pecos, lo atormentaba implacablemente. Otras veces se mostraba profundamente melancólico y arisco, con expresión triste y sombría. Y a veces, aun cuando esto sucedía raramente, encontrándose entre las sombras del crepúsculo o en la oscuridad, cuando su rostro no era visible, provocaba curiosamente a Pecos para que le hablase de sus amoríos.

-¡Demonio de muchacho! Ya le he dicho que no he tenido ninguno - solía replicar Pecos con benévola impaciencia.

-¡Y es mentira! Un vaquero guapo como usted, Pecos Smith, no podrá hacerme creer que no ha tenido...

-¿Qué? ¡Qué muchacho más curioso! ¿Qué, vamos a ver, qué?

-Acaso una esposa... Y novias..., ¡docenas de novias, con toda seguridad! Y más de una de esas picaronas y hechiceras mejicanitas de ojos negros...

-¡Caramba, caramba! ¡Vaya una conversación para un chiquillo inocente que no puede desnudarse delante de otros hombres para nadar! ... Me juzga usted mal, Terrill Lambeth. No he tenido ninguna novia mejicana, ni de otra clase. ¡Ni esposa! ¡Demonios! ¡Es pintoresco! Y lo más próximo que he estado a tener novia, fue en el rancho *H. H.*..., Mary Heald. La quería un poco, pero jamás se lo dije. Naturalmente, es posible que ella me quisiera también..., y todos mis compañeros lo afirmaban..., y yo sabía que antes o después tendría que matar a alguno de ellos y volver a trabajar como conductor de ganados... Y esto es todo lo que sucedió.

-Perdóneme, Pecos. He... sentido un poco de curiosidad... Supongo, entonces, que... que... lo que debo hacer es esperar la llegada del día en que mate usted a don Felipe o a Sawtell... y se aleje para siempre del rancho de Lambeth...

Pecos no era torpe y sorprendió en las últimas palabras una inflexión de amargura que le conmovió. A la sombra de los árboles - era la hora del crepúsculo, se hallaban al pie de: la ladera casi vertical del desfiladero, y se encaminaban hacia a casa -. Pecos alargó un brazo y lo apretó sobre el hombro de Terrill.

-Terrill, ¿no le he dicho que jamás le abandonaré?

¿Habría sido un acto honrado por mi parte el formar sociedad con usted y luego dejarme arrastrar por la corriente? Pero eso no podría suceder ahora. Si yo matase a Sawtell y a don Felipe - lo que estoy dispuesto a hacer tan pronto como vengan a molestarnos - lo haría por usted.

Terrill no dio respuesta alguna, a menos de que el adelantarse a su compañero y continuar cabalgando delante de él pudiera ser interpretado como tal.

Terrill estaba enojado de vez en cuando, lo que para Pecos resultaba difícil de sufrir con paciencia. Sin razón alguna que él pudiera comprender, Terrill se enfurruñaba y ponía tan arisco como un cachorrito mimado. Sucedió que cierto día le acometió uno de estos arrebatos en una ocasión en que Pecos se hallaba tan exasperado como le era posible estar. Las cosas habían marchado mal durante todo el día, y los contratiempos culminaron con la quemadura que Smith se produjo en el dedo pulgar con *el* hierro de marcar las reses. Era una cosa muy importante, porque era el dedo que utilizaba para levantar el gatillo de la pistola. C[l]aro es que podría disparar casi perfectamente con la mano izquierda; pero en el caso de que se encontrase con los vaqueros de quienes sospechaban que estaban quemando las marcas de las reses del rancho Lambeth, el apuro sería bastante complicado.

La cuestión de la conveniencia de ir nuevamente a Camp Lancaster provocó una discusión. Pecos quería aplazar el viaje, aun cuando no manifestó la principal de sus objeciones, que era la quemadura que sufría en el dedo. Terrill movió repetidamente la dorada cabeza - que, por una vez, se hallaba desprovista del omnipresente sombrero - y dijo que el infierno le tragase en el caso de que no fuera él solo con Sambo.

-No irá usted - replicó Pecos secamente.

-¡Iré!

-¡Hum!

-¿Quién roe detendrá?

-Pues... si es usted lo suficientemente cabezota como para intentarlo... lo impedirá este pobrecito Pecos Smith.

-¡Cabezota! ... ¡Iré! Me agradaría saber quién es el jefe en este rancho de Lambeth.

-Reconozco que usted es el propietario del rancho, Terrill, puesto que yo solamente poseo la mitad del ganado. Pero usted no puede mandarme.

-¡Soy su patrón!

-Oiga, váyase, y déjeme solo. Tengo mucho que hacer y me está molestando. ¿No ha visto usted lo que estoy construyendo?

Terrill agarró lo que Pecos estaba confeccionando - nada menos que un ancho cinturón de cuero en el cual se proponía llevar el dinero - y lo arrojó lejos, al río.

-¡Eh, demonio! - gritó Pecos, irritado.

- ¡No me insulte, y no crea que tiene derecho a trabajar cuando estoy hablando de cosas importantes! - declaró con arrebato Terrill.

-¿Insultarle? ¡Claro que lo haré! Allá va una pareja más de insultos. Cuando se pone usted como ahora, se convierte en un maldito borrico tozudo. ¿Me oye?... Y además está chiflado y tiene la terrible vanidad de ser el jefe... ¡Ah! No puede ser el jefe de un puñado de becerros... Me cansa usted, Terrill, y me parece que le voy a azotar.

-¡Azotarme! - gritó Terrill -. ¿Cómo se atreve usted...? - Y dió a Pecos un vigoroso bofetón en la cara.

Aquello decidió la cuestión. Pecos estiró con rapidez sus largos brazos y amarró a Terrill de los hombros, completamente decidido a cumplir su amenaza de azotarle. Pero unos repentinos dolores que le acometieron en el dedo quemado le obligaron a cambiar de propósito. Lo que hizo fue dar a Terrill un papirotazo que le obligó a girar como una peonza. Luego, aplicó la bota sobre la parte posterior de Terrill. Una patada de un vaquero no es en ninguna ocasión una cosa trivial. Aquella patada levantó al joven en el aire, por encima de la hierba; y Terrill cayó a tierra esparrancado. Terrill se puso en pie con sorprendente celeridad. Y entonces vio Pecos ante sí unos ojos que le cortaron la respiración. Habían sido muchos los ojos de diversas tonalidades que le habían mirado cargados de furor, pero los de Terrill fueron los más mágicos de todos.

- ¡*Le mataré!*

-¡Váyase a paseo, cabezota! - dijo Pecos con su lentitud característica.

Terrill se alejó con rapidez, sin dejar de gritar incoherentemente, y Pecos no volvió a

verlo hasta la hora del crepúsculo. El vaquero estaba observando el último resplandor rojo del sol, que se reflejaba en el río, cuando Terrill se aproximó a él.

-Pecos - dijo con voz suplicante.

-¿Eh?

-Per... perdóneme... Me ha tratado usted... exactamente como he merecido... Estaba de mal humor... Muchas veces me enfadaba lo mismo con papá... ¡Perdóneme!

Pecos *y* sus dos compañeros recorrieron las espesuras del río hasta unas veinte millas más abajo del rancho de Lambeth, y las pendientes del campo hasta una distancia igual en dirección al Oeste. Y las esperanzas de Pecos se cumplieron con exceso. Los tres compañeros pusieron la marca *T. L.* en más de setecientas reses que estaban sin herrar. ¡Qué golpe más ofensivo sería aquél para don Felipe y su nuevo socio, por no decir lo mismo de otros ganaderos que residían en Nido de Águila y criaban sus ganados en la zona inmediata al río! Muy pronto los vaqueros de todos aquellos ganaderos! comenzarían a hacer rodeos para recoger reses. Y Pecos suponía que entonces serían borradas las marcas de muchas de las cabezas que le pertenecían y, acaso que sucedería algo peor.

Durante los tres calurosos meses del verano la vigilante atención de Pecos no pudo descubrir la presencia de los indios ni ninguna huella suya entre los matorrales ni en la llanura. Los hombres que conocían aquella región afirmaban que generalmente los indios realizaban sus operaciones de rapiña en la primavera y el otoño. Antes de que transcurriera mucho tiempo podía esperarse que sucedería algo.

Hacia finales de agosto la sequía fue rota por algunas tormentas que fueron recibidas con alegría por los habitantes del rancho de Lambeth. Hasta los desfiladeros, generalmente bien dotados de agua, habían comenzado a cubrirse de polvo y de una grisácea coloración. Las lluvias obraron como por arte de magia.

Cuando Pecos salía de las desoladas extensiones de terreno, o subía del río, con sus grises laderas y su infinita monotonía y entraba en alguno de los desfiladeros, le parecía que llegaba a un mundo diferente. Los meses de cabalgar día tras día a través de, la espesura del Pecos no podían dejar de producir un efecto sobre cualquier hombre. El contraste del desfiladero de Lambeth compensaba todo esto, *y* el vaquero ganaba de noche lo que perdía durante el día. A Sambo no le afectaban las estaciones, el calor ni el frío, la soledad, ni nada.

-En tanto que pueda seguí masticando... tóo va bien - solía decir el negro.

Era difícil comprender los sentimientos de Terrill respecto al tiempo y el modo como le afectaba; y Pecos renunció a intentarlo. Sin embargo, una cosa era cierta: que el muchacho no se quejaba jamás del exceso de trabajo, de la soledad o del largo confinamiento entre la maleza.

Antes de comenzar una excursión río arriba, en la que tenía puestas muchas esperanzas, Pecos aconsejó que se concediese a los caballos una semana de descanso. Durante este intervalo, Pecos y sus compañeros construyeron una presa en las cercanías de la cabeza del desfiladero, con lo que se formó un lago, desde el cual abrieron una zanja de riego con ramales que se extendían por casi toda la anchura del rancho. Esta labor, según afirmó Terrill, su padre había deseado hacerla.

El cambio de hallarse sentado continuamente sobre una silla de montar, y de recorrer ininterrumpidamente las ásperas espesuras, escabrosas y tristes, por el trabajo a pie, en el agua clara y corriente en tanto que los ojos descansaban y se aliviaban por la suavidad del verde y por el colorido otoñal de las enredaderas y de los saucedales fue tan beneficioso, que Pecos comprendió que sería prudente recurrir con frecuencia a este procedimiento tan sedante.

Las nubes blancas surgieron detrás de las cumbres para llenar la bóveda azul del cielo, se espesaron, oscurecieron y cambiaron hasta que una de ellas, negra y compacta, comenzó a derramar velos de lluvia sobre el rancho. Al; mismo tiempo, el sol brillaba a través de alguna abertura y unos lagos de azul se abrieron entre las nubes blancas o negras, *y* los arco iris; se

curvaron en el cielo y descendieron hacia el río, o dejaron caer un extremo evanescente en el lejano fin del desfiladero.

-Ahora viene el tiempo más hermoso - dijo Terrill. - Ese tiempo nos compensa de lo desagradable de los demás.

-Es una lástima que hayamos de perderlo - respondió Pecos -; pero tengo una idea, que quizá sea demasiado ambiciosa... Preparemos comida y camas, y llevémoslo a la espesura del río. De este modo podremos llegar hasta más lejos en nuestros desplazamientos, y volver allá para descansar.

Esta idea obtuvo la aprobación de Terrill.

-Me parece que muy pronto dirá uté que el ir río arriba, hasta lejo no é muy agadable - predijo Sambo.

Pecos estaba destinado a averiguar mucho más acerca del río del que había recibido el nombre.

La zona con que se había familiarizado durante la época en que trabajó como conductor de ganados con McKeever no comprendía las espesuras del río, sino, en su mayor parte, las ondulantes lomas que llevaban a las vastas extensiones de las llanuras.

Desde el campo. de Helad, arriba y abajo del Pecos, por espacio de varias millas, el extraño río había creado un profundo canal en el terreno duro y rojo, y los lugares en que el ganado podía descender para abrevar eran muy pocos.

La parte del río que Pecos iba a explorar resulté la más peligrosa y la más turbulenta que existía en toda su longitud. Los cedros, que crecían en pequeñas cantidades, estaban todos en el desfiladero estrecho, profundo y serpenteante. Las huellas marcadas por el ganado conducían a las escasas aberturas que permitían llegar al agua.

Sambo había referido en diversas ocasiones a Pecos lo que sabía acerca del río en la parte baja del cruce de Cabeza de Caballo por experiencia propia y lo que había averiguado por medio de otros caballistas. Manadas enteras de ganados se habían ahogado en el Pecos, y millares y millares de reses habían encontrado muerte aisladamente o unidas a pequeños gru[p]os. Los vados eran tan escasos y se hallaban tan distanciados unos de otros, que los vaqueros habían intentado cruzar el río en muchas ocasiones por lugares poco hábiles y en momento inoportuno, con el resultado de que fueron arrastrados por la corriente rápida y golpeados contra alguna roca, en la que hallaron muerte.

Los salvajes tendían emboscadas en Cabeza de Caballo, que era el vado más importante y el más temido de todo el río, y habían asesinado con frecuencia a grupos de vaqueros y arrebatado su ganado. Aun un ataque rechazado no dejaba de tener como consecuencia una desbandada, lo cual acrecía el número de reses extraviadas y sin dueño.

Pecos sostenía la opinión de que la mayor parte de este ganado descarriado y perdido - por más que todo el ganado de aquella zona era perdido; y no solamente había que encontrarlo, sino, además, cazarlo - se encaminaba gradualmente, en tanto que pastaba, hacia el Sur.

Tres semanas de viajar a caballo a través de una región áspera, aun descontando los fines de semana pasados en la casa para descansar, no produjeron los resultados supuestos para el equipo de Pecos en lo que se refería a novillos sin marcar; pero la labor resultó muy valiosa bajo otro aspecto, puesto que sirvió para dar a conocer al joven los hábitos de un número sorprendente de reses, y lo que podría y lo que no podría hacerse para cazarlas. Había suficiente cantidad de reses sin marcar a lo largo de Independence Creek para hacer de Terrill y Pecos unos rancheros ricos; aquel arroyo estaba situado entre el rancho de Lambeth y Camp Lancaster. Las visiones de Pecos acerca de un porvenir de riquezas estaban en contradicción con las posibilidades. Por la noche, en torno a la hoguera del pequeño campamento, solía insistir en manifestar sus sueños, y encontraba en Terrill un oyente extasiado.

-Escucha, compañero decía Pecos, con lo que expresaba una creciente seguridad -. No quiero fomentar en usted esperanzas infundadas que le pongan en lo alto de los cielos para

luego dejarle caer de golpe y porrazo a tierra. Pero, ¡maldición!, lo único que veo para nosotros en el porvenir es una cantidad muy grande de dinero.

-Pecos, ha llevado usted mis esperanzas hasta una altura tal, que ahora cabalgo las nubes en lugar de mi caballo.

-Bueno, insisto en lo dicho - continuó Pecos, evadiéndose de la afirmación de su colocutor-. Cuando llegue la primavera tendremos dos mil quinientas cabezas de ganado marcadas *T. L.* Tenemos el rancho, el campo, el agua... En esta región habrá siempre ganado, cien veces más cantidad de reses que las que ahora pastan aquí. Es una zona muy grande *y* muy fértil. No hay ningún terreno de cría de ganados en todo Texas que pueda compararse con el del oeste del Pecos. Aquí no falta jamás la hierba. Ese río al que hemos puesto una represa, no viene seco nunca, en toda su vida... ¡Y nosotros estamos *aquí*, muchacho, estamos *aquí!*

-Bien, Pecos; pero olvida usted a don Felipe y a Sawtell. Es muy fácil olvidarse aquí de todo. No me doy cuenta siquiera del paso de los días. Es *usted*, Pecos, quien me hace acordarme de papá y de sus sueños y esperanzas. Y entonces vienen a mi memoria esos viejos demonios, que no solamente me robaron mis reses, sino que intentaron robarme *a mí.* Esto no puede durar, Pecos. Antes de que llegue y se vaya octubre, estos días felices sufrirán una conmoción.

Pecos permaneció silencioso durante cierto tiempo. El muchacho había hablado juiciosamente, pero no tenía ni la más ligera idea de quién era su compañero. Y, naturalmente, Pecos hubo de hacer frente a las más horrendas posibilidades. Las examinó una por una y a todas ellas añadió otras tan rebuscadas e inverosímiles como le fue posible hallar. Y ninguna de ellas presentaba grandes obstáculos para él!

De todos modos, podría suceder que le dispararan un tiro por la espalda. Si pudiera volver a adoptar la sombría y adusta vigilancia que había sido natural para éI en el pasado...! Pero esto era lo contrario de la felicidad. Estaba obligado a conseguir que aquel muchacho huérfano, tan bueno y tan digno de amor, tan prometedor, no fuese arruinado por ninguna tragedia.

-Terrill, guapo muchachote, escuchecomenzó diciendo Pecos lentamente : Usted no sabe lo que yo sé. Y tendré que fanfarronear un poco para convencerle... Bueno; hace cierto tiempo trabajé como caballista para don Felipe.

Pecos! ¿Es cierto? - preguntó sorprendido Terrill; y levantó las; manos, de modo que el rojizo resplandor de la hoguera se movió sobre su rostro curtido por el sol.

-Es cierto. Y cuando ese puerco me vea y me reconozca, su rostro negruzco se volverá verde, y sus ojillos de cerdo se le saltarán, y sus cerdas (¿no ha visto de qué modo se peina el cabello?) se le erizarán... ¿Sabe, hijo?

-Sí, comprendo - contestó sobriamente Terrill.

-Bueno, vamos a resumir: don Felipe tiene los mismos vaqueros que siempre ha tenido, con excepción de dos o tres que ya no trabajarán nunca más para nadie. ¡Ja, ja! Y esos vaqueros, ¿me conocen? Bueno; ya verá usted cualquier día lo que sucede. Y desde entonces ya no tendrá más preocupaciones por culpa de ese hombre... Y esto nos lleva a Breen Sawtell. Terrill, ese hombre no puede hacerme perder ni un solo minuto de sueño. ¿Comprende también esto, Terrill?

No. No lo comprendo... ¿Quién es usted, Pecos?

-Pues... soy el compañero de usted; y ya es bastante. Ahora, escuche la nueva idea que he tenido: para la próxima o para el otoño, no más tarde, y siempre que estemos libres de preocupaciones en lo que se refiere a la cuadrilla Felipe-Sawtell, iremos al sur de Río Grande, contrataremos a algunos vaqueros honrados a quienes sé cómo podré encontrar, compraremos algunos caballos buenos y algunas vacas, *y* principalmente buenos toros, y nos convertiremos en conductores de ganado durante el tiempo suficiente para traerlos aquí.

- ¡Oh, Pecos! - exclamó con decepción Terrill -. -¿Quiere usted decir que habremos de vender las reses que poseemos?

-¡Ni una sola pezuña!

-Pero... todo eso costaría muchísimo dinero.

-Del modo que usted considera el dinero... sí. Pero yo tengo ese dinero, Terrill.

-¿Dónde? - preguntó el joven en voz ahogada e incrédulamente.

-Creo que es preciso que lo sepa usted - respondió lentamente Pecos -. Es posible que me suceda algo en alguna ocasión y, en ese caso, quiero que el dinero sea para usted. He escondido los billetes pequeños en una caja de hojalata en el rincón del hueco donde duermo cuando estamos en casa. El resto, los billetes grandes, lo llevo siempre sobre mí. Mire.

Pecos se abrid la camisa y, desabrochando el ancho cinturón que se había confeccionado, lo entregó a su compañero.

Supongo que recordará usted este cinturón, porque tiene la culpa de que casi le quitase a usted los pantalones de un puntapié cierto día...

-No es... probable... que yo lo olvide, Pecos Smith - contestó el muchacho en voz baja -. ¿Qué quiere usted que haga con esto?

-Dirija una mirada a su interior.

Terrill cumplió con manos temblorosas lo que se le pedía. Y luego, espantado y aturdido, puso la mirada sobre Pecos.

-¡Billetes de cincuenta dólares! ¡Billetes de cien dólares! No me atrevo a mirar más... ¡Una fortuna!

-No es demasiado poco para una pareja de vaqueros tejanos jóvenes - replicó Pecos, complacido, en tanto que volvía a ponerse el cinturón en torno a la cintura y se abrochaba la camisa -. Parece que está usted más sorprendido que entusiasmado.

-Pecos..., si resultase... que usted es un ladrón..., eso *me matarla.*

-¡Por amor de Dios! No soy ladrón de Bancos ni de ganados. Ya se lo he dicho - replicó secamente Pecos; estaba demasiado atormentado para que pudiera comprender el extraño significado de las palabras de Terrill.

Octubre se desvaneció. Los días soleados eran todavía cálidos, pero no en comparación con los más calurosos del verano. El rancho de Lambeth presentaba un espectáculo hermoso, muy hermoso para aquella árida región rocosa.

Las grises laderas de roca no cambiaban jamás. Eran inmutables en su pardusco aislamiento, aun cuando el crepúsculo matutino y el vespertino se tomasen libertades fugitivas y multicolores con ellas. Pero en su base, una tonalidad amarillenta y dorada alternaba con el verde y rodeaba por completo el desfiladero ovalado, como una cálida franja irregular. En la escotadura de los altos muros de montaña, donde se abría la quebrada, florecían las enredaderas con una tonalidad de cereza entre las hojas bronceadas y pardas. A lo largo del piso del verde desfiladero brillaban manchas e hileras de cardos.

Era la estación en que los pájaros y los patos se detenían allá en su viaje de emigración hacia el Sur. Y había salpicaduras de espumas en el lago azul y en el plateado río, y relam^{p}agueaban millares de alas y sonaba la música de millares de aves canoras.

Pecos estaba trabajando en el río del desfiladero con un resultado que deleitaba a Terrill y hacía que los ojos bovinos de Sambo pareciesen intentar salíserle de las órbitas.

¯Ya lo había dicho - declaró nuevamente Sambo -. Hemo tropesao con el inconveniente que hay para casá toó ese ganao. Vive en la orilla del río, tan lejo, que nosotro no podemo llegá allá.

Sin embargo, aun cuando el negro fuese muy inteligente en muchos aspectos, se engañaba en lo que se refería a Pecos, pues este vaquero era capaz de montar un caballo e ir hasta donde el caballo pudiese llegar. Y por esta causa, en los lugares en que el agua no era muy profunda, y vadeando u obligando a sus monturas a nadar junto a los recodos de las rocas, los tres marcadores de reses encontraron lugares hasta los que ningún hombre blanco intentó jamás aproximarse, y reses sin marcar por veintenas, y viejos toros de largos cuernos a los que costaba mucho trabajo cazar. Pecos tenía la habilidad de saber conducirlos hasta el

río, *y* si no se aventuraban a nadar, lo que sucedía frecuentemente, les arrojaba el lazo, los arrastraba hasta la orilla y, con la ayuda de Sambo les marcaba la *T* y la *L* en los húmedos flancos. Terrill encendía las hogueras y calentaba los hierros.

Con muy pocas excepciones, todas estas reses eran conducidas río abajo, hacia el rancho. Pecos tenía unos proyectos de gran alcance. Había veinte millas de espesura al pie del desfiladero de Lambeth, y una extensión mucho mayor en dirección al oeste del río, en donde, con el tiempo, podrían albergarse millares de cabezas de *T. L.* Cada vez que Pecos arrojaba el lazo, y algunas de las veces que Sambo hacía lo mismo, y una vez cada media docena de las que lo hacía Terrill, significaba seis dólares más para la sociedad Smith-Lambeth. Era sorprendente el modo corno se desarrollaba la sociedad. Y del mismo modo crecía su apetencia de trabajo, y el atrevimiento para realizarlo aumentaba en proporción a las recompensas que obtenían.

- Bien, mañana por la mañana, Sambo y yo cruzaremos a la otra parte del río, y usted se quedará atrás - dijo cierta noche durante la cena Pecos.

-Un cuerno! No me quedaré - dijo Terrill, imitando el acento de Pecos.

Pecos reflexionó durante un momento. Muchas veces se presentaba la dificultad de hacer que Terrill no tuviera que compartir severos peligros. El hacerle sufrir un riesgo desproporcionado con sus recursos y con su fortaleza representaba una invitación al fracaso. Y Pecos se sorprendió al observar que últimamente había pugnado por alejar al muchacho de situaciones; de prueba en las que en los meses anteriores él mismo le había colocado. En varias ocasiones, Terrill se había salvado casi por milagro.

-¿Y si recorriera usted esa pequeña extensión cubierta de espesura que está en el lugar por donde hemos de cruzar? - sugirió Pecos -. Todavía no hemos explorado este terreno, *v* es muy probable que haya en él por lo menos uno o dos becerros sin marcar. Veamos lo que usted solo es capaz de hacer.

-¡Hum! ¡Hum! - contestó Terrill, imitando la lacónica expresión del vaquero.

-¡Diablos! Me agradaría que se animara usted... -replicó impaciente Pecos.

-*¿Animarme?* Señor Smith, usted desea lo imposible. Usted debería obedecerme, y jamás lo hace.

Pero, ¡demonios, Terrill!, yo soy un vaquero experimentado, y usted es solamente un chiquillo. Aunque confieso que progresa mucho en nuestro oficio.

-¿Quién es un chiquillo?

¯¡Usted lo es!

¡Lo quo soy es...! Bueno, no importa nada lo *viejo* que yo pueda ser. Acaso no quiera usted creerme, pero pase lo que pase, iré dondequiera que vaya usted. ¿Comprende?

Pecos vio que era inútil emplear aquella táctica. De modo que decidió utilizar otra.

¯Muy bien. Claro que es usted mi jefe - replicó tristemente -. Renunciaré a marcar esas reses que hay al otro lado del río. Aprecio demasiado a usted, Terrill, para permitirle que pruebe a hacer cosas que podrían proporcionamos a Sambo y a mí una prematura vida eterna.

Esto fue realmente eficaz. Terrill adoptó una expresión extraña y volvió el rostro en otra dirección, como hacía siempre que estaba turbado. Pecos vio que en su garganta se operaba una contracción.

-Entonces... usted... ¿me aprecia... Pecos? - preguntó.

-Yo diría que sí... cuando es usted bueno.

-¡No me aturda con *cuandos* y ses...! Haré todo lo que me pida usted que haga.

Ya estaban bullendo antes de que el rojo resplandor del sol iluminase el muro oriental de montaña. Sambo tenía preparados los caballos antes de que Mauree llamase para el desayuno. Muy pronto caminaron en dirección al río, bajo el rubor de la aurora, y se encaminaron a la ladera, donde el repetido paso en ocasiones anteriores había marcado ya un camino.

Bandadas de patos se elevaron del agua y emprendieron. un ruidoso vuelo hacia el fondo del desfiladero. Los cedros estaban llenos de aves parleras. Los busardos se deslizaban

por las alturas; y el ganado se apresuró a trepar a lo alto para perderse de vista al introducirse entre la espesura.

Al fin llegaron al lugar que Pecos había indicado como el más fácil para vadear el río.

-Bueno, muchacho, aquí se separan nuestros caminos - anunció jovialmente Pecos -. Es probable que tenga usted trabajo para todo el día. Nos encontraremos aquí mismo a la hora de la puesta del sol.

-¡Muchacho! -exclamó Terrill desdeñosamente.

-¿Eh? ¡Ah, perdóneme, Terrill! Me había olvidado...

-Sí, siempre lo olvida usted - replicó Terrill provocativamente -. Olvida otras muchas cosas. Por ejemplo: que debemos esperar que don Felipe venga en cualquier momento. Supongamos que viniera mientras están ustedes al otro lado del río buscando becerros, que me encontrara aquí, que me raptase...

-No, no lo he olvidado - negó con energía Pecos -. No podrán recorrer ni un solo metro por la orilla de este río sin que yo los vea.

-Podrían... Y si me cogieran... ni usted ni ninguna otra persona volvería a verme jamás.

-Oiga, oiga, muchacho. ¿Qué diablos de cuento es ése? - preguntó Pecos, intrigado por el singular tono y la expresión del joven. Terrill sabía algo que no sabía él.

¿Ha sido usted sincero conmigo al hablarme de... de aquellos ladrones de terneras? - continuó Terrill.

-¡Claro que sí! ¿Pretende usted asustarme para que le permita ir con nosotros?

-No. Lo que sucede es que yo mismo estoy asustado. Me he acostumbrado a estar siempre a su lado, Pecos. ¡Es tan... tan consolador...!

-Perfectamente. No quiero desconsolarle. Venga con nosotros - contestó Pecos secamente. Pero no estaba satisfecho de si mismo ni de Terrill -. Levante los rifles en el caso de que lleguemos a gran profundidad.

Sin decir nada más Pecos encaminó a *Cinco* hacia el río, lo introdujo en el agua y se dirigió diagonalmente hacia la orilla opuesta siguiendo el curso de la corriente. *Cinco* era un caballo grande y forzudo; por otra parte, había disfrutado un descanso de varios días. Y le agradaba el agua. Cruzó el río sin nadar. Pecos se mojó solamente los pies. Sambo desmontó a mitad de camino y continuó vadeando, para aliviar a su caballo y conducir el de Terrill, que era pequeñito. El caballito se desprendió de Sambo y se lanzó hacia atrás.

-¡Tire con fuerza de las riendas! - gritó Pecos - .¡Se va a caer! ... ¡Hay bastante profundidad...! ¡Hágale volver! ¡Siga!

Sambo tuvo que vadear, con el agua hasta el cuello, para asirle de nuevo. El caballito de Terrill comenzó a nadar, aun cuando lo hacía muy mal. Hubo un momento en que Pecos creyó que tendría que espolear a *Cinco* para acudir en socorro de Terrill. Pero el jaco puso las pezuñas sobre un banco de arena, y llegó pronto a la orilla. Terrill estaba lleno de gozo.

Pecos había observado al cruzar el agua que se encontraba un poco agitado. Y creyó que esto sería debido al alboroto que su caballo había promovido al atravesar la corriente; sin embargo, el agua fluía en dirección a él, y al volver a mirarla descubrió que, hasta donde la vista le alcanzaba, estaba ligeramente alterada. No le agradó esta circunstancia, aun cuando pensó que acaso la habría enturbiado alguna manada de reses que hubiera cruzado el río por aquel sitio unos momentos antes.

Aquel lado del Pecos, al menos, al menos hasta donde la vista alcanzaba, era completamente diferente a la orilla izquierda. Unos bancos escabrosos y poblados de árboles se elevaban en la parte superior de la ladera, que era inaccesible, aun cuando solamente tuviera una décima parte de la altura que en otros lugares alcanzaba.

Avanzaron a la orilla del agua hasta que fueron detenidos por la habitual barrera. Este punto estaba situado a un par de millas de aquél por el que habían cruzado. Pecos no tuvo

necesidad de abrir la maleza para ver los becerros, como se había visto obligado a hacer en la espesura que hasta entonces había frecuentado. Allí podían verse las terneras y los erales, los novillos de dos años y los toros viejos.

-Encienda el fuego, muchacho, y caliente los hierros - gritó Pecos, casi excitado ante la magnitud de la perspectiva -. Hay millones de reses a lo largo de estos bancos. Parece difícil echarles el lazo, pero será fácil arrinconarlos.

El trabajo comenzó rápida y furiosamente. Terrill se vio obligado a correr de un lado para otro con el hierro candente. Muy pronto el aire se llenó del fétido olor de la carne y de la piel quemadas. Pecos arrinconó un grupo de reses diversas en un banco de donde no podían huir. Eran unos animales estúpidos o excesivamente mansos, jamás habían sido perseguidos por un vaquero. Solamente los toros de anchos cuernos dieron algún trabajo. Pecos los marcó a todos en un tiempo y en una cantidad que constituyeron un *record* para él.

-Setenta y ocho dólares en menos de otros tantos minutos - gritó -. ¡Ah, no sé...! ¡Eh, eh! El fuego no <está bastante caliente, Terrill. Si no fuera usted tan lento para el trabajo, seguramente nos haríamos ricos con más rapidez.

Del mismo modo, Sambo trabajó de un modo superior a lo ,que le era habitual. Terrill estaba obligado, no solamente a calentar *y* a llevar los hierros calientes, sino, además, a llevar cuenta del número de reses que se marcaban. Pronto dejó de hacer esto último. Pecos y Sambo llegaron al punto de arrastrar terneras desde los bancos superiores para economizar tiempo. El tener el hierro caliente en todo momento, y el correr presurosamente de acá para allá, fue el trabajo más duro de cuantos Terrill había intentado hasta entonces. No solamente perdieron la cuenta de la cantidad de reses, sino también del tiempo transcurrido.

-¡Todo el día! - cantó Sambo -. ¡A lo largo de todo... el d... í... a... a!

-Pecos, estoy a punto de caerme de cansancio - dijo Terrill; y se apreciaba claramente que no mentía -. Vamos a descansar y comer.

-¡No! Quiero que trabajemos cuanto sea posible. Porque, no volveremos' cruzar el río para venir aquí hasta el verano próximo - contestó Pecos -. Quédese con nosotros, Terrill, viejo amigo.

Esto sirvió de estímulo a Terrill y le obligó a sacar fuerzas de flaqueza. Trabajaron río abajo, y para Pecos, absorto en su trabajo y entusiasmado con él, en aquel día incomparable las horas se convirtieron en minutos. Durante la mayor parte del tiempo estuvo tras los árboles y entre la espesura, en lugares desde donde no era posible ver el río.

La primera indicación de que el tiempo volaba fue el amortiguamiento de la luz. Y, ciertamente, el sol se había escondido tras las estribaciones occidentales, e iban transcurridas tres cuartas partes del día. Pecos se limpió el sudor de la cara para poder ver. Terrill regresaba, casi tambaleándose, hacia el ancho banco, cargado con los hierros de marcar. Había encendido una veintena de hogueras en aquel afortunado día.

El río tenía un color dorado, con rayas negras, en lugar de verdoso. Pero Pecos pensó que el hundimiento del sol tras la cumbre no era la única causa del cambio de color. Repentinamente, el corazón le dio un vuelco cuando la rápida y aguda mirada le indicó el barroso tono del agua y cuando a su oído llegó un murmullo bajo, sordo, sombrío. Se había producido una avenida. Esto explicaba la agitación del agua de aquella mañana. Pecos lanzó una maldición mientras espoleaba a *Cinco* para que corriera a lo largo de la ladera.

-I Salte a caballo! ¡Corra! - gritó agudamente a Terrill.

Terrill dejó caer todo lo que tenía en las manos para correr en busca de su jaquito. Saltó sobre él, y corrió al encuentro de Pecos.

-¿Qué sucede?

-¡El río, el río! ¡Mírelo! ... ¡Corra, y procure no romper una pata al caballo!

Samba había visto y oído desde la altura. Estaba arrastrando una ternera por medio de la cuerda.

-¡Aprisa, Sambo! ¡Si el río ha crecido aunque sólo sea un pie, no podremos cruzarlo!

Pecos no pudo apreciar cuánto habría crecido el agua. Pero estaba atemorizado. Por otra parte, tenía que conducir a *Cinco* por el camino más dificultoso de todos. Estaban a media milla de distancia del lugar por donde habían cruzado el río. *Cinco* percibió el peligro, y la sangre se le excitó. Resultaba difícil contenerlo. Tropezaba contra los matorrales, y despedía las rocas, que caían rodando. Al cabo de varios minutos de peligroso cabalgar, llegó al banco más bajo de la arenosa ladera. El agua la había medio cubierto ya. Mirando hacia atrás descubrió que Terrill se hallaba tras él y que Sambo se encontraba ya a la vista. Pecos recorrió al galope el resto de camino hasta el vado.

Cuando se detuvo para mirar el río, su excitación se vio aumentada por el espanto. El canal había cambiado por completo. El agua había corrido por él con mayor rapidez que anteriormente, pero en aquellos momentos corría vertiginosamente. La corriente formaba remolinos y regolfos, arrastraba leñas y ramas. El bajo y sombrío murmullo producía un ruido ominoso. El río reflejaba un cielo extraño, negro y dorado, donde unas rotas nubes adquirían colores de tormenta a la luz del crepúsculo. Todo el escenario: el río, el cielo, la ladera, todo parecía irreal y amenazador.

-¡Maldita sea tu alma de puerco! - gritó Pecos al río, mientras cerraba furiosamente el puño.

Y medité rápidamente, en tanto que Terrill llegaba junto a él. El hallarse separado del rancho era una cuestión grave. Puesto que podrían disponer de carne y de agua, no correrían el riesgo de morir de sed ni de hambre, pero la perspectiva de hallarse confinados a vivir en un lugar abandonado y desierto por espacio de varios meses, no podía ser aceptada por Pecos. En aquella época del año, cuando el río crecía, continuaba crecido por bastante tiempo. Pecos entrevió el robo de sus ganados, la ruina de sus esperanzas en el caso de que se vieran separados del lado occidental del río.

Terrill llegó galopando y detuvo el caballo junto a Pecos.¡

-No espere..., Pecos! - dijo jadeante. Estaba pálido por la emoción.¿

- ¿Se atreve a cruzarlo, muchacho?

-Creo que podré... si lo hacemos pronto. ¡Está creciendo con mucha rapidez, Pecos!

-¡Maldita suerte! ... Una crecida de un pie, es posible que podamos salvarla... - afirmé Pecos -. Vaya delante de mí.

Pecos miró nuevamente el río para observar su estado y por medio de una sola palabra llevó a *Cinco* al agua. Terrill espoleó el mesteño hasta conducirlo a un lugar situado cinco vardas más allá de Pecos. Muy pronto se hallaron sobre la barra de arena. El caballo de Terrill hubo de nadar antes de que el de Pecos hubiera perdido pie. Ambos lucharon para cruzar el canal. Pero Terrill se quedó atrás. Pecos no pudo contener a *Cinco* de quijadas de hierro, pero como sucedía en muchas ocasiones. *Cinco* pisó fondo otra vez. Un nuevo zambullón lo llevó hasta un punto de poca profundidad, al borde del banco de arena. Allí, Pecos detuvo a *Cinco.*

Terrill se hallaba en situación apurada. Pecos se disponía a acudir en su socorro cuando el caballo tocó tierra. Pero el agua corría con rapidez, y parecía posible que el caballo y el jinete fuesen arrastrados fuera del banco de arena. Pecos espoleó a *Cinco,* y agarró la brida del caballito precisamente en el momento en que le amenazaba el peligro.

-¡Yo... habría... vencido la dificultad, Pecos! - gritó agudamente Terril.

-Es posible que lo hubiera hecho usted. Pero éste es el sitio más peligroso... a menos de que el traicionero río haya cambiado... Vaya junto a mí, para que si el caballo zozobra, me sea posible agarrarle a usted.

Pecos se volvió, y vio que Sambo llegaba al punto en que debía introducirse en el río.

-¡Vaya en contra de la corriente, Sambo! gritó -. ¡En contra! ¡Contra la corriente!

Para mayor alarma de Pecos y creciente descorazonamiento, descubrió que el agua llegaba hasta una altura mayor en dos pies de la normal y que era tan rápida y tan fuerte, que los caballos no podían ser obligados a marchar en línea recta.

Cuando se hallaba a mitad de camino, el mesteño resbaló y cayó, con lo que arrojó a Terrill fuera de la silla. Se produjo un terrible remolino antes de que el muchacho

reapareciera. Luego Terrill quedó flotando cara arriba, inactivo. En la desesperada lucha el mesteño debía de haberle golpeado o coceado.

Pecos tuvo que hacer un tremendo esfuerzo de brazos y piernas para volver a *Cinco* contra la corriente; pero pudo conseguirlo con el tiempo justo para estirar el brazo y recoger a Terrill antes de que fuera arrastrado por la corriente. El subsiguiente tirón estuvo a punto de arrancar a Pecos de la silla. *Cinco,* afirmado sobre las ancas en la veloz corriente, pudo mantenerse en pie. Parecía estar más irritado que asustado, y una vez que fue encaminado nuevamente, luchó de modo magnífico por seguir la dirección que el jinete deseaba. Pero esto sólo era posible en tanto que pudiera vadear.

Pecos no intentó cargar a Terrill sobre la silla, temeroso de arrojar sobre *Cinco* una carga excesivamente pesada, Cogiéndole fuerte de la chaqueta, por debajo del cuello, le fue posible mantener el pálido rostro de Terrill fuera del agua.

Y entonces, llegando súbitamente a un lugar más profundo, *Cinco* se sumergió y fue arrastrado por la impetuosa corriente. El agua llegó hasta la cintura de Pecos. *Cinco* salió a flote de nuevo y comenzó a nadar con todo vigor.

-¡Sigue recto, caballo! - dijo ásperamente Pecos en tanto que dirigía al caballo un poco hacia la derecha -. ¡Calma! ¡No te impacientes, *Cinco!*

Pero se hacía claramente visible que la prueba era dura en exceso, aun para un caballo tan maravilloso como aquél. Se hallaban, fuera del banco de arena, en el agua profunda, deslizándose como a través de un canal. Si Cinco pudiese evitar el ser arrastrado de la línea que seguía antes de que llegasen al punto poco profundo a que le encauzaba Pecos, todos se salvarían.

Sería inútil intentar apalearlo. Viendo que sería probable que resbalase, Pecos abandonó la silla, se colocó a la derecha del animal, levantó en alto hasta donde pudo a Terrill y se rezagó un poco para agarrar al caballo de la cola con la mano izquierda. Este acto alivió a Cinco del peso que le había obstaculizado, pero no le impidió arrastrar a Pecos tras de sí.

Pecos encontró grandes dificultades para mantener a Terrill fuera del agua. La cabeza del ¡oven se había sumergido ya en demasiadas ocasiones y por un tiempo excesivo.

Repentinamente hubo algo que agitó a *Cinco,* el que resopló y se hundió. La amarillenta corriente rugió y se llenó de espumas en torno a él. El caballo había llegado a las rocas de la orilla. Dio un tirón violento, y despidió a su torno el agua en grandes ondulaciones. Luego sus negros lomos surgieron. En aquel momento Pecos le soltó y descubrió que el agua le llegaba hasta la cintura. Mientras recogía a Terrill en los brazos, volvió la cabeza para ver si Sambo había sido más afortunado. Sambo había iniciado la travesía más arriba, y se mantenía sobre el banco de arena.

Pecos llevé a Terrill a la orilla y le tumbó sobre la hierba. Con la cabeza descubierta, inmóvil, con los ojos cerrados, el muchacho parecía muerto.

Pecos desgarró la floja chaqueta que Terrill llevaba abotonada hasta el cuello.

-¡Maldita chaqueta! -exclamó furiosamente Pecos-. No es extraño que no pudiera nadar... ¡Terrill...! ¡Oh, muchacho, compañero, no estás muerto!

Pecos desabrochó frenéticamente la camisa de su amigo para poner la mano sobre el corazón de Terrill. El corazón latía aún. Terrill estaba vivo. Un horror frío agitó a Pecos. Pero... ¿qué era aquello?

Con manos temblorosas, Pecos abrió del todo la camisa del joven y quedó súbitamente asombrado. Su mirada cayó sobre un seno juvenil y femenino...

-¡Dios *mío! ... ¡Una mujer!*

En aquel momento, el pecho de Terrill se hinchó. A esto siguió una aspiración. La conciencia volvía a Terrill. En aquel momento Pecos despertó de su estupefacción. Jamás había experimentado una emoción de aquella naturaleza y de aquella intensidad. Con manos rápidas' inseguras cerró y abotoné la camisa de Terrill sobre aquel pecho delator, e hizo lo mismo con la chaqueta.

Librodot

Después esperé arrodillado, invocando a todas sus facultades: y fortaleza para mantener inviolado el secreto de Terrill. Podía hacerlo, hacer frente a aquella situación, del mismo modo que lo había hecho con otras más complicadas. Pero ¿qué podría decir acerca del extraño y .tumultuoso embeleso de su corazón?

Terrill se' movió. Las largas pestañas se agitaron sobre las pálidas mejillas. Pecos tuvo que hacer un esfuerzo para mirar aquellos: ojos que' tal momento eran diferentes para el. Los ojos se abrieron. Pero Pecos apenas: estaba preparado para asistir al húmedo y oscuro misterio de un alma y de un espíritu que: revivían, al de las purpúreas profundidades: de la belleza y de la pasión.

-Pecos - murmuró Terrill con desmayado acento.

-Aquí estoy - respondió el vaquero.

-¡El río..., la corriente...! Me sumergí... Hubo un rumor gorgoteante... Todo se ennegreció... ¡Oh! ... ¿Dónde estamos?

-Pues..., Terrill, creo que está usted tumbado sobre la hierba y que comienza a reponerse de su desvanecimiento - respondió con calma Pecos -. Pero no estoy tan completamente seguro de si estoy o no estoy en el cielo.

-¡Sambo!

Pecos había olvidado al negro. Pero Sambo apareció a cierta distancia de la orilla, con el caballo seguramente dirigido hacia la ladera.

-¡Bien! Sambo se ha portado excelentemente, Terrill... Y lo más probable es que el caballito de usted esté allá abajo, trepando por la ladera...

Terrill se sentó vacilante y se llevó de modo instintivo una mano al pecho, donde sus dedos se apretaron contra las solapas de la chaqueta.

-Pecos, le debo muchísimo - murmuró soñadoramente Terrill -. Primero, en Nido de Águila, me salvó de... de... no sé de qué... Luego, en casa... Las noches negras..., la terrible soledad... Y ahora... de este horrible río... No... No sé cómo...

-¿Para qué son los compañeros? - la interrumpió Pecos, que había recobrado su habitual frialdad y la lentitud de su habla -. Voy a buscar su caballo, y cuando lo encuentre nos iremos a casa... Todo esto que ha sucedido está comprendido en los azares de las excursiones, muchacho, todo ello está comprendido.

XI

Eran los días centrales de noviembre. Las primeras hela- das habían arrancado las hojas amarillas de los sauces y matado el color escarlata de las enredaderas que crecían entre las rocas. Habían llegado los días melancólicos. Los patos y las aves se habían despedido cierto tiempo antes del desfiladero de Lambeth. Y los coyotes bajaban de las cumbres. Temerosos del vigilante Sambo, se mantenían durante el día en las espesuras y las rocas hasta que llegaba la noche; entonces comenzaban a taladrar la noche con sus salvajes ladridos.

Soplaba el viento norte, el primero de la temporada, y mugía en los aleros de los tejados. Unas nubes grises volaban hacia el Sur a baja altura, y unas gotas de lluvia aisladas tamborileaban en el techado de la casa.

Terrill se hallaba a la puerta, esperando, como siempre que estaba sola, la llegada de Pecos. Pecos se hallaba en

algún lugar del desfiladero. Sambo se alejaba frecuentemente del rancho para cazar, pero Pecos, desde el día en que la crecida del río había puesto fin a sus ocupaciones de marcadores de reses, nunca se distanciaba mucho de la casa. Era el tiempo en que solían llegar vaqueros de Nido de Águila o de algunos ranchos inmediatos. Y, desde cuando Terrill podía recordar, los vaqueros habían utilizado siempre el camino que corría al pie de la quebrada. Su padre había cumplido siempre las reglas de hospitalidad del Sudoeste, aun en el caso de que se tratase de vaqueros de quienes sospechase que le estuviesen robando. Era preferible fingir no haber concebido sospechas.

Pero Pecos Smith no sería hospitalario para la cuadrilla de don Felipe o para cualquiera otra de la que *se* pudiera desconfiar. Y Terrill temía desde hacía tiempo la llegada de una de ellas.

Por aquellos días llegó el de su cumpleaños. Terrill sabía que sería un miércoles, y que cumpliría diecinueve años, aun cuando pareciese increíble. Pero no sabía qué miércoles era. O ¿cumplía veinte años? Le resultaba difícil convencerse de que tuviera solamente diecinueve, y calculaba una y otra vez el tiempo transcurrido desde determinados acontecimientos. ¡Qué rápidamente pasan los años! Y, sin embargo, ¡cuántos siglos habían transcurrido desde que abandonó su vieja casa del Sur! Siempre que veía musgo en un árbol, sufría un dolor delicioso.

-Mauree: ¿qué edad tengo? - preguntó a la negra cuando ésta salió de su casa.

-Tienen dieciocho, querida.

- ¡No, no! ¡Más! Tengo por lo menos diecinueve.

-¿Po qué piensas en eso despué de tantos año?

-No lo sé; pero me siento terriblemente vieja.

-No. Rill, no ere vieja - contestó Mauree; y luego, después de haber mirado en tomo suyo para cerciorarse de que nadie podría oírla, murmuró -: Querida, ¿va a seguí siempre siendo un... un, hombre... aunque sea una mujé?

Terrill se percató de que ella misma había provocado aquel tema, del que no se había hablado desde hacía mucho tiempo. No podía regañar a Mauree con sinceridad, aunque la mención de su secreto la aterrorizase. Pero era ella misma quien se había traicionado en aquel momento. Después de la muerte de su padre, la joven había aceptado el engaño como la única de sus posibles defensas. Se le había hecho soportable el vivir perpetuamente con el temor a ser descubierta... hasta aquel terrible día en que salió atropelladamente de la prisión de Brasee para encontrarse ante Pecos Smith. ¡Lo que había sufrido desde entonces!

-¡Oh, Mauree! ¡No lo digas ni siquiera en voz baja! ¡Me moriría de repente... si *él* llegase a descubrirlo!

-¡Pero, criatura, por amor de Dió! ¿No é natural? ¿No etá bien? ¡Cómo! Tú ere una mujé... ¿Cómo va a seguí econdiendo má tiempo ese pecho? Etá levantándose ahora mimo como un plato de gelatina..:

Terrill se llevó ambas manos al tumultuoso pecho. Por fuera y por dentro, pregonaba la realidad de su sexo. Y parecía pregonar algo más que un secreto físico, algo más. que la mentira que Terrill había vivido : la extraña emoción que se había introducido en él insidiosamente que se había desarrollado en ella de modo imperceptible hasta que le había revelado poderosamente la terrible verdad del amor.

-¡Mauree, debo ocultarlo..., ocultarlo...! - gritó. Pero se refería a la consumidora tortura, a aquella cosa que le producía a veces calor y a veces frío, que jugaba con su paz, que la acechaba en todo instante, que despertaba en ella, que jamás había podido soñar.

-Pero, ¡tonta!, no puede ocultarlo... - exclamó Mauree -. No lo será en espíritu, pero ere una mujé en el cuerpo... He cosío casi hasta quedarme siega para haserte ropa que escondieran lo que ere... Pero ya no puedo hase-lo... Si ese Pecos no é siego, si no fuese un joven de alma simple que jamá conosió mujé, ya lo habría decubierto hase mucho tiempo.

–¡Oh! ¿Crees que... me descubrirá? - tartamudeó Terrill.

-¡Claro que sí, má pronto o má tarde!

-.¿Qué padre... podré hacer?

-No sé. ¿Po qué te asusta tanto que llegue a descubrirlo?

-¡Sería... terrible!

-¡Criatura, etás enamorá de ese Pecos! Eso é lo que te pasa. El sino de la mujere ha caído sobre ti...

-¡Chst! - susurró Terrill en tanto que huía.

En 1a oscuridad de su habitación Terrill sufrió una angustia originada por un sueño. Mauree le había llamado criatura. Si lo había sido, ciertamente, Terrill salió de su época de

criatura en aquella época de realidades. Y cuando la vergüenza y el dolor sin nombre se hubieron aliviado. Terrill intentó encararse con el problema de su vida. En el caso de que confesase a Pecos que su pretensión de masculinidad era solamente un engaño, que durante años había adoptado el aspecto de un muchacho, en primer lugar por dar gusto a su padre y después para defenderse en aquella región salvaje..., si se atreviese a decirle la verdad, ¿no se disgustaría tanto, no se sentiría tan extraño a ella que decidiría abandonarla? A Terrill le parecía que Pecosa no haría otra cosa. Y todo sería preferible a la probabilidad de ser abandonada a sus antiguos temores, a las noches pobladas de soledad, a los días llenos de angustias... Y Terrill perdería, también, aquella incomprensible ansiedad por verle, por oírle, por saber que estaba cerca de ella, aquel estremecimiento que en ella despertaba al menor contacto fortuito con él, aquel cálido deseo de que se produjeran alguno más. No... No podría soportar su pérdida.

Debía conservar su desgraciado secreto durante tanto tiempo como pudiera; y cuando lo imprevisto la descubriese, si Pecos la despreciaba por su conducta, tan poco femenil, y la abandonaba..., entonces la vida ya no valdría la pena de ser vivida por ella.

Terrill pasó revista mentalmente a los últimos años de la guerra, cuando su madre la enseñó a representar el papel que su padre le había obligado a desarrollar. Su madre lo había adivinado. Y ésta era la causa de sus charlas, de las súplicas y las plegarias que habían moldeado la vida espiritual de Terrill para que siempre; fuese una criatura... La aguda inteligencia de Terrill le decía que si no hubiera escondido la realidad de su sexo bajo un disfraz de muchacho, jamás habría podido res[p]onder a tan nobles enseñanzas. El fingir que era un hombre le había proporcionado la soledad que creía haber odiado. Su madre tuvo la prudente visión de los moribundos. Terrill no debería intentar hacer traición a su madre.

Pero, en verdad, era una mujer, y el amor había llamado a su corazón. ¿Qué podría hacer para evitar una catástrofe? Terrill había sufrido por el amor de su madre, por el amor de su padre, y continuaba sufriendo... Aquel amor, sin embargo, era diferente. Y la joven comprendió que en aquel momento, cuando la niebla se hubiera apartado de sus ojos, se vería unos instantes elevada hasta las alturas de los cielos para caer inmediatamente después en las profundidades del infierno. Pero si era mujer, debería hallar en sí misma la astucia y la fortaleza necesarias para ocultarlo. En el caso de que fuera inteligente y obrara con prudencia, Pecos jamás podría descubrir el engaño.

Y después le acometió otro inquietador pensamiento, como la llamarada de un relámpago que brillase en la noche. Y este pensamiento era que Pecos intentara averiguar si Terrill era una mujer. Terrill lo anhelaba tanto como lo temía. Entre estas dos: angustias, la joven debía vivir y luchar..., no sabía por qué. Una intuición femenina de las potencias hasta entonces desconocidas, de sutileza o reserva, de incalculables posibilidades provocaba en su imaginación esta sensación de una trágica ansiedad, de una duda entre dos estados.

Afuera, en el pórtico, sonaron unos pasos, unos pasos que jamás habían dejado de conmoverla o de agitarla y que la hicieron ponerse rígida en su lecho con un corazón agitado que parecía amortiguar sus latidos para permitirla que escuchase.

-Mauree, ¿dónde está ese condenado Terrill? -preguntaba Pecos lentamente desde la puerta.

-No lo sé - contestaba la negra con indiferencia.

-¡Condenado chico! ¡Nadie sabe nunca nada en esta casucha! - se quejaba Pecos -. Aquí estoy esclavizándome, medio muerto de trabajo, mientras Sambo anda por ahí cazando, y ese chico no hace más que haraganear... Voy a deshacer la sociedad.

En los últimos tiempos, Pecos había hablado frecuentemente de esta cuestión; pero su solicitud, su constante vigilancia, y un algo indefinible que era muy grato para Terrill...., todo esto desmentía sus palabras. Terrill temblaba entre las sombras de la oscuridad, en su lecho.

-¿De verdá? - preguntaba despectivamente la negra.

-Sí, de verdad - contestaba Pecos.

-Pecos, le va a usté mu bien aquí con nosotros. Haría usté muy mal si se marchase.

-¿Quién ha dicho eso?

-No ha sido el señito Terrill. No, serió. Ha sido ese maldito pego que é mi esposo. El lo dijo.

-¡Ah! Bueno, Mauree, es cierto. Soy un embustero. No me sería posible abandonar a Terrill y volver a aquella vida de vagabundo, de beber y de disparar...

-Señó Pecos, me alegro mucho... Entose, ¿po qué habla de ese modo?

-Porque tengo que hablar con alguien... si no quiero reventar. Sambo va a cazar todos los días. Y Terrill siempre anda huyendo de mí.

-¿No hay nadie que le quiera? Señó Pecos, usté necesita una mujé.

-¡Ja, ja! [Buena broma!... ¿*Quién* demonios podria quererme, Mauree?

-Unté é un vaquero mu guapo, Pecos.

-Si lo soy, nunca me ha servido de nada. Mauree, jamás he tenido amores... en toda mi vida.

-¡Dios mío! ¡Qué embutero é usté!

-De verdad, Mauree.

-No creo a ningún hombre, blanco o nego.

-Tendrá usted que creerme. Daría la mitad de mis pertenencias del rancho *T. L.* por encontrar una muchacha decente y guapa que me quisiera. Una, claro es, que no haya tenido amores con ningún otro hombre. Creo que la abrazaría y besaría hasta morirme...

-Pecos, puede usté encontrá alguna mejicanita de ojos negos po mucho menos de lo que ha dicho.

-¡Ahí está Sambo! - dijo Pecos al oír unos pasos enérgicos que sonaron en el pórtico.

-¿Dónde ha estado, nego?

-He estao casando, mujé.

-¿Po qué vas a casá si no mata nunca una piesa? -Pecos, he traído un siervo mu bueno.

-¡Uf! Estoy cansado de came... ¿Cuándo estará la cena?

-Ahora mimito. Puede llamá a Rill.

-Sambo, eche un .poco de leña al fuego para que podamos ver al cenar. ¡Eh, Terrill! ... ¿Está usted segura de que está en casa?

-Sí, selló Pecos.

Pecos llamó con más fuerza que anteriormente. Pero Terrill continuó hundida en las delicias de un semiadormilamiento.

-*¡Terrill!*

En otras circunstancias, un grito tan estentóreo como el que Pecos profirió habría hecho temblar a Terrill como una hoja agitada por el viento. Pero en aquella ocasión solamente sirvió para que la sangre se agolpase en el corazón de la muchacha.

- ¡Uuuu! - exclamó adormilada Terrill.

-¡Baje!

Terrill se enderezó, se arrojó de la cama, se puso una nueva blusa que Mauree le había entregado aquel mismo día, salió de la oscuridad de su habitación y llegó al comedor, que estaba iluminado por la luz del fuego.

-¿Cuál es la causa de todo este barullo, Pecos? - preguntó con timidez Terrill mientras estiraba hacia lo alto los brazos, bostezaba y miraba rectamente al rostra de Pecos.

Pero Pecos respondió sólo con una fugitiva mirada. -Estaba preocupado por usted. Y la cena está preparada.

Ninguna cena fue hasta entonces tan grata como aquélla, tan llena para Terrill del placer del peligro que originaba su situación, tan terriblemente intrigante y llena de la evidencia de su falsedad.

-No come usted mucho, muchacho. ¿Qué le pasa? - preguntó Pecos antes de que la comida hubiese terminado.

-¿No es posible que algún día coma un poco menos sin que se preocupe usted por ello? - preguntó en tono petulante Terrill.

-Puede usted hacer todo lo que quiera sin que yo me preocupe.

Al cabo de un momento se levantaron. Terrill aproximó al fuego un sillón rústico en tanto que Pecos llenaba la pipa. Sambo y Mauree se sentaron para tomar su cena. Pecos abrió la puerta, salió a mirar detenidamente hacia el exterior, y volvió a cerrarla.

-¿Oye usted el viento, muchacho? - preguntó Pecos mientras acercaba al fuego otro sillón -. Esta noche sopla el verdadero *del Norte.* ¡Oiga la lluvia! j Vaya si es hermoso poder tener aquí un hogar...! El fuego le hace feliz a uno. Terrill, si no fuera por culpa de esos condenados ladrones de ganado a quienes estoy buscando, podría ser completamente feliz al lado de usted.

-Lo mismo digo - contestó Terrill clavando la mirada en el fuego-. Pero... casi me había olvidado de la cuadrilla de don Felipe. Pecos, ¿se atreverán sus vaqueros a venir a robar nuestro ganado... *ahora?*

¡Con toda seguridad! Aun cuando supieran que. Pecos Smith se cuida de defenderlos, no dejaría de intentar apoderarse de los novillos. Tenemos una gran cantidad de reses antiguas y de becerros recientemente marcados en un terreno de millas de extensión, o más, en las cercanías del río. Y eso seducirá a la cuadrilla de don Felipe. Todos sus hombres se dedicarán a quemar marcas. Lo que harán será reunir una manada y llevársela inmediatamente.

-¿No sería conveniente que fuéramos al río para comprobarlo? Los ladrones no tienen necesidad de pasar por delante de nuestra casa para llegar a la espesura del río.

-¡Claro! Iremos tan pronto como deje de soplar este *del Norte.* Ahora que lo recuerdo, creo que sería útil que me dedicase entre tanto a limpiar el rifle de usted. He conseguido evitar que se oxidase, pero es muy difícil acabar de quitarle los condenados granos de arena.

-Sí, yo mismo me llené de agua y arena *aquel día-contestó* Terrill.

-Estuvo usted en un buen peligro, hijo - afirmó Pecos mientras movía la cabeza de arriba abajo.

Sambo fue en busca del rifle y lo entregó a Pecos, que levantó el gatillo. Todavía chirriaba en su interior algún granito de arena.

-Me parece que un poco de agua caliente será bastante para limpiarlo por completo.

-Pecos, ¿no me sería posible llevar un rifle más pequeño? Este me causa dolores con su retroceso. Es casi tan malo para mí como aquel *Sharps* de papá.

-Sí, cuando hagamos el viaje con nuestro ganado en la próxima primavera.

-¡Oh, cuánto tiempo! ¿Por qué no vamos ahora?

-Y ¿dejar nuestra ganadería abandonada para que la cuadrilla de don Felipe se apodere de ella? Iremos en la primavera, cuando nosotros mismos nos hayamos apoderado de otras reses...

Cuando Pecos hablaba de esta manera firme y lenta, Terrill no hallaba respuesta para él. Nunca le era posible reprimir un estremecimiento. Aquel vaquero hablaba de una pelea a tiros lo mismo que hablaba de un paseo a caballo. La animación de la joven quedó anulada desde aquel momento, por lo que Terrill decidió ir a acostarse con el fin de que Pecos no viera que se hallaba deprimida. Pero el sueño se negó a auxiliarla. No había hecho ningún esfuerzo físico que la cansase y sus emociones parecían haberla transformado en un ser diferente al que hasta entonces había sido. Por lo tanto, se encogió entre las sábanas, mirando en la oscuridad, con los ojos totalmente abiertos, conjeturando y haciéndose preguntas acerca de su porvenir y de Pecos. Pecos llenaba totalmente su vida entonces. En ella no había nada más, nadie más.

Entre tanto, sus sentidos estaban alerta para la percepción del *del Norte.* El viento meridional era una cosa familiar para Terrill, que lo aborrecía, y especialmente por la noche, cuando la conformación del desfiladero y la estructura de la casa aumentaban el volumen de sus rugidos. El viento se lamentaba, aullaba y bramaba sucesivamente. Durante los instantes de calma, podía oírse a Pecos hablar con Sambo. Al cabo de cierto tiempo los ruidos del interior cesaron y la casa quedó en silencio. Entonces asaltó a Terrill la terrible monstruosidad de la soledad del desfiladero de Lambeth, con tanta fuerza e insistencia como nunca. Terrill no era un hombre. La noche estaba llena de la fantástica voz de la tormenta, preñada de la

amenaza de la solitaria extensión, y ella había entrado en su época de mujer, albergaba un amor de mujer en ansia femenina que debía esconder cruelmente y que inundaba sus horas de vigilia con las inescrutables e inexorables demandas de la vida.

Al día siguiente, el *del Norte* se disipó, el cielo estuvo claro y limpio, y los lugares del desfiladero en que reinaba la sombra se hicieron los más deseables.

Terrill se ocupó en trabajar junto a Pecos, y ninguna labor la amedrentó. No resultaba conveniente dejarse dominar por ningún estado de ánimo. Había comprobado que era inútil mostrarse cavilosa, enojada o soñadora, pues todo ello le servía únicamente para provocar la solicitud de Pecos, que era para ella una tortura y una delicia, al mismo tiempo. Cuando el joven llegó a buscarla, paciente, amable, diferente en cierto modo a como era generalmente, Terrill tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir el impulso que la incitaba a arrojarse en sus brazos. Pero lo haría algún día, lo sabía bien. Y entonces... entonces...

La joven podía realizar durante todo un día la labor propia de un muchacho. Y cuando descubrió la paz de espíritu que obtenía trabajando junto a Pecos, aceptó todos los trabajos, por más duros que fuesen. Jamás se entregaba a sus labores con moderación. Y, al final del día, se vio regañada por haber trabajado con exceso.

-Oiga, soy capaz de transportar un tronco de árbol con otro muchacho - replicó, íntimamente regocijada de la observación de él, y al mismo tiempo, volviendo a observar el ligero cambio que se había operado en. Pecos. O acaso imaginaba ella que así sucedía. Por esta causa la joven recurrió al procedimiento de emplear sus antiguos *trucos* con el fin de exasperarle. Pero Pecos no perdió el dominio de sí mismo; no la acosó, no le dio golpes en la espalda, no hizo objeción alguna al ver su actitud.

El *del Norte* desapareció y los días cálidos llegaron una vez más. El tiempo fue delicioso. El trabajar al aire libre era un placer. Terrill se maravillaba de las mejoras que se habían operado en el rancho y lamentaba que su padre no pudiera conocerlas. Pecos era un hombre hábil para cualquier labor.

-¿Cuándo volveremos a ir al río? - preguntó Terrill repetidamente. Pero Pecos contestaba siempre con evasivas. Y la joven observó que, aun cuando la vigilancia de Pecos no había declinado ni un solo momento, se había hecho más intensa desde los postreros días de noviembre.

El tiempo se arrastraba. Y todas las noches Terrill rezaba sus oraciones - lo que nunca había dejado de hacer -, y lloraba, y acariciaba su secreto, y soñaba con sueños alborotados y sin freno. Y todas las mañanas, al despertar, tomaba la resolución de no cometer más tonterías y de evitar los actos incomprensibles y absurdos que había realizado en el pasado. Y... ¡ al final descubría que de nada servían sus proyectos!

No podía dejar en paz a Pecos. Terrill era desgraciada cuando no lo tenía al alcance de la vista. Y era más desgraciada aun cuando lo tenía cerca de sí, a causa del encanto que en ello había, a causa del estrago y de la ruina que lo amenazaba. De este modo, la compañía era más difícil de sobrellevar que la soledad. Finalmente, Terrill descubrió en Pecos una nueva actitud; o por lo menos, urna de que hasta entonces no se había dado cuenta. Pecos se hallaba unas veces preocupado y otras veces melancólico; pero ninguno de estos estados de ánimo prevalecían cuando Terrill se hallaba presente. Solamente cuando Pecos creía hallarse a solas se dejaba dominar por estas emociones. Terrill adquirió la costumbre de mirar por una rendija de las maderas que separaban su habitación del comedor cuando se suponía que había ido a acostarse y el joven continuaba sentado junto al fuego. A Pecos le sucedía algo. ¿Comenzaría a cansarse de aquella vida tranquila del rancho de Lambeth? Terrill se estremeció al pensarlo, y deseó que algo aconteciera pronto, que llegasen los ladrones a apoderarse de sus ganados, que llegase al rancho el horrible Breen Sawtell, o aun el propio don Felipe... Todo esto servía solamente para añadir combustible al fuego de su amor, hasta el momento en que percibió de modo indudable que su alma la estaba devorando.

Durante mucho tiempo Terrill había alimentado la creencia de que para ella era suficiente con tener a Pecos cerca de *sí.* Pero pronto comprendió que no era cierto. Uno de sus

Librodot

caprichosos estados de ánimo le sirvió para comprobarlo. Era muy difícil descubrir alguna debilidad en Pecos, pero, de todos modos, tenía una: no podía soportar que se le hicieran cosquillas. Terrill lo había descubierto accidentalmente, y en diversas ocasiones utilizó sus prerrogativas de supuesto muchacho para sorprenderle y aguijonearle con sus fuertes deditos en las costillas. El efecto había sido siempre galvanizador; y, lo que es más, resultó algo que ella misma no podía resistir.

Pecos estaba desgranando unas mazorcas de maíz sin saber que Terrill se había situado subrepticiamente tras él. El joven se hallaba sentado en un talego en la parte posterior del corral. Samba estaba transportando los tallos desde el campo y depositándolos ante Pecos. Ambos se hallaban muy orgullosos del producto de aquel terreno que habían dedicado a producción de maíz. El día era hermoso y cálido, Pecos, en mangas de camisa, arrancaba los granos de las mazorcas e iba formando con ellos un montón dorado.

El paso de Terrill era tan ligero como el de un ratón. La joven consiguió llegar hasta detrás de Pecos sin que éste lo advirtiera. Luego extendió las morenas manos con los dedos abiertos, desplegados como los de las garras de un águila, y comenzó a pasarlos con rapidez y fuerza sobre las costillas de Pecos con un regocijo diabólico.

Pecos emitió un gañido y cayó del talego luchando espasmódicamente por desprenderse de Terrill, que cayó sobre él.

-¡Demonio de chico! - exclamó Pecos con voz ronca y entrecortada mientras la agarraba.

Terrill se habría asustado *si* no se hubiera hallado dominada por otras sensaciones. Pero su habitual ligereza le falló, aun cuando le fue posible separarse de Pecos. Antes que hubiera recorrido veinte pasos. cayó de cara sobre la hierba. Pecos la atrapó con ligereza, se dejó caer a su lado y le hundió en las costillas sus dedos largos y acerados. Terrill pasó de un paroxismo a otro. Aun cuando no hubiera sido tan sensible al cosquilleo, aquel contacto con las manos de Pecos habría estado a punto de enloquecerla. Pecos no cesaba de gritar al mismo tiempo, pero ella no pudo entender las palabras que pronunciaba. Luego, tumbándose sobre la hierba y con la cara hacia lo alto, Pecos le dio dos cachetes sobre los oídos y se levantó.

Terrill continuó tumbada, con el rostro escondido entre las manos hasta que se hubo recobrado de la sorpresa. Lo maravilloso del caso fue que no se sintió furiosa, ni ofendida, ni asustada, sino inmensamente dichosa. Cuando se levantó para marcharse, tuvo buen cuidado de que él no pudiera verle la cara. Corrió a la casa y *se* escondió. Entonces fue cuando comprendió que la sola presencia de Pecos no era suficiente para ella. Un subterfugio como el de las cosquillas, no era sino un vergonzoso pretexto para poner las manos sobre él. En el fondo de su corazón latía, sin embargo, la convicción de que no había previsto una respuesta tan devastadora. Y, de repente, se encontró llorando con violencia.

Las voces que sonaron cerca perturbaron a Terrill, que levantó la cabeza de la húmeda almohada para escuchar. ¿Podría haber regresado tan pronto Pecos y abandonando su importante labor de desgranar el maíz? Luego oyó la extraña voz de Sambo, y finalmente la de Pecos. Terrill no perdió tiempo para aproximarse a la puerta del comedor.

Sambo estaba ayudando a un caballista a descender de su montura. Evidentemente, estaba herido, o, cuando menos, lesionado, pues Terrill vio sangre. Había visto antes a aquel hombre en algún otro lugar, probablemente en Nido de Aguila. Debería de ser alguno de los ganaderos instalados en las proximidades. La vista de Pecos sobresaltó a Terrill más que la del desconocido. Había llegado, pues, la guerra por el ganado, que desde hacía tanto tiempo esperaba Pecos.

-¿Está usted muy malherido? - preguntó Pecos.

-Creo que no -contestó el hombre con voz débil he tenido que venir... sangrando como un cerdo... Creo que lo más grave de todo es la pérdida de sangre.

-Ayúdele a sentarse en el banco, Samba- le indicó Pecos -. Terrill, vaya en busca de unas mantas y del equipo sanitario de su padre... Mauree, necesitamos agua y unos trapos limpios.

Habiéndose apresurado a cumplir la orden de Pecos, Terrill no permaneció en el pórtico para ver, sino que se dirigió al interior, hasta donde le fuese posible oír. A pesar de lo que había dicho el hombre, la joven temía que muriese. Se recostó en la puerta temblando. Aquello mismo podría sucederle a Pecos cualquier día. ¡Qué cobarde era ella!

-Bueno - dijo Pecos alegremente al cabo de unos instantes -. Ha perdido mucha sangre para una herida como ésa. ¿Está seguro de que no tiene ninguna más?

-No.

-Ha sangrado usted! muchísimo, y eso es todo lo que le pasa; tengo seguridad de que estará restablecido dentro de pocos días. Aquí le cuidaremos lo mejor que podamos.

He sido muy afortunado al poder llegar hasta esta casa. Claro es que sabía dónde está el rancho de Lambeth, pero me pareció que la distancia era demasiado grande para que pudiera llegar.

-¿Me permite que le haga algunas preguntas?

-Sí. Déme un trago de algo...

-¿Agua o *whisky?* - preguntó lentamente Pecos.

-Esta vez tomaré *whisky*... Muchas gracias. Me llamo Watson. Hal Watson. Procedo de Gulf, de Rockport. Estoy criando reses cerca de Nido de Águila desde hace unos dos años. Por eso me han herido.

-¿Hal Watson? ¿No he oído ese nombre antes de ahora? - preguntó Pecos.

-¿Es usted el joven que sacó a Lambeth de la cárcel de Brasee la primavera pasada?

-Sí, yo soy. Me llamo Smith.

-¿No ha ido usted desde entonces a Nido de Águila?

-No. Pero yo no importo nada ahora. ¿Cría usted ganado en las inmediaciones del río?

-Sí. Comencé con un millar de cabezas.

-¿Cuál es su marca?

-Era un diamante; pero ahora parece una estrella -contestó Watson intencionadamente.

-Un diamante, ¿eh? He visto muchas de sus reses la primavera pasada. Algunas, a menos de cinco millas de aquí. Reconozco que es posible que nosotros hayamos marcado algunos becerros de usted que estuvieran sin herrar. ¡Ja, ja! Pero no vi ningún diamante convertido en estrella.

-Lo han hecho muy recientemente, Smith. Supongo que esa cuadrilla ha comenzado a operar hace poco tiempo.

-¿Qué cuadrilla?

-No lo *sé.* Algunos vaqueros blancos y algunos vaqueros mejicanos. Han llegado al Pecos procedente del Este.

-Bien, ¿ha visto usted a algunos de los hombres de la cuadrilla de don Felipe?

-Están trabajando en la parte alta del río, según me han dicho en Nido de Águila. Están ocasionando muchos quebraderos de cabeza a Stafford, que ha vendido su ganadería de la marca Y. Ahora cría solamente las que llevan el hierro de la *doble A.*

-Ese hierro está mezclado con el nuestro.

-Hay varias marcas nuevas, Smith, que le darán mucho que pensar. Pero déjeme que le diga por qué me encuentro aquí... Salí de casa hace una semana, poco más o menos con dos de mis trabajadores, un mejicano y un vaquero a quien tomé recientemente y que dice llamarse Charley Stine. Ahora estoy convencido de que trabajaba de acuerdo con esa cuadrilla de ladrones. Llevábamos dos caballos de carga, y fuimos a las espesuras que se hallan más allá del rancho de Stafford. Vi más ganado que en toda mi vida junta, pero mi marca andaba tan escasa como los dientes de gallina. Encontramos alrededor de cincuenta reses encerradas en una espesura rodeada de una alambrada, y entonces abrí los ojos. Mi pequeña marca en forma de diamante había sido convertida puercamente en una estrella. Me quedé como alelado. Stine me aconsejó que nos retirásemos, y entonces fue cuando sospeché la verdad acerca de él. ¿Conoce usted esa maleza que hay a unas diez millas de aquí? Tiene dos ramas en forma de Y. Bien, allí encontramos caballos y terneras, cuerdas y olor a pelo quemado.

Cuando salí de la maleza y grité, los hombres de la cuadrilla debieron de sorprenderse mucho.

-¡Dios mío! Debería usted haberse mantenido fuera de la vista de ellos y dejar que la pistola hablase por usted - declaró severamente Pecos.

-Dejé de llevar pistola hace cierto tiempo por miedo a matar a alguien. Y si la hubiera llevado, lo habría hecho entonces, con toda seguridad. Pero los hombres no esperaron a ver si llevaba o no, sino que comenzaron a disparar. Stine desapareció y el mejicano fue arrojado a tiros del caballo. Yo tenía que salvar mi vida, y como me habían cortado la salida por la otra parte, tuve que correr río arriba. Dos de los hombres, dos vaqueros blancos, me persiguieron por espacio de una milla o más, disparando sin cesar. Seguramente se proponían matarme.

-¡No es necesario que lo jure! - dijo secamente Pecos -. A veces hace falta mucho para convencer a algunos hombres. No es preciso que le pregunte *si* es usted de Texas.

-No, no es difícil adivinarlo. Solamente he estado unos cinco años en Texas... Bien, conseguí librarme de aquellos hombres a fuerza de correr. No supe que estaba herido hasta que noté la humedad de la sangre... Eso es todo. Déme otro trago.

Pecos comenzó a pasear por el pórtico con las manos a la espalda y la frente fruncida por la meditación. Terrill se sintió un poco horrorizada. Aquél no era ya su amable, sonriente y frío Pecos. La joven le miró fascinada. Unos vagos recuerdos de la historia que él había contado acudieron a la imaginación de Terrill. La muchacha había olvidada o no había creído la mitad de sus detalles. Y entonces recordó la primera vez que lo vio en Nido de Águila; y este recuerdo se reproducía en la actitud del sombrío Pecos, a quien veía en aquel momento.

-Querida, etás muy pálida - dijo Mauree en tanto que obligaba a Terrill a separarse de la puerta-. Ahora, *es*cucha a tu Mauree. No va a sucedé náa malo. Tengo una segunda vista, y tengo seguridá de esto.

Samba se presentó en aquel instante, aparentemente tan tranquilo como siempre.

-¡Peresosa mujé! ¿Cómo etá la sena? Toos los hombres estamo hambriento.

-Sambo, ya la tenía casi hecha cuando llegó ese Watson.

Llegó pronto el crepúsculo. Sambo reavivó el mortecino fuego y luego ayudó a Mauree a terminar de preparar la comida de la noche. Terrill *se* separó de la puerta, pero vio que Pecos continuaba paseando de un lado para otro. Sambo le llamó al cabo de poco tiempo.

Patrón, ¿etá ese hombre en condiciones de corné?

-Creo que sí, Sambo - contestó Pecos al tiempo que le sentaba -. Terrill, lamento mucho no ser capaz de decirle una mentira...

-No me mienta jamás - suplicó ella.

Bien, es probable que perdamos una parte de nuestro ganado.

-He oído todo lo que han hablado ustedes - continuó apresuradamente Terrill -. Pecos, si solamente he de perder ganado..., no me importa. No somos mejores que los demás rancheros.

-Terrill, ésas son unas palabras muy juiciosas.

Pecos no habló más, comió parcamente y salió de nuevo al exterior.

-¿Cómo se encuentra usted, Watson? - preguntó.

-No tan mal cuando me estoy quieto.

-Perfectamente. Mañana se quedará usted en la cama. Y como quiero marcharme muy pronto, me agradaría poder hacerle algunas preguntas más.

-¿Adónde va usted, Smith?

-Pienso tomar el camino viejo y, cuando salga el sol, estaré mirando ese desfiladero en forma de Y.

-¿Desde el borde superior?

-Sí. Puedo llegar allá en menos de dos horas. -¡Por Dios! j Cómo me gustaría ir con usted!

-¡No! Usted necesita reposo. Volveré antes de mediodía. Dígame dónde está acampada esa cuadrilla.

-Exactamente en el centro de la bifurcación.

-¡Hum! Hay mucha distancia para disparar desde el borde; pero supongo que podré lastimar a alguno de ellos... Llevaré dos rifles y los obligaré por medio del miedo a saltar al río. ¿Ha visto usted si ellos tienen rifles?

-Ahora que lo pienso recuerdo que no los tenían, puesto que de otro modo yo no estaría vivo en estos momentos.

-¡Ya!... ¿Qué iba usted a decirme acerca de Brasee? -Ha muerto. Lo ha matado Jade, el camarero del bar. -Yo había supuesto que no viviría mucho tiempo. ¿Es el mismo camarero a quien tiré detrás de la puerta la primaveras pasada?

-No. Brasee o uno de sus mejicanos, lo mató. El bar cambió de manos nuevamente. Si fuera usted por allá, no conocería Nido de Águila.

-¿Qué ha sucedido? ¿Ha habido alguno que ha encontrado una mina de oro?

-Stafford me dijo que era un efecto del desarrollo natural de Texas. El ganado ha subido a diez dólares por cabeza. Es posible que este precio no dure mucho tiempo, pero Stafford cree que se mantendrá. Es el comienzo de una nueva era, según dice. Cuando había mucho ganado y el precio era bajo, no había mucho movimiento ni muchos ladrones. Pero las circunstancias han cambiado durante el verano y el otoño últimos. Las manadas pasan ahora interminablemente por el camino de Chisholm y por el cruce de Cabeza de Caballo en dirección al Norte. Los comanches están en pie de guerra. Los tejanos compran más reses que nunca en Méjico, y la mitad de ellas son robadas por los mismos vendedores antes de que lleguen a su destino. Ladrones de toros o de caballos, jugadores, pistoleros, proscritos, mujeres que marchan a la deriva, colonizadores, ganaderos, soldados... Hay un movimiento de todos los demonios en la región, Smith.¡

- ¡Hum! Me sorprende. Pero ¿quiere usted decir que todo eso afecta a esta parte del oeste del Pecos, que tendrá influencia sobre ella?

-Eso es lo que quiero decir, precisamente. El Pecos tiene un nombre que infunde respeto, y está muy lejos... Pero si Texas va a convertirse en un imperio del ganado, lo que Stafford jura que es tan seguro corno la luz. del sol, entonces el oeste de Texas contendrá un centenar de millares de cabezas donde ahora contiene solamente un millar.

-I Diez dólares por cabeza! - dijo Pecos mientras silbaba de un modo bajo y largo -. Hay más razones que nunca para que nos cuidemos de nuestro ganado. Dije hace tiempo a mi compañero, Lambeth, que esto es lo que habría de suceder.

-Smith, si puede usted conservar su ganado, o una tercera parte de él, aunque no sea más, entonces: es usted rico.

-No cuento las terneras hasta después de tenerlas marcadas..: Esa noticia es nueva para mí... Pero ¿de qué forma ha influido todo eso en Nido de Águila?

-La ciudad ha despertado por completo, Smith. Ahora hay unas veinte familias más que antes, sin contar a los mejicanos; se ha abierto una tienda nueva; llegan trajineros todas las semanas, Y, por último, aunque no sea lo menos importante, se ha implantado la Ley.

-¡Ley! ¿Qué quiere decir eso de que se ha implantado la Ley? - preguntó Pecos ansiosamente.

-Lo que he dicho: que hay una Ley...

-¿Hay batidores?

-No.

– ¿Hay un *sheriff? f ?*

-No. Ha llegado a Nido de Águila un buhonero viejo y gordo que se llama a sí mismo el Juez Roy Bean. Ha construido una casa a una manzana de distancia de la de Brasee. Y este recién llegado ha colocado un letrero a la puerta de su casa, un letrero que dice: «Juez Roy Bean. La Ley del oeste del Pecos».

-¡La Ley del oeste del Pecos! - repitió incrédulamente Pecos -. ¡Por amor de Dios! ¿Ha perdido la cabeza ese Bean?

-Así parece, Smith. Se ha constituido a sí mismo en juez, *sheriff,* tribunal y Ley... Nadie

sabe si posee algún nombramiento o algunos papeles del Gobierno. Se le dijo que los mostrase, y replicó enseñando al que se lo pedía un revólver de seis tiros. Y eso no es lo mejor de todo, sino que tiene una taberna y trabaja él mismo como camarero. Deja de administrar justicia para servir una bebida, y deja de servir en el bar para continuar actuando como tribunal. Tiene una sala de juego, y suele detener de vez en cuando a algún jugador al que acusa de hacer trampas. Y, ¡por todos los demonios, no quiero que se me olvide!; además, casa a la gente...

-¿También es sacerdote? - exclamó con asombro Pecos.

-No, no alardea de ser sacerdote. Lo que dice es que practica un derecho judicial y moral en beneficio de la comunidad.

-¡El juez Roy Bean! ... Tendré que visitar a ese hombre... Y ¿casa a la gente?... ¡Maldición! Ahora me sería posible obtener una esposa... ¡Si aquella Mary Heald me , quisiera por marido!

XII

Terrill tuvo que taparse la boca con una mano para abstenerse de gritar. Podría haber sido una risa histérica, pero ella sabía bien cuán sin alegría habría sido. Voló a su habitación, con peligro inmediato de romperse la cabeza en la oscuridad, cerró la puerta y se entregó a un género de arrebatos femeninos más asombroso todavía.

¡Obtener una esposa! - murmuró fieramente mientras desgarraba las cubiertas de la cama y daba puntapiés a nada -. ¿La chica de los Heald?... ¡Dios misericordioso! ¡Creí que ya la habría olvidado! ¡Aquella mujer de corazón frío, aquella infiel, desgraciada! Es un hombre de la clase de los que mi madre me decía siempre que me guardase... Pero soy su jefe, está trabajando para mí... ¿A qué se llama ser compañeros? Ésta es mi tierra, este ganado es mío... No puede casarse con nadie más que con... ¡Oh, oh!

Terrill se arrodilló y enterró la cabeza entre las almohadas. Pecos no sospechaba que ella era mujer..., que podría ser su esposa. Pero ¿cómo podría amarla sin saber que era una mujer? ¿Quién había allí que pudiera decirle que ella, Terrill Lambeth, le amaba, le adoraba, le idolatraba más que podría amarle, adorarle e idolatrarle cualquiera otra mujer? Y el antiguo tormento la acometió de-nuevo, aumentado un millar de veces por este terrible objeto del amor; los celos.

La joven se hallaba en cl vértice de la hora más terrible que había soportado en toda su vida cuando una llamada a su puerta la obligó a enderezarse, intrigada.

-Terrill, ¿s*e* ha acostado usted? - preguntó Pecos, ansioso.

-Pues... sí... sí - respondió con voz queda Terrill.

-¿Le ha sucedido algo? Parece que tiene usted ronca la voz.

Terrill hizo un magnífico esfuerzo.

-Es posible que haya hablado con la cabeza entre las sábanas - acertó a decir claramente -. ¿Qué desea usted, Pecos?

-No mucho... Solamente quería hablar con usted unos momentos. Ese Watson me ha sobresaltado un poco.

-Pecos, voy a levantarme y a vestirme - replicó con todo descaro Terrill, mientras maldecía mentalmente su osadía y su falsedad.

-No, no. Yo entraré - contestó Pecos. Y con gran horror por parte de Terrill, la barra de la puerta, que sin duda no había sido bien encajada, cayó al suelo y permitió a Pecos la entrada. - Está tan oscuro como el infierno este rincón - dijo Pecos lentamente -. Es la primera vez que entro aquí, ahora que lo recuerdo. Es usted un muchacho muy extraño.

Terrill jamás acertó a explicarse cómo pudo realizar aquel acto milagroso; pero cuando Pecos tropezó y cayó sobre la cama, ella se encontraba ya al otro extremo y cubierta por una manta.

-Bueno, sólo quería decirle que me iré antes del amanecer y que no volveré a verle

hasta mi regreso - anunció espaciosamente Pecos.

-Pero, Pecos..., no... no ...no debería ir usted - gritó Terrill.

-¡Oiga, compañero! Estamos en malos tiempos. Ya dije que habrían de llegar, más pronto o más tarde. Y lo único que puedo hacer es ponerme a tono con las circunstancias. ¿De qué nos serviría el criar ganado si no sabemos defenderlo cuando llega la ocasión? Si le necesitase a usted, o si creyera que habría algún peligro para usted al dejarle aquí, le llevaría conmigo. Pero tengo que correr a una velocidad tremenda en la oscuridad. Y ya conoce usted a *Cinco.* Hay mil probabilidades contra una de que me sea posible volver muy pronto, pero... Oiga, Rill, me molesta tener que hacer esta advertencia... En el caso de que me sucediera algún contratiempo y no me fuera posible regresar, espere usted! durante un tiempo razonable, y luego váyase a Nido de Águila con Watson y los dos negros. ¿Comprende?

Terrill permaneció muda. La joven tuvo que luchar contra sus brazos, contra el impulso que los forzaba a extenderse para rodear después: el cuello de Pecos, con el fin de obligarle a quedarse en la casa. Y se preguntó si, a pesar de todo, lo harían.

-Suponía que estas palabras le trastornarían... - continuó Pecos -. Aquí está mi cinturón con el dinero. Escóndalo bajo la cama. En el caso d que yo no vuelva, es de usted. Y le aconsejo que, en tal caso, abandone esta región del Pecos.

-¡Dejar... mi casa! balbuceó Terrill.

-Así es, Terrill, no se aflija antes de tiempo. He dicho todo esto solamente porque es posible que suceda *algo... Y... y...* le he querido mucho, chiquillo, mucho... Ahora, ¡adiós!, duerma tranquilo.

La mano de Pecos cayó sobre la frente de Terrill, se movió en busca del cabello, lo asió y tiró de él, según tenía por costumbre. Luego el joven se marchó y dejó a Terrill presa de tan violentas emociones, que la joven tuvo la seguridad de que moriría con ellas. Pero no la mataron en aquellos momentos, por lo que Terrill decidió que debía de ser muy dura.

El pesado cinturón del dinero se extendía sobre ella como un brazo acariciador. Terrill lo tocó. ¡Cuán grueso era y cuán blando! Estaba lleno de billetes. ¿Dónde habría obtenido Pecos tanto dinero? Y entonces recordó la historia de dos vaqueros que él le había referido: la historia de los dos hombres con quienes había trabajado en marcar novillos perdidos y que le habían traicionado al borrar las marcas de los que las tenían. ¡Y ésta era toda la diferencia! Un novillo sin marcar pertenecía a todo el mundo, o, por lo menos, a quienquiera que poseyese ganado en aquellos terrenos. Pero los borradores de hierros, los que deformaban las marcas quemándolas, sabían que cometían un delito.

Terrill se desnudó, se puso el cinturón y se acostó con él. Su peso y la seguridad de que pertenecía a Pecos la agitaron, por lo que decidió guardarlo debajo de la almohada. Entonces dio ocasión a un sueño terrible en el que Pecos estaba a punto de ser ahorcado por robar reses y ella montaba a *Cinco* y cabalgaba a una velocidad de trueno para arrancarle del nudo corredizo. Ambos escapaban de una manera muy romántica y muy satisfactoria, pero, de todos modos, cuando Terrill despertó, el sueño continuó desasosegándola.

Comenzaba a adormilarse de nuevo cuando oyó un ruido en el pórtico, una especie de suave arrastrar de pies. Pecos había saltado desde su desván. Su ventanita era una manchita gris en el negro muro. Terrill se arrodilló para mirar a través de ella. Las estrellas brillaban débilmente. Faltaban aún dos horas para el amanecer. Los pasos de Pecos sonaban ligeramente y, al cabo de pocos minutos, la joven oyó un rápido sonido de cascos de que procedía del camino. Pecos había iniciado su marcha en pos de la terrible empresa que acometía. Esta convicción aterrorizó a Terrill; y, sin embargo, llevó a ella una seguridad de desastre para los ladrones que actuaban en las espesuras. Ni su padre, ni Sambo, ni ninguno de los ganaderos instalados entre el cruce de Cabeza de Caballo, y el Río Grande habían opuesto jamás resistencia alguna a los que se apropiaban de las reses. Pero Pecos parecía ser un hombre de otra raza.

Terrill volvió a tumbarse y permaneció despierta hasta el alba, hora en que se adormiló. Mauree la despertó.

-Rill, ¿estás muerta, o es que hase como las personas vagas de la siudá?

Terrill se habría levantado inmediatamente de oír la llamada, si no hubiera sido por la necesidad de esconder el cinturón y el dinero de Pecos. ¡Cuánto pesaban! Y, visto a la luz el cinturón era grueso y abultado. Terrill pensó anhelosamente que sería hermosa que Pecos se casase con ella y la llevase en viaje de luna de miel a Rockport. AI pensarlo, dejó de importante dónde y cuándo habría conseguido Pecos el dinero.

Después de haberse desayunado salió al pórtico para averiguar cómo había pasado la noche su huésped, el herido Watson. Lo encontró sentado y bebiendo una taza de café.

-Buenos días, señor Watson. ¿Cómo se encuentra usted?

-¡Hola, muchacho! - contestó el ganadero -. Estoy muy bien, *si* se tiene en cuenta lo sucedido... Un poco mareado, pero el mareo comienza a desvanecerse.

-Me alegro de que consiguiera escapar sin mayores daños.

-La suerte me favoreció. Pero además tenía un caballo muy ligero. Tengo la seguridad de que con él me es posible correr más que con cualquier animal de cuatro patas.

-¡Hum! ¡He visto su caballo; es hermoso! Pero jamás podría escapar si *Cinco* lo persiguiese.

-*¿Cinco? ¿Es Cinco* su caballo?

-¡Oh, no..., aunque quisiera que lo fuese! *Cinco* pertenece a Pecos.

-¿Quién *es* Pecos? - preguntó Watson, aún con mayor interés.

-Pecos Smith, mi compañero...

-Smith... ¡Ah, sí! No me ha dicho nunca su nombre. ¡Bien, bien!

-¿Había usted oído hablar de Pecos?

-Creo que sí... ¡Sí! Estoy intentando recordar..., pero tengo una especie de zumbido en la cabeza esta mañana... Entonces usted es el joven Lambeth, ¿eh? Conocí a su padre. Era un hombre bueno, aunque demasiado íntegro y confiado para esta región... ¿Es verdad que fue asesinado por los indios?

-No, señor Watson - contestó con tristeza Terrill -. La flecha que mató a papá era una flecha comanche, pero no fue disparada por ningún indio.

-¡Comprendo! Eso es nuevo para mí. Más canalladas de éstas del Pecos...! Tendremos que pasar por muchas situaciones difíciles y que sufrir mucho antes de que podamos dedicarnos pacíficamente a nuestro trabajo... Esta situación tiene que empeorar todavía más antes de que comience a mejorar.

-Deberíamos unirnos todos los rancheros.

-No es una mala idea, Lambeth. Pero todavía no estamos preparados para ponerla en práctica. La región se halla todavía muy despoblada, y hay demasiada distancia desde unos ranchos a otros. Hay pocos colonizadores y pocos caballistas, y la extensión es muy grande... Y, además, somos muy pocos para que podamos pagar a unos ayudantes. Me parece que lo mejor que podemos hacer, por ahora, es evitar por todos los medios la probabilidad de que nos maten.

Terrill suspiró. Acaso tuviera razón aquel ranchero...

-Hasta que vino usted ayer no habíamos visto ningún jinete desde hace muchos meses; ni hemos visto ningún indio durante todo el verano. Casi había olvidado que vivimos en el bravío Pecos.

A veces no llueve, y a veces llueve a cántaros, muchacho - dijo Watson con una carcajada -. No quisiera ser pájaro de mal agüero, pero estoy atemorizado... ¡Caramba! ¿Qué le pasa a su negro?

Sambo apareció corriendo; parecía llegar procedente del cercado. En el mismo instante en que .lo vio, Terrill comprendió que había sucedido algo desagradable. Pecos fue lo primero en que pensó. Pero Pecos no regresaría hasta mediodía, o quizá más tarde. Sambo llegó con torpes y pesados movimientos hasta el pórtico.

-Señito Rill..., uno jinetes... vienen - resopló ahogadamente mientras señalaba hacia la garganta del desfiladero.

Terrill se aproximó al borde del pórtico. Vio unos jinetes y sus caballos. Contó cuatro..., cinco jinetes, cinco caballos y los caballos de carga. Habían dado vuelta al llegar a la curva del desfiladero y se acercaban a la casa; estaban a una media milla de distancia. Componían un cuadro que siempre había sido recibido con temor por el padre de Terrill, temor que había transmitido a su hija. En aquella ocasión, no obstante, después de una suerte de desánimo, Terrill reaccionó de un modo diferente. No sería de ninguna utilidad para Pecos, no podría servirle de ayuda el que ella tuviese miedo. Terrill era también tejana, y era compañera de Pecos. Mientras observaba cómo los jinetes se acercaban pausadamente, especuló acerca de su carácter y de sus propósitos y decidió que de ningún modo conseguirían dominarla. Para el mundo exterior, ella era el joven Terrill Lambeth, el hijo del coronel Lambeth, y debería permanecer fiel al papel que representaba.

-No son vaquero - dijo Sambo, en conclusión. -Creo que no podemos hacer otra cosa que recibirlos - sugirió Watson.

-No los *sé,* señó, no lo sé. É una pena que eto suseda presisamente cuando el señó Pecos Smith ha marchao.

-No hay duda de que se dirigen hacia aquí - dijo Terrill pensativamente -. Es posible que sean algunos de los nuevos ganaderos de quienes usted ha hablado a Pecos.

-O son gentes honradas o, en otro caso, no nay duda de que tienen un atrevimiento muy grande.

Cuando: los árboles y la cabaña ocultaron a los jinetes de su vista, Terrill corrió a su habitación, se quitó la ligera blusita y se puso y abotonó la suelta chaqueta gruesa. Después se metió el revólver en el bolso trasero del pantalón. El largo cañón del arma pasó por un agujero del bolsillo y quedó asomando por debajo del borde de la chaqueta. Luego, al regresar al pórtico, se detuvo a pensar. Sambo, Pecos y ella, también esperaban desde hacía tiempo la llegada de unos indeseables: visitantes. Bien, que llegaban. Cualquiera que fuera su intención, el primer cuidado de Terrill consistía en ocultar su sexo y, después, hacer frente a las necesidades que las circunstancias planteasen en su calidad de compañero de Pecos.

-¿Dónde están? - preguntó cuando hubo salido al exterior.

-Deben de estar cambiando impresiones o atando los caballos - contestó Watson.

-Ahí vienen a pie. Son un arsená en marcha - dijo Sambo, que se hallaba fuera del pórtico. Dio vuelta, y se sentó en un escalón -. Señito Rill, no é una visita de amigo.

Un hombre se presentó inmediatamente ante la vista de Terrill.

-Tengo la seguridad de conocerlo - dijo ella con rapidez -. Es Breen Sawtell.

-Yo también le conozco - añadió Watson con excitación -. Lo vi el pasado verano en Nido de Águila. Habla de grandes negocios de compras de ganados... No puedo decir que: fuese un hombre que me agradase.

Terrill lanzó una breve carcajada, que le sirvió para borrar los últimos restos de su nerviosidad.

-Yo tampoco podría decir que esté enamorado de él.

-¿Ha estado aquí en alguna ocasión antes de ahora? -Dos veces. La última me fui a los matorrales hasta que se marchó. Es el nuevo socio de don Felipe.

Watson silbó significativamente, y no *se* habló nada más. Terrill observó cómo se aproximaban los visitantes. ¡Bien recordaba al alto Sawtell, y hasta las mangas de su camisa, el negro sombrero, el chaleco, el largo bigote y los hundidos negros ojos! A su derecha iba un individuo bajo y rudo, de rostro rojo y aspecto importante. Los otros tres hombres eran vaqueros, jóvenes imberbes, de rostro duro, no muy diferentes de cualesquiera otros vaqueros de Texas occidental. Todos iban fuertemente armados, a excepción de Sawtell, que llevaba sólo un revólver sujeto a la cadera, colgando del cinturón. Se detuvo a una docena de pasos del pórtico y miró a sus ocupantes con una rápida mirada de sus ojos profundos de basilisco.

-¡Buenos días a todos!

Watson contestó al saludo, pero ni Sambo ni Terrill pronunciaron palabra. Sawtell, al cabo de unos momentos, pareció interesarse principalmente por Watson. Dio algunos pasos

Librodot

hacia delante y el hombre rechoncho le siguió vacilante. Nada pasó inadvertido para Terrill, que se dio cuenta de que solamente Sawtell se mostraba impaciente.

-¿No le conozco a usted? - preguntó Sawtell, fijando la mirada sobre Watson.

-Nos encontramos en Nido de Águila el pasado verano. Me llamo Watson - contestó secamente Watson.

-Sí. Ahora recuerdo. Quise comprarle ganados, pero usted quería cobrar el dinero en el acto... Parece que está usted un poco pálido y enfermizo, ¿verdad?

-Debo estarlo. Ayer me dispararon un tiro. Estaba mirando mis reses, y fui a caer entre unos borradores de marcas. Estuvieron a punto de matarme.

El cambia de expresión de Sawtell no fue muy grande; pero Terrill no dejó de observarlo.

- ¡Disparo! ¡Borradores de marcas! ... ¿Dónde sucedió eso, Watson?

-Cerca del río, a unas diez millas de distancia. Pude correr más que ellos, y llegué aquí.

-Sí, comprendo. Iba usted solo, ¿eh?

-No. Me acompañaban dos vaqueros. Un mejicano y uno llamado Stine. No he vuelto a verlos después de los disparos.

Sawtell parecía saltar de pensamiento en pensamiento. Terrill adivinó su pregunta siguiente.

¿Una cuadrilla de salteadores?

-Supongo que no. Había algunos obreros blancos mezclados con los vaqueros mejicanos. Es una cuadrilla nueva que procede del otro lado del río.

-Es posible que no. Andan dando vueltas de un lado para otro. - Entonces, Sawtell *se* volvió hacia Terrill. - Buenos días, Lambeth. He oído que hace poco tiempo que ha formado usted sociedad con un tal Hod Smith.

-No se llama Hod Smith. Mi compañero se llama Pecos - replicó Terrill.

-¿Dónde está?

-Fuera - contestó lacónicamente Terrill.

-¿Cuándo volverá?

-No lo ha dicho. Acaso dentro de una semana.

-Bill - dijo Sawtell al hombre rechoncho -, creo que ese Smith es el hombre a quien buscamos. Los vaqueros del rancho de Heald lo llamaban Pecos. Pero jamás hemos oído hablar de él aquí.

-Según creo, hay un Pecos Smith y un Hod Smith - contestó el otro pensativamente -. Es preciso que no nos engañemos. El hombre a quien buscamos es el Smith que disparó contra su hermano y que se dedicó a borrar hierros de reses en unión de Williams y Adams.

-Así es. Y estamos en el camino seguro - contestó Sawtell, muy firme.

-Perdónenme, caballero; pero yo diría que se engañan ustedes - dijo Watson.

-¿Por qué?

-No tengo necesidad de decir más.

-Eso basta. ¿Es usted amigo de Hod Smith? -No conozco a ningún Hod Smith.

-Compañeros, deberíamos haber previsto que nos encontraríamos con un obstáculo como éste - dijo Sawtell, en tanto que extendía las manos ante sus hombres -. De modo que instalaos cómodamente... ¡Levanta, negro! - continuó, dirigiéndose a Sambo y dándole un puntapié -. Prepáranos una comida.

-Eso ha de desilo el señito Lambeth - replicó hosco Samba.

-Muchacho, ordene a su negro que nos prepare una comida.

-¡Váyase al infierno! - dijo lentamente Terrill desde la puerta de la casa, en la que estaba apoyado.

-¿No existe aquí la hospitalidad del Sur, eh? -Para ustedes, no.

-Bien, nos serviremos nosotros mismos.

-Bill, le presento al joven Terrill Lambeth. Terrill, este caballero es Bill Haines, *el sheriff* de Nuevo Méjico. Terrill miró al hombre bajo. No habría sido un hombre repelente sin

Librodot

el odioso prefijo. Terrill estaba desempeñando un papel de hombre, pero miraba y observaba con la mirada intuitiva de la mujer, con la penetración del amor. Haines tenía una presencia pulida y una risa francota; pero sus ojos, huidizos y grises, no sostuvieron la mirada de Terrill más que un fugitivo instante.

-Me alegro de conocerlo, joven - dijo con voz cordial. -¿Es, usted batidor? -preguntó Terrill.

-Lo fui, muchacho - contestó el hombre -. Ahora soy oficial defensor de intereses particulares.

-¿Ha venido usted para detener a Pecos Smith? -Sí..., en el caso de que este Pecos Smith sea el Hod Smith a quien buscamos.

-Entonces, lo mejor que puede hacer, si no quiere disgustos, es marcharse; porque Pecos Smith es Pecos Smith.

-Breen, este mequetrefe tiene mucho descaro - gruñó Haines.

-Pues puede usted detenerlo también - declaró Sawtell con una carcajada -. Está de acuerdo con Smith.

-¡Detenerme! ¿A *mí?* - exclamó enfurecida Terrill -. ¡Inténtelo!

-¿Escuchad al chiquillo!

-Perdónenme, caballeros - dijo Watson, evidentemente animado por el espíritu de Terrill -. ¿Es legal este procedimiento? Jamás he oído hablar de *sheriff* alguno al oeste del Pecos. No es cosa que me afecte directamente, puesto que soy tan desconocido de Pecos Smith como de ustedes; pero me parece que se engañan ustedes de medio a medio.

-Muchas gracias por su consejo, señor Watson - respondió burlonamente Breen Sawtell -. Y puesto que usted es un ganadero del río Pecos, voy a informarle... Ese vaquero, Pecos Smith, trabajó para los Heald. Estuvo complicado en unas actuaciones ilegales con dos hombres llamados Williams y Adams. Mi hermano fue al rancho de los Heald para pedirles que despidieran a Smith. Y la recompensa que obtuvo fue morir a tiros. Muerto cuando ni siquiera estaba mirando en la dirección del que disparaba, según se dice por allá. Bueno, entonces, ese Smith corrió a ocultarse en la espesura del río. Sus compañeros iban a Jos mercados de Nuevo Méjico para vender pequeñas manadas, compuestas de un centenar de cabezas, en parte sin marcar y en parte con las marcas borradas. Beckman, un ganadero para quien trabajé como capataz durante poco tiempo, fue uno de los que sufrió más pérdidas. Y después de seis meses o más de robos, se unió a otros tres jinetes y siguió a Williams y Adams hasta las malezas del Pecos. Esto sucedió en la región del Lago Alcalino, al otro lado del arroyo de Tayah... Pues bien: esos hombres no regresaron jamás, y jamás se ha vuelto a saber de ellos. Luego, Haines y yo, con seis hombres, seguimos el mismo camino que los ganaderos y encontramos seis cadáveres descompuestos. Uno de ellos tenía un lazo en torno al cuello. Supusimos que sería Williams. A Adams pudimos identificarlo por los dientes delanteros. Había muerto a tiros. A Beckman pudimos reconocerlo por las ropas. Tenía una flecha clavada entre las costillas. Pero, ¡demonios!, no lo mató ningún comanche. Hallamos también el esqueleto de un caballo acribillado a flechas... He aquí lo que suponemos que sucedió. Ese hombre, Smith, acampaba solo. Nunca iba a ninguna parte con sus compañeros. Y cuando fue a verlos de regreso de uno de sus viajes, llegó a tiempo de ver que Williams estaba colgado de un árbol y Adams a punto de ser ahorcado también... Se produjo una pelea, y Smith, fue el único que salió de ella con vida. Entonces disparó por todas partes muchas flechas de comanche para hacer creer que lo sucedido había sido obra de los indios. Registró a todos los hombres, les quitó el dinero y se marchó. Nosotros continuamos el camino que habíamos seguido y llegamos a Nido de Águila. Allí averiguamos que un jinete que respondía a las señas de Smith entró en la ciudad en los últimos días de la primavera, asaltó la cárcel de Brasee, donde estaba encerrado este joven, Lambeth, por lo que fuese, y se vino con él y con el negro a este rancho. En este caso no resulta difícil atar cabos.

-Sawtell, acepte esta indicación que le hago - dijo Watson con fervor -: ese Smith no es el hombre a quien ustedes buscan.

Librodot

-Y ¿por qué no?

-Hay algún error...

-¡Diablos! ¿No hemos, descubierto que ha pagado una deuda muy grande de Lambeth? ¡Doscientos dólares! Lambeth había sido encarcelado por deudas. El mejicano dijo que Smith tenía un fajo de billetes tan grueso como su pierna.

-Eso está muy bien, no lo discuto. Pero ese Pecos Smith es otro Pecos Smith. No es el tejano del tipo de los que borran las marcas de las reses y matan por defender ese delito.

-Oiga, oiga, ¿cómo demonios puede usted tener la seguridad de que ese Pecos Smith no es nuestro Hod Smith? - preguntó Sawtell con enojo.

-No podría probarlo, pero me jugaría la cabeza... Y, lo que es más importante, yo no sería de los que se atreven a hacer estas acusaciones contra él... ni siquiera por un millón de dólares.

-¡Ah! ¿No lo haría usted? Watson, sus palabras no son muy convincentes. ¿Cómo podremos saber que usted no es un cómplice de Pecos Smith?

-¡Es usted un maldito imbécil, Sawtell, entre otras cosas más! - declaró Watson con sorprendente fuego -. Soy un ranchero respetable, como todo el mundo sabe en los alrededores de este río.

-¡Ah! Eso es lo que dice usted; pero *nosotros* no lo sabemos...

-Breen, va usted demasiado a prisa - le interrumpió agriamente Haines -. Ya le dije que sería posible que nos equivocáramos. Y si así es, se hace preciso que lo sepamos antes de continuar haciendo disparates.

Sawtell *se* indignó al oír estas palabras y comenzó a patalear, a maldecir y a ir furiosamente de un lado para otro Era un hombre colérico y testarudo, se había trazado una línea de conducta y se proponía no abandonarla.

Terrill sufrió una mortificante certidumbre. Pecos era con toda evidencia, el hombre a quien se buscaba. Verdaderamente, era un ladrón de ganados. Terrill tenía en su poder mucho dinero de él, probablemente millares de dólares, que sin lugar a dudas constituían en su mayor parte de las ganancias combinadas de los tres quemadores de marcas. En la historia que Pecos había referido omitió algunos detalles, pero estos detalles que faltaban habían sido expuestos por Sawtell. Terrill podía fácilmente borrar todas las discrepancias que había entre una y otra. Sentía una angustia terrible, enloquecedora en el corazón. ¿Sería posible que el hombre a quien amaba fuese un ladrón de ganado? El primer impulso de Terrill consistió en correr a esconder su dolor, pero no pudo hacerlo, porque Pecos podría llegar en cualquier momento, y ella quería verle enfrentarse con aquellos hombres. Se estremeció al pensarlo, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder permanecer donde estaba.-Haines, ¿tiene usted miedo a continuar esta labor? - le preguntó Sawtell.

-No, pero no quiero detener a vaqueros desconocidos. Puede tener la seguridad de esto - replicó con desdén el *sheriff.*

Sawtell estaba evidentemente obstaculizado para obrar por la presencia de los demás hombres. Murmuró, se mordió el largo bigote y miró con enojo a su aliado, como *si* sospechase que pudieran presentársele inesperadas posibilidades.

-Al fin y al cabo, el dinero es lo principal de todo lo que buscamos - estalló, como si se desenmascarase con ello-. ¿Estamos de acuerdo?

-Sí. No carece de sentido común el que nos dediquemos a buscar el dinero. ¿Por qué no ha llegado a esta conclusión mucho antes?

-No importa... Bueno, tengo sospechas de que ese dinero está escondido en esta casa - continuó Sawtell con furor -. Y si lo encontrásemos, podríamos decir con toda seguridad que sabemos toda la verdad acerca de Pecos Smith.

-¿Si? Es usted un hombre demasiado seguro..., Sawtell; eso no sería suficiente para mí. ¿Por qué habría de convencerse usted al encontrar el dinero?

-Yo era el que compraba los ganados a Williams y Adams. Yo les pagaba las reses que me vendían. Conozco todos y cada uno de -los billetes que les entregaba. ¡Ja, ja! ¿Qué tiene

usted ahora que decir?

Haines pareció encontrarse no sólo sorprendido, sino gradualmente encolerizado.

-Si eso resultase cierto, tendría muchísimas cosas que decir.

-Bien, pues, es cierto, y tendrá usted que tragarse todo: cebo, anzuelo, hilo y caña. Yo compraba todo aquel ganado robado a un precio muy bajo, claro es, sabiendo perfectamente lo que podría ganar con él. Y, naturalmente, me proponía seguir a Williams y Adams para obligarlos a que me devolviesen mi dinero. Siempre les aconsejaba que no se presentasen en las ciudades, que se apoderasen de todas las cabezas de ganado que fuese posible para ellos, que ahorrasen y guardasen todo el dinero. Y los dos me hicieron caso. Mis proyectos habrían resultado muy bien, pero en cierta ocasión en que me hallaba ausente, uno de los vaqueros de Beckman encontró a Williams y Adams con unas *reses* de su patrón. Williams y Adams lo mataron. Esto puso a Beckman sobre la pista, con el resultado que he referido anteriormente.

-Sawtell, ese negocio de usted me parece sucio - protestó Haines, con el rostro enrojecido por el furor. -¿No estaba tratando con ladrones?

-Sí. Y comprar el ganado robado para poseer una prueba de sus acusaciones, me parece muy bien; pero eso de conservarlo... ¿Qué dirían a esto los ganaderos cuyo ganado robado compró usted?

-¡Que se vayan al infierno esos ganaderos! Si todo se descubriese, les permitiría que recogiesen sus reses, las que tienen las marcas quemadas... ¿Tiene usted algún otro reparo que oponer?

-¡De bien poco me serviría si lo tuviera!

-Hemos venido aquí a buscar el dinero y a ahorcar a ese Hod! Smith y, ¡por todos los diablos!, vamos a hacerlo - declaró Sawtell con rostro congestionado.

-Yo diría, Sawtell, que hay muy pocas probabilidades de que se realicen esas cosas en tanto que sea usted quien lleve las riendas - replicó Haines con sarcástica resolución.

Repentinamente, Sawtell sacó la pistola y apuntó a Sambo.

-Negro, ¿quieres que te matemos a tiros?

-No, señó, é una cosa que no apetese - contestó Sambo.

-Da vuelta, y apoya esa cara tan negra que tienes en la pared - le ordenó Sawtell -. ¡Eh, Sam, trae una soga! *¡Corre!* Allá hay una, en la silla... Cógela... Ahora, atad al negro al poste. ¡Atadlo con fuerza!

Unos instantes después, Sambo estaba sólidamente atado, después de lo cual Sawtell se encaró con Watson que, pálido y sereno, se hallaba sentado en el pórtico. El herido se estremeció al serle asestada el arma.

-Atad a este hombre de pies y manos.

-Oiga, Sawtell, esto es llegar demasiado lejos. Soy un hombre herido. Además, soy absolutamente neutral en esta cuestión.

- ¡Al infierno los neutrales! ¡Atadle!

Las siguientes protestas de Watson resultaron tan inútiles como las primeras.

-Ahora - continuó Sawtell-, tú y tú, Sam y Jack, id al río. Hay un camino al pie de esa pared. Escondeos entre la espesura, detened a todos los hombres que pasen solos por allá... Tú, Acker, prepara tu caballo y vete a aquella espesura que hay donde el camino sale de la garganta. Esconde el caballo, escóndete tú, y ten la seguridad de que detienes a todos los jinetes que pasen en esta dirección. ¿Habéis entendido?

-¡Sí! Pero creo que sería preferible que llevásemos nuestros: caballos - contestó Sam.

-Conforme, llevadlos si os parece conveniente. ¡Aprisa! - terminó Sawtell mientras enfundaba la pistola -. Y ahora, Bill, usted y yo vamos a registrar esta casa sin perdonar ni un solo rinconcito...

XIII

Terrill oyó todo lo que se decía y observó a los dos' hombres con los ojos nublados por las lágrimas mientras se agitaba presa de una angustia insuperable al renovarse sus dudas acerca de Pecos. Pero cuando Sawtell anunció su determinación de registrar la casa, consiguió dominar aquella ciega debilidad. Como quiera que Pecos hubiera sido en lo pasado, era honrado y bueno ya; la había salvado, y era su compañero. Mas, aun cuando todas aquellas cosas fueron ciertas, ella le amaba de una manera terrible, de tal modo, que sería capaz de luchar por él con el fin de compartir su destino.

-¡Vamos, Bill! - dijo con voz fuerte Sawtell; sus pesadas botas hicieron que las maderas del pórtico crujiesen al ser pisadas.

-No seré yo quien vaya. Registre la casa usted solo -contestó malhumorado Haines. No le agradaba la situación. Las esperanzas de Terrill se fortalecieron ante la probabilidad de que se originase una disención entre los dos hombres.

-¡Maldición! ¡Se ha vuelto usted repentinamente antipático! - resopló con disgusto Sawtell.

-Usted me ha llamado para detener a un criminal, no para que corra riesgos metiendo las narices en esta casa. No sería muy difícil que hubiera alguien con el sentido común necesario para mantener bajo vigilancia nuestros movimientos. Y en ese caso, se encontraría usted de súbito con una pistola apoyada en la barriga.

-¡Cabezota! ¿No ha visto usted que mis muchachos están vigilando los dos únicos caminos que conducen a esta casa? Nadie nos sorprenderá.

-¡Eso es lo que usted supone! Ha cambiado mucho mi opinión respecto a usted.

-¡Ja, ja! Lo que ha cambiado es el valor de usted... Unas pocas palabras de ese vaquero han sido suficientes para que se le vea lo «blanco» que es.

-Sawtell, sus palabras no ayudan mucho a sus propósitos - replicó Haines.

-Lo comprendo. Bueno, si me apura un poco, soy capaz de realizar la labor yo solo.

-¡Ja, ja!

La sarcástica risa ensanchó el abismo que separaba a los dos hombres. Terrill tuvo la seguridad de que terminarían por chocar.

-Haines, ese hombre le ha engañado desde el primer momento, y al fin le hará traición - exclamó Terrill. El cuerpo del *sheriff* tembló como si hubiese sido agitado por una intensa corriente eléctrica.

-No habla usted mucho, muchacho; peo cuando lo hace es siempre para decir algo que le da a uno que pensar - contestó Haines en tanto que reía ásperamente.

-¡Ya es bastante, Lambeth! ¡Si no calla, le sacaré la hiel del cuerpo a fuerza de golpes! - gruñó Sawtell. - Haines, quiero darle una ocasión más. ¿Va usted a ayudarme a buscar el dinero?

-Bah! Está usted loco, Sawtell. Si ese Hod Smith ha tenido dinero en alguna ocasión, ya se lo habrá gastado. Hace casi seis meses que se hizo la última venta de ganado.

-Sí, reconozco que no podemos tener muchas esperanzas; pero si encuentro yo solo el dinero, no le daré ni un dólar.

-¡No diga tonterías! Encuentre el dinero, y ya le diré si me da algo o no.

Sawtell lo miró sostenidamente.

-Muy pronto tendrá usted una gran sorpresa - dijo, cambiando de tono. Luego dio media vuelta y se lanzó en dirección a la puerta.

-¡Apártese de mi camino, Lambeth! -le ordenó. Por toda respuesta, Terrill le presentó la pistola, que había sacado del bolsillo y amartillado. Sawtell saltó hacia atrás, con un intento de ponerse fuera del alcance del arma.

¡Por Satanás! ... Mire, mire, Bill... Este chiquillo me amenaza con una pistola.

El *sheriff* mostró cierta inclinación a apartarse de detrás de Sawtell.

-¡No puede usted entrar aquí! - gritó Terrill. La proximidad del hombre, su aspecto repelente, sus ojos rojos, la sorpresa que en él se reflejó, todo sirvió para reforzar la decisión de Terrill, que se proponía matarlo sin vacilaciones en el caso de que intentase entrar. Y en

Librodot

aquel mismo instante, Terrill pensó que cuando oprimiese el gatillo de la pistola, el martillo caería sobre una cámara vacía.

-¡Ah, Lambeth! Con eso se denuncia usted mismo... Es usted el compañero joven de un ladrón de ganado, de un asesino..., ¿eh?

-Breen Sawtell, puede tener la seguridad de que soy el compañero de Pecos Smith - dijo fieramente Terrill; y oprimió el gatillo. El martillo cayó y produjo un agudo sonido metálico. Sawtell se acobardó. Terrill levantó de nuevo el gatillo del arma. - Espere el siguiente disparo... ¡Voy a matarle! No puede...

La mano de Sawtell se adelantó con la rapidez de un relámpago para empujar el arma hacia arriba. Terrill gritó y oprimió el gatillo. El arma hizo su disparo al aire, pero no muy por encima de la cabeza de Sawtell. Sawtell levantó el brazo de Terrill, lo apretó y le obligó a soltar el arma, con la que golpeó a la joven, que cayó en el interior de la casa. Al caer, se dio un fuerte golpe en la cabeza.

Cuando Terrill volvió en sí se encontró con que estaba atada a una silla. Sawtell había encontrado una botella de una bebida alcohólica, que había estado en un estante por espacio de varios años, y después de olerla detenidamente, bebió un largo trago.

-¡Aggg, aggg...! Ese Bill Haines no sabe lo que se está perdiendo,

Inmediatamente, Sawtell comenzó a registrar la habitación. Esta labor no le ocupó muchos minutos, ya que la estancia tenía muy pocos lugares en los que hubiera sido posible esconder algo. Entre tanto, Terrill recobró plenamente sus facultades. Había sido atada apresuradamente con algunas cuerdas blandas que habían estado colgadas tras de la puerta. Le era posible retorcer una de las manos y alcanzar el nudo, que suponía podría aflojar. Había dos rifles en el comedor, de los cuales uno, el de ella, estaba cargado. ¡Si pudiera cogerlo! ... Entonces se dio cuenta de que tenía atados los pies a las patas de la silla. Aun cuando pudiera libertarse las manos, no podría ponerse en pie. En aquel momento vio que el cuchillo de caza de Sambo estaba sobre la mesa. Después de esto, puso su atención sobre el rufián que efectuaba el registro, sin dejar por ello de hacer esfuerzos por libertarse las manos. Y se preguntó qué habría sido de Mauree. Probablemente, la negra habría corrido asustada en busca de su niño para encerrarse con él en su casita.

Sawtell terminó de registrar la habitación. Luego abrió la puerta del dormitorio de Terrill con un vigoroso empujón que hizo que el tabique de maderas se estremeciera, y entró en la estancia. A nadie le estaba permitida la entrada en aquélla. Cualquier superficial investigación en ella serviría para revelar que había un algo extraño en Terrill Lambeth... Pero por el momento Terrill no experimentaba ni la menor inquietud por esta causa. Era el dinero que Pecos le había confiado lo que la llenaba de angustia y ansiedad. ¿Por qué no habría escondido el cinturón con su contenido en el granero, o en alguna grieta de las peñas? Sawtell lo encontraría, probablemente...

ja, ja! - mugía Sawtell en la habitación de Terrill. Y un momento más tarde apareció con el cinturón del dinero entre las garras. Había en su expresión un júbilo estático que distaba mucho de ser hermoso. Sus ojos despedían una lupina llamarada de avaricia -. ¡Por todos los diablos!... ¡Ya lo tengo! - exclamó mientras colocaba el cinturón sobre la mesa. Su mano, grande y temblorosa, con los dedos manchados de tabaco, sacó del cinturón los billetes que habían sido plegados y guardados allí-. ¡Oh, oh! ¡Qué maravilloso presentimiento tuve!... Todos los billetes grandes... Los de cincuenta, los de cien dólares... ¡Señor Smith, no hay duda de que es usted un hombre ahorrador! ...

Toda la anchura de la puerta se oscureció al aparecer en el vano el corpachón de Haines, quien se detuvo repentinamente y miró con ojos saltones a Sawtell y lo que estaba haciendo.

Pero su sorpresa pareció disiparse como por arte de magia.

-Breen, ¿de modo que lo ha encontrada usted? -exclamó.

-¡Claro que sí! - contestó el otro con alborozo -. Hay veinte mil dólares... ¡Valía la pena de venir! - Y al decirlo, movió el cinturón y los montones de billetes hacia su izquierda con el

fin de interponerse entre ellos y Haines. Luego se sirvió una copa de la bebida alcohólica. -¡Ha tenido usted mala suerte, Haines, por culpa de su falta de inteligencia! -Se bebió el líquido de un trago-. ¡Aggg! Esto, le gustará, Bill. Es una bebida tan vieja como las montañas.

Ninguno de los dos hombres parecía darse cuenta de la pre[s]encia de Terrill. Haines bebió una copa y mientras lo hacía no apartó ni un solo momento la mirada de sus ojillos grises, en los que había un extraño resplandor, del cinturón ni del dinero.

-Es una buena bebida, de verdad - dijo tosiendo y mientras se movía a lo largo de la mesa -. Breen, me he equivocado. Tuvo usted razón con su corazonada. Pero yo estaba solamente preocupado por la posibilidad de que ese., Hod Smith pudiera ser el mismo Pecos Smith... ¿Reconoce usted el dinero?

-Si el saberlo le importa algo, le diré que lo he reconocido perfectamente - contestó secamente Sawtell; y comenzó a guardar los fajos de billetes en el cinturón. -Sí, me importa mucho, claro es. Estoy tan intrigado como es posible estarlo. Si usted conoce su propio dinero, entonces tiene motivos suficientes para apoderarse de él. Y lo que digo, es que debemos apresurarnos a marcharnos de aquí antes de que regrese ese Smith...

-¿Por qué, Bill?

-Porque ese Smith puede ser el mismo Pecos Smith.

-¡Diablos! Y si lo fuera, ¿qué? ¿No sería un espectáculo tan bonito al colgar de una cuerda como el que podría ofrecer cualquier otro hombre?

-Creo que hay algo que no sabe usted - replicó Bill. - Si fuese el propio Pecos Smith, no sería fácil colgarlo. ¡Ja, ja!

- ¡Me parece que ha perdido usted la cabeza por completo!

No, eso nada más puede aplicársele a usted. Bill. He tenido en cuenta todas las dificultades. Solamente hay dos caminos en este desfiladero, y tengo dos hombres escondidos en el camino que viene del río *y* un hombre en el otro. Smith será detenido en cualquier caso, venga por donde venga.

-Entonces deberemos mantenernos en guardia. Cualquier hombre puede tener un descuido, usted lo sabe. Renuncie a su loco proyecto de ahorcar a Smith, y vámonos.

-Smith mató a mi hermano.

-¿Y qué diablos importa que lo hiciera? - gritó agudamente Haines -. Hay muchos que dicen que su muerte no representa una pérdida para nadie. ¡Me repugna usted con su pretendida lealtad, cuando todos sabemos que siempre estuvo engañándole!

-¡Es usted un... embustero! - replicó amenazador Sawtell.

-Oiga, Breen, no se enfade de ese modo ni niegue lo que sabe que es cierto.

-¡Sé muy bien lo que hago! - protestó Sawtell escabulléndose de la cuestión -. Lo que usted cree que sabe me preocupa mucho cuando se pone a murmurar delante de desconocidos. Se olvida usted de ese negro que está atado ahí fuera, de ese ganadero que dice llamarse Watson... ¡Habla usted demasiado! No tiene ni una maldita prueba de que yo engañase a mi hermano y le hiciese traición.

-No. Es una suposición. Pero puede usted apostarse la vida a que ese vaquero, Smith, las tiene. Y por eso es por lo que tiene usted tanto interés en ahorcarlo.

-¿Va usted a callarse de una vez? - preguntó de modo amenazador Sawtell.

-De todos modos, no vale la pena de andar discutiendo desde el momento en que tenemos el dinero. -¿Tenemos »? - preguntó Sawtell burlonamente.

-Me ha oído usted perfectamente. No hay error, Breen. Accedí a volver a trabajar como *sheriff* de Kansas con el fin de ayudarle a usted. He venido con usted hasta estas tierras del Pecos, olvidadas de. Dios... Estoy arriesgando la piel en este mismo minuto, y tengo derecho a participar de todo.

-No tiene derecho a participar de nada, Haines. Ya se lo dije antes.

-¿Quiere decir que no vamos a repartirnos el dinero?

-aullé roncamente Haines, en tanto que su rojizo rostro cambiaba de color.

-¡Váyase! Esa cara gorda y llena de avaricia hiere mis delicados sentimientos - contestó Sawtell; y empujó a Haines hasta el exterior. Durante unos instantes, su alto corpachón obstruyó la entrada de la luz. Terrill vio que una manaza de Sawtell se dirigía hacia su pistola. El corazón de Terrill estuvo a punto de estallar. La lucha se aproximaba. La mano derecha de Terrill quedó libre. ¡Si le fuera posible ponerse en pie...! Y comenzó a deshacer los nudos. Los hombres se habían olvidado de ella. Su rifle estaba apoyado en la pared. Sawtell había dejado el cinturón del dinero sobre la mesa.

-Breen Sawtell, ¡es usted un hombre tan retorcido, tan sinuoso como los alambres de una cerca! - replicó Haines -. Pero, ya sea o no sea retorcido y sinuoso, quiero mi parte del dinero. Usted se comprometió a repartirlo conmigo.

Sawtell salió al pórtico, de modo que todo lo que Terrill podía ver de él era su costado izquierdo. Tenía la mano izquierda extendida, y sus largos dedos temblaban.

-Es cierto. Pero usted se acobardó y no quiso ayudarme. Por eso tengo razón al no querer que nos repartamos el dinero.

-¡...! ¡Le denunciaré delante de todo Nuevo Méjico! -dijo Haines.

-No lo hará usted, Bill.

-¡Es usted el hombre más tozudo que he visto en toda mi vida! ¿Cree usted que va a conseguir convencerme a fuerza de razones y quedarme sin un céntimo?

-Lo único que creo, Bill, es que no volverá usted nunca a ninguna parte.

-¡Hum!

Un disparo cortó el grito rabioso de Haines. El tronitoso estampido pareció cerrar los ojos a Terrill como con una grapa. Luego sus oídos vibraron con los fuertes estallidos de las pistolas. Ambos hombres debían de haber vaciado sus armas... Cuando Terrill abría los ojos, oyó un gemido que provenía del lado derecho de la puerta. Sambo o Watson habían sido heridos. Después una bota raspó la superficie de las maderas del piso... y un nuevo estampido se produjo.

Terrill vio a Sawtell ante la puerta. Estaba enfundando una pistola humeante. Terrill comprendió que Sawtell no había tenido tiempo para recargar el arma. Tenía el rostro negro y cubierto de una terrible expresión, y se tocó el brazo izquierdo, del que brotaba sangre en un lugar próximo al hombro.

-¡Ladrarme... a mí! dijo hablando consigo mismo, mientras sacaba un gran pañuelo de hierbas de un bolsillo. Al llegar al umbral vio a Terrill -. ¡Ja! ¡Casi me había olvidado de usted, Lambeth!

-¿Está... está... muerto? - balbuceó Terrill.

-¿Haines?... Creo que está muerto, sin duda de ninguna clase... Aterre el brazo -. Y cogiendo de la mesa el cuchillo de caza, cortó la cuerda que había sujetado las manos de Terrill, sin darse cuenta de que una de ellas estaba ya libre -. ¿Por qué demonios tiembla usted, joven? Hace poco tiempo estaba usted muy tranquilo... Creí que había llegado mi última hora.

Terrill consiguió, a costa de penosos esfuerzos, atar el pañuelo en la forma que se le indicaba. Sawtell clavó el cuchillo en la mesa y no hizo intención de volver a atar las manos a Terrill.

Mientras Sawtell inclinaba hacia atrás la cabeza para llevarse una jarra a los labios, Terrill, con la rapidez de un relámpago, se libertó los. pies. Sawtell la vio de reojo. El jarro cayó al suelo. Terrill disparó una mano en dirección al cinturón, lo recogió y giró para echar a correr.

Mas cuando saltaba a través de la puerta, una mano de Sawtell se engarfió sobre la espalda de su chaqueta. Sawtell tiró de ella con tanta violencia, que no sólo arrastró a Terrill hacia el interior, sino que además le desgarró la chaqueta y la camisa.

-Demonio de chico! ¿Tendré que matarte también? Y con la mano que tenía libre arrancó el cinturón de las de Terrill y volvió a arrojarlo sobre la mesa.

Medio desmayada, Terrill cayó de rodillas. El haber sido casi desnudada la paralizó.

Sawtell tiró de las ropas desgarradas, que cayeron de la blanca espalda de la joven.

-¡Por todos los diablos de los infiernos! - exclamó Sawtell, sorprendido, mientras ponía la ávida mirada sobre las delicadas curvas del pecho de Terrill-. ¡*Una mujer...!* Abandonó las rotas ropas y, dejándose caer en una silla, puso ambas manos sobre los hombros de Terrill *y* la agitó con violencia. La cabeza de la joven se inclinó hacia delante y atrás. La joven estaba casi desmayada.

-¡No se asuste, demonios! ... ¡No está herida!... ¡Déjeme mirarla! ... Terrill Lambeth, ¿eh?... Bien. Que me... ¡Ya me pareció que era usted demasiado guapa para que pudiera ser hombre!

-¡Suélteme! - dijo quejándose Terrill. El fin había llegado. Terrill habría preferido morir. ¡Las manos callosas de aquel hombre! ... ¡Sus ojos inflamados!... El desmayo se alejó de ella, que sentía más horror que vergüenza. Intentó ponerse en pie, pero él la volvió a obligar a arrodillarse por medio de un tirón con sus manos de plomo. -¿Ha sido usted siempre una mujer? - preguntó -. Cuando estuve aquí, dos veces antes de ahora..., ¿era usted también mujer?

-Sí, sí. Siempre lo he sido... Fue por culpa de papá... No... quería mujeres... Me hizo vestirme como los muchachos... cuando era pequeñita... Y por eso... he seguido vistiendo como hombre... al venir aquí... ¡Por amor de Dios, déjeme taparme!

-Ese mestizo..., don Felipe..., sabía que es usted mujer... - declaró Sawtell -. Yo también lo sé ahora. *Por eso* es por lo que no quería que viniese aquí... Bueno, éste es el día más afortunado de... toda mi vida.

Terrill recuperó una parte de su fortaleza y pudo tirar de sus desgarradas ropas; estaba tan avergonzada de su semidesnudez, que. Sawtell la soltó y le arrojó algunas al rostro.

-¿Te avergüenzas de estar... medio desnuda... en presencia de un extraño?... ¡No exageres las cosas! ... ¡Eres una gata embustera! ... ¡Vives aquí con *ese* ladrón de ganado, Smith, fingiendo ser un hombre...! ¡Vaya! ¡Debería desnudarte y pasearte desnuda por todo este desfiladero!

La notable revelación, y sin duda, .la visión de la joven había inflamado y hecho alterarse a Sawtell, que volvió a arrebatar a Terrill la desgarrada chaqueta y la arrojó lejos de sí. Luego, agarró la camisa, pero la muchacha se aferró desesperadamente a ella.-¡Máteme... y terminemos! - murmuró Terrill.

-¿Matarte?... No. Eres demasiado hermosa para que te mate. Pero te apalearé sin compasión si intentas engañarme una vez más.

Terrill habría caído al suelo si no lo hubiera impedido la presión de las rodillas de Sawtell.

-¿Has vivido aquí con ese hombre, con Smith? La joven creyó comprenderle.

-¡Contéstame! - continuó Sawtell, en tanto que le descargaba un golpe en la cabeza -. ¿Vives aquí con ese Smith?

-Sí... Vivo... aquí.

-¿No estás casada con él?... Pero, ¿estás enamorada de él?... ¡Ja, ja! ¡Claro que sí! ¡No hay duda! Y, ¿sabes que es un ladrón de ganados, un ladrón de caballos?... ¿Te ha dicho de dónde procede todo ese dinero?

-Sí... Pero él no quemaba las marcas de las reses que las tenían... Solamente herraba las que estaban sin marcar...

-¡Demonios! ¡Qué idiota eres, mujer! ¿Te has tragado esa bola?

-Sí... sí... He creído lo que me dijo.

-Pues... fui yo quien les dio ese dinero... a él y a sus compañeros. Yo se lo di en sus propias manos.

-Pero usted dijo... que Pecos... no estaba con aquellos hombres...

-¡Mentí para engañar a Haines! Me convenía mentir en aquel momento... Sí, has estado viviendo con un bandido; no eres una mujer que tenga motivos para mostrarse orgullosa. Más pronto o más tarde habrás de verlo ahorcado... Y para eso es para lo que he venido... Todavía

eres joven y lo olvidarás muy pronto... Cuando venga ese hombre, Smith, lo colgaremos... Y pasaré aquí esta noche... Y mañana te llevaré conmigo.

Terrill se encontraba en tal estado de angustia, que apenas podía ver ni oír.

-Si no eres una de las mujeres más lindas que... Se interrumpió de repente. Pareció quedarse escuchando y sus manos se separaron de Terrill.

-¿Qué diablos...? - murmuró.

Los oídos de Terrill, que habían estado tensos durante aquellas horas interminables, percibieron un sordo, rítmico y rápido ruido de cascos.

-¡Viene alguien a caballo! ¡Debe de ser Sam! Cuando Sawtell se puso en pie, Terrill se inclinó hacia atrás, con la cabeza dirigida a la puerta. Sawtell pasó por encima de ella.

-Es seguramente Sam el que viene... ¿Por qué demonios se acerca a tanta velocidad?

Terrill intentó levantarse, se apoyó sobre un codo, volvió a caer hacia atrás. Había reconocido el caballo. ¡Cinco! Y la estremecedora muerte pareció correr a lo largo de sus nervios y apresarla.

Sawtell salió de un salto, atravesó el pórtico y dirigió la mirada al desfiladero. Tenía las piernas abiertas y arqueadas. Y el cabello erizado.

Terrill suspiró:

-¡Es Pecos!

Y se enderezó y apoyó sobre una mano. Sus aturdidas facultades volvieron a ella. Pero se hallaba aún tan débil, que tuvo que hacer un esfuerzo para conseguir envolverse con las dos mitades de la desgarrada camisa.

El rápido sonido se había convertido ya en un estruendo.

-¡Por todos los diablos! - rugió Sawtell -. ¡No es Sam!

Terrill pudo ver el negro *Cinco,* que se destacaba ante el oro del sol poniente. Al correr, la tierra y el polvo saltaron de entre sus patas y golpearon contra la casa. Aún no había terminado de detenerse cuando Pecos saltó a tierra, como si hubiera sido transportado por el mismo aire; con las espuelas rechinantes y provocando un ruido seco al golpear el suelo con las botas, el joven cayó ante el asombrado Sawtell.

Pecos llegaba sin sombrero. Un vendaje blanco y manchado de sangre le rodeaba la cabeza. Iba, también, sin chaqueta, sin chaleco, y sobre su cuerpo se veían otras manchas de sangre. Tenía el rostro gris como la piedra, con excepción de los terribles ojos.

-¿Quién demonios *es* usted? - preguntó agudamente.

-Sawtell, Breen Sawtell - contestó el otro con voz ronca, y *se* humedeció los labios.

-¿Qué hace usted aquí?

-Hemos venido para detener a un tal Hod Smith.

-¡Ah! ¿Quién es, *nosotros?*

¯Haines..., ése que está ahí, y mis hombres. Es posible que haya encontrado usted a Sam allá, en el camino de la quebrada...

-Es posible que lo haya encontrado. ¿Quién ha matado a esos hombres?

-Ha habido una riña horrible. Terrill Lambeth ha tomado parte en la pelea.

-Terrill!

-¡Oh, Pecos! Estoy... perfectamente... No me ha sucedido nada... - contestó Terrill a la alarmada llamada. -Sambo, ¿está muerto?

-No, patrón; no etoy mueto. Pero he visto la muete desde muy serca.

-¡Watson! ¿Quién lo mató? - gritó furioso Pecos. -Debe de haber recibido alguna hala perdida - replicó Sawtell con voz más ronca que nunca.

-A ese otro hombre lo llamó usted Haines... ¿Quién lo mató?

-Bill y yo tuvimos un pequeño duelo...

-Si venían ustedes para detenerme, ¿por qué se pelearon?

-Vinimos para detener a Hod Smith.

-Aquí no hay ningún Hod. Yo soy Pecos Smith.

-¿*Pecos...* Smith?

-Eso he dicho. ¿Es usted sordo?

-¿Fue usted el que mató a mi hermano... en el rancho de Heald?

-Lo maté en una lucha en que fui más rápido que él. El mismo me forzó a disparar.

-¿Ha sido usted compañero de Williams y Adams?

-Sí, yo soy ese hombre.

-Entonces..., Pecos Smith, usted es el hombre a quien busco.

-Me parece que *es* cierto. ¿Y qué piensa usted hacer ahora?

-Pecos, ese hombre juré que lo ahorcaría - exclamó Sambo con rabia.

-No quiero perder el tiempo en parloteos, Sambo. Lo que sucede es que tengo un poco de curiosidad.

-Patrón, ese hombre ha tratado muy mal a Rill.

-¡Terrill! ¿Dijo usted que está perfectamente bien?

-Sí, Pecos... Solamente estoy... atemorizado... y débil.

Me ha desgarrado las ropas... y ha descubierto... que... que soy... ¡Oh, Pecos, no puedo decírselo!

Sawtell se amilanó. Tenía la mirada puesta con fijeza sobre Pecos. Al fin comprendía lo que Watson había insinuado *y* lo que Haines le había advertido.

-¿Que es lo que no puede decirme? - gritó Pecos.

Terrill permaneció muda. Si no se hubiera quedado como helada en la postura en que se encontraba, con una mano apoyada en el suelo, habría caído a tierra. Pero Pecos no la veía. Su mirada no se separaba ni siquiera un solo instante de Sawtell.

-Smith, al fin le he hallado en su guarida dijo Sawtell; la suya era la voz envalentonada por la desesperación -. Esa Terrill Lambeth es una mujer. Usted ha vivido con ella..., que fingía ser hombre... Don Felipe lo había supuesto... Esto será conocido muy pronto en toda la región del Pecos... Pero debería usted casarse con esa muchacha, Smith... Ha debido de ser una mujer decente antes de ahora.

-¿Tiene usted... algo más que decir? - preguntó Pecos en voz extraña y apenas audible.

Y acaso fuese esta voz lo que espoleé al desesperado Sawtell. Acaso su imaginación le sugirió la conveniencia de agarrarse aun cuando fuese a un hierro ardiente. En el caso de que lograse enojar a Pecos hasta hacerle perder el dominio de sí y la serenidad, obtendría una ventaja momentánea.

-Pero, aun cuando quizá haya sido decente en el pasado..., ahora ya no lo es- continué Sawtell mientras inclinaba el cuerpo hacia delante.

-¡Ah!

-Y sabe que usted es un ladrón de caballos... que se dedicaba a borrar las marcas de las reses..., que robaba vacas... Lo ha reconocido.

-¿Terrill..., ha creído... eso?

-¡Claro! Conoce bien la situación... y a usted... Y, además, ese dinero...

-¡Ah!

Para la vista de un hombre enloquecido podría haber parecido que Pecos se hubiese amilanado con desconcierto.

-¡Ese dinero! ... ¡Por todos los demonios! ... - Sawtell pronunció estas palabras gritando a todo pulmón y lanzándose a la acometida.

Se produjo un relámpago rojo, seguido de una explosión y de un estruendo. Brotó una nube de humo. La pistola de Sawtell voló por el aire. Sawtell se tambaleó y cayó de espaldas en el pórtico, con una gran mancha de sangre sobre el corazón.

XIV

Pecos salió de la inmovilidad en que *se* había detenido para observar a su caído enemigo *y* miró en torno suyo, principalmente hacia la boca del desfiladero. Y en seguida pudo ver a dos hombres que corrían a lo largo de la espesura, al pie del muro de rocas occidental. Por su desgarbada figura, pronto comprendió que se trataba de unos vaqueros desacostumbrados a tal medio loco motivo. Su número concordaba con el de caballos de silla que Pecos había visto anteriormente.

-¡Ah! Eso es todo - murmuro. Y enfundó lentamente la pistola y se volvió en dirección a Sambo.

-Patrón, si no tiene uté cosa mejó en qué pensá, desáteme - dijo el valioso negro.

Pecos sacó un cuchillo, cortó el grueso nudo de la cuerda y la separó del voluminoso corpachón de Sambo. Una gran cantidad de sangre, originada por un disparo, manchaba la espalda del negro casi a la altura del hombro.

-¿Tiene alguna herida más? - preguntó Pecos -. Esta herida es muy superficial. No tiene importancia.

-Patrón, si no me hubiera hecho el mueto, seguramente tendría má que eta herida - replicó el negro, al tiempo que terminaba de libertarse de la cuerda y se ponía en pie-. Ese caballero alto de bigote nego quería matanos a toos.

-¿Cuántos componían la cuadrilla, Sambo?

-No he vito má que a cinco.

-Esos son los dos últimos..., los que están allá, al pie de las rocas. - Pecos señaló hasta que Sambo los hubo descubierto -. No nos hace falta que anden merodeando aquí. Coja mi rifle, Sambo, busque los caballos de silla y ahuyéntelos. Procure que esos hombres le vean hacerlo. Luego, dispare varios tiros contra ellos, casi a la ventura... Váyase en seguida y procure regresar pronto.

Cinco se había alejado de la casa; tenía alta la cabeza y pateaba nerviosamente.

So, *Cinco,* so! dijo Pecos, en tanto que se aproximaba a él. El caballo se detuvo para permitir que Pecos le descargase del rifle. Sambo, se perdió muy pronto de vista.

Pecos observó la terrible escena que ofrecían los muertos, y pasó sobre el cadáver de Sawtell para entrar en la casa.

Terrill estaba sentada en el suelo, recostada en una silla. Con la otra mano sostenía los restos de unas aren das contra su cuerpo.

-¡Pe... cos! - susurró.

-¿Está usted bien? - preguntó él ansiosamente, en tanto que se arrodillaba para cogerla de los hombros y la obligaba a levantar la cabeza de modo que cayera sobre ella la luz.

No había color en aquel rostro. El joven la miró sostenidamente a los ojos. El efecto del horror comenzaba a desvanecerse. Un éxtasis de liberación resplandeció en Pecos. Después de esta rápida inspección, el pecho del joven se dilató con apasionado consuelo. Pero no se atrevió a continuar mirando a las profundidades de aquellos ojos que tenía bajo los suyos.

Terrill abandonó la silla y se abrazó a él. Su cabeza se inclinó sobre el joven.

-¡Pecos, Pecos! -murmuró.

-Sí, soy Pecos. ¿Quién suponía usted...? Supongo que no creería usted que regresaría tan pronto... Tiene usted una herida en la sien.

-Me... golpeó aquel hombre.

-¡Ah! ¿Tiene alguna lesión más?

-Tengo un brazo retorcido...

-¿Luchó usted con él?

-Le disparé con mi pistola - replicó Terrill, que iba recobrando los ánimos por momento -. Quise matarlo... Pero él tiró la pistola a lo alto..., me agarró... No me desmayé por completo... Sentí cómo me ataba a la silla... Más tarde conseguí soltarme las manos... y cuando ese hombre estaba bebiendo... corté las cuerdas... y me libe*ré* las piernas... Cogí el cinturón de usted..., eché a correr..., pero me cogió... Entonces fue cuando me rompió la chaqueta... y la camisa... y descubrió... ¡Oh, Pecos!

Mauree interrumpió esta escena.

-Señó Pecos. esos diablos han convertido nuestra casa en un matadero... Rill, querido, dime que no etás herío.

-Estoy perfectamente, Mauree.

-Encárguese de Terrill - dijo Pecos mientras se levantaba.

-¡Oh, Pecos, no se vaya! - imploró Terrill agarrándose a sus rodillas.

Pecos no se atrevió a mirar aquel rostro tan dulce y tan ensombrecido por el dolor.

-No iré lejos, muchacho - dijo con rapidez -. Ese lío de ahí fuera... Y Sambo, que anda persiguiendo a los restos de la cuadrilla...

Obligó a Terrill a desprenderse de sus rodillas, y salió. Tuvo que hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo para aplacar el dulce estado de su ánimo, para enfrentarse con situaciones difíciles nuevamente, para fortalecerse contra la reacción de repugnancia que con toda seguridad habría de acometerle más tarde.

Pecos miró sosegadamente hacia el lado opuesto del desfiladero. El ganado y los caballos corrían asustados. Luego oyó los disparos de Sambo. Y pensó que estaba obligado a inspeccionar lo que sucedía. *Cinco* se aproximó *a* él relinchando, por lo que Pecos recordó que debía reconocerlo para ver si tenía alguna herida. El caballo presentaba una hinchazón en un flanco, muy sensible al tacto.

Es una suerte, viejo caballo mío, que aún te encuentres en condiciones de correr...

Cuando Pecos hubo llegado más allá de los árboles, desde donde le era posible ver el desfiladero, observó que Sambo avanzaba trabajosamente por la senda. Parecía ser que el negro había ahuyentado los caballos hasta que éstos se perdieron de vista. Pecos le esperó e hizo un esfuerzo con la mirada para ver cómo huían los dos caballistas de Sawtell.

Sambo llegó al cabo de poco tiempo respirando con dificultad.

-Patrón..., he... herío a uno... de ello.

-Está muy bien, Sambo. Ahora supongo que esos vaqueros no se decidirán a continuar merodeando por aquí. Por mi parte, he acribillado al que estaba esperándome en el camino alto.

Pecos, he estao muy preocupan con eso. ¿Cómo vio uté a ese serdo a quien Sawtell llamaba. Sam?

-Encontré huellas recientes de caballos antes de entrar en nuestro camino del fondo de la quebrada. Esos hombres habían estado en Nido de Águila. Cuando salieron de nuestra quebrada pude comprobarlo. Y cuando llegué al desfiladero, *Cinco* vio u olfateó algún caballo. Por esta causa salí del camino y me interné entre los matorrales. Y tuve suerte al hacerlo, porque uno de los tales hombres estaba escondido y disparó contra mí. Respondí a sus disparos con gran abundancia. Luego volví a cargar el rifle y vine hacia acá con toda la velocidad a que *Cinco* pudo correr.

-Too e tiempo he etao resando porque viniera uté. Y cuando pedí al Señó que viniera uté, Pecos, uté vino... -Ya oiré su historia dentro de poco, Sambo - contestó pensativamente Pecos -. Me parece que tendremos que instalar un cementerio en el rancho de Lambeth. Unas tumbas con lápidas, Sambo... Es una gran idea... Allá, en aquel terreno liso, cavaremos unos hoyos muy poco profundos, porque no es precise que sudemos más que lo preciso para hacer que la tierra cubra a esos hombres... Mientras conversaban de este modo, llegaron de nuevo a la casa.

-Regístrelos, Sambo. Quíteles los papeles, las pistolas, los relojes, el dinero, todo lo one valga la pena, y guárdelo en un saco. Es posible que cualquier día vengan aquí algunos parientes o amigos suyos. Y si no vinieran buscando camorra, les entregaríamos todo eso... Ha sido una lástima lo que le ha sucedido a Watson, el ganadero.

-Patrón, me paese que no ha sío un asidente - respondió Sambo.

-¿Qué?

-La muerte de ese Watson... Poque cuando toos ellos dejaron de dispará, cuando sentí mi hería de la espalda, Watson estaba vivo. Luego sonó otro tiro, y entonses vi que se

estremesía *el* ganadero...

-Sí, sí. Sawtell debió de pensar que Watson había visto y oído demasiado. Disparó contra él y se propondría decir que había sido un accidente.

-Sambomba! Ese Sawtell era un hombre malo, Pecos.

-Creo que era malo... aun entre los de su clase... Pero deje su historia, Sambo, hasta que hayamos terminado lo que hemos de hacer.

-¿Etá uté herido, patrón? - preguntó el negro.

-Asomé la cabeza sobre el borde del desfiladero, en el lugar en que el camino forma una Y, y uno de los vaqueros disparó contra mí. Este otro corte me lo he producido al correr por entre los matorrales espinosos. Pero nada de esto conseguirá quitarme el apetito... Sambo, necesitará un caballo de carga y también una lona vieja... Yo llevaré pico y pala y cavaré las tumbas.

-Sí, selló. Tome su rifle, patrón. No se lo deje aquí... Nunca se sabe lo que... ¡Quién sabe...!, como disen lo mejicanos.

-¡Ah! Y cuando haya usted recogido esos cuerpos, diga a Mauree que friegue hasta borrar las manchas de sangre.

Pecos creía que no necesitaría emplear el rifle, mas, sin embargo, lo llevó consigo. Y cargado con él y con las pesadas herramientas precisas para cavar las tumbas, se dirigió al lugar que había elegido para instalar el cementerio. Este lugar estaba situado donde resultaba imposible que Pecos fuese víctima de una asechanza o de una agresión que se realizase desde lo alto del borde del desfiladero.

Pecos se dedicó afanosamente a la labor, y una hora más tarde había cavado va tres tumbas. El trabajo le había obligado a sudar y a jadear. Además, había obrado, también, sobre la triste amargura de su imaginación y sobre la sensación de angustia que sufría en el estómago, reacciones que siempre le acometían después de los arrebatos de cólera. Y continuó trabajando hasta cumplir lo que se había propuesto. Ciertamente, habría dado la bienvenida a una ocupación que le absorbiese durante muchas horas. Después de que aquel estado de ánimo pasase, habría de soportar unas nuevas y duras pruebas.

Al cabo de cierto tiempo fue interrumpido por la presencia de Sambo, que conducía un caballo sobre cuyo lomo había un cadáver envuelto en un trozo de lona. -¿Quién es éste? - preguntó Pecos.

-Éste es Sawtell - contestó Sambo mientras dejaba caer el cuerpo al suelo de manera muy poco ceremoniosa -. Lo acertó uté, Pecos, *a* herí donde no podía salvase... Y, ¿qué creerá uté?... Tenía un sinturón de cuero too lleno de dinero.

-¿Sí? Eso me hace acordarme del mío... ¿Dónde está, Sambo?-Terrill lo tiene... Patrón, tenía uté que habé visto... -¡Váyase en seguida en busca de otro muerto! -le interrumpió Pecos. Todavía no había llegado al estado de ánimo necesario para escuchar -. Y ahora, Sawtell - continuó cuando el negro se hubo alejado-, te pudrirás aqui porque no tenías bondad en el corazón ni juicio en la cabeza.

Pecos había matado al hombre con una rapidez inconcebible, y esta rapidez se duplicó en el acto de su enterramiento. Luego, miró en torno suyo hasta que descubrió una piedra oblonga, uno de cuyos extremos introdujo en la tierra. Más adelante, grabaría un nombre en la piedra. Sambo realizó dos viajes más con sus horrendas cargas, v después de haber realizado el último, se quedó junto a Pecos para ayudarle a terminar el trabajo.

Era media tarde cuando Pecos cruzó fatigosamente la serpenteante senda en dirección a la casa. La conmoción espiritual se había desvanecido ya, con tanta rapidez como en otras ocasiones; la angustia subsistía aún débilmente. Pecos había tenido que soportar otra de las vicisitudes amargas de la bravía frontera tejana. Aquellas cosas tenían que suceder. Pecos se consideraba a mí mismo un colonizador, uno de los precursores de los pobladores de aquellas tierras. Sabía bien lo que habría que soportar y hacer antes de que el hombre pudiera hallar paz a lo largo y a lo ancho de aquella silvestre zona que el Pecos bañaba.

Aún había de sufrir otra dura prueba, una prueba mucho más difícil, de la que deseaba evadirse. No podía suponer cómo habría de hacer frente a su próximo encuentro con Terrill. No podía permitir que las exigencias de las circunstancias obrasen por él. Sólo una certidumbrel se destacaba con claridad en su imaginación atormentada, y esta certidumbre le sostenía donde, de otro modo, no habría podido hallar áncora salvadora. El prodigioso afecto que profesaba a Terrill Lambeth como muchacho, se había convertido en un tremendo amor por Terrill Lambeth como mujer. Pecos habría preferido que la inevitable revelación se hubiera retrasado indefinidamente, porque había encontrado felicidad en su secreto. El sexo de Terrill, que ya no sería un secreto, cambiaría mucho las cosas... aun cuando no tenía Pecos idea del modo como lo haría. Ciertamente, como hombre Terrill le había mirado, había confiado en él, se había cuidado de él en cierto modo; pero como mujer...

El primer desconocido que había arrancado a Terrill la verdad acerca de su sexo, había, al mismo tiempo, instigado a la muchacha a creer en la culpabilidad de Pecos. Era un golpe terrible. Picaba, desollaba, dolía. Era amargo. Raspaba la antigua herida. Acaso el razonamiento de Pecos fuese vano, ilógico, inútil; acaso el mismo no fuera en verdad más que un ladrón de ganados... Tenía que meditar sobre esta posibilidad, que hacerla frente para sí mismo y para Terrill. Y podía hacerlo al mismo tiempo para los dos.

El acercamiento a la casa fue más penoso para Pecos que si la casa hubiera contenido diez hombres de la calaña de Sawtell. Pecos realizó un terrible esfuerzo, pero no supo exactamente cuál era la finalidad de este esfuerzo. Pero tenía que seguir, tenía que volver de nuevo a la casa, tenía que trabajar, que comer y que dormir allí, que enfrentarse con Terrill un centenar de veces cada día. Y esta perspectiva le llenaba de un desasosiego inquietante.

Sambo y Mauree habían borrado todos los vestigios de la pelea. La vieja casa parecía tan soñolienta y solitaria como siempre. Sambo había retirado el viejo sillón rústico hecho de tronco de árbol que había estado en el pórtico.

Mientras Pecos se entretenía en el exterior, Sambo gritó desde la puerta.

-Patrón, ¿qué quiere que haga con todos esos objetos de los hombres?

Esto animé a Pecos a entrar. Uno de los extremos de la mesa estaba atestado de pistolas, cinturones con municiones, relojes, cuchillos, carteras y, finalmente, un ancho cinturón negro de los que se utilizan para guardar dinero.

-Sawtell y ese *sheriff* inútil paresían estar bien *forraos;* pero Watson no tenía dinero ni náa - dijo Sambo.

-Sambo, ¿cree usted que ese hombre era un *sheriff* legítimo? - preguntó Pecos mientras cogía el cinturón del dinero.

-¡Hum! É posible que lo haya sío antiguamente. Le el desí algo aserca de Kansas. Pero ya no era má *sheriff f* que yo. Los dos hombres se descubrieron uno a otro, patrón. Fue una cosa grasiosa.

-¡Ah! Bueno, ponga todo eso donde no lo veamos, con el fin de que podamos olvidar lo sucedido.

-Patrón, no quiero sé responsable por tóo ete dinero. -Muy bien; yo lo esconderé. Veamos... - Y Pecos miró por toda la habitación.

-Hay una piedra suelta en la chimenea - dijo Sambo; luego se arrodilló y sacó una de las piedras de la base...

-Es un buen sitio. Ahonde un poco el hueco hacia atrás, Sambo - contestó Pecos.

Entre los dos hombres terminaron muy pronto de retirar el cinturón y los demás objetos, que Pecos colocó sobre un estante triangular que había en un rincón. Una vez hecho esto, Pecos respiró con más facilidad. Mauree había comenzado a preparar la cena. En el fuego podían verse cazuelas y ollas de hierro y de lata.

-Mauree, ¿está caliente el agua? - preguntó una voz que parecía la de Terrill, mas que no era la misma de siempre.

-Sí, querida, etá muy caliente. Y el ungüento que ha pedío, etá ensima de la mesa. Date prisa y atienda ponto al señó Pecos, porque la sena eta casi termináa.

Había una silla detrás de Pecos, en la cual el joven se dejó caer fatigado. Inmediatamente oyó el ruido de unos pasos.

-Pecos, ¿me permitirá que le vende las heridas? - preguntó la voz suave y cambiada.

-*¿Heridas?...* ¡Ah, sí! ¡Claro que si... en el caso de que valga la pena que nos molestemos por ellas!

-Es que tiene usted un aspecto horroroso con esas vendas tan llenas de sangre... y lo mismo la camisa - protestó Terrill.

-Es de suponer que así sea. Lo había olvidado.

Terrill apareció, y dio vuelta a la mesa, sobre la cual depositó varios objetos. Pecos no levantó la mirada; y sin embargo, la vio. Era Terrill, y a pesar de serlo, no era Terrill. Las mismas botitas, los mismos raídos pantalones cuidadosamente introducidos por la parte: inferior entre la parte alta de las botas... Pero, en vez de la fea chaqueta floja o de la camisa, llevaba puesto -un algo blanco. Pecos lo vio sin mirar en realidad.

-Pecos, tiene usted otra camisa? - preguntó ella deteniéndose cerca de él y poniéndole una mano sobre el hombro.

-Sí, está arriba, en el desván. Me la pondré luego. Ésta está destrozada por completo. El día de hoy ha sido terrible para las camisas. - Y rió de una manera encantadora, profunda, armoniosa que produjo un cosquilleo a Pecos de pies a cabeza. ¿Qué era lo que había cambiado de tal manera a un *muchacho* a quien tan bien conocía?

Terrill le cortó la desgarrada manga de la camisa exactamente bajo el hombro.

-Este no puede ser un agujero de bala - dijo. -Me corté con un madero.

Terrill lavó la herida con diestras y ágiles manos, la untó de ungüento, y la ató con seguridad.

¯¡Esta otra herida de la cabeza...! ¡Casi me da miedo mirarla!

-Bueno, déjelo, Terrill, si ha de asustarse un poco... Sambo podrá cuidarla perfectamente.

-Yo la lavaré y vendaré. - Sumergió una toalla en agua caliente, humedeció el vendaje, que estaba seco y tieso, lo quitó, lavó la herida, de la que Pecos estaba seguro de que era solamente una rozadura poco profunda -. ¡Oh, Dios mío! -murmuró en voz muy baja, como *si* lo dijera para sí solamente -. ¡Una pulgada más abajo... y la vida habría terminado para mí!

-Pero, Terrill, es mi cabeza -protestó Pecos, que estaba un poco turbado.

Aquellas: palabras de ella habrían de dar origen a largas reflexiones.

Terrill pareció entretenerse demasiado en su labor. El toque de sus manos no fue tan seguro, tan firme como anteriormente. La joven parecía revolotear sobre él, de un lado para otro. Se producía un suave y ligero contacto, ante el cual reaccionaban de modo doloroso los, sensibles, nervios del joven. Jamás levantó la cabeza, y tenía los ojos semicerrados. Veía la blanca prenda como un borrón, puesto que la tenía demasiado cerca para que pudiera verla correctamente. Pero pudo apreciar que los redondos brazos de Terrill, desnudos hasta el codo, eran morenos, tostados hasta las muñecas, y desde allí tan blancos como la leche. Una vez, al inclinarse ella para arreglar el difícil vendaje en la parte posterior de la cabeza, pensó que solamente tendría que bajar un poco los brazos para rodear con ellos l cuello de Pecos. Pecos lo deseaba tan ardientemente, tan dolorosamente, que cuando despertó de esta ilusión le pareció que el pensamiento había sido una locura.

-¡Ya está! Si no da usted vueltas al dormir, el vendaje resistirá bien - dijo Terrill.

-¡Dormir!... ¡Jamás volveré a dormir aquí ni un solo momento! ... Gracias. Terrill, es usted una gran enfermera.

Pecos comenzó a pasear, sin fin ni objeto, sobre la hierba. Si hubiera continuado haciéndolo, habría paseado, también de un modo casi majestuoso, sobre las laderas del río. Mas se detuvo. El sol comenzaba a ocultarse rodeado de maravillosas tonalidades. El río resplandecía como una cinta serpenteante de púrpura con bordes plateados. El gran muro se erguía hacia la altura y recibía el último resplandor dorado del sol. Y el desfiladero reposaba bajo un dosel de rayos que se extendían oblicuamente y de velos descendentes.

¿Adónde habían ido a parar la amenaza, el peligro, la vida áspera y bravía que se ocultaba tras la belleza y la soledad del Pecos? Una visión descendió hasta él, una visión que no era diferente a los sueños de los primeros colonizadores, una visión de los tiempos en que las duras existencias de los vaqueros y de los ganaderos, la brutalidad de la región, la sangre mezclada de los ladrones y los vengadores, los ataques de los comanches..., todo se desharía, se desvanecería, se convertiría en una sensación de seguridad, de confianza en los vecinos que residiesen a lo largo de los caminos, en la tranquilidad de los hogares, en la prosperidad y el desarrollo de innumerables manadas de ganado. Esto es lo que prometía y anunciaba la gloria del crepúsculo. De otro modo, toda la lucha y toda la esperanza que condujeran hacia este fin, serían inútiles, baldías.

Pero la vasta extensión que rodeaba al Pecos sería por siempre gris, tan caliente como un horno durante el verano, fría en el invierno, cuando soplaba el *del norte,* una tierra estéril donde brotasen las cimas onduladas, un terreno bravío, cubierto de pastos para las reses, del cual jamás desaparecían los coyotes ni los busardos. Por esto encadenaba aquella región a Pecos. Si no hubieran existido hombres como Watson y mujeres como Terrill, a quienes el destino había enviado a aquellos lugares. Pecos habría renunciado a su sueño de colonizador y habría escrito su nombre de un modo más sanguinario en la historia de la frontera. Otros hombres mejores que él lo habían hecho. Texas había sido y era, un campo de batalla y estaba empapado en sangre desde un río hasta el otro. Los tejanos solamente habían nacido para luchar. ¡No podría sobrevivir ningún tejano que no luchase! Pero lo mejor de la masculinidad sobrevivía en el despierto anhelo de hogares. Aquella era de las pistolas, de los lazos, de las borraduras de marcas, de los proscritos de mirada dura terminaría algún día.

En aquel momento de alborozo Pecos comprendió que siempre había seguido el camino recto. Si en alguna ocasión se había extraviado, si su espíritu le había desviado en alguna circunstancia, siempre había vuelto para plantar los pies firmemente en él. Sus huellas antiguas tenían que ser amargamente reconocidas: sobre ellas habría de haber otras muchas huellas, huellas peores, antes de que los años las cubriesen de polvo; pero Pecos jamás volvería a dar un paso falso.

Una voz le llamó para cenar; y era la misma voz cambiada que ya había oído. Al volverse para encaminarse hacia la casa, vio un relámpago de blancura que se retiraba de la puerta. Terrill le había estado vigilando.

Pecos entró en la casa dispuesto a conducirse de la manera más natural. *Si* hubiera sido lo suficientemente juicioso y precavido para prever los acontecimientos no habria razón alguna para que se hiciera necesario olvidar el recuerdo de lo sucedido durante aquel trágico día. Sambo había arrojado unos leños de mezquite a la chimenea, como podía observarse por la luz brillante y rojiza, por la dulce fragancia que despedían. Terrill se hallaba sentada, como siempre, al otro extremo de la mesa. Pero era la única que ya no era diferente a como había sido.

Tenía el cabello peinado con raya al medio. El cabello se ondulaba *y* brillaba como se ondulan y brillan las ondas del río cuando la luz del crepúsculo cae sobre ellas. Su rostro estaba tan blanco como si jamás hubiera sido curtido por los rayos del sol. Sus ojos eran anchos, oscuros, luminosos; ventanas a que se asomaban miríadas de emociones. Y bajo ellos, unas sombras profundas y misteriosas acrecentaban su expresión de melancolía y de tristeza. Pero sus facciones solamente no podían ser causa de la transformación del joven en mujer. ¡Aquel corpiño blanco...! Era un corpiño pasado de moda - sobre todo, si se lo comparaba con los de Mary Heald - y sentaba muy mal a Terrill. Era un corpiño de niña, y en aquellos momentos servía para ataviar a una mujer en pleno florecimiento. Lo tenía un poco abierto en la parte superior, sin duda a causa de que no era posible cerrarlo por completo, y exponía ligeramente la graciosa redondez del cuello. En cuanto al resto, era el contorno del pecho lo que más conmovía a Pecos al mismo tiempo que lo apuñalaba con el recuerdo del involuntario sacrilegio que había cometido.

Su prolongada contemplación, o acaso algo que hubo en su expresión, hizo que la

Librodot

sangre se agolpase al rostro de Terrill. La muchacha estaba nerviosa, tímida, encogida; y, sin embargo, sus ojos se posaban sobre Pecos de modo atemorizado. ¿Qué podía temer ella de él? El lo sabía ya; y la joven no debía conocer su secreto. Y entonces recordó lo que Sawtell había dicho, y se produjo una laguna en sus sentimientos.

-No puedo comer dijo Terrill después de haberlo intentado -. No..., no... no me es posible tampoco permanecer tranquila... Pecos..., ¿está usted sorprendido... o enojado?

-No piense usted en esas cosas - contestó de un modo más bien áspero. Y el mismo estaba pensando en ellas. Mas ¿qué podría hacer él si ella estaba mirando de aquel modo, si parecía estar devorándolo extrañamente con la mirada?

-Pero..., Pecos..., si... si no hablamos... la situación será más difícil - replicó, Terrill con singular ternura.

Sambo, que estaba sentado junto al fuego, decidió auxiliarlos.

-Patrón, tengo mucha curiosidá por sabé cómo se hizo uté eso que tiene en la cabeza.

-Bien, voy a decírselo - contestó Pecos, que jamás había estado tan deseoso de hablar como en aquel momento.

-Sí, por favor, Pecos, díganoslo- añadió ansiosamente Terrill.

-Esperen hasta que haya tomado el café... - dijo Pecos. Se levantó, encendió un cigarrillo mejicano, uno de los pocos que fumaba desde que hizo el viaje a Camp Lancaster, y continuó - : Bajé al desfiladero en forma de Y a la hora del amanecer. Y descubrí que esa cuadrilla estaba acampada en el lugar que Watson nos había indicado. Mi propósito era atemorizarlos para que huyeran, en el caso de que no me fuera posible hacer nada más. Y encontré pronto el modo de conseguirlo. Corno recordarán ustedes, el desfiladero tiene una forma muy rara. Disparé siete veces seguidas contra los hombres, que estaban tomando el desayuno. Me hallaba a una gran distancia de ellos, pero acerté a herir a uno. El hombre lanzó unos gritos agudos, que parecieron los de un conejo. Los demás se atropellaron y amontonaron unos sobre otros al intentar escapar a mis tiros. Entonces, volví atrás salté sobre mi caballo, corrí como el viento a lo largo del borde del desfiladero. Al correr, me di el golpe contra una rama. Bueno, bajé del caballo con el otro rifle, y volví a acercarme al borde. Estaba, desde allí, un poco más cerca de los hombres que anteriormente. Comencé a disparar de nuevo, con toda la rapidez con que me era posible recargar el viejo rifle. Mi idea resulté acertada : los de la cuadrilla creyeron que estaban siendo atacados por unos hombres situados de diversos lugares del desfiladero. Tenían los caballos preparados para emprender la marcha, de modo que los montaron y se dirigieron con una velocidad de todos los diablos hacia la espesura cercana al río. Y mientras tanto, dispararon continuamente. Fue entonces, cuando yo corrí a lo largo del borde del desfiladero, cuando uno de ellos me hirió. En resumen: huyeron en dirección al río, y tengo la seguridad de que no volverán por aquí muy pronto.

-Sambo, ¿tiene tú tanto apetito como Rill y Pecos? - pregunté Mauree -. En ese caso, hemos malgastado la sena.

-No te aflija, mujé, no te aflija - contestó Sambo -. No sobrará náa de comía. Soy tan fell, que podría comerme un caballo.

Una fugitiva felicidad parecía aletear sobre Terrill. Por momentos irradiaba vitalidad ansiosa y juvenil, y por momentos caía en una confusa turbación, como si estuviera suspendida entre la esperanza y el temor. Pecos se dio cuenta plenamente de la atracción que la joven ejercía sobre él. En tanto que hacía su relato, la joven había permanecido con los ojos completamente abiertos, los labios separados, absorbiendo cada una de sus palabras, descubriendo con ello sus temores y *sus* estremecimientos.

Después, guiado por un ansia sorprendente y cruel, Pecos salió al pórtico y se sentó en la oscuridad. ¡Qué tranquilidad reinaba en el desfiladero! El río murmuraba dulcemente en la lejana sombra. Un coyote ladró en las alturas. Si la avaricia y la salacidad y la muerte habían rondado por aquel lugar durante el mismo día, ya no quedaban ni siquiera sus espectros en los alrededores. Pecos se preguntó si Terrill no le seguiría hasta donde se encontraba. ¿Qué indicaban las acciones de ella, qué significaban sus miradas valientes *y* anhelantes? La joven

comprendía, acaso, que había traicionado la buena fe de Pecos. Su conciencia la torturaba. O ¿sería algo diferente? Él podría fingir endurecerse el corazón, intentar mantenerse apartado de ella; pero todo eso sería falso, forzado. ¡Cuántas horas interminables habían transcurrido desde la mañana! La herida de la cabeza parecía palpitar. A veces, se escapaba de sus labios un suspiro, casi una boqueada que era un involuntario efecto del dolor que experimentaba en algunas partes del organismo. ¿Le sería posible escuchar la voz de la soledad, podría pensar en la oscuridad que descendía lentamente, podría reflexionar sobre aquella hermosa mujer que había brotado y había sido entregada a su custodia cuando él corría perseguido por la muerte en aquellas horas rojas del mismo día? Pero todo aquello había sucedido hacía horas, muchas horas. La vida parecía continuar transcurriendo, rodeándole para apoderarse de él, para sumergirlo.

El ruido de un paso ligero resoné en el pórtico. Terrill salió y se sentó junto a Pecos, muy cerca del lugar en que Sawtell había caído muerto aquel mismo día.

-Pecos - dijo en voz baja.

-Diga...

-Estoy nerviosa..., ha resucitado mi antiguo... temor a la oscuridad... ¿Quiere que me siente a su lado?

-Sí - respondió el; pero era mentira. La joven se sentó muy cerca de él y dirigió la mirada hacia la creciente penumbra. En el caso de que aún abrigase temores respecto al lugar, temores por lo que había sucedido, no se hicieron manifiestos. Su perfil, que se destacaba ante la negra elevación del terreno, parecía labrado en mármol, puro, frío, singularmente noble y tan triste como había sido la vida de la muchacha. Pecos no acertaba a convencerse de la realidad de los hechos. Sus cabalgadas de vagabundo, su mano implacable, su ayuda infalible a los débiles y a los desgraciados..., todo esto era lo que le había conducido allí, a aquel solitario desfiladero, al lado de una muchacha tan hermosa como un ángel... y tan buena como él.

-Terrill, váyase a la cama - dijo Pecos bruscamente. Terrill se estremeció.

-¿Es preciso? - preguntó ella; y la obstinación, a terquedad de Terrill, que era muchacho, desaparecieron. Había en sus palabras una entonación que indicaba que la palabra de Pecos era una ley que jamás debía ser desobedecida.

-Como usted quiera... Pero está usted tan pálida..,, tan cansada...

-Pecos, esta noche no me será posible dormir si no... si no estoy cerca de usted,

Pecos no acertó a contestar. Le resultaba tan difícil hablar con claridad como pensar con claridad. Tenía los nervios excitados. Su corazón parecía derretirse en una inmensa piedad. Y aquello representaba la liberación de su amor..., rendido al cual, encontrándose Terrill tan próxima a él, solamente significaba el anuncio del caos...

-¿Puedo quedarme? - preguntó ella.

-Sí.

Una línea brillante coronaba el borde superior del desfiladero. La luna se elevaba tras los dos jóvenes. Terrill se aproximó un poco más a Pecos. Una de sus manos se deslizó en cierta ocasión, lentamente, hasta llegar bajo el brazo de Pecos, y se retiró rápidamente. El joven sorprendió a Terrill cuando lo estaba mirando insistentemente al rostro.

-Pecos, interiormente, siento un calor como de fuego..., pero tóqueme las manos.

Y puso las manos, que parecían de hielo, sobre las de él. Una de ellas se detuvo en aquel lugar, pero como no respondiera ningún músculo ni nervio de él, la mano descendió lentamente.

-Creo que tiene usted fiebre - dijo Pecos -. Terrill, ha sido día terrible para... para... una persona joven.

-¡Horrible!... ¡Y pensar que... que si hubiera tenido una bala más en mi pistola..., le habría matado! ¡Bien sabe Dios que desearía haberla tenido!

-¡Es raro, Terrill! Y ¿por qué lo desearía usted? -Porque entonces no habría hablado.

-¡Ah!

Pecos supuso que Terrill se refería a que en aquel caso Sawtell no podría haber denunciado la verdad acerca de su sexo. Y le parecía natural. Terrill exageraba un poco su vergüenza por haber vivido hasta entonces una doble vida.

Terrill continuó sentada silenciosamente durante unos momentos. Pecos extrañó que su contacto fuese tan cálido, puesto que había comprobado que tenía heladas las manos.

Al otro lado del desfiladero, la línea que trazaba la luz de la luna había crecido hasta convertirse en una ancha cinta que se arrastraba hacia abajo y reducía imperceptiblemente la oscuridad inferior. Un búho ululó en la sombra y los insectos continuaron produciendo su tenue y doloroso zumbido. Sambo y Mauree salieron también de la casa, después de haber terminado su trabajo. Mauree se despidió de Terrill, y Sambo se detuvo un momento.

-Muchachos, tengo algo que decirles - habló el negro -. Ya saben que mi mujé tiene una segunda vista. Y dise que el bien va a salí de este terrible día que hemos pasao.

-¡Bendígala, Sambo! - exclamó Terrill.

-Y es seguro que así sucederá, Sambo- dijo lentamente Pecos -. Había sobre la tierra mucha maldad, que ahora está bajo ella.

-Es sieto, Pecos, es sieto... Y ahora. buena noches, señó Pecos... Y que Dió la bendiga y la conseve, señita Rill,

Sambo se alejó en dirección a su casucha, y la luz de la luna coronó su negra cabeza.

-¡Oh! ¡No me había llamado señita Rill desde que era una niña! - murmuró Terrill con voz en que se mezclaban la alegría y el dolor. Acaso vibró en sus heladas y contenidas emociones aquella cuerda del pasado, puesto que repentinamente se agarró al brazo de Pecos, se dejó caer sobre las rodillas, se aproximé a él y levantó el rostro. El corazón de Pecos saltó hacia lo alto, en el interior del pecho.

-Pecos, mi único amigo..., está usted enojado..., frío..., me hiela usted cuando necesito... cuando necesito tanto...

-Sí, creo que sí - replicó secamente Pecos. ¿Durante cuánto tiempo podría resistir sin agarrar a Terrill para oprimirla contra sí? ¿Qué haría ella? ¿Sería él solamente un vaquero ciego, tonto, engañado, que no aprendería jamás a conocer a las mujeres?

-Pero no puedo soportarlo - se quejó Terrill en tanto que se apretaba más contra él -. ¿Es a causa de que aquel bestia me desgarró las ropas y... vio que no soy un... hombre?

-Sí - contestó estúpidamente, como si repitiera una lección aprendida de memoria mucho tiempo antes.

-¡Pero no pude evitarlo! Pecos, no pude evitarlo, del mismo modo que no puedo evitar el ser mujer... Estaba luchando por usted, por salvar su dinero... Lo conseguí, y comencé a correr... Pero me agarró de la chaqueta y de la camisa... y las desgarró.

-Es posible que no tenga usted la culpa..., pero, de todos modos estuvo usted medio desnuda y él la vio... ¡Una mujer! ... No podrá usted negar lo que él entonces se propuso hacer de usted - declaró Pecos, aun cuando sabía bien cuán disparatado y absurdo era su razonamiento.

-No, querido Pecos - contestó ella gravemente -. Vi demasiado tarde que habría sido preferible dejarle que se apoderase del dinero. Pero no lo hice... Y usted llegó a tiempo de... de salvarme.

No había habido en toda la vida de Pecos un momento tan lleno de dulzura como aquél. ¿Qué era lo que ella imploraba? Pronto habría de descubrirlo. ¿Debería él negarle lo que solicitase, fuese lo que fuera, con el fin de poder prolongar las sospechas que abrigaba respecto al amor de Terrill? ¿Debería negarlo, solamente para detener la inevitable revelación de su afecto, que sería solamente el afecto que se experimenta por un hermano, por un protector? Y después: del encrespado remolino de sus esperanzas, ¿podría él soportarlo? Pero, por el momento, estaba obligado a aguijonearla para que continuase.

-¿Qué habría sucedido si yo no hubiera llegado a tiempo?

-En ese caso, cuando usted llegase, me habría encontrado... muerta.

-Estamos perdiendo el tiempo en hacer suposiciones... Vine a tiempo, y está usted

viva... Pero mejor habría querido verla muerta que viva y creyendo que soy un ladrón despreciable.

-¡Oh Pecos! -exclamó ella, dolida.

Aquél era el blanco. Pecos había disparado con acierto. Lo que a él le acongojaba, era lo mismo que le acongojaba a ella. Y, casi de un modo rudo, Pecos la empujó hacia atrás, la apartó de sí. Pero de nada le sirvió. La muchacha se inclinó y le cogió las manos.

-Terrill Lambeth, ¿creyó usted que soy un ladrón? - preguntó severamente Pecos en tanto que la agarraba con dureza.

-Sí..., sí. No puedo mentir acerca de algo tan terrible... *La creí.* Pero me dolió mucho. Aquel hombre parecía saberlo todo... Reconoció el dinero..., los mismos billetes que usted tenía... Juró que él mismo se los había dado a usted... Y... ¡Dios me perdone! ... Creí que sería cierto...

-¡Ah! - exclamó Pecos sobriamente.

¡Ay! Oiga... Ya lo he dicho... El haberlo creído me estaba matando... Pero, Pecos, querido Pecos... No ponga esa cara tan negra y tan horrible... Escuche, en el mismo momento que llegó usted, en el mismo instante en que lo vi, supe que el ladrón era Sawtell, no usted. Lo vi en los ojos de usted... Hable esta circunstancia en mi favor.

-Pero usted, ¿lo creyó? - preguntó roncamente Pecos.

-Lo creí. Pero no lo creo. ¿No puede usted ser... humano?

-Soy lo suficientemente humano para sentirme atrozmente agraviado.

-Pero ¿qué es un agravio?

-Usted me volvió la espalda.

-¡Pecos!

-Traicionó usted a su compañero.

-¡No es cierto!

-Me engañó.

-¡No..., no! ¡Lo niego! Si... si hubiera sido verdad..., aun cuando hubiera sido cierto..., de todos modos, habría continuado al lado de usted.

Pecos la miró aturdido. La luna había asomado hacía bastante tiempo sobre el borde de la montaña, y exactamente en aquel instante surgió de la esquina de la casa para inundar de plateada luz el rostro de la mujer. Había algo que sostenía a Terrill, a pesar de la monstruosa barrera que la separaba de Pecos y que el propio Pecos había levantado cruelmente. No había fondo en el trágico abismo de los ojos de Terrill, del mismo modo que no había límite en su lealtad. La mujer le pertenecía. Era como una hoja azotada por la tormenta. Pero su fortaleza residía en la rama, de la cual no se apartaría jamás. Y se apretó más contra Pecos.

-Usted me ha traicionado, Terrill Lambeth continuó Pecos roncamente, y la verdad de su dolor comenzaba a ceder para siempre, a perderse entre aquellas acusaciones -. En mi hora de necesidad, usted me abandonó.

-Sí, en cuanto a la fe; pero no con el corazón.

-Soy tejano. Y desprecio a los ladrones de vacas tanto como a los ladrones de caballos. He ayudado a ahorcar a ladrones de ambas clases. ¡Y usted creyó que yo era uno de ellos!

-Pero se lo he confesado a usted. Podría haber mentido... - gritó ella del todo desesperada.

-Nunca le importé a usted...

- ¡Oh Dios mío! ... ¡Oldie! ... Pecos Smith, le he querido desde la primera vez que le vi.

-Como a un hermano mayor, es posible.

-¡Como quiere una muchacha hambrienta de... de no sé qué! Como una muchacha que debe esconder su anhelo... y su sexo. Como una muchacha que se convierte en mujer. ¡Oh, jamás podría haber aprendido a quererle tan bien si no hubiera sido por mi secreto!

-Terrill, ha sido usted un hombre falso. Ha vivido durante tanto tiempo en la mentira, que ahora no puede conocer la verdad.

-Pecos..., te quiero... ahora - gritó ella angustiosamente, al tiempo que el

desfallecimento de su espíritu seguía al de su fortaleza física.

-¡Hermosa superchería!

Ella hizo un último esfuerzo por oprimirle entre sus brazos.

-Si... no... me quieres... solamente me queda... el río. -¡Mentirosa!

-Pecos, este hombre de pedernal no puedes ser tú, mi Pecos...

-Usted me engañó...

¡No..., no!

-Me abandonó...

-Entonces, ten piedad de mí.

-Creyó que soy un ladrón.

-¡Perdóname! Tengo el corazón... destrozado. Solamente te tengo a ti... en este mundo.

Pecos no pudo resistir ni un solo momento más. La acercó hacia su pecho, y le levantó los brazos para que le rodease el cuello con ellos.

-Bueno, esto es todo - dijo con una voz tan diferente a la anterior, que parecía la de un desconocido.

La muchacha se abandonó entre sus brazos, pero él vio que no se había desmayado, puesto que podía ver sus grandes ojos, abiertos, fijos en él. Pecos sintió el calor del pecho de Terrill sobre el suyo, y el rápido latir de su corazón.

-Pecos - susurró ella.

-*¿Eh?*

-¿Me perdonas?

-Declaro que todo ha sido solamente un castigo para tu falta de fe. ¡Pobre criatura!

-¡Oh, espera, Pecos! *Eso* me mataría. No me digas todo demasiado aprisa... ¿Verdad que no mee dijiste... de corazón... aquellas cosas tan horribles...?

-Por el momento, sí. Estaba como loco. Pero me he reservado una cosa más para final...

-¡Oh Pecos! ¿Cuál?

– ¡Terrill, querida!

-Entonces... ¿me... quieres?

Pecos depositó la respuesta en los fríos y dulces labios de Terrill. Entonces fue cuando obtuvo la recompensa, sin pedirla, inesperadamente, del mismo modo que había llegado el tesoro del amor de Terrill. Puesto que todo lo que había sido innato en Terrill Lambeth; la reprimida feminidad, las emociones que durante tanto tiempo le habían sido negadas; los anhelos de los solitarios años en aquella región bravía donde había permanecido tan retirada como una monja enclaustrada, y el ansia que solamente una vida de tal naturaleza podía incrementar, todo esto rompió sus ligaduras en un abandono tan puro como habían sido siempre sus pensamientos; y era, también, lo que buscaba ciegamente en los labios de Pecos y sus brazos, en una serie de abrazos y de besos que solamente se rompía un instante para ser renovada.

Finalmente, el hermoso rostro de Terrill se inclinó para sumergirse en el hueco del brazo de Pecos; y ya no era un rostro pálido ni trágicamente convulso.

Pecos, ¿cómo puedes quererme tanto, si solamente hace muy pocas horas que sabes que soy mujer?

-Sí, es cierto, parece un cariño demasiado grande para que pueda haberse desarrollado en tan poco tiempo - respondió Pecos con su habitual lentitud -. Pero lo cierto es, querida, que te he amado cada día más y más desde... desde que descubrí tu secreto.

La muchacha se agitó sobresaltada entre sus brazos.

-¡Pecos Smith! ... ¡Despreciable embustero! ... ¡Oh, cielos! ¿Desde... cuándo?

-Rill, querida... Desde el día que estuviste a punto de ahogarte.

-¡Aquel día..., aquel día...! - Terrill ocultó el rostro en el pecho de él, y le apretó fuertemente contra sí -. Pero..., bueno..., desde el momento en que me quieres...

XV

Por lo que a Pecos se refería, Rockport, o cualquier otra ciudad, podría ser muy buena para una visita; pero la ciudad ganadera de Gulf, en los días de mercado, no era un lugar conveniente para Terrill.

Pecos no había visto nada parecido. Parecía estar rodeada por tres de sus lados por ruidosas manadas de ganado, y por el Gulf en el otro lado. Había una «calle mayor» por la cual se podía pasear, cabalgar o conducir un carruaje a cualquier hora del día o de la noche; pero el hacerlo representaba una agotadora y penosa empresa.

El Hotel de Gulf, donde Pecos reservó unas habitaciones a un precio exorbitante, hervía y zumbaba como una colmena. Sus patrones parecían ser unos personajes iguales a los que componían la multitud que inundaba la calle: colonizadores, ganaderos, vaqueros, cazadores de búfalos, viajeros vulgares, desesperados y la horda abigarrada de parásitos que de ellos suele vivir. Era muy cálido y polvoriento aquel día del mes de diciembre. ¿Cómo serían el polvo y el calor en el mes de agosto?

La animación de la multitud, el movimiento y su significado, todo ello saturaba la sangre de Pecos, que siempre había sido un vaquero solitario y un aficionado al juego de las pistolas. Y, por razón de los azares de la existencia, se había convertido en una parte de lo que componía aquella multitud, en la que había esposas e hijas de colonizadores, todas las cuales se embarcaban en la gran aventura que Terrill vivía ya.

-¡Maldición, Terrill! - dijo Pecos a la joven -. Esto es magnífico. Y es terrible para nosotros el observarlo, porque sabemos qué es lo que espera a todos estos hombres y estas mujeres. Pero apreciamos que ellos hay algo grande y maravilloso, porque sabemos que habrán de conseguir lo que se proponen. No es posible engañarme cuando veo los ojos de las personas. Por eso es por lo que estoy vivo; porque puedo «ver» lo que piensan los hombres.

-Pecos, siento una especie de angustia... El corazón se me sube a la garganta... Me gustaría ir con ellos... ¡Oh, espero que todos esos jóvenes sepan luchar!

-He visto a muchos tejanos entre ellos.

-Pero ¿quiénes son esos hombres de rostro pálido y vestidos de negro, y esas mujeres de aspecto cadavérico, enfundadas' vestidos floreados?

-¡Que me muera ahora mismo si lo sé, querida! - contestó Pecos evasivamente -. Pero sé que no son gente buena. Te ruego, Terrill, que no te separes: de mí ni un solo minuto. Y si tuviera que dejarte sola en alguna ocasión, te quedarás aquí para que puedas encerrarte en tu habitación.

-Pecos Smith, no te separarás de mí ni por espacio de un solo segundo replicó ella -. ¿Crees que voy a permitir que un vaquero valiente, guapo y cargado de dinero vaya solo entre toda esa gente? ¡Te engañas!

-Eso no es tan halagador como parece a primera vista - dijo Pecos dubitativamente -. Pareces una niña; pero tienes la imaginación de una mujer.

-Pecos, confío por completo en ti - dijo ella con dulzura -. Y tú, ¿no confías en mí?

-¡Claro que sí, Dios mío! Si no te tuviera, seguramente andaría por ahí bebiendo, jugando, acaso luchando a tiros, y no sé qué más... Pero todo eso ha pasado ya, y soy tan feliz, que estoy loco...

-Y yo soy tan feliz, que estoy asustada...

-Me habría gustado mucho que el juez Roy Bean hubiera estado en su casa. Entonces, no tendría motivos para estar asustado yo también... ¡Ja, ja!

-Qué quieres decir, Pecos? - preguntó ella, en tanto que se ruborizaba profundamente -. Si hemos venido aquí ha sido para comprar ganado.

-¡Ah! No he querido decir nada... Bueno, en marcha. Hay aquí varias tiendas, y es posible que en alguna de ellas encuentres algunas ropas de mujer de esas que te estás muriendo de ganas de poseer.

Pero una peregrinación apresurada a través de la multitud para visitar una y otra tienda

demostró que en ellas no había vestidos de la clase que Terrill anhelaba. Había una abundancia muy notable de telas, algunas de muy buena calidad, pero no había vestidos hechos. Por esta causa, recurrieron a comprar trajes de muchacho. Después de una alegre correría, regresaron al hotel cargados con unas botas mejicanas altas, unas espuelas de plata, un sombrero de ante, pantalones de pana, camisas de varios colores y varios artículos más. Mientras Terrill se entusiasmaba como un muchacho con sus adquisiciones, Pecos le dijo que se cambiase de ropas en tanto que él bajaba al despacho del establecimiento.

Pecos se hallaba preocupado porque había descubierto que dos hombres le seguían. Esto no era una cosa excepcional en un lugar de la frontera generalmente atestado de gente. Pero aquéllos le parecieron a Pecos batidores tejanos. Y no quería dejar nada al azar cuando se trataba de hombres de tal cualidad. ¿Por qué le seguían? Pecos decidió que debía averiguarlo inmediatamente.

Y con este fin, se acercó al mostrador del hotel y preguntó si había en la población algún capitán de batidores.

-El capitán McKinney está aquí con algunos de sus batidores -contestó el empleado -. Están haciendo investigaciones sobre ese gran robo de ganados de Big Brewster.

-¿Dónde podré encontrarlo?

El vestíbulo estaba lleno de hombres. El empleado nudo ver entre ellos al capitán McKinney, e indicó a Pecos quién era. Era un hombre de mediana estatura, poseía la constitución física más abundante entre los tejanos, un rostro seductor y unos ojos vivos. Pecos se aproximó a él y esperó respetuosamente a que se produjera una interrupción en la conversación que el capitán sostenía con dos hombres, que tenían aspecto de rancheros.

-¿Que desea, señor? - le preguntó McKinney.

- ¿Es usted el capitán McKinney? - replicó Pecos.

Era costumbre característica de los tejanos, y particularmente de los batidores, ofrecer una respuesta cautelosa a una pregunta de tal naturaleza.

Finalmente, el capitán McKinney contestó:

-Sí.

-Bien, capitán; creo que una pareja de batidores a sus órdenes me ha seguido por toda la población. -¿Quién es usted?

-Pecos Smith.

Pecos comprendió en el acto que había dado un paso prudente al acercarse al capitán de batidores. Por otra parte, su nombre le era conocido y apreciado.

-Vamos, a mi habitación - dijo el capitán, repentinamente.

Pecos sabía observar las reacciones de los demás siempre que se reunía con otros hombres. En aquel momento, pensó que como quiera que fuera el resultado del paso que había dado, el encuentro ofrecía un buen aspecto para él, puesto que de otro modo un capitán de batidores no habría atravesado un pasillo delante de un hombre sospechoso.

Pecos fue introducido en una estancia bien iluminada.

Me alegro de que se haya dirigido a mí - dijo el capitán mientras invitaba por medio de un gesto a su visitante a que tomase asiento.

-¿Qué se proponen, capitán..., sus batidores al seguirme? - preguntó con calma Pecos, recostándose en el respaldo de la silla.

Los dos hombres se miraron fijamente. A Pecos Ie agradó aquel, capitán, y vio en él al típico batidor, siempre leal en sus luchas. Y vio, también, que era objeto de un escrutinio más severo que cualquier otro que hubiera soportado en toda su vida.

-¿Quiere hacer el favor de mostrarme su pistola? -Capitán, ésa es una cosa que no hago jamás; pero tratándose de usted...

Pecos le entregó la pistola, con la culata en dirección al capitán. McKinney la cogió con la expresión del hombre que sabe la importancia que las pistolas tienen para los tejanos, *y* examinó la culata.

-Siete muescas..., todas antiguas - observó.

-Sí, capitán, declaro que podría haber añadido otras tres más hace peco tiempo, pero tuve razones para no hacerlo.

El capitán le devolvió la pistola, también con la culata por delante.

-Smith, he oído hablar bien y mal de usted.

¯Confieso que he vivido una vida inquieta de vaquero. -Smith, ¿es usted pariente de Bradington Smith? Formó parte de las fuerzas de batidores antes de la guerra.

-Sí. Brad era tío mío.

-¡Qué sorpresa! Eso es muy interesante. Proviene usted de una antigua familia tejana... Smith, tengo una carta en que me hablan de usted - añadió McKinney en tanto que revolvía unos papeles -. ¡Aquí está! Es de un ganadero que está instalado cerca de la frontera de Nuevo Méjico. Sawtell. Breen Sawtell. ¿Lo conoce usted?

-Si, lo *conocía* - contestó Pecos fríamente. A p[e]sar de su ansiedad y de su inolvidable relación y de sus deberes para con Terrill, acertó a reaccionar sutil y fríamente en aquel momento.

-¿Quiere usted leer la carta?

-No. Yo mismo podría decirle a usted lo que contiene, capitán.

-Bien, hágalo. Ofrézcame una versión de lo sucedido desde su punto de vista. No tengo inconveniente en manifestarle que ha sido esta carta lo que ha motivado que haya sido usted seguido por mis batidores.

-Lo suponía. ¿Cómo me han conocido?

-Slinger le conoce a usted. Jeff Slinger. Me alegra poder añadir que jura que no cree ni una sola palabra de las que esta carta contiene.

-¡Jeff Slinger...! ¿Es batidor?

-Lo es desde hace diez años.

-Dios mío! jamás me lo dijo. Le ayudé a resolver una cuestión que tuvo con un ladrón mejicano de caballos hace varios años... Lo encontré por casualidad, y acampamos durante algunos días cerca de Río Grande.

-Es posible que eso pueda utilizarse en beneficio de usted. ¿Qué opina respecto a esa carta de Sawtell?

-Sawtell quería ocultar sus propias faltas, capitán - contestó Pecos; e hizo un breve relato de las relaciones de Sawtell con Williams y Adams *y* del modo como operaban.

-Eso encaja perfectamente con algunos informes queme proporcionó no hace mucho tiempo un conductor de ganados. Creo que deberemos visitar a ese Breen Sawtell.

-En ese caso, capitán, tendrá que desenterrarlo - replicó Pecos, en .tanto que reía con tristeza.

-¿Cómo es eso? - preguntó el batidor, aun cuando comprendía perfectamente.

-Sawtell está muerto.

-¿Quién lo mató?

-Capitán, me agradaría negar el haber tenido ese dudoso honor; pero no me es posible.

-Acaso sea conveniente que me refiera todo lo sucedido..., si le parece bien.

Pecos se vio obligado a hacer un largo relato, y no omitió en él nada de lo acontecido, aun cuando no habló detalladamente del rancho de Lambeth ni ofreció ningún informe respecto a grandes cantidades de dinero.

-¿Hubo testigos de esa visita de Sawtell?

-Sí. Antes de mi llegada y después.

¿Se refiere a los negros y al joven Lambeth? ¯Sí, señor.

Es una gran ventaja para usted, en el caso de que esta cuestión sea resucitada algún día..., lo que no es probable que suceda. Smith, el muchacho que mis batidores han visto con usted, ¿es el joven Lambeth?

-Es el joven Lambeth, sí. Si lo desea, puedo ir a buscarle, capitán.

-Sí. Será muy conveniente.

En su alegría y en su exaltación, Pecos corrió escaleras arriba para llamar con energía a la puerta de Terrill. -¿Quién es?

-Pecos. Date prisa.

Evidentemente, Terrill había estado sentada en el suelo. Cuando abrió la puerta, tenía una bota en la mano. Y se había puesto el resto de las nuevas ropas. Y si no era cierto que parecía verdaderamente encantadora... bien; en ese caso Pecos padecía de una enfermedad en la vista que embellecía las cosas.

-¿Qué tal estoy? -dijo ella, resplandeciente de alegría.

-No quiero decírtelo, chiquilla contestó Pecos -, para evitar que se te suban los elogios a la cabeza... Ven, déjame que te ayude a ponerte esa bota.

-Es nueva... y me está estrecha... ¡Ay...! Pecos, ¿estás seguro de que...?

-¡Ove! No te apoyes por completo en mí... Vas a estropearte el tocado... ¡Quítate la chaqueta...! Ya está... Ahora se ve que eres una muchacha, a pesar de los pantalones... Ahora que los miro, comprendo que cualquier hombre que tenga ojos podría ver...!

-¡No los gastaré! - replicó Terrill.

-Tendrás que ponértelos, querida, o no podremos ir a ninguna parte.

-En ese caso, no hagas insinuaciones *y* no me mires -dijo quejosamente Terrill -. ¿Adónde me llevas?

-Terrill, he tenido un poco de buena suerte. En este hotel está un capitán de batidores. He ido a verle. Me pareció que sería ventajoso hablarle del asunto de Sawtell... Bien, es un hombre simpático. Y me ha dicho que quiere ver al joven Lambeth.

- 1 Al joven Lambeth!

-Varios de sus batidores te han visto conmigo. Creyeron que eres un hombre. Y yo no te he descubierto. -¡Oh, va a resultar muy divertido! Ahora, Terrill, procura ser tan simpática y tan agradable como sabes ser... Lanza todas las fanfarronadas que te parezca conveniente... Comprendes? No me perjudicarás con ello.

Terrill pareció adivinar con rapidez que sucedía algo amenazador, y se dispuso a hacerle frente con entereza.

Después de haber llamado, Pecos fue invitado a entrar en la habitación. El batidor estaba sentado a su mesa.

-Capitán McKinney - dijo Pecos -: he aquí a mi joven acompañante, Lambeth.

Y al hacer la presentación, Pecos se gozó viendo la mirada de desconcierto del capitán.

-¿Cómo está usted, capitán McKinney? - dijo Terrill en el tono de deferencia apropiado.

El batidor se puso presurosamente en pie, como si no pudiera ver estando sentado. Y, ciertamente, empleó bien la mirada.

-¿*El* joven Lambeth...? ¡Ah...! ¡Ah...! ¿Cómo está usted...? Oiga, Smith, ¡Lambeth no es un muchacho!

-Capitán, no he dicho que Terrill Lambeth fuera un muchacho dijo perezosamente Pecos -. Es una mujer, nada más que una mujer: Terrill Lambeth[1].

-¡Oh...! ¡He cometido un error...! Bueno, me alegro mucho de conocerle, joven Lambeth - contestó, en tanto que se inclinaba galantemente ante Terrill. Sus ojos brillaron de alegría y de placer, que sustituyeron a la sorpresa -. ¿Va usted a tomar parte en algún *rodeo* hoy?

-Tengo mucho gusto en conocerle, capitán McKinney - contestó tímidamente Terrill -. No. Lo que sucede, es que he «sido» un muchacho durante mucho tiempo, y como no hemos podido hallar ropas de mujer que me agradasen, decidí continuar vestida de hombre.

McKinney estaba tan desconcertado como cautivado.

-¿Terrill Lambeth han dicho ustedes...? Recuerdo perfectamente el nombre: Lambeth... ¿Es usted pariente del coronel Templeton Lambeth?

-Soy su hija - contestó Terrill.

- ¡Oh! - exclamó el capitán, profundamente conmovido-. ¡Qué cosas suceden! ¡Su hija...! Templeton Lambeth y yo fuimos buenos amigos. Estuvimos juntos durante toda la

[1] El artículo, en inglés, no distingue entre masculino y femenino.

guerra. No he sabido de él después... ¿Dónde está?

-Ha muerto, capitán - contestó Terrill, en tanto que miraba a la lejanía a través de la ventana -. Fue asesinado... Habiendo muerto mi madre, después de la guerra, y estando arruinado papá, nos fuimos al oeste de Texas y nos instalamos cerca del río Pecos, al pie del cruce de Cabeza de Caballo. Yo tenía entonces cerca de quince años... Era un lugar muy solitario nuestro rancho... Pero un sitio maravilloso para la cría de ganado... hasta que llegaron los ladrones. Hace alrededor de dos años que mataron a papá. Y lo hicieron de un modo que pareciera que el crimen era obra de los comanches. Como es natural, no tengo pruebas concretas; pero creo que un tal Breen Sawtell y un compañero suyo, un tal don Felipe, fueron los que organizaron la maquinación... Intentaron «robarme», lo mismo que robaron mi ganado, y lo habrían conseguido si no hubiera sido por la presencia de Pecos...

-Me apena y me conmueve esa historia - declaró McKinney -. Y, sin embargo, me alegro de recibir noticias de Temple... ¡Qué historia, Dios mío! ¡Oh, así es la Texas de nuestros difíciles días!... Y ¿vivió usted sola en aquella región brava del Pecos? Es casi increíble en una mujer de su clase.

-Sola, con excepción de mis negros, Sambo y Mauree, hasta que llegó Pecos, en la pasada primavera. Y no olvide usted que nadie sabía que yo fuera una mujer.

Pecos la interrumpió diciendo perezosamente: -Capitán, la joven Lambeth va a ser muy pronto la señora James Pecos Smith.

-Lo había sospechado... ¡Qué cosa más romántica! Terrill, la felicito y le deseo muchas venturas. Pero... ¿es éste Pecos Smith...?

El capitán se detuvo gravemente turbado.

-Capitán McKinney, si no hubiera *sido* Pecos Smith, jamás podría haberme salvado - replicó Terrill levantando la cabeza orgullosamente. No había necesidad de hablar del amor o de la fe.

-Terrill, me alegro de que *sea* Pecos Smith. Y creo - continuó el capitán con profunda emoción - que mi antiguo amigo, el coronel, se alegraría también...

Luego, con la mano extendida, se volvió hacia Pecos.

-Va usted a casarse con una mujer de la mejor sangre de Texas..., con una de las mujeres más hermosas que he visto en toda mi vida... Juraría que es tan buena y tan cariñosa como bella... ¿Comprende usted lo grande que es su suerte?... Usted, un vaquero aventurero, amigo de manejar la pistola..., desciende, también, de una vieja familia tejana... ¡Qué suerte! ¡Y qué deberes le impone esa condición! Pecos, pongo mi confianza en Dios de que aprovechará usted la ocasión de toda su vida para regenerarse y...

-Capitán, yo mismo se lo pido a Dios constantemente respondió Pecos despacio y con emoción.

Más tarde Pecos compró pistolas, rifles, municiones, cuchillos, todo de los modelos más nuevos, las ropas que tanto necesitaba para sí, dos sillas nuevas y otros varios artículos.

Y se reunió con colonizadores, conductores de ganados, ganaderos, rancheros de quienes aprendió muchas

Los colonizadores, acaso, aprendieron de él tanto como Pecos de ellos. Pecos se encontró nuevamente con Slinger y renovaron la antigua amistad. El capitán McKinney se puso a su disposición, los ayudó en todo lo que pudo, y se mostró especialmente amable con Terrill. Cuando se ausentó, terminado que hubo sus trabajos aquella ciudad, dejó a Slinger y a otro batidor, un experimentado luchador contra los indios, llamado Johnson, para que acompañaran a Pecos en el largo camino que había de recorrer con el ganado.

Slinger conocía a un ganadero, llamado Hudson, que criaba sus reses en las inmediaciones del Río Frío, y al que podrían comprársele todas las cabezas que poseía. Era soltero, bastante entrado en años, y anhelaba obtener un poco de paz y libertad que no fuesen turbadas por los ladrones. Slinger encontró a este ganadero en Rockport durante la estancia de Pecos, y el resultado de todo ello fue una reunión que celebraron Pecos y Hudson: Hudson era

un hombre de ojos de halcón procedente de la región de Brazos, e inspiraba confianza desde el primer momento.

-Me quedan alrededor de dos mil cabezas..., las reses de cuernos largos más hermosas que he tenido en toda mi vida - dijo Hudson.

-¿Las vendería usted? - preguntó Pecos.

-Las habría vendido hace mucho tiempo, si hubiera sabido qué hacer con los muchachos... Tengo dos sobrinos que se han criado sobre un caballo, podríamos decir, y que tienen por especialidad el cuidar ganados.

-¡Ah! ¿Cuántos vaqueros tiene usted además de esos muchachos?

-Dos. Trabajan conmigo desde hace mucho tempo, y me dolería el verlos recorriendo los caminos en unión de los conductores... Dodge y Abilene no son cosas convenientes para los jóvenes.

-¿Cree usted que esos cuatro hombres me servirían para formar el equipo que necesito?

-¿Qué trabajo ha de ser el suyo?

-Necesito un equipo joven, duro para cabalgar, que sepa manejar bien una pistola y que pueda cuidar el ganado que me propongo criar al oeste del Pecos.

-¡Oeste del Pecos! ... Bien, Smith, creo sinceramente que no puede encontrar cuatro hombres más apropiados ni mejores que ésos en todo Texas.

-Si los llevara conmigo, ¿vendería usted el ganado? -Creo que sí. En Dodge me pagarían las reses a diez dólares por cabeza.

-Sí, pero Dodge no está cerca, *y* tendría que llevar allí las reses.

-Bueno, hablemos en términos más concretos... Se las pondría a ocho dólares, Smith.

El trato quedó cerrado. Slinger prometió buscar dos vaqueros más que fuesen de absoluta confianza. Estos dos vaqueros irían al rancho de Hudson para recoger las reses en compañía de los restantes y tenerlas dispuestas para cuando Pecos llegase. Pecos pagaría entonces el valor del ganado, y se pondría en camino.

-Naturalmente, eso quiere decir que habremos de ir por el cruce de Cabeza de Caballo - dijo como meditando Pecos.

-Es el mejor camino que puede usted seguir. Pecos: el del oeste no es tan bueno, porque hay muchos lugares desprovistos de pastos, y el agua escasea. Mi rancho está en la cabeza del Río Frío. Tendrá usted una buena carretera en perfectas condiciones hasta llegar al camino viejo español, que se desvía hacia el Oeste para tomar la dirección del Pecos. Con ocho hombres buenos, además de usted mismo, no tiene por qué preocuparse de los indios. Y no perderá ni un solo ternero.

-De acuerdo. Le quedo muy agradecido, Hudson.

Se necesitó mucho tiempo para decidir lo que debería comprarse, además de lo que ya había sido adquirido, con el fin de llevarlo al rancho de Lambeth. Pecos quería transportar el menaje de una casa confortable para Terrill; durante dos días enteros los dos jóvenes discutieron respecto a la conveniencia de comprar esto y aquello. Sin embargo, a pesar de su alegría y de su entusiasmo, cuando llegó el momento de hacer las adquisiciones, Terrill constituyó una gran ayuda para escoger acertadamente.

Pecos compró tres carros, uno nuevo *y* dos de segunda mano, y doce caballos, todo lo cual fue adquirido a precios ventajosos. Mas cuando estos tres grandes vehículos estuvieron cargados hasta los asientos, representaron un valor de varios centenares de dólares, sin contar los preciosos tesoros de Terrill. Con los armamentos de Pecos, con las provisiones de boca para un año, muebles, herramientas, lechos, tablones artículos de piel, botas, ropas, utensilios, lámparas, aceite y otros varios artículos igualmente necesarios que Pecos ni siquiera podía recordar, los carros quedaron cargados hasta el límite de su capacidad.

-¡Demonios! ¡Se me pone el pelo de punta cuando pienso que he de cruzar el río con toda esa carga! - exclamó Pecos en un tono en que se mezclaban la esperanza y la inquietud.

-Es posible que se le ponga todo el pelo de punta antes de que lleguemos allá - replicó secamente Johnson. Al fin salieron de Rockford en las primeras horas de una mañana. Slinger

y Johnson guiaban un carro cada uno y Pecos el tercero, con *Cinco* atado tras él. Terrill, nuevamente vestida con su antiguo *mono* azul y su chaqueta, cubierta por un destrozado sombrero que había recogido en cualquier parte, marchaba a caballo sobre su jaquito mesteño, junto a Pecos, convertida otra vez, para él, en un muchacho.

XVI

El rancho de Hudson estaba junto a las fuentes del Río Frío, y era una áspera y hermosa región que atrajo la atención de Pecos.

El mismo día en que llegó Pecos con sus tres carros, se vio que había búfalos en un valle maravillosamente abrigado donde se hallaban pastando las dos mil reses adquiridas por Pecos, pero según Hudson, en muchas ocasiones arribaban a las inmediaciones del Río Frío algunas manadas que probablemente habían sido separadas del grueso del hato por los cazadores. Aun antes de que hubiera llegado Pecos, ya se había preparado una cacería de búfalos en su honor.

La casa ranchera de Hudson descubría que en ella residía un hombre soltero acostumbrado a un género elemental de vida. Estaba situada en un paso, entre dos lomas redondas, donde el viento soplaba eternamente. Terrill declaró que este continuado viento la habría enloquecido.

-¡Cómo! ¡El viento! - exclamó el tejano, sorprendido -. ¡Si no hubiera viento, no podría pertenecer a Texas esta región!

¡Dios mío! ¿Qué es nuestro *del Norte* comparado con esto? - contestó Pecos -. Hudson, vivimos en un desfiladero donde el viento apenas sopla. No hay polvo. Y nunca hace mucho frío, ni siquiera en los días en que corre el *del Norte.*

Pecos formó desde el primer momento' el mejor juicio posible acerca del equipo de trabajadores que había obtenido a través de Hudson y Slinger. Los hermanos John y Abe Slaughter eran dos típicos tejanos, nacidos en las llanuras, de seis pies de estatura, robustos, parecían dos mellizos. Texas Jack tenía la cabeza en forma de bala, el rostro festivo, las piernas arqueadas, y parecía ser uno de esos hombres a quienes siempre se encuentra buenos para amigos. y nunca para enemigos. Lovelace Hall era un tejano de extremada estatura, cabellos rojos y ojos oscuros, un tipo excepcional en opinión de Pecos, y que decía que era como «un infierno cuando se trataba de caballos, vacas y otros *chismes* ordinarios». Estos dos hombres habían sido conductores de manadas, y los había encontrado Slinger. Los otros dos vaqueros de Hudson eran sorprendentemente distintos: uno de ellos era mejicano; y el otro, negro. Lano, el primero, era un jinete que parecía un lagarto, más oscuro de piel que un indio, marcado de pies a cabeza con los signos pertenecientes a un buen jinete. El negro respondía al nombre de Louisiana. En realidad. Hudson no le conocía ninguno otro. Era de mediana estatura, magníficamente musculado y tenía un rostro aura-dable y hermoso. Estos dos vaqueros completaban el sexteto, y Pecos, que raramente se engañaba cuando se trataba de apreciar el valor de los hombres, quedó complacido de ellos.

-Amigos - les dijo íntimamente -, antes de que acordemos las condiciones por que hemos de regirnos, tengo que deciros lo que sigue: según me ha dicho Hudson, ninguno de ustedes conoce el Texas del oeste del río Pecos. No sería justo que no les dijera que aquella zona representa un hueso muy duro de roer. El tiempo es terrible en todas las épocas, más duro en invierno, y terrible en verano. No hay en todo Texas una parte más solitaria. No es tan solitario ni siquiera el Llano Estacado. Gris, rocoso, escalonado en muchas pendientes que corren hacia el Pecos y se alejan ascendiendo desde la otra orilla. Un busardo de vez en cuando, o un coyote, y jamás un ciervo...Caballos salvajes en la parte baja, pero muy pocos en las cincuenta millas que componen mis dominios. Comanches, siempre; apaches y kiowas, en algunas ocasiones. Soldados, muy pocos y a mucho tiempo de distancia unos de otros. Ladrones, bastantes; y comienzan a llegar más. Tendremos que luchar. No hay ley de ninguna

clase excepto la de un viejo carcamal llamado el. Juez. Bean, que vive en Nido de Águila y no es otra cosa que un salteador de caminos.

Pecos descansó un momento para recobrar el ritmo de la respiración y para que sus oyentes pudieran asimilar lo que había dicho.

-Pero el oeste del Pecos es la región más hermosa de todas las regiones de la tierra para la cría de vacas. Tengo grandes aspiraciones. Conozco bien el juego. Tenemos hierba, agua, el ganado necesario para comenzar. Lo que necesito es un equipo de hombres dispuestos a luchar endemoniadamente, duro, alegre. Les quedaré muy agradecido si me acompañan a llevar allá esta manada que he adquirido; pero deseo que se queden conmigo. Hay mucho porvenir allí para los hombres que quieran conquistarlo. Si consigo ganar dinero, como es seguro que sucederá si me ayudan ustedes con su interés, les concederé una participación en mis ganancias, o los ayudaré a que ustedes mismos instalen un rancho propio. Y por el momento actual, les pagaré más de lo que cobraban aquí. Eso es todo. Piénsenlo en tanto que nos vamos haciendo amigos.

Más tarde Hudson dijo a Pecos que había oído a Lovelace Hall decir a sus compañeros: «No tenemos nada que perder, camaradas, y mucho que ganar. Las palabras de ese Pecos Smith han sido tan certeras como los disparos que Slinger dice que hace.»

Al día siguiente cazaron búfalos, unos búfalos tan mansos como mulas salvajes, que fueron los animales más bravíos que Pecos había cazado. Seis reses muertas, dos de ellas por el batidor Johnson, que conocía bien la caza. Los vaqueros derribaron tres, y la cuarta corrió a cargo de Pecos y Terrill.

Pecos se negó a aceptar el honor de haberlo matado, y Terrill hizo lo mismo.

-Si no vi a Terrill disparar y herir al búfalo, entonces es que la vista me engaña - dijo Hudson mientras guiñaba un ojo a Pecos-. Y vi también que el búfalo caía antes de que llegara lo suficientemente cerca de Smith para que este pudiera hacer un disparo contra él.

-Terrill, ya tienes piel para un abrigo - dijo Pecos.

-¿Qué me importan los abrigos de piel de búfalo, ni la carne? No son de utilidad para mí... Además, sabes que nos vamos en seguida a Santone.

-¡Maldición! - exclamó lentamente Pecos -. No había pensado que nos llevásemos pieles ni carne... No tenemos sitio en los carros. Hudson, ¿quiere usted venderme un carro y un par de caballos?

-No. Pero los consideraré incluidos en el trato que hemos hecho.

La mitad del día siguiente fue dedicada a desollar y cortar el animal. Y al siguiente, a la hora del amanecer, la caravana de Pecos, los caballista y el ganado se pusieron en marcha para iniciar el lento y largo recorrido que habían de hacer.

El avance fue muy descansado, para los carros, al menos. Pecos conducía uno de los troncos y Terrill iba sentada a su lado. Hablaron, hicieron proyectos, soñaron con el porvenir y se asombraron al contemplar la larga procesión de reses que marchaba delante, y que no eran tan bravas como solían serlo las de su raza. El lento paso hizo que Terrill se adormilase, y, finalmente, cuando Pecos de- tuvo los caballos al pie de una montaña para que descansasen, la joven se durmió por completo. Cuando despertó, lo primero que hizo fue asegurarse de que su preciado cofre estaba todavía en el carro, cuidadosamente escondido y protegido.

-Pecos, si encontrásemos comanches y se apoderaran de mi cofre... puedes despedirte de mí - aseguró.

-Si llegaran a hacer tanto como eso, puedes tener la seguridad de que sería porque todos estaríamos muertos.

-Vamos a ser atacados por los comanches. Me parece percibir anticipadamente, sentirlo en todos y cada uno de mis nervios.

-Terrill, querida: los comanches suelen reunirse en grupos de treinta o cuarenta. ¿Qué podría hacer un grupo de esa importancia contra un equipo como el que nosotros componemos y con lo bien provistos que vamos?

La jornada terminó a la hora de la puesta del sol. El lugar de acampamiento era ideal.

Librodot

Pecos, al mirar lejos, en dirección al Oeste, podía ver las imprecisas sombras de las montañas, más allá de los matorrales que cercaban el río. Los vaqueros tomaron la cena en turnos de a tres hombres y parecían hallarse contentos, lo que constituía un buen augurio para el cuidado de las reses. Al observarlo, y viendo que había hierba y agua en abundancia, y suficiente madera para encender un buen fuego; viendo que Terrill suspiraba. Pecos miró al cielo y pensó que el lucero vespertino comenzaba a brillar para él.

El día siguiente, en lo que se refiere a acción y movimiento, resultó igual al precedente. Y del mismo modo, comenzaron a transcurrir lentamente los días, en los, que solamente acontecieron pequeños inconvenientes que no originaron retrasos. El tiempo era agradable, un poco frío por la noche, fresco por la mañana y cálido a mediodía.

-Pecos, ¿no te has detenido nunca a pensar lo... lo extraña y natural que termina por hacerse una larga carrera de muchos días? - preguntó soñadoramente Terrill.

-¿Crees que no? ¡a! Terrill, esto es vida. Y teniéndote cerca, es... el cielo.

-No creo, Pecos Smith, que sea posible que me ponga a «tostar galletas» sin que inmediatamente te pongan sentimental - replicó ella.

-Será preciso que me enseñes las galletas que sabes tostar.

Pero Pecos había comprendido perfectamente lo que Terrill quería decir. Había un algo hermoso que brotaba a través de una larga jornada por el campo abierto y bravío. La impaciencia, los preparativos, las interminables conversaciones acerca de la posibilidad de accidentes, del tiempo, de la escasez de agua y de hierba, las preocupaciones por lo que podría suceder y no sucedía jamás, el gradual desvanecimiento de la influencia de las ciudades y de sus oyentes..., todo esto cesaba mágicamente y terminaba por ser olvidado. Las tormentas y las inundaciones, las desbandadas de reses, los indios, eran cosas que, ciertamente, podían interrumpir el curso pacífico de los días, y que lo hacían en ocasiones... Terrill dejó de mencionarlas. Hasta olvidó aquel cofre lleno de tesoros que despertaban en ella el recuerdo del antiguo hogar. Y Pecos soñaba sin cesar mientras miraba al horizonte.

Pecos habría preferido soñar sentado sobre su silla, puesto que el carro era duro e incómodo y él era un mal conductor. Sin embargo, ninguno de sus viajes anteriores por las regiones solitarias había sido comparable a aquél. El sol se levantaba cubierto de una roja coloración, brillaba a mediodía con palidez, se tornaba dorado a la caída de la tarde; y lo mismo al día siguiente. La manada de reses de largos cuernos parecía haber sido amaestrada especialmente para él. ¡Qué pocos contratiempos originó!. ¡Qué pocas reses se alejaron del hato! Todos los elogios serían pocos para sus caballistas.

Día a día el paisaje cambiaba de manera casi imperceptible. Una milla no era sino un átomo en aquella inmensa extensión de Texas occidental; y, sin embargo, para las miradas atentas y observadoras cada milla que se recorría hablaba con claridad de la gradual aproximación a otras regiones más baldías que se hallaban al norte del Llano Estacado y al oeste del río Pecos. No obstante, todavía podía hallarse agua, aun se encontraban pastos convenientes. El ganado del Pecos ganó en peso. De vez en cuando el esqueleto calcinado de alguna ternera, recuerdo espectral de otras manadas menos afortunadas, brillaba bajo la palidez del sol.

Llegó un día que se destacó en el largo viaje como un mojón en una carretera. La caravana se apartó del viejo fuerte McKavett para dirigirse hacia la carretera militar que se desarrollaba hacia el Oeste, hacia el cruce de Cabeza de Caballo, del Pecos. Este viraje constituía por sí mismo un cambio excitante. Terrill llegó radiante junto a Pecos y exclamó:

-¡Oh Pecos! ¡Conozco esta carretera! Recuerdo esas montañas. Pasé por aquí... Te enseñaré los lugares en que acampamos... Parece que fue hace tanto tiempo... ¡Oh, Pecos!

Caminaron durante todo el día cuesta abajo; el ganado avanzó más de prisa que habitualmente a causa de que la hierba escaseaba. Aquella noche, acamparon en un terreno seco, el primero del largo viaje. Al día siguiente encontraron agua; y al tercero llegaron a Dove Creek. Un terreno bajo y rodeado de matorrales, en cuyo fondo corría un arroyo, detuvo al ganado.

Terrill mostró a Pecos dónde había dormido en el carro. La muchacha recordaba un árbol a cuyo pie se había sentado al amanecer, triste y melancólica, soñando con su hogar y sin querer regresar a él, meditando dudosa sobre el porvenir, temerosa de la creciente escabrosidad de aquel terreno recubierto de grises rocas.

-¡Oh, lloré muchísimo! - dijo Terrill intentando revivir aquella hora pasada -. Fue un día en que todas las cosas habían resultado mal. El pobre papá..., j que tan raramente se desanimaba...! Pero aquel día se sintió vencido, y yo también... No me era posible *ver* ninguna esperanza para eI porvenir. Solamente veía soledad y dolor... Oh, Pecos, cuán engañada estaba! ¡Qué inocente era, qué niña! ¡Oh, si hubiera podido suponer que habría de encontrarte, de conocerte, de amarte, de ser querida por ti...! ¡Entonces no habría llorado aquel día hasta enfermar!

-Terrill, ¿qué supones que yo habría hecho en el pasado si hubiera soñado que habría de encontrarte, quererte y ser querido por ti? - preguntó Pecos con apasionado acento de lamentación -. Jamás soñé que te conocería, querida..., y, sin embargo, hubo un algo que impidió que caminara rectamente hacia el infierno.

Al día siguiente la caravana de Pecos llegó a la carretera militar.

El sol resplandecía en el cielo. El aire era fresco y el viento zumbaba entre los matorrales. Ni un solo ser viviente de la bravía zona cruzó ante la mirada de Pecos. Los coyotes habían cesado de seguir a la manada. Un algo indefinible e instintivo turbó la paz del viaje. Pecos se encontraba un poco inquieto. A pesar de las semanas y de las leguas que iban dejando atrás, el camino que habían de recorrer era todavía muy largo. Los caballos se rezagaron menos. El ganado continuó avanzando, a veces sin detenerse para pastar, y aquella noche, en Kinway Creek, después de la jornada mejor y más larga de todo el viaje, los vaqueros no cantaron mientras hicieron guardia ni bromearon en torno a la hoguera del campamento.

Johnson había encontrado huellas de pocos días de antigüedad de un caballo mesteño indio.

Pecos decidió que Louisiana guiase el carro y montar él a caballo a partir de la mañana siguiente. Antes, habló con Jeff y Johnson.

-No es extraño que encontremos huellas de indios - dijo Slinger-. Por lo menos, no es extraño que las hallemos aquí. La tierra comienza a elevarse en dirección al Llano Estacado.

Johnson no se mostró muy confiado. No era hombre amigo de hablar. Pecos decidió que había muchas probabilidades de que tuvieran algún encuentro con los indios. Los dos Slaughtes y Lovelace Hall prestaron la guardia nocturna. Texas Jack estaba dormido, envuelto en una manta y con la cabeza apoyada en la silla de montar. Lano *y*

Louisiana permanecieron junto al fuego, calentándose sucesivamente primero un lado y luego otro.

Pecos se alejó del campamento para ir a donde la manada dormía y descansaba. En general, las reses estaban tranquilas. Los terneros nacidos en el camino mugían tristemente. El viaje era muy duro para ellos. Los guardias se hallaban sentados sobre sus sillas o marchaban de un lado para otro con el fin de recoger alguna res descarriada. Todo parecía marchar bien. Lo único intranquilizador era la silenciosa noche, el frío violento, la creciente monotonía, el camino largo, largo...

Terrill estaba todavía despierta y llamó a Pecos al oírlo pasar. La tiendecita en que descansaba era apenas lo suficientemente amplia para contener su lecho y su equipo.

-Señora, una de las cosas malas que tiene usted, es que no puede dormir con las botas puestas -dijo Pecos, mientras se sentaba en el borde del lecho. Terrill buscó a tientas su mano y la encontró.

-Pecos, estás preocupado - murmuró ella.

-¡De ningún modo, querida! Solamente estoy un poco pensativo.

-Pues los hombres lo están. He oído a Johnson hablar con Slinger. Pero estamos en condiciones mucho mejores que el equipo de papá cuando acampó aquí mismo hace varios

años. Pecos, creo que el viaje de esta forma te impresiona demasiado.

-¡Ah! Quisiera que pudiéramos partir ahora mismo en lugar de tener que esperar a que descanse el ganado.

-Pero no podemos hacerlo. Todas nuestras esperanzas se centran en esa manada, Pecos. Siento lo mismo que siente Mauree cuando tiene «segunda vista», como lo llama Sambo. Estoy segura de que saldremos con bien de este paso.

-i Claro que sí, querida! No tengo inconveniente en reconocer que lo único que me preocupa eres tú. Si no fuera por ti, este viaje sería para mí como tortas, y pan pintado. Tú eres lo que me importa, Terrill. Eres mujer, y ningún hombre debiera obligarte a correr riesgos' en ese maldito cruce de Cabeza de Caballo.

Papá me hizo correr ese riesgo. Y todos los colonizadores se lo hacen correr a sus esposas y a sus hijas. No podemos ser menos que ellos. Además, Pecos, ¿no exageras al decir que soy solamente una mujer? Es cierto, pero sé montar a caballo y disparar. Y no tengo miedo de ninguna clase. No te obstaculizaré tu trabajo. Y me atrevo a afirmar que puedo mantenerme en el peligro: con más serenidad que tú.

Pecos se levantó y dijo con fervor:

- ¡Esa es la cuestión, Terrill! TU valor, tu espíritu, tu fe... Me das ciento y raya, me superas completamente. Y eso sucede porque tienes unos sentimientos diferentes a los míos y mejores que ellos. Y más valor. Eso es lo que me derrota... Estoy rogando a. Dios para que te salve de los peligros... ¡Buenas noches!

El Pozo del Hombre Muerto fue el lugar en que acamparon a continuación. Llegaron a él en las últimas horas de una tarde oscura y triste. No llegó a soplar el viento del Norte, cuya amenaza se cernía sobre la atmósfera. Aquella noche Pecos prestó guardia por espacio de varias horas, y fue relevado por Slinger. Los lobos aullaron en lo alto de las colinas, sobre las inquietas reses. Hubo cuatro vaqueros prestando servicio. Terrill se despertó cuando Pecos pasó silenciosamente por delante de su tienda, y le dio las buenas noches. Luego Pecos se acostó al pie de un árbol.

Un nuevo día los llevó hasta los manantiales de Wild China, y otra jornada más larga al cruce de Cabeza de Caballo.

Aquel segundo día debía tropezarse con el obstáculo. Nuevas huellas de caballos mesteños preocuparon a Pecos. Y a la mañana siguiente, Johnson le informó de que una veintena de kiowas o comanches había acampado en aquel mismo sitio dos o tres días antes.

-Encárguese de tomar las medidas de precaución necesarias, Johnson - dijo Pecos.

Lano estaba recogiendo las sillas de montar. A Texas Jack le correspondía ocuparse en los trabajos de cocina. Slinger se hallaba engrasando los ejes de los carros. Johnson se dirigió a un punto elevado del terreno con unos gemelos de campaña. El ganado pastaba en la parte baja del camino.

Un sol invernal brillaba intermitentemente a través de las lóbregas nubes e iluminaba el serpenteante camino que descendía hacia el Pecos. Sobre la mancha gris y borrosa del terreno se destacaban unas cimas moteadas oscuramente y marcadas con negros espacios y rayas blancas, todo imponente, amedrentador, como si contuviera en sí toda la amenaza del Pecos.

A la hora del desayuno Johnson expuso su primera sorpresa.

-Nos quedaremos hoy aquí, compañeros, descansaremos y daremos al ganado ocasión de continuar pastando. Y haremos el largo cruce de Cabeza de Caballo por la noche.

Era una juiciosa medida, sin duda; pero en ella se contenía cierta ansiedad que se apoderó de todos. Pecos tuvo que buscar un trabajo que sirviera para frenar su inquietud. No era conductor de ganados, y se maravillaba de aquellos duros tejanos que soportaban las esperas, las desbandadas, las privaciones y las luchas del Camino de Chisholm.

A la hora del crepúsculo la caravana se puso en marcha, precedida a larga distancia por el ganado. Terrill se acomodó sobre su caballito y se aproximó a Pecos. Lano se adelanté para hacer exploraciones en el camino que los viajeros habían de seguir. El sol se enrojeció antes de ocultarse, y el rugoso terreno estéril se tiñó de rojeces. Luego, el *sol* se desvaneció bajo un

cielo acerado y se hizo la oscuridad.

Las estrellas no salieron. Las altas cimas se destacaban confusamente ante la negrura del cielo. Las ruedas de los carros rodaban cuesta abajo, y en algunas ocasiones los frenos chirriaron de un modo alarmante. La manada avanzaba a razón de tres millas por hora, y no se le permitía detenerse para pastar. Los caballos iban silenciosos, como si tuvieran noticia de las desbandadas y de los asesinatos que habían ocurrido en aquel camino solitario.

Terrill permaneció sobre su caballo por espacio de diez negras horas sin quejarse, y cuando el alba gris comenzó a iluminar el cielo, la joven tuvo una sonrisa tranquilizadora para el anhelante Pecos.

Se dio la orden de que se detuvieran los carros.

-El cruce de Cabeza de Caballo, Terrill - dijo roncamente Pecos -. Si pudiéramos cruzarlo... no tendría nada más que pedir.

Era casi completamente de día cuando Johnson regresó solo. Pecos necesité solamente una mirada dirigida al batidor para adivinar el sentido de lo que iba a decirle.

-No podemos contener el ganado - dijo -. Ha olfateado el agua. Se escapará para beber, se esparcirá por la orilla, y es posible que haya una desbanda.

-Qué más? -preguntó Pecos.

-Hay que alejar los carros' camino, hasta llevarlos detrás de aquella ribera de matorrales. Llame a Terrill, Louisiana, Jack y Lovelace *y* vaya con ellos a lo alto de aquella colina. Lleve agua, comida y muchas municiones. Y escóndase entre las rocas hasta que regresemos los demás.

Unos cuantos minutos más tarde, cuando la gris penumbra comenzó a iluminar indistintamente los objetos, Pecos tenía ya a sus acompañantes instalados sobre la baja colina que se le había indicado.

La llana altura, con su borde de quebradas rocas y orlada de matorrales, era lo bastante grande para proporcionar protección a un grupo de seis personas. Pecos apreció de una ojeada las posibilidades que ofrecía aquella defensa natural. Unos cuantos disparos buenos y una reserva abundante de municiones servirían para contener a unas fuerzas mucho más numerosas sin correr riesgos innecesarios. En la parte posterior había un profundo! barranco. La tierra descendía en la zona occidental hacia la gris extensión del valle del Pecos. A la izquierda se desviaba el barranco cubierto de matorrales, y en *61* habían sido escondidos perfectamente los carros. Por lo menos, para encontrarlos sería necesario buscarlos, y teniendo presente que se encontraban exactamente al pie de la elevación, quienes intentaran descubrirlos habrían de pasar un mal rato.

-Terrill, túmbate detrás de, esa roca - le ordenó Pecos -. Y como te vea descuidarte, te daré un golpe en la cabeza.

-No te preocupes, Peces - respondió ella.

-¡Hum! Ya estoy preocupado. ¿No has comprendido que todo esto significa que vamos a tener que librar una batalla?... Jack, cuídese de vigilar por el lado del río.

-Sí, señor- contestó Texas Jack mientras se arrastraba al lugar que se le designaba.

-Lovelace, usted y Louisiana vigilen la carretera. Y ahora, preparémonos para nacer frente a lo que Johnson cree que va a suceder.

El día había brotado por completo; era una mañana de buena visibilidad, pero no se veían señales de que el sol

llegase a brillar. Era todavía demasiado temprano para que el sol hubiera podido resplandecer ya, pero lo normal habría sido que se viera en aquellos momentos un rojo resplandor en el horizonte. Mas el Este estaba negro.

A Pecos no le agradaba mirar al río. Si en alguna ocasión había experimentado cierta simpatía por aquel río secreto *y* olvidado de Dios, en aquel instante solamente sentía aborrecimiento por él. Sin embargo, se levantó un poco para mirar sobre la roca, plenamente conocedor de la protesta enérgica de Terrill. ¡Ah! El río, al que *tan* bien recordaba, se torcía en forma de cabeza de caballo. Brillaba oscuramente: bajo la fría luz del amanecer, ser-

penteaba entre la gris oscuridad, llegaba a la abierta hendidura del valle, y serpenteaba de nuevo para hundirse en los grises confines. Aquel río tenía un alma traicionera. Parecía saber que su vado era el único que ofrecía cierta seguridad entre las que había en una extensión de varios centenares de millas, que en sí mismo y en los diversos manantiales que absorbía se albergaba, el único remedio contra la sed angustiosa de los hombres y los animales, el único paliativo para ella en toda aquella solitaria e inescrutable región.

Era aquel alma, aquella sublime arrogancia de su fuerza, lo que se extendía, como un manto, sobre los interminables bancos de arena, sobre las grises orillas, sobre las manchas de verdor. Pues aquel alma era la que dominaba.

Más arriba del río se marcaban unas pálidas líneas, interrumpidas acá y acullá, paralelas a la carretera. Eran huesos blanqueados por el sol. Cabezas de ganado. Por espacio de trescientos años, casi desde que los españoles quitaron las estacas que rodeaban el Llano Estacado, seco y fatal, el ganado había muerto allí. Las reses caían cuando se hallaban a la vista del río, por alcanzar el cual se mataban. Era un lugar en que parecía acechar la muerte. Ni la choza de un indio, ni la tienda de un pastor, ni la cabaña de piedras de un vaquero, ni ninguna otra habitación se había elevado jamás en el cruce de Cabeza de Caballo. Los hombres tenían que atravesar el Pecos por allí, pero se apartaban de él como de una pestilencia. Tal como lo había sido, lo sería siempre: un sitio: utilizado, aunque odiado, una horrible necesidad. En los días más soleados, el lugar repelía; y en aquel triste alba, mucho más.

-Patrón - susurró Texas Jack.

Fue la entonación de la voz del vaquero lo que hizo que Pecos se encogiese y agachase: para rodar al lado del vigilante, que se hallaba a una distancia de seis pies. -Kiowas - susurró Jack.

A través de una grieta que había en la roca los dos hombres pudieron ver una pequeña quebrada que corría paralelamente al camino. Aquella especie de terraplén se hundía en la parte posterior y tenía una gran cantidad de matorrales al lado izquierdo. En realidad, aquel sitio no podía ser visto desde la carretera. Jack lo señaló con un dedo. No había duda de que era uno de los escondrijos que los indios utilizaban para tender emboscadas a los viajeros.

-Los indios están en la hondonada - continué Jack -. Van a esconder los caballos. Ahora se hallan detrás' los matorrales.

Pecos hizo una seña a Louisiana y Lovelace para que se arrastrasen hacia donde él estaba. Y tuvo que hacer un gesto muy enérgico y amenazador para impedir que Terrill los siguiese.

-¿Adónde diablos habrán ido Johnson y sus hombres? -preguntó Pecos con impaciencia.

-Puede tener la seguridad, patrón, de que están vigilando a esos injuns - contestó Texas Jack -. Johnson fue cazador de búfalos *y* luchador contra los indios antes de hacerse batidor. Ha combatido a los comanches aquí mismo, y conoce bien sus artimañas y sus triquiñuelas.

-El haber viajado: de noche nos ha sido muy útil, patrón - añadió Lovelace -. Los pieles rojas no, esperaban que llegásemos hasta esta noche. Y ya han visto y oído a nuestro ganado. Por eso andan husmeando para averiguar lo que sucede.

-Patrón, veo gentes de color otra vez - murmuró Texas Jack -. ¡Eh! ¡No levanten la cabeza!

Pecos había estado inspeccionando el extremo más bajo de la hondonada, que se hallaba al alcance de su rifle. Pera Texas Jack señaló hacia el otro extremo, el más alejado.

Repentinamente, la perspicaz mirada de Pecos sorprendió un movimiento que se produjo tras el recodo cubierto de matorrales de la hondonada.

-Los veo, patrón - dijo Lovelace con tanta tranquilidad como si hubiera visto un, ciervo al que anduvieran persiguiendo.

-¿Qué tiene que decir, Louisiana?

-Estoy esperando órdenes, patrón - contestó el vaquero negro.

La excitación y la impaciencia de Pecos aumentaron cuando observó que todos sus hombres habían visto a los indios rondadores antes que él. Y, sin embargo, sus situaciones respectivas detrás de las rocas no eran muy diferentes. Pecos había tenido la mirada fija en aquel recodo de los matorrales tras el cual habían desaparecido el movimiento y el color. Luego un grupo de indios brotó tan repentina y tan claramente de entre las matas, que Pecos tuvo que hacer un esfuerzo para ahogar un grito.

-Kiowas, sin duda de ningún género - dijo en voz baja Texas Jack -. Antes no estaba muy seguro, pero ahora lo estoy. Conozco a esos pajarracos. Me alegra que no sean comanches.

-No hay muchos en ese grupo - susurró Lovelace.

-Alrededor de una docena; pero, seguramente, hay más detrás del recodo - contestó Jack -. Me parece que va a haber *taps* para esos indios.

-*Taps*... ¿Qué es eso, Jack? -preguntó Pecos. -He servido durante tres años en el ejército, patrón. Sorpresas.

-¡Ah! Y ¿fue entonces cuando luchó usted contra los injuns?

-Sí, muchas veces. Pero he cabalgado para... *¡Mire!* -Sí, lo veo. Sin duda ha habido algo que los: ha asustado. Ya estaban bastante alerta anteriormente.

-Vienen otros más... Deben de ser unos veinte... Bueno, si Johnson ha dispuesto a sus hombres donde supongo que lo ha hecho, las cosas no van a estar muy claras para esos indios.

Pecos observó la oscura hilera de kiowas con entremezcladas emociones.

-¡Los veo, Pecos! - susurró con voz trémula Terrill.

-¡Ten cuidado, criatura del demonio! – respondió Pecos. Pero no podía comprender cómo podría tener más cuidado Terrill, puesto que estaba tumbada por complete y mirando a través de unas matas que había ante las piedras. Podría haber estado definitivamente atemorizada; pero no era así. Tenía su nuevo rifle, y no se mostraba reacia a utilizarlo.

Luego Pecos volvió a dirigir la mirada hacia los kiowas. Parecía advertirse que sabían que les amenazaba algún peligro. Sus primeros: movimientos indicaron que se proponían tender una emboscada a los conductores del ganado que se habían repartido por las orillas del río. Pero hubo una gran diferencia en lo sucesivo. En primer lugar, Pecos observó la llegada de un kiowa alto y delgado, evidentemente el jefe, puesto que cuando se deslizó al otro lado del recodo, los demás indios giraron y lo siguieron. ¡Qué violentos, elocuentes y significativos eran sus gestos! Los indios debían de estar cercados, por lo que se desprendía de los movimientos de las manos *y* los brazos del jefe. Esto significaba que *los* emboscadores se habían convertido en emboscados. Y, lo que era más importante, significaba que seguían creyendo que permanecían invisibles. Se mostraban principalmente recelosos de la curva retorcida que trazaba la barranca que estaba a sus pies; pero no prestaron atención al lugar que Pecos y sus acompañantes ocupaban. En primer lugar, porque debían de suponer que era un lugar demasiado distante para que pudiera constituir una amenaza, y, por otra parte, porque era del río de donde presentían que llegaría el peligro.

-¡Qué situación más pintoresca! ¿No es cierto? - preguntó Texas con regocijo -. Los piel-rojas van a tragar una buena dosis de su propia medicina. ¡Y me parece que ya era hora, diablos!

Si Johnson los obliga a salir de la hondonada, en esta dirección, es...

-Patrón- le interrumpió Louisiana -. Tengo la seguridad de haber visto una cosa que asomaba sobre aquel borde. Y me ha parecido que era uno de esos dos hermanos Slaughter.

-¿Dónde? - preguntó Pecos. ¿Qué le sucedía en los ojos que todos podían ver las cosas antes que él? Desde luego había estado distraído observando a Terrill, que se hallaba detrás de él. Su atención estaba dividida entre ella y el enemigo.

-Allá, un poco más allá de la hondonada, patrón - contestó Louisiana.

¡Tened cuidado, no vayáis a confundir a alguno de nuestros compañeros con un piel-roja! - advirtió Pecos. - ¡Diablos! ¡Es Abe Slaughter! ¡Está agitando el sombrero!

-Sí, es él. Lo hace para damos a conocer dónde se ha colocado. Bueno, Abe, tendrás que

Librodot

adivinar dónde estamos nosotros; porque no podemos ponernos en pie para indicártelo...

-Hay dos hombres allí, patrón: los dos hermanos Slaughter - dijo Lovelace.

-Eso nos deja a Slingger, Lano y Johnson en cualquier otro lugar que no' conocemos - musitó Pecos. Y volvió a mirar a Terrill. La joven le dirigió una mirada brillante -. Terrill, alguien dará la señal para que comience la fiesta muy pronto; pero nosotros tendremos que mantenernos impasibles, sin tomar parte en el baile durante los primeros momentos.

-Es una buena idea, patrón reconoció Texas Jack -, porque si esos endemoniados kiowas bajan a la hondonada o a la carretera debajo de' nosotros, van a pasar un rato infernal.

-No bajarán a la hondonada - declaró Lovelace -. Lo primero que harán será averiguar de dónde proceden los disparos; y entonces se moverán en la otra dirección.

-¡Vaya si Johnson ha planeado bien la acción! - exclamó Pecos agradecido.

-Esos kiowas, patrón, han renunciado ya a la idea de tendernos una emboscada - dijo alegremente Jack -. Hemos sido los bastante listos para no caer en ella.

Pecos compartía el entusiasmo que en los demás: había provocado la iniciativa de Johnson. Era fácil apreciar a través de la situación lo que se había propuesto.

Los kiowas habían recibido noticias de la llegada de la caravana de Pecos, o de alguna otra, y se habían adelantado hasta el cruce de Cabeza de Caballo, donde las condiciones naturales del terreno: hacían que fuese fácil tender una emboscada. Y sin duda alguna habían mantenido una cuidadosa vigilancia para conocer anticipadamente la llegada del ganado. Pero la idea de Johnson de viajar de noche alteró sus planes. Los salvajes debían de haber estado en un campamento instalado en otro lugar, acaso al otro lado del río, y se sorprendieron al ver que la vanguardia del ganado llegaba al amanecer. Por esta causa tuvieron que anticipar la emboscada, con el resultado de que se encontraron en una situación desconcertante e incierta, características que aumentaron cuando oyeron o vieron a los hombres blancos que se preparaban para cazar, en lugar de para ser cazados.

Evidentemente, los tres caminos de escape eran: la parte alta o la baja de la hondonada, que inspiraban una pro. funda desconfianza a los kiowas, y el alto terreno: plagado de matorrales que llevaba a la carretera, la cual los salvajes temían por igual, ya que podría repentinamente ponerlos en descubierto ante los enemigos: que estuvieran colocados detrás de la altura de la loma que descendía hacia el río.

La perspicaz mirada de Pecos sorprendió los movimientos furtivos de un vigía de los kiowas, que se hallaba al pie de la pradera inclinada que había al pie de la hondonada. Sin duda habría algún vigía más en algún otro lugar.

-¡Ah! -exclamó Texas: Jack.

Pecos vio una nubecilla de humo que brotó detrás de la loma. Un instante después sonó el disparo de un rifle.

-j Comienza el baile, muchachos! - dijo Pecos con severidad.

¯Escoged cada uno vuestra pareja - añadió Lovelace.

-¡No! ¡No hagáis fuego! *¡Bum!* ¡Escuchad!

Sonaron cinco o seis disparos de rifles a lo largo de la loma, e inmediatamente el infierno pareció desencadenarse en el fondo de la hondonada. Los horribles relinchos y los resoplidos de los caballos: mesteños heridos empavorecidos se unieron a la agitación y a los gritos de guerra de los: kiowas. Pecos: vio que algunos indios: vacilaban, se tambaleaban y caían entre la maleza antes de que una nube de polvo oscureciera el recodo de la hondonada en que los kiowas se habían concentrado.

¡Van a dispersarse y a huir, compañeros! -dijo disgustado Texas Jack-. ¡Y no tendremos: ocasión de' darles lo que les tenemos preparado

-¡Claro que se lo daremos! - replicó Louisiana -. Tienen que venir por aquí.

-Vamos a prepararnos para evitar que puedan hacerlo - sugirió Lovelace.

¡Oigan, jóvenes! - exclamó Pecos -. ¡Sigan las instrucciones del jefe!

El luchar contra los indios no había constituido una de sus actividades. ¡Qué equipo de luchadores había logrado reunir!

-Pecos, ven aquí -dijo Terrill, con tanta frialdad como cualquiera de los hombres -. Veo caballos que se hayan entre esos matorrales de ahí abajo.

Pecos no perdió tiempo para arrastrarse hasta el lugar en que se hallaba Terrill. Tras aquella descarga unánime, el fuego que brotaba de la altura se había hecho más intermitente. El polvo y el humo ocultaban el recodo. Los hombres de Johnson, disparaban con tanta rapidez como les era posible contra aquella confusa nube.

-¡Cuidado, Abe, no vayas a ganarte lo que no mereces! - dijo Texas Jack.

-¡Demonio de loco! - exclamó Lovelace -. ¿Por qué diablos se expone de esa manera?

-Ya no veo más flechas - añadió Lousiana.

Pecos había visto el vuelo de las flechas que parecían golondrinas: brotaban desde la hondonada. Pero en su excitación no se dio cuenta de que este medio de defensa se había interrumpido. Desde donde se hallaba, al lado de Terrill no le era posible ver toda la quebrada. La joven apuntaba fijamente con un dedo extendido hacia la espesa línea de matorrales que bordeaba la carretera. No fue solamente el dedo de Terrill lo que guié la atención de Pecos hacia aquel punto tan importante, sino, además, un estremecimiento de la espesura y luego, las cabezas oscuras, delgadas de los caballos mesteños.

-¡Aquí, muchachos, con rapidez! - gritó Pecos-. ¡Los indios van a emprender la fuga!

Los tres hombres se arrastraron con rapidez hacia él.

- ¡Miren! ¿Ven ustedes aquella roca amarilla que tiene una calavera de vaca en la cumbre...? Miren más allá de ella, a un centenar de pasos, probablemente, a este lado de la carretera, donde...

-¡Hurra! ¡Ya los tengo! - exclamó en voz baja Jack. -¡Y yo también...! ¡Diablos...! ¡Si estuvieran un poco más cerca...!

-¡Están lo bastante cerca para este negro...! - observó secamente Louisiana -. No me gustan nada esos demonios rojos.

-Terrill, has realizado un trabajo de vigilancia verdaderamente bueno - dijo Pecos con gran orgullo -. He estado pensando acerca de la sangre azul de tu abuela y de los delicados sentimientos que heredaste... Y al mismo tiempo eres una gran mujer..., una digna futura esposa de un colonizador de Texas.

-¡Ja, ja! No hay duda de que es una verdadera tejana, patrón! - declaró Jack.

-Creo que desde ahora en adelante deberemos llamarla Texas Terrill - dijo lentamente Lovelace.

De este modo quedó especificada y definida la situación de Terrill por unos hombres duros en un momento de peligro, en el lugar más bravío de todos los que existen en las inmediaciones del Pecos.

Los disparos cesaron. Sin duda, los hombres de Johnson estaban esperando a que la banda de indios brotase en algún sitio de entre la nube de polvo.

¡Vienen hacia aquí! - gritó Pecos con estridencia -. ¡Esperad! ¡Aún están lejos! ¡No disparéis hasta que hayan llegado a nuestro nivel!

Unos disparos aislados brotaron del otro lado de la hondonada.

-¡Compañeros, hay un desfile! - exclamó Texas Jack.

-¡Cambien de posición, muchachos! ¡Hacia la izquierda! ¡No disparen por encima de Terrill! - ordenó Pecos.

-...siete... nueve... once... - Terrill contaba los indios que desfilaban -. ¡Dios mío, Pecos! ¡Míralos...! Pobres diablos desnudos...

Los kiowas llegaron a la carretera con los caballos mesteños. j No eran unos jinetes multicolores, pintados, adornados de ,plumas...! Estaban de acuerdo con la aridez y la desnudez del lugar. El espíritu de la horrible región se había infiltrado en el suyo. Desfilaban en una larga línea, oscuros, volviendo hacia atrás los rostros, con los rifles y los arcos en alto, erguidas las delgadas figuras, con esa incomparable equitación de los indios de las llanuras.

- ¡Dios mío, no pueden correr! - exclamé Pecos-. -¡Bien muchachos! La función va a ser corta y divertida. -¡Preparados...! ¡Ahora!

Con el fuerte estampido de los rifles, las formas que marchaban erguidas sobre los caballos mesteños cayeron como si fueran bolos. Los kiowas, al oír el ruido y ver el fogonazo de los disparos, resbalaron al lado de sus caballos y continuaron corriendo magníficamente, con solamente un brazo y un pie visibles sobre los lomos de los veloces corceles. Unos pocos segundos más tarde habían pasado de la zona peligrosa. Los proyectiles levantaban unas, nubecitas de polvo detrás de ellos. Luego la hilera de kiowas se desvaneció, como por arte mágica, tras un saliente del terreno, y desapareció.

-El patrón acertó por completo - dijo Lovelace, que fue el primero en ponerse en pie -. La función ha silo corta *y* divertida.

-Nunca he tenido habilidad para disparar contra objetos que vuelen - declaró Texas Jack.

Pecos, que estaba arrodillado, se irguió y se secó el sudor del rostro.

-¡Ni siquiera hemos hecho un arañazo a ninguno! - exclamó.

-El haber conseguido herir desde aquí a uno de *esos* diablos de piel roja que estuviera quieto, habría sido una proeza. Pero... ¡esos demonios corrían como relámpagos engrasados!

-¡No he clavado ni una bala en nada esta vez!

Pecos miró a Terrill, que no se había movido. Estaba tumbada, con el rifle apoyado en el hombro, apuntando hacia la ladera.

-Levántate, Terrill. La función ha terminado. ¡No hemos conquistado ninguna cabellera! ¿Cuántas veces has disparado?

Terrill se sentó, en el suelo. Estaba tranquila, pálida; pero sus ojos brillaban.

-Pecos, ¿no podían correr?... ¡Oh, ha sido maravilloso! ... ¡Creo que... estuve demasiado fascinada para cite pudiera disparar!

-¡Bien!... Oiga, joven, ¿qué habría hecho usted *si* uno de esos diablos hubiera subido aquí y estuviera a punto de arrancarme el cuero cabelludo?... ¿Qué habría hecho en ese caso?

-Tienes un cabello muy bonito, Pecos, y no me habría gustado que te quedases calvo repentinamente... ¡Oh, cómo me duelen las, piernas!

-Johnson nos está llamando a gritos, compañeros. Y los hermanos Slaughter bajan ahora a la hondonada - dijo Texas Jack.

Pecos se estiró para ver la escena.

-Es cierto; y nos indica que nos apresuremos. Vamos a los carros, compañeros... Terrill, dame la mano. Vamos a correr en busca de nuestros caballos.

Al cabo de muy poco tiempo Terrill y Pecos, se hallaban nuevamente sentados sobre las sillas. Resultaba difícil manejar los caballos. Y los otros caballos de silla echaron a correr hacia la carretera tan pronto como fueron desatados. Pero lose restantes hombres comenzaban a aparecer también en ella.

Las dos fracciones en que se había partido el equipo de Pecos se unieron. Johnson, sudoroso y cubierto de polvo, dijo en tanto que apretaba la cincha de su silla:

-Todo ha resultado como había previsto. Debería de haber alrededor de veinte indios. No vamos a quedarnos por aquí ni un solo momento para curiosear. Ahora lleven ustedes los carros al otro la de del río. Aten detrás de ellos los tres caballos de silla, déjenlos en la otra orilla, y regresen para ayudarnos a pasar el ganado... Trabajemos de prisa en tanto que dure nuestra buena suerte. Nunca me he sentido tranquilo en este lado del río.

Los carros descendieron por la pendiente a una buena velocidad. Pecos vio que las reses se habían extendido río arriba y río abajo, pero no parecía que ninguna de ellas se hubiese alejado más de un cuarto de milla. Habían bebido hasta hartarse y se hallaban pastando. Al ver cómo llegaban los carros al agua, Johnson dijo que el río debía de estar un poco crecido, pero que creía que no les daría desazones. El vado era ancho, poco profundo; la tierra estaba recubierta de piedras menudas. Las ruedas de los carros apenas se hundieron hasta los cubos. Al cabo de poco tiempo los vehículos habían cruzado y se encontraban al otro lado, en lo alto

Librodot

de la ladera.

-¡Vamos, Texas Terrill! ¡Tenemos que cabalgar! - gritó Pecos alegremente, aun cuando la ansiedad todavía enturbiaba sus esperanzas. Ambos se unieron a los caballistas que estaban recogiendo las reses. La operación resultó mucho más fácil de lo que Pecos había previsto. Los conductores fueron llevando gradualmente el ganado hacia el vado y formaron un semicírculo detrás de ellas. Cuando las reses que iban en cabeza se hubieron introducido en el agua, la mayor dificultad quedó vencida. El río corría un poco más alto de lo normal y un poco más rápido, con el agua muy ligeramente enturbiada.

-Mira, Terrill, el agua tiene el mismo color que tenía el día en que fuimos sorprendidos por la crecida. ¿Lo recuerdas? - preguntó Pecos a gritos en tanto que avanzaban detrás de la manada.

-Me parece que no tengo motivos para recordarlo, Pecos Smith declaró Terrill con una mirada picaresca.

Pecos: tuvo la satisfacción de que toda su manada cruzase en menos de media hora.

-Oiga, Smith, ¿sabe que hemos recogido unas doscientas cabezas de ganado allá abajo? - le preguntó Johnson, acompañando las palabras de una franca y significativa sonrisa.

-¡No!

-Pues es cierto. Había un hato en la parte baja del río. Todas las reses llevaban la marca *XS.* Creo que ha debido de producirse una desbandada, y que es posible que el conductor no haya podido encontrar todo el ganado que llevaba... También hemos visto unos carros quemados no hace mucho tiempo.

La larga caravana se halló muy pronto en el lado oeste del río. Desde el punto más alto Pecos: miró hacia atrás. El escenario parecía igual al que se veía desde la otra orilla. El cruce de Cabeza de Caballo brillaba acerada y apagadamente bajo el sol invernal. No había huellas de vida por ninguna parte. Los esqueletos blancos de los novillos se destacaban, con claridad y fortalecían la impresión de muerte que producía el lugar. La muerte parecía meditar en aquella terrible soledad. La Naturaleza era inhospitalaria. Había permitido pasar a la caravana de Pecos; pero acaso la que llegase a continuación se uniese a la trágica suerte de muchas otras del pasado.

XVII

Durante todo el camino que desde el río Independencia, en la cabeza del camino de Gulch, conducía al rancho, Pecos fue distribuyendo sus reses. Cuando el último hato fue puesto en libertad, Pecos y sus vaqueros regresaron al río para seguir el camino junto a: los carros.

¡Ocho días de camino desde el cruce de: Cabeza de Caballo! Pecos tuvo que ir recordando los lugares en que habían acampado para poder contarlos. ¡Cómo había volado el tiempo! La larga carrera había concluido. Antes de la puesta del sol, los carros se encontraban en el borde que se elevaba sobre el rancho de Lambeth.

«Me da mucho que pensar... toda esta buena suerte», se dijo solemnemente Pecos. «Casi desde que encontré a ese chico, Terrill..., que era una mujer... ¡Dios la bendiga y me permita hacerla, feliz y velar por su seguridad! Hay muchas cosas que han concluido para mí... ¡y una de ellas es el cruce de: de Caballo!»

Pecos subió al punto más alto de una cumbre para mirar hacia el río. El paisaje le llenaba al mismo tiempo de temor y de emoción. Le pareció que había estado ausente durante mucho tiempo y que, de pronto, se veía sumido en el ambiente primitivo y bravío de la Naturaleza. Las mandíbulas, de huesos resecos, de la boca del desfiladero semejaban bostezar a sus pies, y se extendían en la lejanía para descubrir una zona del río gris. Había un blanco

rabión lo suficientemente cerca de él para que le fuera posible oír su sordo murmullo. En el lecho del río brotaban anchas bandas verdes de mezquites, cedros, hierbas acuáticas, y junto a: ellas nacían las laderas, manchadas por los grises matorrales que se elevaban gradualmente hasta las: accidentadas escarpas. Allá, arriba, la tierra, cubierta de hierba y de piedras, se extendía hasta más lejos de donde la vista alcanzaba.

Como siempre, Pecos intentó encontrar un camino para salir de la espesura. Era una costumbre instintiva. En ningún lugar de la ladera había sitio alguno donde hubiera podido decidirse a dejar a *Cinco.* Si no hallaba una salida, se vería obligado a caminar río arriba o río abajo hasta encontrarla. Miró nuevamente la interminable extensión ondulada, con su gris monotonía, sus infinitas manifestaciones físicas de soledad. ¡El oeste del Pecos parecía haber sido creado para él! Llenaba todas las: necesidades de su alma aventurera. Y allá abajo, delante de los carros, cabalgaba una mujercita que el había enseñado a respetarse,, a dominarse. La vida era tan grande, tan hermosa, que le estimulaba a sentirse pequeño y humilde.

El sol se hallaba todavía sobre la amplia extensión cuando los carros llegaron al borde situado sobre el rancho de Lambeth. Pero ya había comenzado a oscurecer en cl desfiladero.

Terrill se apeó del caballo para correr alocadamente hacia el borde, donde se detuvo como extasiada. Pecos la siguió. El joven esperaba tender la vista sobre el tranquilo valle que bien conocía y no apreciar ningún cambio en él. ¡De qué modo recorrió con la mirada el borde opuesto, la dorada cumbre, las hendiduras y las malezas purpúreas, las verdes praderas moteadas de caballos y vacas, el arroyo, que era como una rojiza línea de fuego crepuscular, y finalmente, la vieja casa de tejado gris, de la cual surgía una columna de humo azul que se elevaba retorciéndose...!

-Parece ser que todo ha marchado bien, Terrill: -a dijo Pecos con ternura.

Terrill le oprimió un brazo; pero permaneció muda. Uno a uno, los restantes miembros de la caravana de Pecos se alinearon junto a ellos. Y exactamente en aquel instante un resplandor de oro se reflejó en el muro de montaña situado al otro lado del río, que rechazó su maravillosa luz hacia el valle. Los velos! purpúreos parecieron intensificar la profundidad de las grietas y de las cavernas, y mostraron el follaje dorado a través de su mágica transparencia.

Aquel fugaz instante mantuvo a los espectadores extasiados. Luego la belleza y la magia comenzaron a desvanecerse. Y con esto, los prácticos tejanos volvieron a ocuparse en los trabajos habían de realizarse.

-Smith, jamás podría haberme convencido usted de que hubiera un lugar tan delicioso como éste en las proximidades del Pecos - dijo Johnson.

-¡Más que delicioso! Es una mina de oro - respondió Pecos.

-Es mucho mejor que las cercanías de Río Grande, patrón - añadió Texas Jack -. Nos quedaremos con usted hasta que los becerros de ahora sean viejos... y mucho más tiempo.

-Gracias, muchachos – replicó Pecos, a quien le resultaba difícil hablar en aquellos momentos -. Desenganchen los caballos y prepárense para pasar la noche aquí.

-¿Cómo diablos vamos a arreglárnoslas para bajar ahí con los carros? - preguntó Lovelace.

-No bajaremos con ellos. Intentaremos desmontar el más viejo de todos y bajarlo pieza a pieza. Los otros los dejaremos aquí. Creo que será conveniente construir un cobertizo para ellos... Corten un árbol largo y fuerte al que podamos atar una garrucha y una cuerda para bajar desde aquí las cosas... He comprado ambas: cosas con el fin de que podamos trasladar nuestros efectos con menos trabajo.

- ¡Mauree, Sambo! - gritaba Terrill en dirección al fondo del desfiladero.

Pecos se aproximé a ella, que se hallaba junto al borde. El eco devolvía las voces con toda su enérgica dulzura; las voces morían, luego, en la lejanía.

-, ¡Sambo! - gritó Pecos con todas sus fuerzas. «Sammmbooo», replicó el eco,

maravilloso y duro, que se estrellé contra el muro de montaña y rebotó en dirección al río.

-¡Maureeeee! - replicó Terrill.

-¡Allá están!exclamó Pecos con gran satisfacción.

-¡Oh, oh, oh! - gritó Terrill, completamente loca de alegría.

-¿Ya ha vuelto uté, patrón? - gritó Samba, con su voz profunda de bajo.

-¡Sí, Sambo, aquí estamos!

Señita Rill... ¿Etá uté buena? - preguntó Mauree.

-¡Todos buenos *y* sanos!

-¿Se ha casan uté con ese hombe, Pecos. -¡Noooo! ¡Todavía no, Mauree!

-¿Cómo marchan las cosas, Samba? - preguntó alegremente Pecos.

-Hemo tenía desgrasia, patrón... Hay teneras nuevas, y caballos, y niños...

Peces dejó escapar una carcajada, que no tuvo fuerza suficiente para ahogar la exclamación de sorpresa y alegría de Terrill.

-Qué dice usted, Sambo?.

Mauree había desaparecido detrás de la esquina de su casita, y cuando reapareció con un par de negritos pequeñines, uno en cada brazo, Sambo despertó, una vez más, a los dormidos ecos.

-¡Aquí están, patrón! ¡Do nuevo vaquero negos...

--j Hurra! - gritó Pecos para expresar toda su alegría y su felicidad.

Louisiana, como los restantes vaqueros, se había acercado al borde atraído por la curiosidad. Cuando los ecos de la estentórea voz de Pecos se hubieron desvanecido, el vaquero gritó hacia abajo:

-¡Eh, oye, negro!

-¡Eh, tú ere el negro! -replicó Sambo desafiadora-mente.

-Me parece que le conozco... ¿Se llama usted Sambo Jackson?

-¡Sí! Ése soy yo.

¯¡Ya le demostraré cuando baje lo mucho que me alegro de verle!

Terrill y Pecos estaban sentados entre la oscuridad, junto al borde de terreno que *se* asomaba sobre el valle. Lano cantaba una canción española de amor, los demás hombres bromeaban en torno a la hoguera y una vaca mugía en la negra pradera.

Terrill tenía la cabeza apoyada en el hombro de Pecos y, al fin, estaba llorando.

-¿Por qué lloras, querida? -preguntó Pecas con dulzura mientras acariciaba el cabello de la muchacha -. Ya estamos en casa...

-¡Oh, Pecos..., soy... soy tan... feliz...! j Si papá..., *si* papá hubiera podido... verlo...

El último resplandor del crepúsculo se desvaneció sobre el río. Unas sombras negras marcaron las espesuras de las laderas. La noche terminó de caer sobre el solitario valle. Un sordo murmullo de agua encrespada se elevaba hacia lo alto. El aire se enfrió. El viento agité la enramada. Y un cuarto de luna se asomé tras las alturas para mirar curiosamente hacia abajo. El Pecos continuaba corriendo, melancólico y austero, atento solamente a la misión propia de su naturaleza, sin detenerse a pensar en las vidas ni en los insignificantes amores de los hombres.

XVIII

P ecos se entregó al día siguiente a la tarea de bajar valle todo lo que había comprado, trabajo duro y absorbente que no le dejé tiempo para experimentar el ataque de sentimentalismo que podría haberle vencido al regresar a su rancho. Otro día más amaneció, y lo encontró sentado sobre la silla de *Cinco,* conduciendo a su alegre y osado equipo˙ hacia las espesuras del río. Y aquella misma noche, habiendo encontrado a Terrill reposada y tranquila,

se entregó en manos de su anhelo y se encaró con la complicada perspectiva de su porvenir. Pero no dijo nada a Terrill en aquel momento.

Terrill se acostó después de la cena, y Pecos paseó de un lado para otro, escuchando los sonidos bravíos de la noche, observando cómo el resplandor de la luna descendía por la cumbre, mirando hacia el negro abismo del río, rindiéndose lentamente a la emoción que estaba represada en su interior. Y se maravilló de que Dios hubiera sido tan bueno para O. Unas plegarias aprendidas de su madre, ya medio olvidadas, volvieron a su imaginación. Su felicidad y su conciencia, ganadas en aquellas horas blanqueadas por la luz de la luna, parecieron incrementar las fuerzas que latían en su imaginación. Tenía aún sobre los labios el dulce fuego de los besos de Terrill, y miró con éxtasis las vigilantes estrellas. Siempre había tenido ojos y oídos de lobo acosado. Se había criado y desarrollado al aire libre, y no tenía fe en la soledad soñadora. Si un espíritu tenaz, crudo e indómito le había espoleado a asirse con insistencia a la vida cuando solamente poseía el orgullo inquieto y ciego de un vaquero, ¿qué sería lo que le transportaría en aquellas circunstancias en que *se* hallaba, lo que le haría invulnerable para que pudiera defender la vida preciosa e inocente que dependía de la de él? Y experimenté una gran pasión que lo arrastró como el viento de la tormenta *y* desgarró el velo del misterio del amor. Se sintió como iluminado por el significado del amor, del hogar, de los hijos, de la vida y de la muerte... ¡Él, que había desafiado a la muerte tan implacablemente.

Pecos se encaré con su problema y encontró la solución bajo la luz gris del alba. Era tejano. Era uno de los átomos movientes del gran imperio que entreveía. Comprendió cuáles eran las posibilidades, conoció el coste del éxito en aquella frontera. Todos los obstáculos podrían ser vencidos solamente por medio de un corazón de león, una vigilancia constante y una mano de hierro.

¡Extrañas ideas para un vaquero! - se dijo en tanto que le parecía que una sensación de fuerza se apoderaba de él.

El día se abrió con belleza a la melodía de un sinsonte que cantaba en un mezquite. El río se arrastraba como una cinta de oro y fuego. Pecos llamó a los negros y a los caballistas para que comenzasen sus trabajos, en tanto que él iba en busca de los caballos. *Cinco* llegó tan pronto como oyó un silbido, pero el pequeño caballito mesteño solamente mostró obediencia a la cuerda. El caballito nunca se cansaba, necesitaba poca agua y poca hierba para vivir, y podía ir hasta lugares en que el mismo *Cinco* encontraba obstáculos.

Pecos llevó los caballos al cercado y se dirigió a la casa. Hasta él llegó el olor de los leños que ardían en la chimenea y el fragante aroma de la comida. ¿Era Terrill verdaderamente una mujer? ¿No habría sido arrebatada por los espíritus durante la noche? ¿Qué extrañas jugarretas le hacía su imaginación, a el, al mismo Pecos? Y continué caminando ansiosamente. Al fin y al cabo, su imaginación podría engañarle; pero sus ojos jamás.

¯¿Se ha levantado Terrill? -preguntó a Mauree.

-Acabo de llamarla. El desayuno etá en la mesa.

Sonó el ruido de unas pisadas, el chocar de unas duras botas con el suelo de madera. Pecos se volvió. j Todo marchaba bien en el mundo, en su mundo! Allí estaba la gloriosa encarnación de todo cuanto la noche había llevado hasta él: esperanzas, sueños, temores, proyectos...

¯Buenos, días, Pecos. - Aquella dulce voz era la magia encantadora que creaba el día.

-¡Dormilona! -fue todo lo que dijo Pecos.

-¡Oh! Me, parece haber dormido más mil horas esta noche.

-Eso está bien. Tienes, un aspecto muy diferente al de ayer. Comamos. Tenemos muchísimas cosas que hacer. Y puso ante la mesa una silla para ella.

-¿Hacer...? No puedo hacer más que correr detrás de ti... durante todo -el día.

-Con eso basta.

¿Dónde estaba la expresión de fatiga originada por el largo viaje? Los ojos perspicaces

de Peces solamente hallaron en el rostro amado un poco de palidez, un poco de hundimiento de las mejillas. La juventud había vuelto a él triunfalmente. La felicidad brillaba en el óvalo luminoso de piel y en los ojos resplandecientes. Terrill tenía hambre, alegría, curiosidad. Pero Pecos se negó a satisfacerla hasta que terminase la comida, cuando con expresión de seriedad la condujo al exterior de la casa, a través de la extensión herbosa, hasta llegar a su asiento favorito debajo de un árbol. Allí, rendido momentáneamente a sus encantos, la acercó a sí.

-Pecos..., podrían vernos... - dijo ella con voz débil.

-¿Vernos?... ¿Aquí?... - Y rió y la soltó.

-No es que me oponga - contestó ella, también riendo -. Pero... sabes que los comanches se acercan algunas veces a aquellas cimas... Si quieres abrazarme... vamos a la casa.

-Terrill, es necesario que cacemos y atemos nuestro problema - dijo Pecos con vehemencia.

-¿Problema? ¿No hemos arreglado ya nuestros problemas, Pecos?

-Si lo hicimos hace mucho tiempo... y me alegro mucho... - reconoció Pecos -. He estado levantado durante toda la noche. Y he pensado, Terrill, como jamás había pensado en toda mi vida... Ven, siéntate a mi lado, y hablaremos de todos los asuntos que tenemos pendientes.

-Pecos, querido..., estás... muy serio - dijo ella casi tartamudeando.

-¿No crees que tengo motivos suficientes para estar serio?... ¿Cuándo vas; a casarte conmigo?

Terrill se estremeció repentinamente, y un encendido rubor le cubrió el rostro, desde el cuello hasta la frente.

-Tan pronto como nos sea posible llegar a Nido de Águila: tres horas... si espoleamos a los caballos, Pecos Smith - dijo Terrill con decisión.

-Querida, esas palabras parecen una respuesta a lo que acaso creas que sea una fanfarronada mía. Pero he hablado con absoluta formalidad. ¿Quieres ser mi esposa?

-¡Sí, señor!... ¡Oh, Pecos! ... ¡Sí, sí, sí...!

-Muy bien; no mataremos a los caballos a fuerza de correr, pero iremos hoy.

-¡Hoy! - murmuró ella, despavorida.

-¡Claro! Ése es el primer paso para la solución de nuestro problema. Según lo que hemos oído..., ese... ese juez Roy Bean puede casarnos... Y, a propósito de esto, Terrill, qué edad tienes ahora?

-Adivínalo.

-Yo diría que tenías quince cuando te conocí... y todavía ahora.

-Te engañas, Pecos. Tengo diecinueve años.

-¡No!

-Sí. Pregúntaselo a Mauree. Si eso es lo que te preocupa, puedo decirte que ya soy mayor de edad, que soy dueña de mí misma.

-¡Tu dueño soy yo, criatura! ... De modo que eres ya una mujer hecha y derecha, ¿eh? ¡Demonios! Eso está bien. Me alegro mucho. Bueno, ése *es* el segundo tramo de nuestro problema. Hasta ahora vamos marchando muy bien. Pero lo que viene después es mucho más complicado.

-Bah!

-Es lo referente a ese maldito dinero. Nos queda todavía mucho. He pensado varias veces en quemarlo. Pero me parece una tontería. Ahora, Terrill Lambeth, te pido que utilices tu cabeza de mujer para pensar y decidir por mí... Te dije con sinceridad entonces y repito con sinceridad ahora que por mi parte me limité a marcar novillos que no estaban herrados. Todas las marcas que hice con Williams y Adams fueron perfectamente legales. Jamás supe, hasta después que mis compañeros murieron, que también habían borrado las marcas de otras reses que las tenían. Y luego todo el dinero vino, a parar a mis manos. ¿Qué podría hacer yo mejor para emplearlo que construir un rancho para nosotros? Todo el dinero procedía de Sawtell. Sawtell era más malvado que Williams y Adams, puesto que fue el mismo quien los convirtió

Librodot

en ladrones y los dejó que se marcharan, con el fin de perseguirlos después, ahorcarlos y quitarles lo que les había pagado.

-Pecos, debemos conservar lo que reste de ese dinero y olvidar por completo su procedencia - contestó Terrill con decisión -. Sé que eso es lo que habría hecho mi papá.

-Eres un gran consuelo para mí, querida - replicó Pecos roncamente -. Mi conciencia está limpia en lo que se refiere al aspecto moral. Y ya no hay más... De modo que el tercer obstáculo de nuestro problema no era tan complicado como parecía.

-Continúa. Habremos de construir una escalera que nos lleve hasta el mismo cielo.

-Terrill, tendremos que gastar algo de ese dinero. -¡Gástalo! - respondió Terrill.

-¡Claro es! Gastaremos todo lo que sea preciso, lo que te parezca conveniente - afirmó Pecos despacio, en tanto que atraía a la joven hacia sí.

-¿Dónde?

-En... San Antonio, si te parece bien.

Terrill lanzó una exclamación de alegría, aporreé a Pecos con sus pequeños puños, le besó en un transporte de regocijo, sin dejar de hablar alocadamente mientras lo hacía. Pecos no pudo grabarse en la memoria la interminable relación de cosas que habían de comprar *y* hacer; pero tuvo la inquietante visión de qué era a lo que Terrill estuvo acostumbrada en su primitivo hogar. Esto le proporcionó una impresión correcta de su vida de familia. Y comprobó con ello que aquella familia había sido noble y rica.

-Oye, querida, si todas esas cosas significan e importan tanto para ti, tendremos que conservar la mayor parte de ese dinero para que podamos ir a la ciudad de vez en cuando en tanto que nos hacemos ricos.

-¡Oh Pecos, me he dejado arrebatar por el entusiasmo! Quiero recobrar el buen sentido... No compraré todo lo que he dicho. Pero necesito ropas de mujer.

-Claro es; lo comprendo. Tendrás todos esos condenados tejidos, las sedas, los encajes, los cintajos, todos los frívolos adornos y los vestidos bonitos que quieras y una albarda llena de cepillos de dientes, peines, cajas de polvos y todas esas cosas que estás rabiando por poseer.

-¡Oh Pecos!... ¡Y pensar que voy a mi luna de miel vestida con pantalones de hombre!

-¡Claro! Y volverás con ellos también.

-¡.San Antonio!

-Escucha, querida, vamos a hablar en serio. ¿Es preciso que estemos aquí durante toda nuestra vida?

-¡Pecos! - exclamó ella volviendo al terreno sólido de las cosas prácticas.

-¿Te agrada este lugar?

¯Quiero mucho a mi río Pecos... y a mi vaquero Pecos. Escucha. Yo también quiero hablar con seriedad. He sufrido mucho aquí. Pero he llegado a amar la soledad... y todo lo que es propio de esta región del Pecos. He vivido siempre al aire libre. Jamás podría ser feliz en una ciudad. No quiero vivir junto a mucha gente. No podría pensar, ni ser yo misma... Por lo tanto, quiero decirte que este será nuestro hogar... para siempre.

-Terrill, tú eres quien ha de decirlo - contestó Pecos con emoción -. Y has dicho precisamente lo que yo esperaba que dijeras... Ahora, niña, vamos a contemplar la cuestión cara a cara. Como campo para cría de ganados, esta zona no tiene rival en toda Texas. No hay una gran cantidad de hierba, pero disponemos de mucho terreno. Tenemos agua para aquí y un manantial en el desfiladero de la Y. También disponemos del Lago Azul, un remanso de agua fresca en que pueden abrevar millares de reses. Si el ganado dispone de agua pura en abundancia, no necesita tanta hierba como en el caso contrario. Cuando el agua del río esté salobre, el ganado podrá beber de nuestra propia agua, siempre pura. Eso significa que podemos criar aquí más de cincuenta mil reses. Y esto significa que es cierto lo que tantas veces te dije bromeando cuando eras un hombre. ¡Nuestra fortuna está hecha!

-Te creo, Pecos... Pero ¿y los obstáculos?...

-Solamente hay un obstáculo, querida: los ladrones: -continuó pensativamente Pecos -.

Ya han comenzado a llegar, y vendrán en número creciente. Todavía por espacio de varios años el número de ladrones de ganados aumentará a medida que aumente el número de reses y el precio a que se coticen. Yo podría, acaso, criar mi ganadería propia, pero puesto que has consentido en ser mi esposa - ¡bendito sea tu valiente corazón!, -, no quiero exponerme a correr los mismos riesgos que en el pasado... Iremos a casarnos... ¡Demonios, cómo me gusta verte ruborizarte de ese modo!... Pasaremos la luna de miel, gastaremos lo que necesitemos... Tengo un equipo de vaqueros que no puede dudarse de que son de pura sangre tejana. Voy a convertirlos en el equipo más: infatigable para correr y luchar que jamás se haya montado a caballo. Recorreremos las espesuras del Pecos juntos y, ¡por todos los demonios!, haremos pasar malos ratos a los ladrones.

-¡Oh, Pecos! ¡Ése fue el sueño de toda la vida de papá! ¿No es extraño que el sueño se realice a través de mí?... Y seré tu mano derecha, tu vaquero...

-Terrill, tú vas a ser mi esposa - replicó Pecos con energía.

-¡Claro es! Pero también quiero correr a tu lado-dijo ella animadamente -. Y si no pudiera hacerlo..., en ese caso..., no quiero ser tu esposa. ¿Te enteras?

Podrías romperte la cabeza, esa cabeza tan testaruda que tienes, en alguna de tus correrías... Eres una criatura, querida Terrill. Acaso no sepas lo que significa el estar casada... Nosotros..., suceden cosas que, según debes saber..., suceden a las mujeres casadas...

-¡Qué... inconvenientes...! - contestó dubitativamente Terrill mientras miraba a Pecos con curiosidad.

-¡No puedes ser vaquero durante toda tu vida! - protestó él.

-¿Noooo?

-No. Querremos..., jamás puede tenerse seguridad... Y me entusiasma la idea de que... tú... pudieras... -¿Qué diablos quieres decir, Pecos Smith?

Pecos se confesó que no era muy hábil para hacerse entender por medio de insinuaciones e indirectas.

-Terrill..., seguramente querrás tener... un... Pequitos.. .

Terrill lanzó un grito medio ahogado, se retiró de él y comenzó a correr con la ligereza de un cervatillo. Cuando se hallaba a media distancia de la casa, se volvió, con el rostro enrojecido.

-Pecos Smith - dijo -, estaré dispuesta para todo dentro de media hora.

Pecos y Terrill se dirigieron al mediodía a Nido de Águila.

Apenas había abandonado Pecos el caballo, cuando se dio cuenta de lo mucho que el villorrio había cambiado desde su última estancia. Media docena de rostros tejanos se volvieron a él cuando se hallaba ante la tienda antigua y Pecos reconoció a uno de ellos cuando el hombre le dirigió una cordial sonrisa. El propietario de aquel rostro salió de la tienda. Era un tejano de edad aproximadamente como la de Pecos, tostado por el sol, de pelo de estopa y ojos azules. Un hombre de agradable aspecto, que gritó:

-¿O eres Pecos Smith. o estoy más loco que un cencerro I

Y Pecos rió al pensar lo que los hombres del equipo de Herald habrían opinado sobre aquella escena.

-¡Hola, Jerry Brice! Me alegro mucho de volver a ver esa condenada cara huesuda que tienes.

-¿Has estado escondido una temporada, granuja? - replicó Brice en tanto que oprimía con fuerza la mano de Pecos -. Sin embargo, he oído hablar de ti. ¿Adónde vas? ¿Qué haces? ¿Quién es ese chico de los ojos grandes que va contigo.

-¿Chico? ¡Ca! No es un chico, Jerry. Es mi novia, Terrill Lambeth... Vamos a casarnos, y, ¡por todos los diablos!, quiero que vengas a presenciar mi boda... Terrill, baja del caballo y ven a conocer a un verdadero amigo tejano, un hombre al que no me atrevería a presentarte si no fuera hoy el día de nuestra boda.

Terrill se aproximó, se deslizó del caballo abajo, púsose al lado de Pecos, le pasó un brazo bajo el de él y notó que temblaba.

-Pecos, ¡eres un diablo muy afortunado! - exclamó Brice.
-Terrill, este joven es Jerry Brice, antiguo amigo mío... Y, Jerry, ésta es la novia que siempre he dicho que tenía que encontrar algún día : Terrill Lambeth.

-Señorita Lambeth, esto es mucho más que un placer para mí - dijo Brice descubriéndose y haciendo ante ella una reverencia -. Me alegro mucho de haberla conocido. Muchas gracias... Tengo mucho gusto en conocerlo - contestó Terrill, ruborizada *y* tímida.

Brice confió los caballos al cuidado de alguien a quien cono la, arrastró a los dos jóvenes a un restaurante, donde dividió su alegría y su satisfacción entre cortesías a Terrill y exclamaciones de sorpresa dirigidas a Pecos.

Cenaron juntos, y durante la comida Brice habló a Pecos de una aventura ranchera, según él mismo lo llamó, que había emprendido en compañía de un hermano suyo en Nuevo Méjico, y que constituia un negocio lento, aunque seguro. Después, le dio una gran cantidad de noticias. Pecos expresósorpresa de que la dormida ciudad de

Nido de Águila hubiera cobrado una vida intensa. Brice rió y contestó que esperase un peco de tiempo, al cabo del cual vería muchas cosas que le sorprenderían también. Los novillos de Texas comenzaban a inundar el Norte. Dodge City y Abilene se habían convertido en dos ciudades rugientes de agitación. Rockport, el término meridional del Camino de Chisholm, los extremos del cual estaban constituidos por las dos ciudades citadas, estaba lleno de ganaderos, conductores de manadas, rancheros, colonizadores que viajaban, jugadores, *desesperados,* lo cual no era nuevo para Pecos. Los precios del ganado aumentaban constantemente. Pecos hizo innumerables preguntas, y finalmente abordó el tema más interesante para él y para Terrill.
-¿Qué sabes acerca de ese juez, Roy Bean?

-Es un tío chiflado muy gracioso. Dice que la ley está en sus manos... Es juez de paz, magistrado, juez, tabernero... Como ves, sirve para todo y todo lo hace él solo.
-¿Puede casarnos?
-¡Claro que puede! Muy bien y muy de prisa, además; de modo que la señorita Lambeth no podrá dejarte plantado.

- ¡Muy bien! - contestó Pecos con satisfacción -. Pero, de todos modos, Jerry, y con el fin de estar *más seguros,* nos casaremos de nuevo cuando lleguemos a San Antonio.

Bromearon un poco acerca de esta cuestión, lo que obligó a Terrill a ruborizarse y hacer grandes esfuerzos por ocultarlo.

-Ven con nosotros. Vamos a ver al juez y a solucionar esta cuestión - dijo Pecos; y fueron juntos los tres.

Pecos no tuvo necesidad de ver todas las casas para adquirir la certeza de que Nido de Águila había, efectivamente, progresado. Aun cuando eran las horas más cálidas del día, las calles estaban llenas de vehículos, caballos de carga atados, caballistas, conductores de ganados, ganaderos y ociosos mejicanos. Habría unos diez mejicanos por cada hombre blanco, de modo que en total debería de haber en Nido de Águila una población diaria de mas de doscientas personas. Pecos vio un par de rostros que le eran familiares, los propietarios de los cuales se apresuraron a escabullirse y a desaparecer de su vista. Y pensó que habría sido natural que tropezase can algún molesto incidente que se preparase con el fin de crearle complicaciones el mismo día de su boda.

Terrill no se quedó atrás, aun cuando los dos hombres caminaban muy aprisa. Su rostro resplandecía y sus ojos chispeaban. Cuando no tomaba parte directa en la conversación comenzaba a divertirse. No llamó mucho la atención, aun cuando no dejó de marchar agarrada fuertemente al brazo de Pecos.

-Oye, Jerry, ¿te acuerdas de don Felipe? - dijo Pecos repentinamente -. ¿Has oído algo acerca de él?

-Sí. Se marchó de Rockport. La suerte le abandonó, Pecos. Creo que está en mala situación.

-¡Así sea! No es una mala noticia- respondió Pecos, meditabundo.

Librodot

-Me encontré no hace mucho tiempo con un conductor de ganados llamado Lindsay, que tiene un rancho en las proximidades del San Saba. Y me dijo que Felipe tenía una cuadrilla medio blanca y medio mejicana que trabajaba en las espesuras del este del Pecos. Lindsay me dijo, también, que Felipe había tenido una pelotera con los rancheros de Braseda el verano pasado.

-¡Ah! ¡Maldición! ¡No es extraño que sucedan esas cosas!

Pero su indignado recuerdo se borró al llegar a la casa del juez Roy Bean. Evidentemente, sucedía algún acontecimiento, puesto que había a la puerta un gran número de mejicanos, algunos de ellos a pie y otros montados en burros.

-Esta es la parte posterior de la casa - dijo Brice-. Tendremos que dar vuelta para entrar por la puerta principal, donde supongo que le encontraremos celebrando algún juicio o sirviendo bebidas.

Lo que Bean llamaba su «tribunal» estaba construido de tableros sobre unas estacas que lo elevaban del terreno. El tubo de una chimenea asomaba por el tejado. Los jóvenes llegaron a la parte delantera de la construcción. Había en ella un pórtico de bastante amplitud en el que parecía estar celebrándose algún juicio.

-El juez es aquél que está sentado detrás de la mesa, sobre un cajón - dijo Brice señalando con una mano -. Los demás son mejicanos.

Pecos clavé con interés la mirada en el juez. Parecía ser un hombre de baja estatura, rechoncho, entrado en años, y tenía una larga barba gris cortada en forma de semicírculo. Se hallaba en mangas de camisa, tenía puesto un enorme sombrero y llevaba la pistola al costado. Ante él se encontraba un peón mejicano con la cabeza descubierta. Al fondo, había otros tres mejicanos sentados. Junto al puesto más próximo al juez había un rifle apoyado en un pilar. Y tras él, en el pilar del rincón, podía verse un letrero en el que estaba escrita una sola palabra: *Taberna.* Sobre las anchas escaleras, a la altura del borde del tejado, se veía otro letrero mucho más grande que aquél en el que estaba escrito en letras grandísimas: *Ley Del Oeste del Pecos.* Sobre éste colgaba un tercer cartel en el que se hallaba escrito el nombre del juez. Aun cuando Pecos y sus acompañantes se hallaban próximos al pórtico, no pudieron entender ni una sola palabra de lo que se decía.

En aquel momento llegaron dos vaqueros y desmontaron ante las escaleras. De rostros delgados y rojos, con las pistolas al cinto, desharrapadamente vestidos y con unos raídos *chaparejos,* ambos buscaron una respuesta de Pecos a sus palabras:

-Muchachos, esto es más divertido que una función de teatro.

-¡Buenos días, juez! - saludó el que marchaba delante en tanto que se despojaba del sombrero: -. ¿No podría usted aplazar el juicio durante el tiempo suficiente: para salvar a dos hombres del peligro de morir de sed?

-Subid y entrad, jóvenes - respondió el juez con voz retumbante mientras se levantaba y retiraba de un puntapié el cajón que le servía de asiento -. Aquí no hay más ley que yo, y puedo aplazar el juicio.

Hizo una seña a los dos para que cruzasen el tribunal y entrasen en la taberna, y siguió precipitadamente tras ellos. El peón sometido a juicio: esperé. Los otros mejicanos parecían expresar con la mirada que no habrían tenido inconveniente en que se les invitase a beber.

-¡Caramba! - exclamó Pecos -. ¡No he visto nada más pintoresco en toda mi vida!

-¡Sí que es un hombre pintoresco! - susurró Terrill. - Pero es más pintoresco todavía que tengamos que ser casados por él. ¡Todo esto parece una cosa de esas de las de las novelas!

La pareja sedienta salió muy pronto del establecimiento de bebidas, seguida del juez, que iba limpiándose los labios. Los vaqueros bajaron las escaleras en busca de sus caballos, los apartaron unos pasos y se detuvieron para encender un cigarrillo.

Cuando el juez se hubo sentado nuevamente en su cajón, aporreó la mesa con una fuerza y una decisión que denotaban que durante el tiempo que estuvo en la taberna había llegado a una conclusión, en cuanto al asunto sometido a su autoridad.

- ¡Cinco *pesos!* - gritó.

Uno de los mejicanos depositó ruidosamente unas monedas de plata sobre la mesa. Luego todos abandonaron el pórtico. El juez cerró su gran libro.

-Ha llegado nuestra ocasión - murmuró Pecos oprimiendo el brazo de Terrill -. Jerry, no te separes de nosotros.

Terrill rió sonoramente.

-Querida, todo va a ser muy sencillo - le dijo Pecos

Pecos subió los escalones del pórtico con Terrill a su lado. La muchacha vaciló un poco en las últimas escaleras. Brice se quedó un poco rezagado. El juez Bean levantó la mirada. Tenía unos ojillos duros y astutos, azules, y un rostro acicalado y bonachón. Pecos formó instantáneamente la opinión de que aquel caballero que decía encarnar la ley del oeste del Pecos podría ser un excéntrico, pero no un tonto.

-Buenos días, juez - dijo Pecos.

-Buenos días tengan ustedes. ¿Quién es usted? - preguntó el juez mientras clavaba una especulativa mirada en Pecos.

-Tengo un montón de nombres, juez, pero el verdadero es ames Smith.

-Muy bien, ames Smith. ¿Qué desea usted del tribunal?

-¿Puede usted casarme?

-*¿Puedo...?* Oiga, joven: puedo casarle, divorciare y ahorcarle.

-Solamente necesito lo primero.

-¿Dónde está la novia? Estoy muy ocupado hoy... ¿Por qué demonios viene usted a molestarme acerca de su boda si no trae a la novia? Me hace usted perder un tiempo que me hace mucha falta.

-Aquí está la novia, juez - respondió Pecos, quien, a pesar de su fría audacia y de la importancia de su propósito, quería dar a entender la alegría que le inundaba.

-¿Dónde?

-Aquí. - Y Pecos señaló a Terrill, que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

-¡Infiernos! ¿Está usted borracho? *Eso* es un chico.

-No. Se engaña usted, juez - replicó Pecos en tanto que despojaba a Terrill del sombrero de anchas alas -. Levanta la cabeza, Terrill.

En lucha con diversas y opuestas emociones, Terrill cumplió lo que se le ordenaba. Su rostro parecía el de una pepona roja.

El juez Bean la miró con asombro, y golpeó con ambas manos en la mesa. Estaba pasmado. Repentinamente, su rostro resplandeció.

-Bien, diría sin vacilar que es una mujer. Y una de las más hermosas que han pisado este tribunal... ¿Cómo se llama?

-Terrill Lambeth.

-¿Lambeth? He oído ese nombre no sé dónde.

-Soy hija del coronel Templeton Lambeth.

-¿Qué edad tiene usted, Terrill?

-Diecinueve años.

El juez se volvió en dirección a Pecos.

-Los casaré, Smith. ¿Cuánto vale para usted el casarse con una muchacha tan linda como ésta? El matrimonio no podría celebrarse en ningún otro lugar de la región.

Pecos comprendió perfectamente lo que se proponía el astuto ladrón.

-Pues... Terrill vale para mí más de un millón de dólares - respondió lentamente -; pero no puedo pagar mucho..., no puedo pagar más de veinte dólares por la boda.

-¡Vengan! -respondió el juez rápidamente, extendiendo una mano hacia Pecos, mientras con la otra buscaba a tientas algo que había sobre la mesa.

Pecos se encontró en una situación embarazosa. Había olvidado separar algunos dólares del fajo de billetes que llevaba en el chaleco. No había solución para él. Cuando la mirada del juez cayó sobre la mano de Pecos, que en aquel momento retiraba un billete del grueso fajo, los ojos parecieron escapársele de las cuencas,

-Oiga, ¿ha asaltado usted un Banco? - gruñó mientras asía el billete que Pecos ponía sobre la mesa.

-No. He estado ahorrando desde hace mucho tiempo para esta ocasión.

-Olvidé decirle lo que cuesta el certificado. Son diez dólares más.

¯¡Sí! Dejémoslo en veinte, señor juez.

-Bueno; veinte dólares - contestó Bean.

Y cogió con presteza el segundo billete. Luego abrió el libro y comenzó a leer el servicio matrimonial. Saltó sobre algunos de los pasajes menos fundamentales, pero cuando llegó a los que revestían importancia, leyó con menos apresuramiento. Las preguntas que hizo las formuló enfáticamente y con voz sonora. Pecos comprendió la importancia de aquel acto que tan aceleradamente se celebraba, y cuando contestó: «¡Sí! », lo hizo ahogadamente. La respuesta de Terrill fue pronunciada en voz baja.

-Os declaro marido y mujer - terminó el juez -. ¡Que nadie pueda separar a los que Dios ha unido!

Luego volvió a sentarse a su mesa y rebuscó entre los papeles que había en los cajones, hasta que pudo hallar el certificado.

-Firmen aquí.

La mano de Pecos estaba tan firme como una roca, pero la de Terrill temblaba. Brice se inclinó hacia ellos y dijo alegremente:

-Pecos, buen amigo: te deseo buena suerte y una vida larga. Señora Smith, le deseo alegría y...

Una voz fuerte, con ligero acento extranjero, interrumpió a Brice:

-I Señor juez, interrumpa esa boda!

Brice lanzó una violenta exclamación, y dio vuelta para ver al intruso. Era un hombre alto, delgado, con sombrero negro. Pecos, que se hallaba detrás de Terrill y de su amigo, se quedó desconcertado.

-Qué demonios te sucede, don Felipe? dijo con voz retumbante el enojado juez -. ¿Por qué me molestas cuando estoy en el tribunal?

-¡Detenga ese matrimonio! La señorita Lambeth...

-¡Demonios, hombre! Aquí no puedes detener ya nada, como no sea la respiración... Ya he declarado a esta pareja marido y mujer.

-¡Oh, Pecos, es don Felipe! - murmuró Terrill.

-Jerry, aparta a Terrill - dijo sibilantemente Pecos, en tanto que se enderezaba y retiraba a los otros dos en dirección al juez. Luego, de un solo salto, cayó ante las escaleras.

Su enemigo, corriendo con rapidez, había llegado al último escalón. Su bota, alta, decorada, estrecha, se detuvo en el aire sin llegar a apoyarse en el suelo.

- ¡Buenos días, *Don!* ¿Sabía usted que el novio es Pecos Smith?

-¡Santa María!

En el rostro del delgado mestizo, pequeño y casi tan negro como su sombrero, se produjo un cambio de expresión que culminó en una distorsión espantosa. Los colmillos le asomaban por entre los extendidos labios. El cuerpo del hombre vibró bajo las ligeras ropas negras. Y la vibración se tradujo en una repentina extracción de la pistola. Cuando la pistola terminaba de salir de la funda, se produjo el disparo que Pecos hizo con intención de romperle el brazo; pero la gruesa bala hizo blanco en la pistola que fue a caer destrozada a los pies de los vaqueros. Entonces un nuevo y diferente cambio se operó en el mestizo, que pareció contraerse por completo, con excepción de los ojillos de guisante.

-¡Hum, hum! Tiene usted mala memoria, *Don* - dijo Pecos, frío y sarcástico -. Es una gran suerte para usted que todo esto suceda el día de mi boda.

Pecos apuntó con el arma a más altura que anteriormente, la inmovilizó y oprimió el gatillo. Del cañón brotó una llamarada roja : se produjo un ruidoso estampido. El proyectil destrozó el sombrero de don Felipe, sin tocarle ni un solo cabello. Luego, Pecos apuntó a las plateadas espuelas del ridículo personaje.

-¡Baile!

Y disparó nuevamente. El proyectil cortó algo más que cuero.

-¡Baile el día de mi boda, o le destrozaré una pierna!

Felipe trazó unos grotescos, casi lastimosos pasos de baile, hasta que su voluntad, o su carne, dejaron de funcionar.

-¡Es usted tan mal bailarín como pistolero!... ¡Ahora, quieto!... Y óigame: le denuncio ante el juez Bean, y también a sus vaqueros y al resto de su cuadrilla... Es usted un canalla, un sucio que se dedica a robar reses...

Contrata a pobres vaqueros ignorantes y los mata para no tener que pagarles sus salarios... He trabajado para usted hace tiempo. Conozco bien todos sus trucos y sus artimañas. Sé que robó usted la mayor parte del ganado del coronel Lambeth y que intentó apoderase de su hija. He sorprendido a su cuadrilla hace pocos días. Estaba borrando las marcas de *mis* reses. Watson los sorprendió también, y pudo escapar; pero después lo mató el compañero de usted, Breen Sawtell. Y antes de matar a Sawtell, pude saber por él la verdad respecto a usted.

Pecos escupió, como si quisiera librarse del amargo esfuerzo que había de hacer aquel día.

-¡Y ahora, cobarde mestizo, perro..., váyase! Cruce el río! ¡Escóndase entre la espesura! Porque si vuelvo a verlo una vez más... ¡lo matare!

En medio de un profundo silencio, el mestizo dio vuelta con la cabeza inclinada como la de un toro ciego, se abrió paso entre los grupos que se habían congregado ante el tribunal, y desapareció. Pecos se quedó inmóvil durante un momento. Luego bajó la pistola, la soltó en el aire, la recogió, la enfundó y se volvió hacia el enojado juez.

-Eso no estaba en nuestro programa de boda - dijo con su característica lentitud.

-¡No, diablos! Ni forma parte de mis procedimientos judiciales... Pecos Smith, quienquiera que sea usted, es usted un hombre despótico y soberbio.

-Sí, y también es conveniente que lo sepa usted - replicó -. Y que sepa, además, que he prestado un gran servicio a su comunidad. Ese hombre ha sido el veneno de Nido de Águila. Ya ha oído usted por qué no lo he matado.

-Smith, no me indigna que obligue usted a don Felipe a marcharse de aquí. Pero creo que habría sido preferible que lo hubiera matado a que se anduviera disparando tiros a su alrededor.

-¡Ah! Entonces, ¿qué le sucede a usted, qué le tortura?

-Se trata de la ley... ¡Eso de disparar aquí, en el tribunal...! ¡Desacato al tribunal! Estoy obligado a imponerle una multa.

-¿¿Cómo? - exclamó Pecos, completamente desconcertado.

Terrill se aproximó a él y le oprimió un brazo.

-¡Oh, Pecos! fue todo lo que pudo decir.

-He dicho: desacato al tribunalrepitió, imperturbablemente, el juez -. Estoy obligado a multarle.

¡Sapos *y* ranas!... ¿Cuánto he de pagar de multa, juez Roy Bean, Ley del Oeste del Pecos, Juez de Paz, Tabernero, Camarero, Sacerdote y Dios sabe cuántas cosas más? ¿Cuánto?

-Iba a decir cincuenta dólares. Pero son setenta y cinco.

- ¿Cuánto habría tenido que pagar si hubiera *liquidado* a ese mestizo?

-Mis leyes prescriben que la multa ha de ser, en las actuales circunstancias, de cien dólares.

-¡Ya le he librado a usted de don Felipe! - gritó Pecos.

-Al pensar sobre la cuestión, veo que la multa ha de ser de ciento veinticinco dólares, no pesos, por nuevo desacato al tribunal.

-¡Ladrón! ¡Salteador de caminos!

-¡Ciento cincuenta!gritó el juez Bean con el rostro congestionado.

Terrill dio un tirón de Pecos y le obligó a volver el rostro hacia ella.

-¡Págale antes que nos arruine! - exclamó Terrill. Y Pecos no pudo saber si la joven reventaba de regocijo, de miedo o de las dos cosas.

-¡Hola, querida! ¡Maldición!... ¡Me había olvidado de ti! ... ¡Claro que voy a pagarle! ... - declaró, mientras sacaba del bolsillo con un gesto majestuoso el fajo de billetes y extraía de entre ellos los que necesitaba -. Creo que jamás volveré a casarme... Torne, juez: cómprese algunos libros de leyes y pinte otro cartel en letras muy grande: «Dejaos saquear, forasteros, o jamás podréis vivir en el oeste del Pecos.»